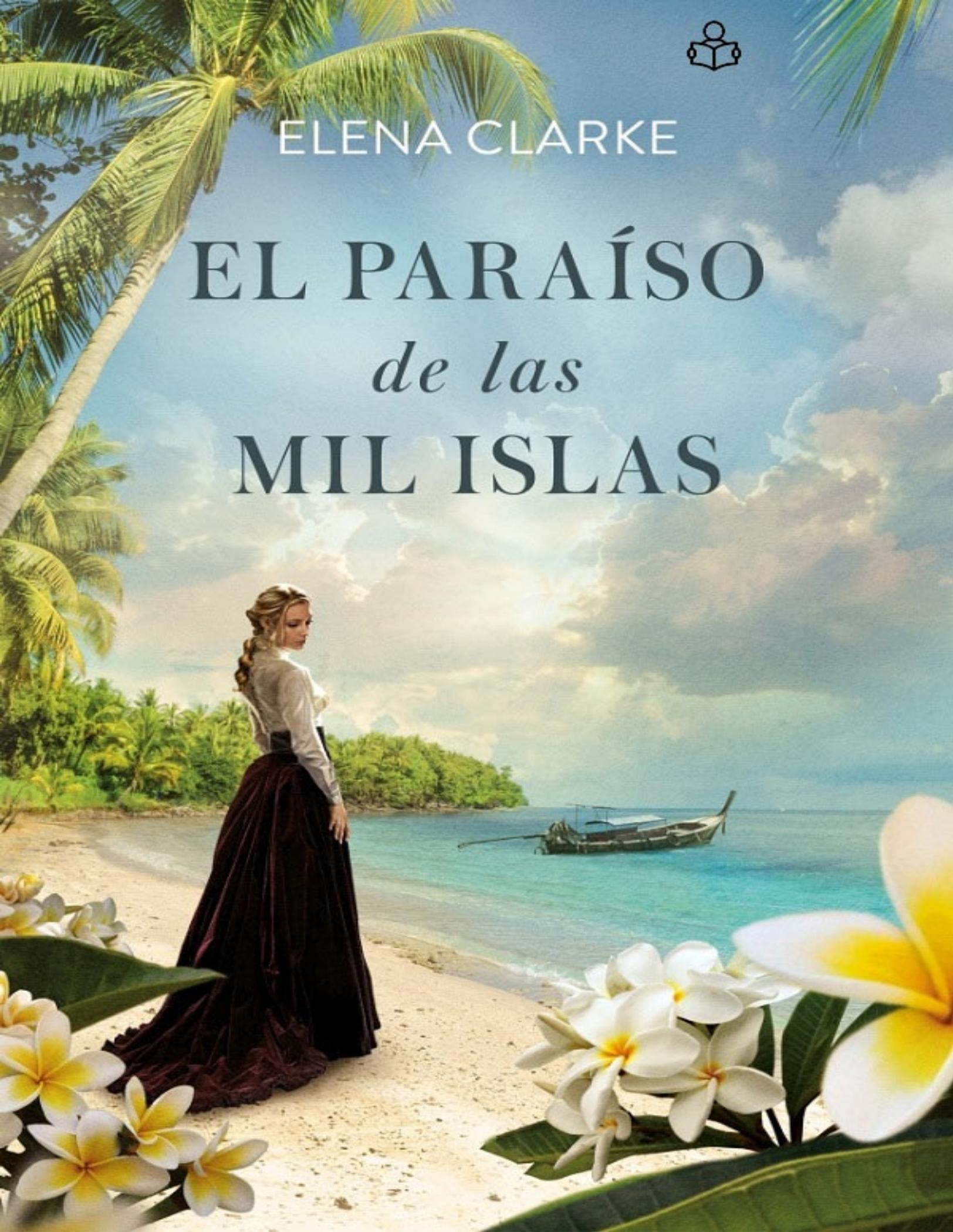




ELENA CLARKE

EL PARAÍSO
de las
MIL ISLAS



Madrid, en la actualidad. Mara siente que algo falta en su vida desde hace tiempo. Dueña de una cadena de muebles coloniales que decoran las casas más exquisitas de la ciudad, el éxito empresarial la acompaña pero en el terreno personal no alcanza la felicidad que tanto desea.

Un día, un maravilloso mueble se cruza en su camino y se convierte en su obsesión. Y también en la excusa perfecta para huir a tierras lejanas en busca de sí misma.

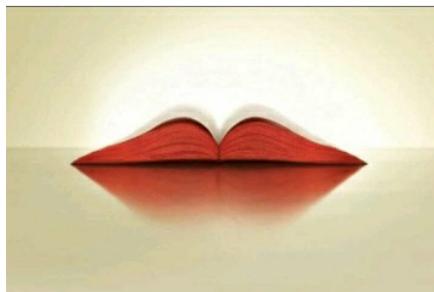
Será en Bali, ese lugar mágico en el archipiélago de Indonesia, donde entrará en contacto con el pasado colonial de la isla y con la historia de una mujer que vivió en el siglo XIX y que protagonizó una apasionante y peligrosa historia de amor.

Al mismo tiempo, Mara descubrirá también dónde se encuentra el verdadero paraíso.

Elena Clarke



El paraíso de las mil islas



Título original: *El paraíso de las mil islas*
Elena Clarke, 2019



Vins

Revisión: 1.0
Fecha: 14/01/2020

Para Cecilia

Mientras los labios besen y los ojos
vean, esto vivirá y te hará vivir.

Sir RICHARD F. BURTON

MARA ULLOA ROIBÁS

(Actualidad)

1

Otra persona

«Uno no se convierte en otra persona así como así».

Por más que se miraba y remiraba en el espejo de la visera del coche, Mara no conseguía verse distinta. Giraba la cabeza hacia un lado y hacia el otro, subía la barbilla, procuraba mantener sus ojos castaños cargados de maquillaje dentro del marco, que era tan pequeño que no le permitía verse todo el rostro de una vez.

Cada vez que paraba frente a un semáforo en rojo alargaba la mano hasta la bolsa en el asiento del copiloto y rebuscaba con prisa entre los pañuelos estampados, las gorras y las gafas de sol, por ver si encontraba la prenda definitiva que obrara la magia.

«Esto es absurdo».

¿A quién iba a engañar? Aquella mujer seguía siendo Mara Ulloa Roibás de los pies a la cabeza.

El recinto ferial estaba cada vez más cerca y se le acababa el tiempo.

Aquello de disfrazarse no podía ser tan complicado. Había superado retos mucho más difíciles en los veinte años de carrera que llevaba a sus espaldas, ¿no? Como el de abrir su primera tienda en Madrid; o el de su primer reportaje en la revista *El Mueble*, donde Batanara había recibido el premio anual de empresa innovadora; o el del crédito para las tiendas de Alicante y Sevilla; o el de redecorar el palacete de un importante aristócrata patrio, que se había paseado con sus muebles por todas las revistas del corazón.

Ahora solo tenía que convertirse en otra persona, nada más. Algo tan simple como eso.

La feria era la más importante del año y ya estarían allí desde los diseñadores de lujo hasta el aprendiz que ponía los últimos clavos. Distribuidores, importadores, coleccionistas... Casi todas las caras que había conocido durante su larga trayectoria. Y lo único que deseaba, por primera vez, era no tener que caminar como Mara, hablar como Mara y ocuparse de todos los compromisos que había ido adquiriendo, con la deriva de la vida, aquella mujer en que se había convertido.

Lo que quería de verdad era recorrer la feria como si fuera invisible. Como lo había hecho al principio, cuando no era más que una chica a la que no conocía nadie. Fascinada con el mundillo, aferrada a su cuaderno de apuntes y abordando a cualquiera que quisiera contestar sus mil preguntas. Aún con la capacidad de asombro intacta.

Los últimos metros de tráfico se le estaban haciendo insoportables. Se metió dos chicles de menta en la boca, puso la lista de reproducción de Los Beatles y abrió la ventana al aire

contaminado de la ciudad, que le revolvió la melena rizada. Le gustaba Madrid, a pesar de todo, y en septiembre aún parecía agradable.

—*She's got a ticket to ride... but she don't care.*

Se paró en el semáforo y una chica en el coche de al lado, también con la ventana abierta, se bajó el puente de las gafas de sol y la miró con cara de circunstancias. ¿Es que ya habían prohibido también cantar en los coches? Si uno iba a pasarse una buena parte de su vida estancado en el tráfico, mejor hacerlo en compañía de John, Paul, Ringo y el otro que nunca se acordaba de cómo se llamaba.

«Tú puedes ser quien tú quieras, Mara. Si te lo propones de verdad».

No sabía si por culpa de internet, los teléfonos inteligentes, las redes sociales o qué exactamente, pero el mundo, desde hacía unos años, se había puesto a girar a una velocidad de vértigo. Las modas duraban apenas semanas, las tendencias se pisaban las unas a las otras, las colecciones se quedaban obsoletas nada más salir y las series brotaban como repollos en las parrillas televisivas y eran canceladas sin compasión en mitad de la temporada, dejando colgada a su modesta y desconsolada audiencia.

«Inteligencia es la habilidad de adaptarse al cambio». Era una frase de Stephen Hawking, ahora que acababa de morir, que venía en una placa de la Asociación de Mujeres Empresarias, y que tenía colgada en el salón de su casa.

Podía decirse que ella se había adaptado más que satisfactoriamente. Que era una mujer de éxito. No había de qué preocuparse... aunque todo a su alrededor se estuviera consumiendo a fogueos.

—*I think I'm gonna be sad, I think is today... yeah.*

Los aparcamientos de la feria estaban abarrotados y unos guardias con chalecos reflectantes hacían señas firmes para desviar los coches.

¡Estaba allí todo Madrid, como siempre, en todos sitios! La ciudad tenía aquel extraño don. Parecía que cada madrileño tuviera varios clones que fuera repartiendo por cines, restaurantes, eventos y oficinas... manteniendo la ilusión del lleno permanente.

Mara sabía que su castigo por llegar tarde era hacerlo doblemente tarde por haber aparcado lejos y, de cualquier manera. Tendría que sumarse a la penosa riada de los últimos en llegar, que ya caminaban por las aceras aledañas como unos condenados con tacones, trajes de corbata y maletines.

Suspiró resignada y echó un vistazo al pabellón principal de la feria al pasar. Aquel año se había habilitado un gran *stand* en el exterior, donde se ofrecían las creaciones únicas de varios personajes mediáticos, *influencers* del mundo de la moda y la tertulia televisiva, que ponía sus fotos en alta resolución y sus firmas como una especie de guinda, un anzuelo redondo, rojo y brillante... sobre una montaña de pastel que Mara conocía bien: se cocinaba con buenas ideas, años de experiencia, trabajo apilado sobre mucho más trabajo. El de todo un equipo de profesionales anónimos, muchas veces contratados por poco dinero y con muy poco tiempo de margen para que todo estuviera en su punto. En la guerra constante por la atención, cada vez la guinda era más cara, el merengue azucarado más voluminoso, los pisos de bizcocho más baratos, la base de galleta más y más fina... y los ingredientes más pobres.

Tartas industriales y clónicas que nada tenían que ver con aquella otra forma que Mara conocía de hacer las cosas.

«Flexibilidad, Mara. Recuerda... hay que hacerlo rentable». En tiempos de cambio, solo quienes se adaptan sobreviven. Pero ¿hasta dónde se podía ser volátil sin convertirse uno en puro aire? ¿En mera palabrería? ¿En vana imagen? Envolviendo comida basura en papel de alta cocina y cruzando los dedos para que el cliente no se diera cuenta.

Notó que la amargura hacía presa en ella, sin que pudiera evitarlo.

Dio un acelerón que pudiera sacarla de allí. Aquellas cosas había que sacudírselas de raíz antes de que fueran a más.

El impacto no fue menos brutal por haber sido contra un ser vivo.

Mara lo sintió como la sacudida de un trueno en los huesos.

Si no fuera por la columna de humo blanco que salía del capó hubiera pensado que el coche ya no estaba y que el árbol se le había echado directamente encima.

¿Era así como se desplomaban los troncos? ¿Cuándo, abatidos por el rayo o la sierra, o ya podridos de vejez, se abalanzaban sobre cualquier desgraciado que pasaba por allí?

Habían sido apenas unas décimas de segundo. Un acelerón mal dado y una sandalia de goma que había resbalado en el pedal del freno. Tenía coche desde los dieciocho años y no acababa de meterse en la cabeza que no se podía conducir con chanclas. Por mucho que las hubiera importado de Estados Unidos y estuvieran hechas a la medida de su planta.

Le pareció que las volutas de humo blanco lamían la corteza, el tronco, las ramas, hasta los brotes y las hojas... con interminable lentitud. Ajenas por completo a su sufrimiento.

El árbol parecía reclamar, sin inmutarse, que él estaba allí primero. No era simpático ni antipático. Simplemente, era. Su cuerpo rotundo acumulaba una eternidad de desarrollo, en dignidad silenciosa. Así era como crecía la madera, Mara lo sabía de sobra.

Esta vez no había nadie enfrente —un conductor con prisa, un taxista prepotente, un peatón despistado, un niño irresponsable— a quien echarle la culpa. Al maldito árbol todo le daba igual. Mostraba la indiferencia de un antiguo amante que te ha superado por completo y ha alcanzado el desapego amurallado de una victoria definitiva.

Se bajó del coche despacio, para no marearse. Arqueando la espalda y sacando primero una pierna, después la otra y al final el resto del cuerpo. Tan entumecida que no podía ni sentir dolor.

La carrocería formaba una cuña central, como si la hubieran golpeado con un bate de béisbol. El guardabarros, desgajado, estaba medio suspendido en el aire.

Contra un árbol no se podía negociar. Y eso era lo único que a Mara se le daba bien hacer.

—¿Está herida, señora?

El guardia de tráfico parecía haber surgido de la nada, al igual que los puñados de visitantes de camino al recinto ferial, que la observaban atónitos.

—¿Qué le ha pasado? ¿Es que no lo ha visto? —Al guardia solo le hizo falta un rápido vistazo al suelo para comprender. Tomó aire y sacó un bolígrafo y un taco de hojas. La mano ya temblaba un poco en el aire, con la punta en tensión por encima del papel—. No estaría usted conduciendo con esas chanclas, ¿verdad?

—Acabo de ponérmelas...

—Son ochenta euros de multa.

Ella se cruzó de brazos. Ahora sí que estaba en su elemento.

Mara se arrancó el collarín en cuanto cerró la puerta del chalet. Arrojó con descuido las llaves y el parte de urgencias encima del aparador plateado de la entrada.

La casa estaba a media luz y en profundo silencio.

Amueblada con las piezas exquisitas que había ido rescatando, a lo largo de los años, de los mejores escaparates de Batanara. Estaban como nuevas.

Se dejó caer en su sofá, cansada hasta para quitarse el traje de chaqueta y falda y limpiarse el pesado maquillaje, que ya le molestaba en los ojos. Repasó el móvil en busca de mensajes.

Su hermano Roberto le había enviado fotografías de los niños desde A Coruña. La mesa donde estaban pintando estaba llena de arañazos. Las sillas en que se sentaban, pintarrajeadas de rotulador hasta decir basta. La cómoda estampada de sombras sucias, allí donde antes hubo pegatinas. Destrozos de niños, gatos y juguetes... que habían pasado por allí como el torbellino de Kansas en *El mago de Oz*, dejándolo todo arrasado a su paso. Los de Roberto eran muebles normales y corrientes, pero de alguna manera contaban una historia. La historia de todos ellos, como familia.

El salón de Mara, por el contrario, era un ecosistema digno de revista. Rebosaba innovación, frescura y funcionalidad. Combinaba propuestas de interiorismo industrial y ladrillo visto. Las cortinas correderas estaban inspiradas en el papel de arroz japonés, con motivos de caligrafía y serigrafías doradas. Las lámparas LED habían sido premiadas por su diseño inteligente, ya que adaptaban su intensidad según la hora del día y las preferencias de su dueña. Incluso había una butaca, su favorita, diseñada por un director de cine que era habitual en Cannes.

Sintió que, definitivamente, los límites entre lo profesional y lo personal habían desaparecido de su vida. ¿Qué era su casa sino una extensión mejorada de su propia tienda? ¿Un perfecto escaparate donde había ido acumulando lo mejor del tesoro?

Los días, últimamente, parecían haber perdido el sabor y adquirido una consistencia pastosa. Como puré de patatas sin sal en la boca.

Estaba perdiendo algo, aunque no sabía muy bien el qué. Se le escurría por entre los días y venía a reemplazarlo una sensación difusa: torpeza en las tareas, distracciones prolongadas... como si estuviera a punto de coger una gripe que no acababa nunca de llegar. Vitaminas, *ginseng* y jalea real en la farmacia y, en el centro de salud, unos análisis de sangre que insistían todo el tiempo en que, en realidad, no le pasaba nada.

«Inteligencia es la habilidad de adaptarse al cambio». La placa metálica de Stephen Hawking capturaba el último rayo de sol desde la pared del salón.

Se dio cuenta de que su casa no era más que otro lugar de paso en el que apenas hacía vida. Porque toda la vida se la había estado dando a Batanara.

Un mueble con historia

En el pabellón del mueble exótico uno podía sentirse como Richard Burton y John Speke en busca de las fuentes del Nilo y de las Montañas de la Luna.

El encantamiento se conseguía gracias a unas cuantas frondas de platanera y de yuca y también de las palmeras enanas que subían hasta los techos. El pabellón entero parecía un invernadero y los rayos de sol se colaban oblicuos desde las paredes de cristal, dividiéndose como un peine de luz entre las plantas. Por todas partes había esterlicias, naranjas como estrellas, y heliconias rojas en racimos. Olía a selva y, sobre todo, a madera.

Era viernes, segundo día de la feria para profesionales, y todo estaba aún como nuevo y medio vacío a mediodía.

Mara se había preparado bien esta vez y había acertado con sus ropas de incógnito: el pañuelo apretado alrededor del pelo, las gafas de lunas grandes y oscuras, largos pendientes con flecos y un conjunto vaporoso de blusa y pantalón de lino. Aquello bien podía haber sido Casablanca y no Madrid.

Los olores intensos de las buenas maderas, trabajadas por el tiempo, llevaban al visitante de la mano, como flotando, de una nube de sensaciones a la siguiente. Lo que se ofrecía era tanto el mueble como la promesa que lo envolvía: el palpito excitante de la aventura y la fuga. La posibilidad de ser otra. En otro lugar, en otra época.

Las lámparas de bronce calado, de papel japonés y de seda traslúcida eran pura calidez y promesa. Secretos que se evaporaban apenas empezabas a entenderlos.

Pasó bajo las telas que recreaban las *jaimas* de Marruecos, donde se ofrecían pequeñas catas de té moruno y dulces de miel, almendras y pistachos. Uno podía tumbarse sobre las alfombras y los cojines, atraído por el olor a hierbabuena y la melodía de un laúd que un músico tañía allí mismo. Las pipas de la *shisha* parecían respirar y el humo formaba volutas que revoloteaban en el aire como si fueran bailarinas.

Siguió caminando y le salieron al paso las mujeres indias, envueltas en saris naranjas y rojos, con sus pulseras tintineantes y sus bandejas de plata labrada y té *chai* de leche y especias. Con un amplio gesto del brazo la invitaron a entrar en el expositor para contemplar las arcas de novia y los espejos enmarcados. Cestos que prometían cobras durmientes. Tapices que mostraban las casas rosas de Jaipur y las azules de Udaipur.

Pasó luego por delante de los expositores de China, con sus sedas pintadas a mano y sus resplandecientes muebles lacados. Un potente gong resonó por encima de las palmeras, hasta los

techos del pabellón.

Había alfombras de Jordania, biombos de Japón, cómodas de Zanzíbar... y todos olían a sándalo y a coco, a resina y a trópico. Muebles tan oscuros como la caoba y el *wengé*, o tan claros como el palisandro. O bien pintados de verde esmeralda y de turquesa.

Cada expositor tenía su propio genio, recién salido de su lámpara mágica, bisbiseando a un lado y al otro del pasillo con su voz seductora: «¿Dónde quieres que te lleve?». Pasearse por aquel pabellón era como dar la vuelta al mundo en un solo día en lugar de en ochenta.

En el corazón del recinto, exhibiendo sus diez metros cuadrados de expositor a medida, estaba su propia empresa. Arriba del todo le habían puesto el logotipo en grandes letras negras, retroiluminadas: BATANARA.

—Espere un momentito que enseguida le traigo el nuevo catálogo. No se mueva de aquí...

Mara observó, a una distancia prudente para que no la reconocieran, el buen hacer de sus chicos, que todavía no se habían ido a comer. Sonrió con ternura al ver cómo atendían con mimo a cada uno de los visitantes, pese a la cantidad de horas que debían de llevar en pie.

—¿Quiere que le traiga un vaso de agua? ¿O mejor un vino?

—Espere, que voy a por el archivador de precios...

—Estoy seguro de que aún me queda alguna muestra de esa tela.

—Por favor, llévese el último póster, faltaría más. Y no se olvide de pasarse por la tienda.

—Esta es mi tarjeta. Llámeme... ¡Y si no lo hace, le llamaré yo!

Después de tantos años ya le tenían el rodaje bien cogido a la feria. Por fin le parecía que podía echarse un poco a un lado y descargarse del peso que, a veces, suponía Batanara. Aquel año casi no había tenido que hacer nada: apenas firmar, aprobar y asentir en silencio, como una madre orgullosa de unos niños que ya no son tan pequeños.

Habían llevado las auténticas joyas de la colección, con una librería en mango decapado en blanco y unas mesitas de paulonia gris. Las encantadoras lámparas del *stand* estaban hechas con ramas gruesas de olivo donde se podían leer, un anillo tras otro, las muy remotas edades de los árboles.

Como una auténtica potentada, aquel año se había lanzado a contratar más metros cuadrados que nunca, en un lugar privilegiado, y no había reparado en gastos para que el montaje quedara espectacular. Era toda una declaración de intenciones y Batanara parecía una montaña.

Con su cadena de cinco tiendas por todo el país tenía por fin la representación que merecía. En aquellas letras mayúsculas de logotipo se resumían todas sus ideas, pequeñas batallas, grandes disgustos, infinitos despertadores y grandes saltos de alegría.

Pero, más que una montaña, Batanara era una pirámide. Y ella, como una faraona, solo esperaba que además de su creación no fuera también su tumba.

Hacía solo unos meses que había empezado a intuir que un sueño podía convertirse en una prisión, de la noche a la mañana. ¿Cómo era que el deseo podía esconder, también, una trampa? Sobre todo, cuando se hace realidad...

Un lazo de seda se endurece con el tiempo, hasta convertirse en cadena. Cuando uno se percata de tal cosa, simplemente, sigue caminando. Con temor, sin mirar hacia abajo. O bien con resignación, sin mirar hacia atrás.

Aquella fue la primera vez que a Mara le causó escalofríos la contemplación de su propia criatura. ¿Es que quizás había apostado demasiado por ella, a costa de otras cosas? ¿Y si se había

equivocado?

Cuando algo que antes brillaba con fuerza de repente ya no brilla se le llama desencanto.

Se alejó de allí intentando escapar de Mara Ulloa Roibás, esa mujer que conocía demasiado, que estaba bordeando los cuarenta y que tenía tantos asuntos pendientes con la vida que no sabía si iba a darle tiempo a todo.

Llevaba años empaquetando pedacitos de paraíso, despachándolos y colocándoselos a sus clientes, con todo el buen hacer de que era capaz. ¡Ella también tenía deseos y fantasías que cumplir! ¿Qué pasaba con ellos? Ahora que había dejado atrás la sombra inmensa de Batanara guardó las gafas de sol en el bolso. Necesitaba estar atenta. Necesitaba desesperadamente encontrar algo que le llamara la atención. Algo que brillara de verdad.

—*Come va? Tutto bene?*

Hacía un año exactamente que había escuchado aquellas palabras por primera vez.

—Soy Paolo Caccini, agente de La Coronissima.

Ay, Paolo. Aquel hombre redondeaba cada frase con la sonrisa de quien trabaja de cara al público y sabe que solo tiene un par de horas para que le compren lo que sea que está vendiendo. Los iris de sus ojos parecían las cúpulas azul griego de Santorini.

Decir La Coronissima era como mencionarle los troyanos a los griegos, los cartagineses a los romanos o los moros a los cristianos. El enemigo número uno corporativo y un auténtico dolor de cabeza para Mara.

Eran rivales por los mismos clientes, los jugosos turistas de Europa del norte. Los mismos que copaban los vuelos de fin de semana a la Costa del Sol y a las Canarias o que se pasaban los seis meses de invierno a resguardo en España y los otros seis de verano en sus países de origen. Gente con dinero que necesitaba amueblar dos casas completas: la española la decoraban con maderas suecas, mantas de lana tejida a mano y fotografías verdes de la aurora boreal; y la sueca con porcelanas de Gaudí, abanicos, muebles de olivo de mil patrones y anaranjadas puestas de sol mediterráneas.

Paolo y ella habían pasado el año anterior tropezándose en los mismos *stands*, pisándose los horarios de las citas con los clientes, coincidiendo aquí y allá hasta que habían empezado a caer las bromas: que si era el uno el que perseguía a la otra o que si era al revés. Que tanta casualidad no era posible. Que a ver si era el destino y esas cosas...

—Creo que deberíamos poner una reclamación por estas sillas y estas mesas. —Mara se refería a las de poliuretano blanco que ofrecía la feria para hacer los tratos—. Son insoportables.

—Criminales...

—Es una feria de muebles, ¡por amor del cielo!

De cara a la galería estaban las piezas más lujosas y confortables del país y en la parte de atrás... unas sillas y unas mesas más duras que una piedra.

Paolo pareció encontrar la solución:

—Sugiero que a partir de ahora todos los tratos se cierren sobre este diván de terciopelo del siglo dieciocho.

Después de que se apagaran las luces de la feria se habían ido juntos a cenar y a discutir sobre si el diván era una pieza imprescindible o no en un salón contemporáneo. Después de que se

apagaran las del restaurante se habían ido juntos al hotel. Y después, a la mañana siguiente... Paolo había pasado por su vida tan deprisa como todo.

Mara pensó entonces que la regla de no mezclar amor y trabajo se debió de inventar hace muchísimo porque, en el presente, la vida tenía lugar en el trabajo más que en ninguna otra parte. ¿Dónde se iba a poder apurar un poco de acción amorosa si no era dentro del entorno laboral? A él estaba claro que le pasaba lo mismo.

—Tienes que verlo. Nunca en veinte años me había encontrado algo así.

Mara esperaba junto a la puerta del almacén, jugando con la punta de su pañuelo, mientras Paolo hurgaba en la cerradura. Era tan extraño encontrarle allí, después de tantos meses... cuando la última imagen que tenía de él era tumbado, desnudo y entre sábanas.

El giro de la llave en la puerta y Paolo invitándola a entrar. Como había hecho entonces, hacía un año exactamente, en la habitación del hotel. Pasó por su lado evitando rozarle el traje italiano.

Encendió las luces, fluorescentes parpadeando de luz azul, que revelaron las cajas en las estanterías. Había pósteres enrollados y apilados, tacos de publicidad, carpetas, alguna mochila y hasta una cámara de fotos réflex. Un troquelado de cartón con forma de palmera y una enorme planta a la que el tronco se le había partido y que lo había puesto todo perdido de tierra.

—Es aquel de allí.

Paolo cerró la puerta a sus espaldas y echó la llave y Mara se sintió excitada y nerviosa al instante por la repentina intimidad. Estaba claro que lo que allí ocultaba no quería que lo viera nadie.

El bulto estaba envuelto en plástico de burbujas, solitario al final del pasillo. Parecía una mesa.

Mara se arrodilló frente a él, tiró con fuerza de la cinta marrón de embalar y despegó los dedos del adhesivo. Llegó a engancharle algunos pelos de la melena, pero ella los sujetó con fuerza y los rompió para librarse de la engorrosa cinta. Luego aflojó el plástico protector y lo deslizó de arriba abajo, recorriendo las patas del mueble como si lo desnudara.

Había visto muchos muebles hermosos a lo largo de su vida, cientos. Pero solo unos pocos tenían la verdadera capacidad de deslumbrar. Para ello había que saber apreciarlos, distinguirlos en sus infinitas texturas y calidades. Haberlos contemplado, estudiado y amado durante años.

Deslizó las yemas de los dedos sobre la marquetería suave, donde las juntas de los mosaicos eran inapreciables. Tenían formas de pájaros exóticos, de largas colas, que parecían vivos por efecto de la madera amarilla, casi dorada, en contraste con el fondo oscuro. De la misma manera se incrustaban hasta cinco tipos de flores diferentes. En el centro había una espectacular fuente llena de tulipanes, con sus finos tallos y sus hojas, que parecían corazones. ¿Cómo habrían conseguido incluir unos detalles tan pequeños?

Allí donde tendría que haber estado la tabla oblicua del secreter, que se desplegaba como una mesa, no había más que un panel de talla vulgar. Y en el centro, guarnecidas de latón, estaban las cerraduras que garantizaban la inviolabilidad de sus secretos.

—¿Qué opinas? —Paolo se sentó en el suelo, junto a ella, con las piernas cruzadas. Su perfume masculino seguía siendo el mismo. El recuerdo de las sábanas volvió a ella con toda su intensidad, como si acabara de suceder.

—Aquí hay de todo, desde luego...

A veces era muy difícil ser profesional porque un cerebro no se parecía en nada a una cajonera. Era más bien un ecosistema disparatado, donde lo orgánico hacía fiestas y los jugos se revolcaban constantemente. Había pensamientos abstractos que se daban una vuelta con las hormonas, con recuerdos involuntarios que venían de no se sabe dónde: un olor, un sonido, el timbre de una voz, un chiste... el calor de una mano. Tantas cosas que podían detonar un pensamiento emocional, sexual, absurdo, aterrador... Sí, aunque una aparentara ser profesional en todo momento, siempre había muchas otras cosas que andaban en la trastienda de la cabeza, liándola. ¿Qué eran Paolo y ella exactamente? ¿Dos profesionales del mundo de las antigüedades, intentando hacer la evaluación de una pieza? ¿O un macho y una hembra de primates sin pareja, encerrados en una especie de cueva artificial?

—El panel superior es de teca —se esforzó ella—. Y el resto es nogal, creo. La marquetería será de sicomoro o de leño de raso, uno de los dos.

—Es de sicomoro, sí.

—Colonial holandés. Decimonónico, según la moda del dieciocho francés.

—Pues yo creo que es británico.

—¿Con esos tulipanes?

—Se parece a una serie del Victoria & Albert.

Mara acarició las juntas laterales donde se unía el panel de teca, que no parecía más que un burdo remiendo. Estaba sujeto con trabas de latón.

—Es difícil saberlo cuando tanto los unos como los otros estaban imitando a los franceses todo el tiempo...

—A los holandeses les gusta abombar la parte de abajo —señaló Paolo—. Mira esas patas. Los ingleses tienen un gusto más sobrio, de líneas rectas. Sigo pensando que es británico.

—¿Cómo era la serie del museo?

—Estaba comisionada por la familia real. Por la Casa de Windsor.

—Eso nos pone a partir de 1840.

Mara consiguió girar un poco las presillas laterales. Estaban duras de no haberse movido en siglo y medio.

—¿Qué haces?

—Échame una mano...

—¡Esto tiene que hacerlo un especialista!

—¡Nosotros somos los especialistas!

—¡Me refiero a un restaurador! ¿Qué pasa si luego no podemos ponerlo en su sitio?

—¿Por qué no lo habéis sacado a la venta?

—Aún no sé bien lo que es. Pensaba que tú me lo dirías...

—Además de que está roto —sentenció Mara—. Mira la parte de arriba. Es madera de interior, por donde lo han serrado. Esto no es un mero escritorio. Es una librería.

Paolo asintió. Mara parecía una forense de la policía analizando un cadáver.

—Fíjate en los bordes. Están aserrados y lijados. Y la tabla se ha perdido también. Ese panel de teca se lo han puesto en las colonias, para tapar el agujero. Venga, ayúdame a sacarlo.

—*Aspetta!*

La última presilla cedió y Paolo fue a poner las manos justo antes de que el panel acabara de

soltarse. Tenían que andarse con cuidado. Cualquier mella podía hacer que el valor de la pieza se hundiera en el mercado. Resopló y miró a Mara como si la atravesara.

Retiraron la tabla con cuidado, esperando que se revelara tras ella el perfecto ensamblado de los cajoncillos y portezuelas, propio de cualquier escritorio, secreter o librería decimonónica. Sin embargo, la visión fue muy diferente.

Al mueble se le veían todas las heridas.

Era como si hubieran colocado el nuevo panel justo encima del anterior, que estaba destrozado por una brecha burda. Como si alguien se hubiera ensañado con él.

Mara activó la linterna en el móvil, la levantó y observó a través del hueco astillado. Allí, en el fondo, brillaban las incrustaciones de nácar y los minúsculos pomos del juego de cajones.

Conocía bien cómo estaban diseñados aquellos escritorios. Algunos se hacían por encargo para los banqueros, los ministros o los altos mandos militares. Eran como ingeniosos rompecabezas donde, tras las columnas falsas, rendijas invisibles, palancas y manivelas... se podían esconder todo tipo de mapas, dinero y joyas.

—Me imagino las reclamaciones si intentaras venderlo.

—A pesar de ello, es todo un espectáculo.

—Y que lo digas.

—Una pena que vaya a quedarse en un almacén —Paolo miró directamente a Mara, con toda la intención— cogiendo polvo. Aunque supongo que también se le podría hacer un buen descuento por los desperfectos... Uno grande.

Aunque intentó disimular, Mara sintió el mismo tipo de euforia de quien se encuentra una piedra preciosa en la calle.

Y, sin preguntar, sin mirar alrededor, se la mete en el bolsillo.

Sentía que esta vez se había traído a su cueva el mayor de los tesoros. No podía apartar los ojos avellana de sus detalles mientras columpiaba, satisfecha y despreocupada, el brazo descolgado por el borde de la cama. Nada podía satisfacerla más que una ganga como aquella.

El escritorio parecía tener los misterios aún intactos, como una tumba egipcia que no hubiera sido saqueada. Estaba deseando conseguir las llaves maestras para tener acceso a su intimidad. Quizá nadie lo había tocado desde 1840... o cuando fuera que lo hubiesen hecho.

—Acuérdate de que sigo aquí...

El cuerpo caliente de Paolo, a su espalda, se apretó junto a ella y el brazo le abarcó la cintura para atraerla hacia sí.

Aspiró profundo y se permitió relajarse por completo. Aquel perfume de nuevo entre las sábanas, tan intruso como deseado. Era la primera vez que traía a un hombre a su casa desde que se había mudado, hacía tres años.

Y aquella sensación de bienestar que venía después del placer, como si aún estuviera regando sus miembros. ¿Nada le daba tanto placer como una buena compra? Ahí estaba él para desmentirlo. Con aquel abrazo intenso se completaba un día redondo. La hundía un poco en la sensación, siempre lejana e inaccesible, de la felicidad.

—Sé que sigues aquí, Paolo.

—Que un pedazo de madera tenga más atención que uno es para dañar la masculinidad de

cualquiera.

—¿No seas tonto! Además, tú sabes que no es un pedazo de madera sin más...

—Dicen que una mirada larga es un signo de amor. Y tú estás enamorada. No te culpo. Es una maravilla.

La besó en el cuello, en los pequeños lunares que le habían ido saliendo, de niña, bajo la oreja.

Estaba exultante. Le gustaba sentirse dueña de una antigüedad tan rara y tan bien hecha. Después de tantos años en el sector no sabía si ya encontraría algo que no hubiera visto antes. Como en la misma vida, tenía la sensación de que cada vez era más difícil encontrar algo extraordinario.

Pero allí estaba aquel mueble, que no la había llamado con juegos de luces ni colores impactantes. No le habían hecho falta *flashes* ni gritos ni consignas. Lo había hecho todo con la oscuridad misma. Con su silencio.

Decía Paolo que ella se había enamorado del mueble y quizás esa era la única posibilidad a su alcance. Enamorarse de un objeto, de un proyecto, de un trabajo... parecía sencillo y cómodo porque todas aquellas cosas podían poseerse y controlarse. Solo dependían del esfuerzo personal. Enamorarse de uno mismo, con uno mismo y para uno mismo.

Entregarse al amor de verdad, en cambio... era como meterse en un océano con una barca sin remos.

Suspiró y se giró un poco hasta quedar boca abajo.

—¿No te da la impresión de que no hacemos más que trabajar?

—Todo el tiempo. —Se apretó mimoso contra ella y siguió besándola, recorriendo el camino de su piel, desde el trapecio hasta el hombro—. Es algo que se nos da bien.

—Sobre todo a ti. Al fin y al cabo, has conseguido colocarme un mueble hecho trizas.

—Reconoce que estabas deseando comprarlo.

—Está claro que eres un especialista.

—¿En encontrar verdaderas joyas históricas?

—En jugar con el deseo de las mujeres.

La mano de Paolo dejó de ceñir su cadera y se deslizó por su vientre, camino arriba, hasta abarcarle los pechos. Se inclinó sobre ella y le susurró al oído:

—Bueno, es que tú me das mucho material... Porque eres ambiciosa y las mujeres ambiciosas tienen mucho deseo dentro. ¿Crees que yo te he estafado? Te has llevado una antigüedad de museo, que tiene todo el aspecto de estar hecha en talleres de la realeza... por un puñado de euros, Mara. Que tú y yo y muy pocos más sabemos lo que te has llevado hoy. Debería darme de cabezazos por lo que he ganado con esto. ¡Este! ¡Este era *il biglietto del lotto*! ¿Cuándo voy a encontrarme con un tesoro igual?

—Un tesoro invendible —puntualizó ella.

—Es verdad que está roto, pero... yo sabía que tú lo apreciarías. Si he hecho un ridículo espantoso a nivel profesional es por lo mucho que me gustas.

Se quedaron un momento mirándose a los ojos y Mara se puso en alerta. Él también le gustaba y mucho. Sentía que podían comunicarse, que tenían una pasión común. Aquella fascinación por las antigüedades, auténticas supervivientes del tiempo. Pero ella vivía en Madrid y él en Roma y nunca había sido una insensata.

—Te guardaré el secreto.

—Más te vale. Y yo te guardaré el tuyo.

Se besaron.

Mara tuvo la impresión de que, con aquella venta secreta y desventajosa era como si Paolo estuviera traicionando a sus jefes de La Coronissima y escogiéndola a ella en su lugar. Pasándose virtualmente a la competencia. Quizá... quizá sí que podía confiar en él.

Los besos de Paolo se hicieron más intensos y sus músculos ganaron fuerza. Se acomodó sobre el cuerpo de ella, que sintió una punzada de dolor en la columna. No pudo evitar estremecerse.

—¿Te he hecho daño?

—No... está bien. Me duele un poco la espalda, nada más.

No quería pensar en nada que no fueran sus manos, que tantos muebles habían examinado y acariciado. De mango y sándalo, de palo de rosa, ébano, avellano y abedul.

Volvió a sentir los deliciosos efectos de su cuerpo masculino, de su tensión y de su peso, moviéndose en ella y sobre ella, en el trabajo de entrega del amor. Estaba dispuesta a tomar aquel placer y aprovecharlo mientras durara, que era como debían aprovecharse las cosas.

Sus ojos, entrecerrados por el goce, se pasearon por la superficie del escritorio. Gracias a él, toda la habitación olía como a madera intensa e imperecedera. Con un aroma penetrante a selva que te entraba en los pulmones, pero moraba luego en la cabeza, evocando un mundo entero.

A veces hay misterios que aparecen como maderas sin dueño, que flotan río abajo. Como muebles arrastrados por el mar, tras un naufragio.

Como ahora se sentía con Paolo, en el placer, a la deriva.

Nunca sabe uno cómo acuden al encuentro las historias.

Las vacaciones

—Si tuviera esas vacaciones no sabría ni qué hacer con ellas... Así que mañana a primera hora estaré entrando por esa puerta.

Se había tenido que levantar de la cama para coger el teléfono móvil, que estaba dentro del bolso, en el salón. Había envuelto su cuerpo desnudo en un caftán de seda con aplicaciones de terciopelo que permitía adivinar, entre transparencias, sus formas de mujer madura.

—¿Seguro que estás bien? —Era Fabiola, su ayudante, al otro lado de la línea—. ¿Con el coche de siniestro total?

Mara resopló y levantó la pierna, mostrándola por la abertura del caftán, hasta apoyar el pie en el sofá. Se pasó la mano libre por los rizos de la melena para colocarlos. Paolo, aún acostado y envuelto en las sábanas, no le quitaba ojo. Un amante que espera.

—Fabi, ¿cómo ha ido todo? Respecto al año pasado...

—Menos mal que imprimiste por duplicado porque no ha quedado un catálogo. Víctor se pasó esta mañana para el desmontaje y las furgonetas ya están terminando de cargar.

—Pues mañana nos vemos y me lo cuentas todo. ¿Vale? Ánimo con el cierre. Un beso... Sí, sí, hasta luego.

Colgó el teléfono y suspiró. Paolo sonreía con malicia desde su posición y movía el dedo en círculos, dibujando sobre las arrugas de la cama.

—¿Quieres un café? —preguntó ella.

—Claro.

—¿Cuándo te vas?

—En un par de horas.

—Te llevo.

—¿Podrás conducir?

Mara le sacó la lengua y se fue a la cocina. El caftán era tan ligero que se abría alrededor de sus piernas al caminar, ceñido por una cinta de raso a la altura de la cadera.

Paolo se levantó y abrió la pequeña maleta de piel negra que estaba en el suelo. El día anterior había ido directamente de Roma a la feria y ni siquiera había pasado por el hotel. Desplegó la camisa de blanco impecable, que se llenó de luz junto a la ventana y Mara se quedó en el marco de la puerta, cruzada de brazos, contemplando cómo envolvía en ella su cuerpo de hombre, trabajado a ratos hurtados en los gimnasios de los hoteles.

Casi pudo sentir el roce del algodón sobre su piel, de una animalidad fragante. Se abotonó

eficaz los puños y luego el frente, desde el vientre hasta el pecho, con dedos disciplinados. Con la soltura casi mágica de lo que se ha repetido mil veces. Tenía las manos de un ebanista, tan finas como tensas. Se le marcaban las venas como lo hacían en el mármol las estatuas de Miguel Ángel.

Los rizos castaños parecieron flotar, ligeros, cuando se los peinó hacia atrás con los dedos. Toda su figura estaba iluminada, a contraluz, por el sol de septiembre, que añadía una pincelada vibrante a los contornos de las cosas.

Plegó la corbata, que ya no le hacía falta, y recogió los pantalones del traje del suelo, allí donde habían caído con despreocupación la noche anterior. Se percató de que ella le miraba fijamente, con descaro, mientras se vestía. Como si le estuviera evaluando. No tardó en estar excelente en el porte, hasta el detalle, con su cinturón de cuero y sus zapatos italianos. Listo para salir ahí fuera, a vender lo que fuera.

—¿Viene ese café o qué?

—Prefería seguir mirándote.

—Eso es que te gusta lo que ves, *bella*.

—Tú te has pasado antes un buen rato mirándome a mí. Mientras hablaba por teléfono.

Él levantó las manos, rendido.

—Igualdad, ante todo.

Ella se volvió hacia la encimera y dio unas vueltas al carrusel de las cápsulas del *espresso*, mientras revisaba la carta de colores y gustos.

—¿Te gusta suave, intenso, aromático... exótico?

—Sorpréndeme.

—¿De Brasil, de Guatemala, de Etiopía, de la India... de Indonesia?

—Solo un café, *per favore*.

—Densas notas aterciopeladas de tabaco curado... —leyó en la carta.

—Suena perfecto.

La abrazó por detrás y Mara sintió la fina capa de seda, como una gasa que se adhería a su piel. Era casi como una tela de araña. Podía sentir las manos de Paolo acariciándola como si aún estuviera desnuda. La apretaba como si quisiera exprimir aquellos últimos instantes, intentando aprovecharla, deseando todavía un poco más de ella. Metió la cápsula en la máquina de café, que empezó con su ronroneo característico.

—Deberías hacerle caso a los que te dicen lo de las vacaciones.

—Vamos, Paolo... ¿tú también?

—A riesgo de ser pesado...

—Ya sabes que no puedo permitírmelo.

—Si no puede una mujer como tú, ¿quién puede? Dime.

—¡Tengo muchas cosas que hacer!

—Vamos, Mara, mírame... Mírame, anda... —Le dio la vuelta despacio y ella apoyó las manos contra la encimera que tenía detrás—. Todo ha salido bien en la feria, ¿no? Te lo acaban de decir.

—Ajá...

—Has hecho tu trabajo y ha salido perfecto. No hay excusa posible. Ahora mismo ya no hay nada que hacer...

—¿Que no hay nada que hacer? Paolo, ¿tú sabes el lío que hay después de un evento así!

—Nada que no puedan resolver tus chicos de la oficina. Es tu turno de descansar, de pasártelo bien y de cuidarte esa espalda. ¡El que no sabe cuando parar es casi tan malo como el que nunca trabaja!

—¿Es que tú no tienes trabajo? —dijo ella, tentativa.

—No pienso hacer nada en absoluto. Me voy a la playa. A la costa amalfitana a comer *frutti di mare* con limón. A ver barcos y pueblitos de casas colgadas de las montañas. A ti también te encantaría. —Tomó un sorbo del café hasta que apuró la espuma—. Deberías venirte.

—¿Qué dices, hombre?

Él se inclinó un poco hasta su oído.

—Y se hace el amor que es inolvidable si vas con alguien que sepa.

Mara bajó la cabeza hacia un lateral, buscando escapar un poco de él. Procurando pensar. Inolvidable era la palabra clave para quien no tenía vacaciones nunca. Lo bueno pasaba tan poco que, cuando al final llegaba, dejaba una huella muy profunda.

Así había sido su primer encuentro con Paolo, cuando su perfume se había adentrado tanto en las sábanas que ella había pensado que ya no habría nada que pudiera quitárselo. Y su olor a hombre, que le pertenecía de forma única como una marca personal. Sabía bien que los recuerdos eran mucho más difíciles de lavar que las telas.

Irse de viaje con él. Generar recuerdos. Encontrar lo permanente, frente a la rueda trituradora de lo instantáneo. De eso iban verdaderamente las vacaciones, ¿no?

—Paolo, no creo que pueda hacerlo...

—Vamos, Mara, tú eres como yo. Hay que encontrar los huecos. Estamos en septiembre y el mundo entero está trabajando. Ellos ya se han ido en agosto mientras tú y yo nos quemábamos las pestañas con todo este tinglado. Yo estoy solo y tú estás sola. ¿Qué más hace falta?

«Hay que ser práctico —pensó Mara—. Lo que dure».

Sonrió como una niña traviesa antes de soltar las palabras.

—Venga. Al cuerno.

Las facciones de Paolo se llenaron de vida. Aún no podía creer que hubiera dicho que sí.

—¿De verdad?

Ella asintió, nerviosa.

—Pues tienes media hora para hacer la maleta y meterle todos los trapos de verano que tengas. Para una semana.

—¿Crees que todavía hay billetes?

—A Roma sale un avión cada hora. Y en primera clase tienen seguro.

—Esto es una barbaridad.

«Al mar Tirreno con un empleado de la competencia».

—Voy a llamar a Batanara. —Paolo se dirigió al salón a por el teléfono fijo—. Y les voy a decir que te vas. Que te vas. Que te vas...

Ella le siguió, con el caftán flotando tras sus pasos.

—¡No! ¡Espera! Ya hablo yo con ellos.

Se sentó en el sofá, desbordada por lo que acababa de decidir. Aquello era más excitante que cualquier acuerdo comercial que recordara.

En la cola del mostrador de la Terminal 2 Mara todavía estaba haciendo las llamadas de teléfono.

—¿De verdad podréis apañaros?

—Claro que sí, Mara. Si lo gordo era lo de la feria. Ahora solo queda recoger y servir los pedidos...

Al otro lado del teléfono, Fabiola tapó el auricular y susurró a Víctor.

—Que dice que se va de vacaciones...

—No puede ser ella. Es una broma telefónica.

Volvió a destaparlo.

—Tú solo vete y olvídate de todo.

—Bueno, me llevo el móvil, ¿eh? Cualquier cosa me llamáis. Y acordaros de cerrar la reunión con la mujer de ese futbolista nuevo... esta misma semana. Que ese chalet tiene más metros cuadrados que La Zarzuela.

—Tú a disfrutar de la pasta casera. Y de los monumentos. ¡Acuérdate de enviarme la foto desde Positano! Y dice Víctor que si puede ir contigo.

«Que si puede ir con nosotros, más bien —pensó Mara. Paolo estaba a su lado, con los billetes en la mano, uno de ellos de primera clase—. Si supieran que me voy con alguien de La Coronissima...».

—Os traeré algún vinito.

—Ay, sí, que sea blanco. Ya puedo verte como Audrey Hepburn, con tus gafas de sol y tu pañuelo amarillo de flores. Como ayer.

Mara se quedó callada al descubrir que su plan de pasar desapercibida en la feria había fracasado por completo. Probablemente, todo el mundo la había reconocido. Repasó mentalmente las situaciones del día anterior, buscando las que podían haber sido embarazosas. Se vio a sí misma bajo el cartel del expositor, observando desde lejos, fingiendo ser una figura anónima que pasaba por allí... Mientras sus empleados aparentaban normalidad. A saber qué habrían comentado después...

Ya daba igual. ¡Se iba a Amalfi de vacaciones! Ahora que se había hecho a la idea, respiraba entusiasmo y ganas por todos los poros de su piel.

—Ya hablaremos a la vuelta.

—Todos pensamos que estabas muy guapa... —musitó Fabiola, incómoda.

—Gracias. Nos vemos. *Ciao*.

Les había tocado el turno en la fila y la empleada de la aerolínea, con su moño tirante y su maquillaje impecable, la miraba desde el otro lado del mostrador en espera de la documentación. A Mara siempre le había intrigado cómo es que aquellas mujeres conseguían mantener el tipo a cualquier hora del día o de la noche, atendiendo uno tras otro a los viajeros exhaustos y estresados, sin perder un ápice del decoro y la paciencia. Le tendió el DNI para que lo inspeccionara y luego levantó la maleta y la puso en la cinta transportadora.

La chica miró el documento e introdujo los datos en el ordenador. Después de unos segundos, frunció el ceño.

Volvió a meter los datos uno a uno y se quedó callada. Se llevó la mano a los labios. Más

segundos, que se hicieron interminables.

—¿Pasa alguna cosa?

—Un momento, por favor.

Mara resopló. Cuando había *overbooking* era un fastidio. ¿Por qué tenían las aerolíneas que vender más asientos de los disponibles? ¿Acaso vendía ella muebles que no existían? Batanara no prometía a nadie mesas ni armarios fantasma. «Mire, es que su sofá, ese que compró ayer, ya se lo ha llevado otra persona. Hemos vendido de más, por si acaso». Pues lo mismo pasaba con los asientos. Ahora les pasarían a un vuelo por la tarde o a otro que, para ir a Roma desde Madrid, tenía que desviarse hasta Londres.

—Esperen a un lado, por favor. Tienen que hablar con mi superior.

La mujer llamó por teléfono.

—Hola... Tengo aquí a... Mara Ulloa Roibás y a Paolo Caccini. Sí... Sí, aparecen en la pantalla. Les diré que esperen hasta que todo se aclare.

—¿Qué...? ¿Qué pasa?

Paolo estaba tan desconcertado como ella.

—Será un malentendido. Ahora lo explicarán.

Dos hombres de uniforme se acercaron, con paso firme y las manos sobre las porras. Mara estaba paralizada, deseando con todas sus fuerzas que pasaran de largo. Eran de la policía del aeropuerto.

—Me temo que tendrán que acompañarnos.

El cuarto tenía los estores bajados para poder interrogar a los detenidos. A los que intentaban pasar la droga de contrabando en sus equipajes. A los que buscaban colar los explosivos en polvo, escondidos en las suelas de los zapatos, o los líquidos inflamables en los botellines de agua. A quienes viajaban con documentación falsa, con pasaportes cuyas fotografías no se correspondían con los nombres. A los sospechosos de terrorismo que habían dejado extrañas bolsas de papel en las papeleras.

Allí es donde esperaban sentados, en sillas de plástico marrón adosadas a la pared, Mara y Paolo como si fueran dos delincuentes. Con las maletas a sus respectivos lados. El olor a sudor y a cerrado era asfixiante.

Ambos permanecían impertérritos bajo los fluorescentes. Él estaba inclinado hacia delante con los codos sobre las rodillas, frotándose con la mano sus rasgos de guaperas italiano. Tan bellos como tramposos.

—Te aseguro, Mara, que no tengo ni idea de dónde sale esto.

Ella no podía mirarle a la cara. Por supuesto que lo sabía. El policía había mencionado las palabras malditas, las más temidas para cualquiera dentro del negocio del mueble: tráfico de antigüedades.

Aquella actividad criminal movía hasta cinco mil millones de euros al año y saqueaba el patrimonio de lugares como Siria o Irak. Llevando de contrabando las joyas arqueológicas, escondidas de mano en mano, a través del desierto. Cada cambio de mano una mordida, un secreto y un delito.

En las redes cuidadosamente tejidas participaban todo un conjunto de agentes cómplices, un

reparto en el que cada uno tenía su papel: ladrones, conseguidores, peritos, marchantes, casas de subastas que hacían la vista gorda, anticuarios de pocos escrúpulos, dispuestos a falsificar los certificados de origen y, sobre todo, en el último eslabón de la cadena, propietarios ambiciosos. Gentes con dinero a las que se les hacían los ojos chiribitas con aquellas maravillas únicas a bajo coste. Ellos, los consumidores, eran los protagonistas. Aquellos para los que se montaba todo lo demás.

¿Quién no daría su mano izquierda por tener un friso de los tiempos de Alejandro Magno? ¿Una corona colgante de gemas visigodas? ¿Una estatua, aunque fuera pequeña, de la ya perdida para siempre Palmira? Aquel negocio de escala mundial era el que corrompía por completo las estructuras de todo aquello sobre lo que Mara había construido Batanara. Era el reverso oscuro, la sombra a evitar.

Y ahora aquellas palabras malditas, «tráfico de antigüedades», amenazaban con adherirse como la peste al nombre de su casa. A la marca que tanto le había costado edificar.

Miró a Paolo de reojo. Desde luego, se la había jugado bien. Ambos sabían que el nombre de la marca lo era todo. Si aquello trascendía a la prensa o a la gente del sector, ¿cómo iba a recuperar la confianza de sus proveedores y de sus clientes? Aparecería en una lista negra, con una enorme cruz. Aquel tipo de dudas, una vez sembradas, eran como la cizaña que destruye poco a poco las cosas. Si aparecía en internet o en las redes sociales, Batanara estaría condenada. Más que listas de contratos y ventas cerradas, lo que Mara llevaba trabajando todo aquel tiempo se resumía en una sola palabra: reputación.

¿Cómo había podido confiar en un hombre como Paolo, al que no conocía de nada? Del que solo sabía que tenía buenas palabras, un perfume intenso y un puñado de trucos en la cama.

Respiró profundo y no tuvo más remedio que mirarse en esa especie de espejo interior que era la conciencia. La culpa había sido de ella y de nadie más. Había caído en la tentación.

No era más que uno de esos clientes frívolos, que no pedían certificados ni papeles ante la oportunidad de oro. «No pasará nada», «en realidad no es para tanto», «seguro que todo está correcto», «total, por una vez»... Había tenido, por veinticuatro horas, la fantasía de ser una duquesa o una de los Windsor. ¡Qué absurdo!

Tendría que haber sospechado que, si aquella pieza estaba fuera del circuito, no era porque el *maravilloso* Paolo se la hubiera guardado a ella *porque sabría apreciarla*, por amor al oficio y por lo mucho que le gustaba... sino porque algo muy turbio se cernía sobre ella.

Cerró el puño y se dio pequeños topes en la frente, con rabia contenida. Paolo, en cambio, no tenía nada que reprocharse. Había hecho su trabajo con matrícula de honor.

—¿Sabe usted por qué está aquí? —El inspector llevaba una carpeta en la mano. Se dirigía directamente a Paolo.

—No tengo la menor idea.

—¿Es usted marchante?

—Soy un agente independiente, sí.

A Mara se le erizó el vello de la nuca. ¿Cómo que independiente?

—Por lo que veo, antes trabajaba para una gran empresa... La Coronissima. Hace más o menos un año.

—Es verdad. Pero ahora me he puesto por mi cuenta.

Mara no quería seguir escuchando. Aquello pintaba cada vez peor. Tenía solo dos

explicaciones y ninguna buena: o bien Paolo era de verdad un mangante de poca monta... o bien seguía trabajando para su mayor competidor, solo que ahora con los métodos propios de la auténtica mafia.

—Estamos siguiendo la pista de una pieza de mobiliario. Este de aquí es Pablo Solís, nuestro experto en patrimonio.

—Por lo que nos ha llegado de la Interpol se trata de un escritorio colonial del siglo diecinueve.

Mara dirigió la mirada a los papeles del agente. A través de la carpeta de plástico podía ver las fotos del mismo mueble que guardaba oculto en su habitación.

—¿Cuál es el problema?

—Hay una denuncia por robo.

Mara cerró los ojos. Sus sospechas se confirmaban una tras otra.

—No tenía ni idea.

—¿Admite que lo tiene, entonces? Dicen en la feria que le vieron salir con él. A usted y a la señorita Ulloa.

—Lo tenía... Pero ya no.

Mara se tensó en el asiento hasta que la espalda se le puso tan dura como el trozo de plástico.

—No me dirá que también se lo han robado.

—Lo he vendido. Igual que otras piezas que llevé a la feria. Se me dio bien...

—¿Puede decirme a quién se lo vendió?

Ella respiró profundo, en espera del golpe. Tendría que ir al chalet y permitir que le confiscaran la pieza. Y contratar a un buen abogado, a un buen relaciones públicas, a un especialista en reputación corporativa...

—No puedo decírselo. Es un particular y no puedo dar los datos de mis clientes. Es información confidencial.

—Pero se lo pide la policía...

—Mis clientes confían en mí. No puede usted llegar a la casa de unos señores de bien, echarles la puerta abajo y llevarse sus cosas así como así. Tengo mis papeles en Italia y está todo en regla. Por lo que a mí respecta, esa denuncia de la que habla puede ser perfectamente falsa. Le recuerdo que estamos tratando con países tercermundistas.

El inspector alternó la mirada entre los ojos azules de Paolo, su pasaporte, la carpeta con la denuncia y la maleta de fin de semana. Estaba claro que no iba a poder sacarle mucho más.

—Trasladaré el caso a mi colega en Roma para que se asegure de que presenta usted esos papeles. Le doy quince días.

Mara se levantó y se cruzó el bolso en bandolera. Cuando iba a agarrar su maleta por el asa el inspector se dirigió, por primera vez, directamente a ella.

—He comprobado que es usted la administradora principal de una empresa del sector... Batanara Decoración S. L. y que se dedica a la importación y exportación de... —leyó en el documento— mobiliario por encargo y piezas únicas. Espero que entienda que he tenido que dar parte a mis compañeros de aduanas.

—No puede usted poner bajo sospecha a mi empresa —protestó ella— solo porque alguien haya dicho que me vio junto a ese mueble.

—Es solo una medida de seguridad. No puedo arriesgarme a que esa antigüedad desaparecida

vaya a salir del país...

—Escúcheme bien. En veinte años... en veinte desde que la abrí, Batanara no ha hecho una sola compra o venta que no fuera estrictamente legal.

—Entonces no tiene usted de qué preocuparse.

Cuando salieron del cuartucho, con las maletas rodando, Mara soportaba tanta tensión que sentía la columna rígida. Como si se la hubieran escayolado.

—Mara, escúchame un momento...

—Ni se te ocurra acercarte a mí, Paolo.

—Yo no sabía nada de esto.

—Eso es exactamente lo que diría cualquier traficante. ¡Y tú lo sabes!

—¡No por ello deja de ser cierto!

—¡No podías hacerme nada peor!

—Ya has visto que no he dicho una sola palabra sobre ti.

—Espero que al menos me devuelvas el dinero.

—Si eso es lo que quieres, por mí no hay problema.

No era lo que quería. Quería conservar el mueble en su casa, donde estaba. Quizá podría hacer una oferta al denunciante, si es que no tenía valor sentimental. Si se trataba de uno de esos clientes que acumulaban antigüedades por capricho y se cansaban de ellas en un par de temporadas.

—¿De verdad tienes los papeles?

—No.

—¿Cómo que no? ¿Es que le has mentado a la policía? ¿A qué estás jugando, Paolo? ¿Es que quieres acabar en la cárcel?

—¡Cálmate! Aquí nadie va a ir a la cárcel. Solo necesito un poco de tiempo... A mí el mueble me lo vendió un particular, desde Indonesia. Lo mismo se trataba de una herencia, no lo sé. A veces pasa, que se muere alguien y los herederos tienen que vaciar la casa y no saben ni lo que tienen ni de dónde salió. Ya sabes cómo funciona esto. Nadie sabe de dónde salen las cosas ni lo que valen ni nada. La gente de a pie no tiene facturas, ni libros contables, ni certificados. ¡Y menos si son balineses!

—¿Por qué no me dijiste que ya no trabajabas para La Coronissima?

—No me preguntaste, ¿recuerdas? Estabas tan ansiosa por llevarte el escritorio que a ti misma no te importó quién lo vendía ni cómo.

—Me has metido en un lío enorme. Eres un estafador.

—Estoy empezando y tengo que buscarme la vida. Fuera del circuito, donde no hayáis mirado los grandes. Es difícil, pero no soy un delincuente...

—Espero por tu bien que lo resuelvas y encuentres algo que darle a la policía.

—Descuida, sé cuidarme solo. No hace falta que te preocupes por mí.

—Pues ¿a qué esperas? Vete ya, no sea que pierdas tu avión a Roma.

Paolo se quedó mirándola, con los labios fruncidos y el puño apretado alrededor del asa de la maleta.

«¿Qué?», se preguntaba ella. No pensaría que se iban a marchar juntos a la costa después de

todo lo que acababa de pasar...

Tras unos momentos de indecisión, él se dio la vuelta en dirección a las colas de seguridad. Mara también se dio la vuelta y se marchó del aeropuerto, cruzando las dobles puertas automáticas y arrastrando su enorme maleta en busca de un taxi.

Abrió el maletero del primero que encontró, metió la maleta y cerró de un golpe, dejando desconcertado al conductor, que ya se había bajado para ayudarla. Este volvió corriendo a sentarse al volante, deduciendo que la clienta tendría mucha prisa.

—Dígame dónde la llevo.

Ella se pasó las yemas de los dedos por los párpados, intentando recomponerse. Una, dos, varias veces. Pero las lágrimas se empeñaban en volver.

«Lléveme a la costa amalfitana. Y a Positano y a Pompeya. Por favor».

Sollozó sin remedio, dejando al fin que se desbordaran las lágrimas. Aspirando el aire con esfuerzo.

Sentía cómo le ardían las mejillas. Era como si un torrente acabara de liberarse. No solo el de aquel último estallido, por la violenta discusión que había tenido con el hombre cuyo calor sexual había compartido no hacía ni veinticuatro horas. No solo por el miedo que había pasado en aquella habitación, frente a los agentes, sin saber qué iba a pasar... Le daba la impresión de que se trataba de la tensión, el cansancio y el desgaste de meses. La imposibilidad de relajarse ante un mero capricho. La condena de tener que ser fuerte todo el tiempo... y la necesidad de unas vacaciones que no llegaban nunca.

El taxista esperó unos segundos. Luego abrió la guantera y tiró del primer pañuelo de una caja.

—Perdone, es que yo... —Mara respiraba de forma entrecortada. Sacudiéndose aquella desdicha tan escandalosa del rostro.

—No se preocupe. Los aeropuertos son lugares difíciles. Gente que se despide, que llega y que se va...

—No... es que yo... No sé.

—¿Dónde quiere que la lleve?

—A ningún sitio.

No quería volver a su casa. Ni a la oficina ni a la maldita feria. A ningún sitio.

—¿Entonces?

—Perdone. Me he equivocado parándole.

—Pero ya he bajado la bandera, señora, y...

Con la mera acción de abrir el bolso y la cartera, Mara volvió a su ser. Como si fuera un ritual mágico.

—Dígame qué le debo.

—Nada, nada... coja su maleta y márchese. No se preocupe.

Se bajó del taxi, sacó la maleta de nuevo y se subió a la acera. Estaba dando bandazos. Tenía que tranquilizarse.

Hizo una breve búsqueda con el móvil, a través de un portal especializado en comparar los precios de los vuelos, con distintas compañías, hasta encontrar el destino que andaba buscando.

Cruzó de nuevo las puertas automáticas y acudió, como anestesiada, a los monitores de salida. El vuelo a Ámsterdam, con KLM, salía a las cinco de la tarde. Y la conexión a Denpasar, en Bali, lo hacía a las ocho.

Se dirigió hacia el mostrador de venta de la aerolínea holandesa.

Al menos aún podía confiar en su tarjeta de crédito. Eso sí que era algo que nunca le fallaba.

Batanara

«*Koninklijke Luchtvaart Maatschappij*», leyó Mara en la revista de a bordo.

El neerlandés parecía el infierno. ¿Cómo podía nadie entenderse en una lengua tan repetitiva? ¿Puede la «pp» pronunciarse de alguna manera que no sea como una «p» normal? Suerte que para el resto del mundo era tan solo KLM y no *Koninklijke*... lo que fuera.

Puso el móvil en modo avión porque ya estaban a punto de despegar. El último mensaje había sido, cómo no, de Paolo.

La dirección era muy corta, como debían de serlo todas las de Bali. Al parecer era la de la persona que había puesto la denuncia y había sido facilitada por el inspector italiano. Imaginó a Paolo escribiéndola justo antes de apagar también su móvil. En un avión a Roma, mientras que ella iba rumbo al sudeste asiático.

En la revista de la aerolínea se anunciaba, como parte del entretenimiento hasta Ámsterdam, la última película estrenada de la saga Bond. Las motivaciones de Paolo, como las del agente 007, seguían siendo todo un misterio.

Aún no había decidido qué pensar acerca de él. Podía ser, como él mismo decía, un novato imprudente que estaba dando sus primeros pasos y había metido la pata. Un aprovechado que quería sacarse unos dineros libres de impuestos a costa de una vieja conocida... O bien un excelente espía corporativo. Un rastrero que utilizaba sus dotes de seductor para ganarles la batalla, bajo manga, a quienes seguían siendo sus jefes.

Suspiró y tuvo que rendirse a la evidencia de que la segunda opción no parecía muy creíble. ¿Tan inteligente y falto de escrúpulos era Paolo como para hacer algo así? Pero, sin duda, ahora mismo estaría empleando todos sus recursos para intentar salir airoso del problema. Y ella tenía que concentrarse exactamente en lo mismo. Tocaba luchar y salvar todo aquello que Batanara significaba, que era mucho.

Le vino a la mente la imagen del enorme rótulo de letras mayúsculas, bien iluminado, que había encargado para la feria: BATANARA.

El nombre siempre le recordaba a la abuela. Fue con el dinero de su herencia que pudo pagar su primera tienda, los viajes a proveedores, las colecciones para convencer a sus primeros clientes... de que iba muy en serio y con todas sus fuerzas.

La casa de la abuela, en la Costa da Morte gallega, tenía un batán, que era como un molino de agua para hacer los paños más densos.

Mara se acordaba bien de los años en que sus padres, pequeños empresarios afincados en

Madrid, la enviaban a ella y a su hermano a pasar allí los meses estivales. Dejando atrás el calor sofocante de una Madrid asfáltica, la invadía una intensa sensación de frescor y libertad cuando se apeaba del tren, en el arcén de la estación, donde parecía soplar un viento que venía directamente del macizo galaico y se comunicaba sin trabas con el litoral. Siempre tenía que llevar una rebeca en el vagón para aquel primer momento en que pisaba Galicia.

Allí podía bañarse en el río, leer, chinchar a las vacas del vecino con una rama, por los huecos abiertos a través de la valla, que los propios chavales se encargaban de ensanchar año tras año. Acudía a las verbenas donde se hacían los estofados de ternera y tomate recién arrancado, con cazuelas enormes de donde salían las escudillas para el pueblo entero. La gente llegaba con sus cuencos, las tazas y los vasos y comía con las manos. La banda de música tocaba toda la noche, al principio con más tino, después desafinando hasta que ya solo quedaba el puñado de los de siempre, soltando alaridos y demostrando lo mucho que aguantaban. Cumpliendo su función de molestar porque la verbena, sin ellos, no parecía auténtica del todo.

Allí, su hermano Roberto y ella se pasaban las horas muertas del verano, con los otros chavales, en la peña improvisada que habían montado en un almacén vacío. Donde podían crear su mundo propio, separado del de los adultos. Con las pacas de heno envueltas en sábanas, dando forma a las colinas. Con el barco pirata hecho a partir de una barca de río y la torre del castillo, que no era más que una escalera alta cubierta de colchas viejas, por donde uno podía asomarse y gritar ¡auxilio!

Las casas eran antiguas, con sus tejas grises destartadas, y las cuevas estrechas, de adoquines. Tenía uno que caminar mirando al suelo para no matarse y con las manos puestas por delante por si acaso caía de morros. El olor de la madera, siempre ardiendo, aunque fuera verano, en aquellos días en que las barbacoas aún no estaban prohibidas y las señoras mayores cocinaban en grupo, en el campo, dejándote la ropa ahumada para todo el verano. Recordaba el olor de la madera, también, de los árboles de Galicia. Y ese mismo olor dentro de las casas, desprendiéndose de los muebles oscuros, rústicos, que a falta de pinturas, esmaltes o barnices olían, pura e intensamente, a madera.

Nunca desde entonces había encontrado muebles que olieran tanto a bosque, a resina y a tierra.

Recordaba también aquel año en que uno de sus amigos habituales le había dicho lo de «vamos a la peña» y ella le había contestado: «No. Vamos al río a bañarnos».

La ropa interior había quedado empapada y reveladora y, a veces, los pasos siguientes parecen ineludibles. En la adolescencia es cuando parecen brillar con más certeza que nunca después en la vida, donde las decisiones se ven enturbiadas por pensamientos grises, por tensiones contrapuestas, por miedos y dudas, daños colaterales, excesivas reflexiones. «Todo es tan complicado...». No así en la juventud, en la que el sexo se muestra, a menudo, tan solo como lo que es: incandescente y febril, vibrante, extraordinario. Un puro regalo de la vida. Como el agua clara del río bajo el sol.

Recordaba esa sensación de probar, de ceder y de entregar partes de sí misma. La mezcla de miedo, de transgresión y de tránsito, sin vuelta atrás. El juego de quitarse mutuamente la ropa. La suavidad de las piedras fluviales al mediodía, calientes bajo los cuerpos desnudos. El olor inolvidable de la madera en los árboles de la espesura cercana.

La sensación, tan corpórea como íntima, de estarse enamorando irremediablemente.

Aquella tarde había vuelto a casa con la ropa arrugada y puñados de secretos en los bolsillos.

Tabúes rotos, cosas que se suponía que no tendría que haber hecho. Su primera experiencia espía, con su primer cómplice en el robo de los tesoros del éxtasis.

Al verla llegar así, con retraso y la boca muda de explicaciones, la abuela no hizo preguntas. Simplemente la llevó al patio y le enseñó cómo funcionaba el batán, aplastando las telas para hacerlas más tupidas, con sus enormes mazos movidos por el mismo río que, más arriba en su cauce, había sido testigo de todas sus acciones prohibidas. Con aquel «otro» ajeno a la familia, intruso delicioso en su vida.

Le fue contando todos los detalles de la sierra hidráulica, el lavadero, el molino de grano... Le hizo ponerlos en marcha con sus propias manos y le explicó cómo lidiar con los carpinteros, que venían a alquilarlos por unas monedas, y cuál era el precio que debía exigir por el uso de los mismos. Cómo debía oponerse y negociar la oferta inicial. Cómo cerrar un acuerdo ventajoso.

La abuela le enseñó, antes de que cayera el sol, todo lo necesario para que prosperara un negocio. Como seguramente habían hecho todas sus antepasadas cuando a una niña ya se la consideraba algo más.

Allí fue donde Mara dio los primeros pasos de su camino. De la mano de un niño, que ya era hombre, y de su querida abuela.

Batanara no era solo un nombre vacío.

Para ella representaba todo lo que, de valioso, tenía en su vida.

—¿Podría al menos dejar aquí las maletas?

En la recepción del hotel eran estrictos: la entrada en las habitaciones no estaba permitida hasta las tres de la tarde.

El resort de lujo contaba con suficientes zonas de descanso como para amenizar la espera. Desde sus balcones, terrazas y bares se veía el mar, en tres colores bien diferenciados: una infinita banda azul marino al fondo; una turquesa, tan luminosa y clara que a veces se transparentaba y se adivinaba la arena de debajo; y un ribete de espuma que era como nata batida frente a los parasoles de paja, que albergaban las tumbonas y las zonas de masaje.

La brisa tropical la envolvió inmediatamente y, aunque sabía que era imposible, su nariz engañada le trajo el fuerte olor de los bronceadores de coco, desde algún lugar de los años ochenta.

En el propio hotel los edificios se conectaban mediante una red de puentes y plataformas, que cruzaban por encima de muchos metros cuadrados de jardines. Una selva domada con disimulo. Con la dosis exacta de caos y de orden.

Sobre los lagos repletos de nenúfares se habían construido las plataformas con los adornos para las bodas por el rito balinés, que muchas parejas de todas las edades venían a celebrar a la isla. Los jarrones blancos a rebosar, los arcos decorados de jazmín indonesio y las sillitas alineadas daban a entender que ese mismo día se celebraría alguna.

—Tenemos un cuarto para su equipaje hasta que la habitación esté disponible.

Mara asintió, con cansancio acumulado. No podía uno elegir a qué hora llegaban los vuelos. Se metió dos chicles de menta en la boca. Tenía que buscarse algo que hacer, hasta que le dieran la preciada tarjeta y pudiera, por fin, meterse en la cama.

—¿Puede alguien llevarme a la siguiente dirección? —Tendió a la mujer el móvil, con la

conversación de Paolo abierta. La denunciante del mueble era una tal Senna Beresford.

—Por supuesto, le pediré un taxi.

—Gracias.

Mara se dio cuenta de que, incluso en las vacaciones, no podía quitarse ese vicio de resolver primero lo pendiente.

Ya descansaría después, cuando pudiera.

—Fue hace unos tres meses. Y no fueron unos ladrones vulgares que quisieran vaciar la mansión. No se llevaron nada más.

Senna Beresford tenía los ojos rasgados y oscuros, pero el resto de sus facciones eran occidentales. Era como si una mujer balinesa la estuviera observando a través de una máscara europea.

Su belleza era extraña y mixta, pero desigual en la mezcla. La melena, negra y lisa hasta los muslos, recordaba a la de las princesas de las estampas orientales, que jamás se cortaban los cabellos.

Llevaba un *sarong* floreado, un corpiño fajado en oro y unas sandalias de cuentas turquesas. Le hablaba desde una enorme butaca de ratán trenzado, al más puro estilo colonial, pero la actitud de las piernas cruzadas la sacaba del aparente cuadro étnico y la traía, de golpe, al siglo XXI.

—Y espera que la policía encuentre a la persona que lo tiene...

—Oh. Yo sé muy bien quién lo tiene. Por supuesto que lo sé.

Mara se tensó contra el mimbre, aunque trató de que no se le notara. No tenía ni idea de en qué punto se encontraba su interlocutora.

—¿Y se lo ha dicho a la policía?

—No tengo ninguna prueba y no espero que vaya a admitirlo. Pero el señor De Houtman es así. Se cree que puede tener todo lo que quiera, a base de atropellar a los demás. Si pudiera, se quedaría con la casa y la vendería por piezas. Y con el terreno, por supuesto... Para sumarlo a todo el que ya tiene y convertirlo en más granjas de teca. Que tiene media isla en propiedad y parece que no le bastara nunca...

—¿Es vecino suyo?

Mara pensó que podía estar ante un asunto de lindes, como sucedía a veces en su Galicia natal. Donde la gente era capaz de declararse la guerra por una valla de ganado desplazada unos metros.

Senna sonrió, con ironía.

—No es usted de aquí, ¿verdad? Quiero decir, que no es una *expat* sino una turista. Nunca la he visto en el Biku ni en ningún otro evento...

—Estoy de visita.

—Debería usted hablar con mi asistente, Ketut. Ella le dirá quién es realmente el señor De Houtman. Las barbaridades de las que es capaz. ¿Trabaja usted para la Interpol?

—Soy especialista en mobiliario colonial. —Mara abrió el bolso y sacó una de sus tarjetas de visita—. Tengo una cadena de muebles exóticos en España y trabajo también las piezas únicas. Un colega me dijo que la suya era excepcional...

—Bueno, ya ve que no le servirá de nada. El mueble ya no está aquí.

Mara prefería no decir nada más por si llegaba el momento en que tenía que lanzar una oferta

de compra, que liquidara el asunto. Parecía claro que el tal De Houtman se había llevado el mueble y se lo había encasquetado a Paolo, bien directamente o a través de un intermediario.

—¿Cómo sabe que no fue un balinés cualquiera, necesitado de dinero?

—Eso es muy improbable. Cuando lleve algo más de tiempo aquí se dará cuenta de que entre los balineses es muy raro el robo o cualquier otro desafío a la autoridad.

«Quizá se les hayan pegado los defectos de los occidentales, como ha pasado con usted». Mara tenía sed y se le habían acabado los chicles, pero Senna no le había ofrecido nada de comer ni de beber. Parecía una mujer acostumbrada a ir directamente al grano.

—¿Por qué iba un hombre con tantas tierras a...?

—Willem y yo tenemos una deuda pendiente, un feudo familiar. Estamos en juicios y pienso ir hasta el final. Aunque tenga que dejarme todo lo que tengo en abogados.

Mara paseó la mirada por la mansión decimonónica. Desde que la había visto a lo lejos, entre los troncos de la selva, le había parecido imponente.

De estilo colonial holandés, tenía dos pisos con sus correspondientes verandas, soportadas por columnas neoclásicas y cercadas con barandillas en forma de huso, que relucían de blanco, como recién pintadas. Ambas se cubrían con un techado cuadrangular y compacto, como un sombrero que tuviera un ala superior y otra inferior, hecho de juncos grises muy prietos entre sí.

El ventanuco de la buhardilla tenía forma piramidal y marcaba el acento superior de la arquitectura, alineándose con la escalinata de entrada, que parecía una gran ola de mar en expansión. Como de espuma blanca sobre la tierra negra.

—¿Es suya la casa?

—Pertenece al Imperio británico, pero luego pasó a la familia.

Sobre la propia Mara, en el techo del salón, había un artesonado de teca antigua, con casetones tallados de flores. Concéntricas como mandalas.

—Es de 1850 —apuntó Senna—. Mi antepasado, Marcus Beresford, fue quien lo encargó y lo hizo montar.

—Es precioso. —Como si un europeo, escuadra y cartabón en mano, hubiera intentado capturar toda la flora tropical de Bali.

Le vino a la mente el árbol atropellado. Aquel ejemplar orgulloso que no había querido dar su tronco a torcer. La madera parecía ligada a todos los momentos importantes de su vida.

¿No era la madera el primer refugio, en la cuna? ¿El lugar de las promesas, al atar los lazos, en el lecho matrimonial? ¿El descanso último del cuerpo, en el funeral? Quizá no éramos más que primates que seguían añorando los árboles. Monos que recuerdan. Monos que sueñan. Que son algo más.

—Al final toda esa madera no causó más que dolor. Yo creo que estaba maldita...

Mara se limitó a enarcar las cejas.

—La sangre y los demonios son cosa seria en Bali —continuó Senna—. Y aquí se mató a uno de los grandes. El mundo busca recuperar su equilibrio como sea.

—¿Eso es lo que usted intenta hacer con el señor De Houtman?

—Sería una especie de justicia, eso está claro. La que se le debía a mi antepasada Julia.

A Mara le parecía que, por primera vez en toda su carrera, un mueble le había llegado ligado a una historia.

Por supuesto, todos venían con sus marcas de vida: arañazos, dibujos de corazones, iniciales,

raspones de mudanzas y grietas. Pero ella se encargaba enseguida de convertirlos en un lienzo en blanco. Cuando los enviaba a restaurar, a lijar, a pintar y a barnizar perdían su historia. Se convertían en meros objetos decorativos, que valían exactamente lo que ponía la etiqueta. Un precio calculado según antigüedad, calidad del material, estado y rareza. Pero ¿cuánto valían las cosas en el corazón de las personas? En los recuerdos todo cobraba una dimensión extraña, que variaba de la nada al todo. Era eso que llamaban el «valor sentimental» y que Mara solo había experimentado en casa de la abuela.

—¿Qué le pasó a su antepasada? ¿A Julia?

—¿Tiene usted tiempo?

Mara consultó el móvil un momento. Aún faltaban varias horas para que le dieran la habitación.

Si en Bali, estando sola y sin planes, no había tiempo... entonces no lo habría en ningún lugar y en ninguna otra época del mundo.

CECILIA
DE HOUTMAN-VERMEULEN

(1850)

Encaje de aguja

La primera regla era la de tener siempre las manos impecables. Así era como aparecía, impresa en negrita y en mayúsculas, en la primera página de cada uno de los números de la revista *Aglai*a de labores.

Las manos de Cecilia estaban sedosas, de frotarse una y otra vez con el jabón de Castilla, de lavarlas sin cesar en la tina, y tenían las uñas muy cortas para no engancharse con el punto en el aire. Había que ser muy cuidadoso con el encaje: sus preciados hilos de lino los encargaba a Bélgica y eran estrictamente blancos.

Deslizó la última pieza por encima de la mesa oscura, ocultando los arañazos y las muescas, como si fuera la espuma cubriente de una ola. Después se separó un poco del borde redondo y se esforzó por aparejar las puntillas, haciendo el cálculo con su buen ojo, de manera que todas quedaran colgando a la misma altura.

El salón ya estaba vestido al completo, impecable. Cubierto por piezas tan pequeñas como el fondo de un vaso y tan grandes como un mantel, para la mesa de invitados. A pesar de todas las protestas de su esposo, Jacob, se había demostrado que todos aquellos metros de tela no habían cruzado el mar solo por capricho.

Lo más urgente había sido cubrir aquellos muebles desastrosos, que habían pertenecido a los anteriores inquilinos. A Cecilia no le había gustado la idea de no poder escoger el mobiliario de su nuevo hogar, pero las piezas de lujo de Rotterdam pertenecían a sus suegros, las habían comprado para la gran casa Houtman que habían construido extramuros, en la esquina de la calle Kruiskade con Kool Singel, y no podía llevárselas. «¿Para qué vamos a comprarnos muebles nuevos aquí y transportarlos en barco hasta allí? Nos apañaremos con los que haya». Jacob tenía toda la razón. Necesitaban el dinero y todo tenía que ser para el nuevo aserradero.

Así que Cecilia había tenido que conformarse con aquellas mesas y sillas de teca, toscas e irregulares, y se alegraba de haber traído varios metros de tela extra para cubrir hasta la última esquina: cojines con trabajos de pasamanería, por donde se descolgaban las lechugas de encaje mecánico; bandas largas, de tul de seda, para forrar las columnas y el cabecero de las camas; y, finalmente, los tapetes más delicados, hechos por sus propias manos, que reservaba para el recibidor, la cómoda, los centros y las mesitas.

Metió en el arca los restos de papel de seda y cuero con los que los había protegido desde los Países Bajos. Aún estaba allí el cajón de viaje, en cuyos tablones habían pintado con brea el nombre del destino: BALI-INDIAS ORIENTALES NEERLANDESAS.

Sintió algo de vértigo y se concedió unos minutos sentada en el suelo, con la voluminosa falda desplegada alrededor. Aún acusaba el cansancio del viaje y la desorientación de aquel lugar extraño. Después de casi ocho meses de barco hacia el este, el matrimonio De Houtman se había apegado a los horarios y las rutinas de su disciplina luterana como si fueran una tabla de salvación.

Aquel había sido el primer día de su nueva vida en las colonias y se habían esforzado porque todo fuera lo más normal posible, pero el propio desayuno les había recordado que ya no estaban en Rotterdam: la leche de almendras había sido imposible de encontrar y el bizcocho de jengibre, que Cecilia había logrado improvisar el día anterior con lo poco que había en la cocina, no le convencía. Aun siguiendo la misma receta, prensando las migas de centeno, el sabor era desagradable. Madya, su joven sirvienta y cocinera, no había podido conseguir canela, la nuez moscada era demasiado fuerte, le daba la impresión de que se habían pasado de pimienta y en lugar de cáscara de naranja habían tenido que utilizar piña seca.

Sin embargo, tanto Jacob como ella habían disimulado en la mesa y habían insistido en que todo estaba excelente. Él tenía que poner en marcha el aserradero y ella debía empeñarse en hacer habitables los dos pisos de la casa.

Se levantó y se acercó a la librería. Eran pocas las cosas que habían conseguido traer, pero se reconfortó mirando los platos de porcelana blanquiazul, con las escenas de los oficios holandeses, desplegados en las baldas superiores. Aquellos eran solamente suyos, se los había dado su madre como regalo de boda, y la ley holandesa era estricta en separar el patrimonio de los esposos. Para ella era como recibir un abrazo de casa, de la lejana Delft.

El resto de la librería la había destinado a sus libros, que habían llegado protegidos en vendas de lino como si se tratara de criaturas heridas para que sobrevivieran al agua salada, los cambios de temperatura y los golpes de decenas de arrieros y estibadores descuidados.

Para la poesía no había nada como el temperamento británico: *El corsario*, de Lord Byron; *La Bella Dama sin piedad*, de Keats; las baladas de Tennyson y Coleridge, y, sobre todo, la colección de William Wordsworth. No recordaba Cecilia haber estudiado a un solo poeta neerlandés durante toda su estancia en el instituto Van Meerten para señoritas de la élite. Ni tampoco haber visto publicado un solo poema en su idioma en el periódico *Penélope* para mujeres. Para ella, como para tantos ciudadanos de los Países Bajos, el neerlandés no era más que la lengua de los negocios mientras que el inglés, del que se copiaba hasta la caligrafía en manuales importados, era la lengua literaria por excelencia.

Solo había una excepción: la poesía para niños de Hieronymus Van Alphen.

Acarició los lomos viejos, de tela verde oscuro y letras de oro, en su edición de 1825. Cómo olvidarla después de lo que pasó en su primera visita a la gran ciudad.

Pieter Meijer Warnars había conseguido abrir su librería en el mismo corazón de Ámsterdam, en plena plaza Dam. Era la espléndida protagonista de la ciudad, compartiendo el lugar de honor con el palacio Real, el ayuntamiento y la iglesia Nueva.

Las floristas y los vendedores de golosinas que deambulaban por la plaza interceptaron a la pequeña Cecilia nada más llegar y enseguida llenaron sus manitas de seis años con caramelos y tulipanes, en la esperanza de que sus ojos azules y suplicantes logran ablandar el gesto rígido de

la institutriz. Esta, sin embargo, no había cedido un ápice.

—Ya sabes lo que ha dicho tu madre. Nada de fruslerías hasta después de comer.

Cecilia jugó a saltar entre los adoquines, atenta para que no la arrollaran los enormes carruajes postales de la oficina de correos. Eran excepcionalmente largos, con varias ventanas, hasta cuatro caballos y dos mayores en el pescante. Cada vez que iban y venían, los cascos montaban un escándalo y las bandadas de palomas salían espantadas.

Aunque la lonja de pescado se había desplazado en los últimos años para destinar la plaza a usos más nobles, todavía llegaba un penetrante olor del embarcadero cercano, una de las muchas ramificaciones de los canales donde se alineaban las barcazas y los pequeños veleros que acudían con el género.

La librería Warnars era la más grande de los Países Bajos y una de las más grandes de Europa. Nada más traspasar la reja forjada y la alta puerta de la calle, la niña se maravilló con los varios pisos llenos de estantes y los tomos apilados hasta los techos, separados apenas por un friso en blanco y negro de pinturas coloniales: fantásticas estampas que mostraban a los reyezuelos de Batavia, cubiertos de parasoles, montados en sus palanquines y porteados por rinocerontes, elefantes y camellos imaginarios y deformes.

A pesar de ser por la mañana, el lugar estaba iluminado con candelabros colgantes y velas protegidas en tulipas de cristal. Lo suficientemente cerca de los estantes como para que se leyeran los tomos, pero no demasiado, para evitar accidentes.

—Quería el *Libro nuevo y sutil tocante al arte y ciencia de bordados y tapicerías, como a otros oficios que se hacen con la aguja*.

La vocecita infantil de Cecilia se había cargado de solemnidad y aliento para la petición. Lo había dicho despacio, tratando de no equivocarse, conteniendo la excitación y los nervios porque aquel era, probablemente, el título más largo que había en toda la librería. De puntillas y apoyada en el mostrador, había interrumpido la conversación entre el vendedor y los compradores. En el preciso instante en que el dinero tenía que cambiar de manos.

Todos los caballeros la miraron. Los hermanos Warnars, bien vestidos con sus levitas y pañuelos impecables al cuello. También el impresor, que negociaba al otro lado. Hasta el mozo que llevaba los palés de los libros, atados con cuerdas.

Detrás de la puerta, la contable detuvo sus quehaceres aritméticos y el golpeteo rítmico del tacón de su botín.

—Tiene un retrato en la portada. De un señor que se llama Carlos cinco —recordó que le había dicho su madre. También había dicho que, con un título como aquel, al autor debían de pagarle las palabras al peso—. Por favor...

Pero ya era tarde. La mirada reprobatoria de sus mayores, incluyendo la de su institutriz, no admitía ni una palabra más.

Los caballeros continuaron negociando el precio de los libros como si no estuviera allí y el tacón de la contable recuperó su ritmo. Se ajustó el sombrerito cilíndrico de visera y continuó escribiendo en el secreter. Cecilia se retrajo del mostrador y se dispuso a guardar el turno. Para aliviar la espera, se dio una vuelta entre los estantes.

El olor del papel se mezclaba con el de los gofres que venían de una pequeña tienda en la parte de atrás. Las cocineras se colocaban delante de la fachada a derramar el líquido en círculos, como si hicieran crepes, sobre las enormes sartenes. Luego pegaban dos obleas con caramelo

líquido y trasladaban el gofre a las planchas con pequeños cuadraditos que les daban su forma característica. Así evitaban el calor de cocinar dentro e intentaban atraer, de paso, a los transeúntes de toda la plaza. A Cecilia se le había hecho la boca agua al pasar por delante y ahora, en la librería, las tripas ya empezaban a protestarle. Quizá la institutriz la llevara al Au Grand Café *restaurant* que estaba justo cruzando la plaza y donde podría sentarse a pedir, por primera vez, como una señorita mayor. A lo mejor podría probar una de las famosas ostras de Zelanda.

Le llamó la atención un libro granate que tenía las letras doradas como recién pintadas. Estaba tan alto que tuvo que entornar los ojos para leer el título: *Los viajes de Gulliver*.

—¿Sabías que hay un país donde la gente tiene este tamaño? —le había dicho su padre, señalándose el dedo meñique—. Y se llaman liliputienses.

—¿De verdad?

—Claro. Viven muy lejos...

—¿Tan lejos como las colonias?

—¡Más todavía! ¡En Liliput!

—¿Podemos comprarnos uno?

El padre se había reído a carcajadas.

—O quizá se lo puedo pedir a san Nicolás... —dijo ella, poniendo los ojos en blanco, haciéndose la inocente—. Dicen que su caballo blanco llega muy... muy lejos. Seguro que puede volar hasta allí. ¿Crees que el liliputiense cabrá en mi botín nuevo?

—Estoy seguro. Pero se va a comer todas tus galletas de canela. ¿Qué harás con él cuando lo tengas?

—Voy a aprender a hacer unos encajes preciosos, como los de mamá. Y lo voy a envolver con ellos, como si fueran vestidos. Y lo voy a pasear en un carrito de bebé. Va a estar guapísimo.

Ahora el libro de Gulliver estaba allí, delante de sus ojos. Allí podría aprender todo lo necesario para cuidar correctamente a un liliputiense y que no se le muriera. Tenía que saber qué darle de comer y tener cuidado de que no cogiera frío. Pero el tomo estaba en un estante altísimo. Fuera del alcance de los niños.

Arrimó un escabel de color verde oscuro, se recogió las puntillas de la falda, y se subió en él con los botines nuevos, lazados, que su madre le había puesto para ir a la capital. Las puntas de sus dedos apenas consiguieron enganchar el borde del lomo y, con paciencia y habilidad, mediante pequeños toques, lo fue sacando hacia fuera. Estaba encajado a presión.

Puso toda su voluntad en ir sacando el volumen del estante. Aguantaba el aliento, se ponía de puntillas, se estiraba hasta sentir el dolor en los brazos, enganchara con los dedos... ¡y otro tirón hacia fuera! Así hasta cinco veces... Hasta que por fin el volumen estuvo suspendido en el vacío y sujeto apenas por las esquinas. Entonces solo tuvo que inclinarlo un poco y ¡pum! Los ejemplares de toda la balda cayeron con un estrépito que la dejó helada.

—¡Cecilia! —gritó la institutriz.

Todo el mundo se volvió a mirar el desastre: esquinas dañadas, páginas dobladas e incluso un desgarrón en la costura de un lomo.

El castigo fue de tres días completos de encierro. Sin ir al Au Grand Café, sin gofres, sin golosinas y sin tulipanes. Por interrumpir y por impaciente. Por faltar a las normas de cortesía. Por perder la compostura. Por no darle la debida importancia al sagrado acto del comercio y, sobre todo y por encima de todo, por curiosa. Tuvo que repetir una docena de veces sus delitos y

jurar que no volvería a cometerlos.

La visita a Warnars se saldó con el libro de bordado y los tres tomos de poesía de Hieronymus Van Alphen. Entre todos habían decidido que *Los viajes de Gulliver*, una sátira escrita por un clérigo anglicano, no era apropiado para una señorita de su edad.

—¡Querida, ven a ver esto!

Ella retiró su mano blanca de los libros de poesía y se asomó a la ventana. Jacob le saludó desde la pila de troncos, ya dispuestos, los primeros de todos, y ella le devolvió el saludo. Parecía un niño entusiasmado, con su ropa de terrateniente. Orgulloso de haber podido poner el aserradero en pie. Por fin algo propio, que no dependía de su familia. Una tierra que habían seleccionado y comprado y puesto a explotar ellos mismos. Su pequeña empresa conjunta.

Todo estaba dispuesto, cada tronco y cada poste, como los alfileres en el cojín justo antes de ponerse a tramar el punto en el aire. También la casa, por fin, estaba decente. Las imperfecciones de los muebles habían sido disimuladas y los alféizares de las ventanas rebosaban de flores, que siempre distraían de los pequeños defectos. Aunque no fueran de tulipanes multicolores, sino de frangipanis blancos.

Una superficie armoniosa y bella era la mayor prueba de que Dios existía y de que, además, era luterano.

Ya todo estaba preparado para recibir y ser recibido.

Esperaba que el trayecto en carruaje hasta la mansión Beresford fuera tan corto como Jacob le había prometido. El cielo estaba cada vez más oscuro y cargado y el olor a tierra húmeda que desprendía la selva presagiaba la tormenta tropical. Se ajustó la capota forrada de tul del sombrero. Contaba con ella para mantener secos los cabellos negros, que recogía en un moño bajo y tirante.

—No estés nerviosa —dijo él. Le tomó las manos, que estaban recogidas en el centro de una falda negra y voluminosa.

Cecilia apretó el abanico brisé de hueso y se abrió los dos botones superiores en el cuello del vestido. Había aprendido pronto que en aquella extraña isla bien podía llover y hacer un calor desmesurado, todo al mismo tiempo.

No estaba nerviosa, sino agotada. Su cuerpo aún se sentía extraño del viaje y no había parado apenas desde el desembarco. Además, el traqueteo del tílburí le estaba dando sueño. No quería tener que pasarse la visita de cortesía dándose de pellizcos para evitar los bostezos.

Sin embargo, el hecho de que la familia Beresford estuviera formada por un hombre viudo y su única hija lo hacía todo mucho más fácil.

Los hombres tenían sus propios protocolos y placeres sencillos: el negocio, el billar, la política, la ciencia y el tabaco. Nunca entraban en lo personal. Las mujeres, en cambio...

Hacía tiempo que había dejado de sentirse cómoda en los salones. No podía aportar mucho a las conversaciones interminables acerca de la botica y las fiebres, de los remedios para aliviar el dolor de los dientes, de si la educación era mejor en inglés, en francés o en ambos, o de si daban más problemas los niños o las niñas. Aunque ya se sabía las respuestas de tanto escucharlas —los

niños antes, las niñas después— no podía participar como una igual. Las mujeres tenían sus particulares maneras de defenderse de las diferentes, de darse la razón en comunidad y de atrincherarse en sus posiciones de poder. Su crueldad, bien lo había aprendido, tenía muchas formas indirectas.

No esperaba que la diáspora de Bali fuera distinta. Le temía a los exámenes y a las revistas. A los cotilleos, los prejuicios hacia la mujer que acababa de pasar la treintena y aún no tenía hijos y al aislamiento que venía inmediatamente después. Ahora tendría que enfrentarse a un nuevo círculo y poner todo de su parte, si querían hacerse un hueco y dar a conocer su negocio. Pero no temía al señor Beresford y a su niña que, al fin y al cabo, pertenecían a mundos diferentes.

Sentado delante iba el cochero, un balinés menudo que equilibraba el tílburí con su peso para que no quedara atrapado en el fango. Los colonos repatriados siempre contaban la misma anécdota, de carros encallados durante horas, esperando bajo la lluvia a que una veintena de campesinos se juntaran para sacarlos y con los caballos agotados bajo los látigos, los gritos y los pinchazos de los espoliques.

El camino estaba exuberante de árboles tropicales. Cecilia veía pasar a los aldeanos con sus azadones y a sus hijos subidos en los carabaos gris oscuro, camino de los arrozales.

Los terrenos de la mansión Beresford eran fértiles y aún salvajes, indistintos de los suyos. Quizá, si en algún momento tenían que expandirse, pudieran hacerle una oferta por sus tierras. Por lo que habían oído él era diplomático y, probablemente, no las necesitara para cultivar.

El carruaje se detuvo bajo un inmenso árbol baniano, una higuera de Bengala con un tronco tan ancho que abarcaba el vehículo desde el morro del caballo hasta la rueda trasera. Sus cientos de raíces aéreas, como lianas finas, estaban bien podadas para evitar que se hundieran en la tierra e intentaran formar nuevos troncos. Parecía que sostuviera una cascada de brotes, ondulada y salvaje, agitándose en el aire. Por detrás de su prodigiosa fronda, como una gran dama asomando tras unos visillos, estaba la mansión Beresford, con su doble veranda de columnas neoclásicas, su porche elegante de butacas y sus mesitas de ratán. Una escalinata blanca daba la bienvenida a sus invitados como una gran ola de espuma que quisiera lamer la tierra negra.

Cecilia esperó a que el cochero abriera la puerta para descender. El botín blanco se hundió un poco en la tierra, adquiriendo un reborde negro de inmediato. «En las colonias tiene una que vestirse y comportarse como si estuviera en Londres o en París, ni más ni menos», era lo que le había dicho su suegra antes de que partieran, pero Cecilia empezaba a sospechar que aquel no era el mejor de los consejos. Sentía ya la humedad en las medias y no podía ni imaginarse cómo sería el terreno cuando empezaran las tormentas. Estaban a principios de noviembre, en puertas de la estación húmeda. Haría bien en procurarse unas buenas botas de caucho, al menos para los alrededores de la casa. Las primeras gotas se deslizaron por el borde de la capota de tul y fueron a caer sobre su mano pálida.

Se arrebujó en su capa de viaje y salió corriendo hacia la casa. Una señora balinesa, mayor y gruesa para la constitución habitual de su raza, se adelantó a recibirla, atándose como podía una banda de tela alrededor del pecho.

—Bienvenida, señora.

—Ayude a mi marido con la caja, por favor.

Entró en la casa y se quitó de un tirón la capa malva, de cuyas bandas de encaje marfil se desprendieron innumerables gotas de lluvia. Como las de un animal que se sacude tras el

chaparrón. El vestido seguía seco, gracias al Cielo divino, que no al humano.

Tiró de la lazada de la capota y se la quitó para comprobar que no estaba arruinada. Algunos cabellos habían escapado al rodete de la nuca y se le revolvían en torno al rostro. La dichosa humedad tenía siempre el mismo efecto, ya fuera en los Países Bajos o en las Indias Orientales. Con el dedo índice enlazó los cabellos sueltos e intentó rizarlos a ambos lados del rostro.

—Tenga cuidado de no resbalar.

A mitad de la balaustrada bajaba un hombre con levita oscura y pañuelo anudado al cuello. El señor Beresford.

Intentó adivinar en sus ojos azules alguna señal de indignación por el desastre, pero él estaba concentrado en que sus botas negras y lustrosas no erraran el paso en los escalones. Bajó la vista, violenta por haber puesto la entrada perdida de lluvia.

—Discúlpeme.

—No se preocupe.

Al llegar abajo, prácticamente le arrebató la capa de las manos y la llevó a la cocina, donde la extendió escrupulosamente sobre una silla. Alisó con cuidado las bandas de encaje, finas como una tela de araña, y las puntillas minúsculas del ribete.

—No entiendo dónde anda Nengah. Esta mujer parece desaparecer siempre en el momento justo...

Lo dijo como una queja que estuviera harto de repetir. Parecía el tipo de reproche que haría la señora de la casa. Seguramente, un viudo como él tenía que ejercer, al mismo tiempo, de hombre proveedor y de gobernanta doméstica.

—Estará ayudando a mi marido con el regalo.

—No era necesario.

—Es lo que procede...

El señor Beresford abandonó la capa, que dio por bien extendida, y se acercó hasta quedarse a la altura de Cecilia.

—¿Y si no procediera? Entonces ¿no traería usted nada?

Cecilia permaneció callada. ¿Qué quería decir con eso?

—¿No traería nada si no fuera por cortesía? —insistió él.

Aquel tono intimidatorio empezaba a ser grosero. Parecía un hombre con muy poco tacto para dedicarse a la diplomacia.

—Sí que lo traería... Pero...

—Parecía que él no iba a conformarse con una simple respuesta educada. Su mirada fija ejercía una presión intolerable.

—Pero lo más razonable sería entregarlo después de la visita... —Siguió Cecilia, firme— si el trato ha sido amable y merecedor de él. Porque entonces sería un justo intercambio.

—Algo así como un pago a la Hospitalidad.

—Algo así.

El hombre levantó las cejas.

—Veo que es usted una mujer a la que le gustan los tratos claros y las transacciones... equivalentes.

—Soy una mujer de negocios, señor Beresford.

—Pensaba que el aserradero era de su marido.

—Mi familia puso la mitad del dinero. Legalmente es tan mío como suyo.

—Respecto a los regalos... Sepa que aquí las cosas no van así en absoluto.

En aquel momento entró por la puerta Jacob, cubriéndose como podía con las manos para evitar el chaparrón. Este ya descargaba, fiero, sobre las plataneras y los helechos. El árbol baniano se había convertido en una plañidera vegetal que parecía llorar con un millar de afluentes.

Casi derribó a su esposa debido al ímpetu con el que cruzó la puerta, buscando refugiarse lo antes posible. A ella se le resbaló el tacón en el suelo mojado y perdió el equilibrio. Beresford la sujetó con fuerza por el brazo, en un acto reflejo.

—Ya le dije que tuviera cuidado con el suelo.

Cecilia tomó aire y tragó saliva.

—Debería quitarse esos botines embarrados. —La soltó y ofreció la mano a Jacob, que la estrechó al instante—. Soy Marcus Beresford.

—Jacob de Houtman. Y Cecilia, mi mujer.

Ella recuperó la apostura y se alisó la falda. No sabía qué era peor, si la fórmula que había elegido para saludar o lo de los botines. Solo de pensar en sus medias caladas, al aire en el salón de aquel desconocido, se moría de vergüenza. ¿Cómo siquiera podía pensar que fuera a descalzarse ante él? Estaba claro que tanto tiempo en soledad le había privado de todo tacto con respecto a las damas.

—Les agradezco que hayan venido con un tiempo tan terrible.

—Tendría que haberme traído una capa...

—A partir de ahora no le quedará otro remedio. Empieza la estación de las lluvias y le recomiendo que siempre lleve una en el carruaje. Tengo grasa de caballo por si la necesita, y también se puede conseguir en la aldea más próxima...

Cecilia aprovechó para echar un vistazo a la casa, sin moverse de la entrada. Las paredes eran completamente blancas, así como la barandilla que subía por la escalera principal, hacia el segundo piso, y que estaba decorada con husos blancos que relucían como recién pintados. Era muy luminosa, gracias a que estaba abierta a una terraza en el piso superior y un porche amplio en el inferior. La luz se preservaba en la escalera gracias a un ingenioso juego de espejos, que medían más de dos metros. El entarimado del suelo, los escalones y el mobiliario eran, por contraste, de una teca profundamente oscura.

Por el hueco de la escalera, detrás de una alfombra persa en rojo vino, asomaba un mueble a medio desembalar. Era un escritorio librería.

A pesar de que las telas y las cuerdas aún envolvían los cajones inferiores se lo veía deslumbrante. Ostentoso como un palacio.

Sus trabajos de marqueterías de flores y pájaros, de largas colas, dibujaban un paisaje de fantasía, como un paraíso dorado... un jardín de las delicias. Desde el amarillo hasta el ocre y el color chocolate se dibujaban grandes loros gemelos, claveles, mariposas... En el centro había una fuente llena de tulipanes, con sus finos tallos y sus hojas, que parecían corazones.

En la parte superior, las portezuelas de la librería estaban cerradas y semejaban las hojas de un biombo oriental.

En la parte inferior la tabla del secreter estaba cerrada.

—Gracias por advertirme. No hay nada que me preocupe más que preservar la madera de la humedad... —Jacob todavía seguía hablando del clima.

—¿Le gusta? —preguntó Marcus a Cecilia, al verla fascinada con el mueble—. Estoy esperando a que vengan los familiares de Nengah para subírmelo al despacho. Por desgracia no estaba en casa cuando lo trajeron los porteadores y me lo dejaron ahí, en la entrada...

—Tiene uno que estar con cien ojos —convino Jacob—. Los mozos, en Rotterdam, hacen exactamente lo mismo. La ley del mínimo esfuerzo. Te dejan los paquetes en la misma puerta y luego quieren propina...

—¿Es francés? —quiso saber Cecilia.

—Lo desconozco... Es un regalo de Su Majestad. —Les indicó el camino al salón—. Pasen, por favor.

La sirvienta balinesa entró detrás de ellos, llevando una caja claveteada.

—Un detalle... —aclaró Jacob—. Auténtica ginebra de Lucas Bols.

—La original y primera de todas.

Jacob sonrió, gratamente sorprendido.

—Debe de ser usted el único inglés que no piensa que la ginebra se inventó en su país.

—La soberbia es un pecado que no se puede permitir un diplomático.

«Está claro que la falsedad sí», pensó Cecilia.

—Sirva dos copas, Nengah.

—Claro, señor.

Se sentaron en los sofás de seda tapizada en ocre y a Cecilia le alivió ver los paños de lino protegiendo las cabeceras. Habitualmente se ponían para evitar los lamparones, si algún invitado se excedía con el aceite de peinado. Pero en su caso, simplemente evitarían que la tapicería se mojara después de la lluvia.

Cada detalle de la mansión estaba diseñado para impresionar a los visitantes. Podría haber pasado por una salita europea, con su *suite* y todo, con la puerta corredera de cristal separando los espacios... de no ser por las cacatúas de cresta amarilla, bulliciosas en sus pequeños columpios, junto a los ventanales del fondo.

A Cecilia le recordaron inmediatamente a las del paseo del Jardín Botánico de Ámsterdam. Le encantaba recorrer la galería jalonada a ambos lados de cacatúas, loros y periquitos, cada uno en su columpio colgando de los postes. Y los pavos reales paseándose entre las faldas de las señoras, mientras el quiosco de la orquesta llenaba la tarde de música.

—¿No tiene miedo de que se le escapen los pájaros? —preguntó. Los ventanales que daban a la selva estaban abiertos de par en par.

—Son de mi hija y les pone agua y comida. A veces se van, pero suelen volver.

Nengah no tardó en disponer la licorera tallada de cristal de Bohemia y las dos copas en la mesita central. También dejó una bandeja de plata con dulces de fruta confitada. Jacob se sirvió una de las copas y señaló la otra.

—Beba y dígame si no es la mejor ginebra del mundo.

—Esa es para su mujer.

—¿Para Cecilia?

—Me ha dicho que es tan propietaria del aserradero como usted.

—Y además es quien lleva la contabilidad.

—Me parece poco común.

—Quizás en Inglaterra lo sea —se defendió ella—, pero en los Países Bajos las mujeres están

formadas en cálculo y aritmética. ¿Le preocupa que sea una mujer la que lleve las cuentas de una casa empresarial?

—Yo solo he dicho que me parece poco común...

Cecilia suspiró. Recordaba muy bien a aquella mujer con gorrito cilíndrico y visera de la librería Warnars, inclinada sobre su secreter. Y también los alegatos a favor de la instrucción femenina de la directora Van Meerten en el instituto, durante las aperturas de curso. En los Países Bajos había tanta industria, tanto trabajo, tanta riqueza y tanto comercio que hacía dos siglos que los hombres habían tenido que sacar a las mujeres de sus casas para ponerlas a manejar el dinero porque ellos, simplemente, no daban abasto. Es lo que habían traído la Edad Dorada y el imperio de ultramar. La Compañía Holandesa de las Indias Orientales había campado por el mundo como una caravana monstruosa de oro, plata y especias que llevara, ola tras ola, las toneladas de riqueza hasta los puertos de Rotterdam, de Ámsterdam y de Zelanda. Y el Reino entero, hombres, mujeres y niños, vivía solo para lidiar con ellas.

—Yo tengo que moverme por la isla —dijo Jacob—. Vigilar el talado y la carpintería, enseñar los muebles, cerrar los tratos con los colonos... ¿Cómo podría hacerlo todo sin Cecilia? Ella es la persona en quien más confío. ¿Dónde iba a estar mi dinero mejor que en las manos de mi mujer?

—Entonces ¿no van a exportar los muebles? Ahora que la VOC está extinguida, sería el momento... ¿Han hablado con la nueva Compañía?

—Preferimos ser independientes. Tratar con los colonos que viven aquí hasta que podamos asentarnos. Ya tenemos el terreno, el aserradero, los carpinteros...

—Solo les faltan los clientes.

Jacob asintió con una sonrisa. Los clientes eran el eslabón final y más importante. El primero en el que había que pensar.

—Ahí es donde entra usted. Me han dicho que conoce al Gran Danés... Que estuvo el año pasado en las conversaciones de paz...

—Como asesor, nada más. La paz nos conviene a todos, holandeses y británicos.

—Hay quien no pensaría así, cuando son dos imperios los que están compitiendo por repartirse el mundo —dijo Cecilia.

—Su Majestad tiene una mirada sabia, por la Gracia de Dios.

Beresford no podía decir más. Sin embargo, no era un secreto que Sofía, reina de los Países Bajos, y Victoria, del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda, se carteaban a menudo. Y que aquella correspondencia femenina era, en parte, artífice de la paz en muchos de los rincones de ultramar. Se iba forjando a través de hombres de confianza, agentes enviados en misión, como Marcus Beresford.

—Dicen que acudieron casi 20.000 hombres —dijo Jacob—. Y que el propio Danés los alimentó y los alojó hasta que se firmó el último papel. Debe de ser un lugar gigantesco...

—Quieren ustedes operar en la *factorij* de Mads Lange, nada menos. El rajá blanco. Eso sí es entrar por la puerta grande.

—Y lo que espero es que usted pueda abrírmela. Dicen que es el mercado principal de toda la isla y que comercia hasta un millón de florines con Java. Donde los europeos lo venden y lo compran todo, desde los zapatos hasta el aceite del bigote. La comisión... a su buen tino queda proponerla...

Marcus levantó la mano y se incorporó un poco en su asiento.

—El señor Lange y yo somos amigos desde hace años y no tengo problema en presentarles. Considérenlo un gesto de buen vecino, nada más. Suele ofrecer una gran fiesta en su casa el último domingo de cada mes. Siempre deja un tiempo en la sala de fumar para este tipo de cosas.

—Se lo agradezco en el alma.

—Les haré un primer encargo, para ayudarles a empezar.

—Es usted muy generoso. ¿En qué había pensado? ¿Una bonita mesa? ¿Un banco para su porche?

—En una casa de muñecas para mi hija, Julia. Hasta ahora le había cedido un espacio en mi despacho... apenas un par de estantes para sus miniaturas, pero creo que ya es hora de que tenga algo mejor. ¿Podrían venir otro día, cuando ella estuviera en la casa? Me gustaría que se hiciera a su gusto.

—Volveremos en un par de días a tomar las medidas.

—Se lo agradezco.

Se levantaron y el señor Beresford les acompañó hasta la puerta. Tomó la botella de ginebra en su mano y, al vuelo, una copa de cristal que estaba en un aparador.

—¡No ha probado la ginebra! —se quejó Jacob—. ¿Es que no es usted dado a beber? ¿O es que todo lo anterior no fueron más que buenas palabras y solo cata la británica de pura raza?

—No sé aún si lo merezco. ¿Ha sido suficiente mi hospitalidad? —preguntó a Cecilia.

La miró con intención y ella bajó la mirada al ver así expuesta su conversación privada. Ahora estaba fuera de contexto y la vibración que sentía en su interior resultaba violenta. Indiscreta.

—¡Por supuesto que sí! —intervino Jacob—. ¡Si ha sido usted un anfitrión impecable!

—¿Cecilia?

Ella evitó mirarle. Quizá no tendría que haberle hablado así, con tanta desconfianza. Le había parecido un insolente, pero... quizá le había interpretado mal.

—Ha sido usted muy amable, señor Beresford.

Él llenó entonces un par de dedos de ginebra y se los llevó a los labios.

—Extraordinaria —dijo, mientras la miraba—. Por aquí no hay nada parecido.

Ella permaneció en silencio.

—Ya se lo dije. ¡La Lucas Bols seguirá en pie cuando ya no quede ninguna otra compañía en Holanda! —indicó Jacob.

—Le agradezco de veras el regalo. —Ambos hombres se estrecharon las manos—. Espero verle pronto. Cecilia, permita que vaya a por su capa.

—Voy a decirle al cochero que acerque el carruaje.

Jacob se puso el sombrero y salió por la puerta y ella esperó en la entrada, con la mirada clavada en la ventana. Observando a través del cristal cómo su marido salía a la lluvia, mientras Marcus Beresford iba a la cocina a dejar las copas y traía la capa, ya seca. Se puso la capota y sintió como si la lazada de raso la ahogara. El nudo suave de la tela sobre el nudo prieto en su garganta.

Le sintió a su espalda, como una presencia. Apenas un cambio en las sombras que se proyectaban en la penumbra del recibidor. Sus manos cubriéndole despacio los hombros con la capa, un roce apenas. El olor suave de la ginebra en sus labios. Unos segundos eternos hasta que él, por fin, le abrió la puerta y ella salió a grandes zancadas a la tierra húmeda.

Nada más alcanzar el carruaje se liberó de los molestos botines. No estaba segura de si había

entrado en la casa Beresford con buen pie o, todo lo contrario.

6

El molino

El punto en el aire se le enganchó a Cecilia y estuvo cerca de romperle la labor.

Había un nudo en el hilo y, al tirar, se le había quedado a medio camino. Ahora tendría que cortar la hebra y apañarlo como pudiera.

Estaba convencida de que tanta torpeza se debía al ruido insoportable que venía del aserradero. Jacob le había asegurado que, a medida que se fueran adentrando en el bosque y cubriendo terreno, los trabajadores se alejarían de la casa y la tranquilidad regresaría al hogar, pero todavía faltaba mucho para eso y en aquellos días solo se escuchaban los vaivenes de las sierras y las carretas, los gritos de los hombres al anunciar la caída de los troncos talados y el constante martilleo de la carpintería. Todo estaba en pleno funcionamiento y habían conseguido completar su primer pedido, el de los timones para esquifes contratados a pie de playa, nada más llegar a la isla. Incluso habían tallado una pequeña proa típica, el morro de un fantástico pez-elefante. Las piezas, bien pulidas y guarnecidas de bronce, habían salido aquella misma mañana en un carro y el propio Jacob había partido a entregarlas y asegurar el pago.

Cecilia, sin embargo, se veía incapaz de trabajar con tanto ajetreo. Tendría que esperar a la caída del sol para hacer sus cuentas, coser un rato o escribir una carta de dos páginas. Ni siquiera para hacer el encaje tenía ya tranquilidad.

Cerró el tomo encuadernado de la *Aglaia*, de donde estaba tomando el patrón. La roseta de encaje de Tenerife se había puesto de moda en toda Europa, desde que la descubrieran los alemanes, y estaba segura de que ese año sus viejas amigas de Delft estarían compitiendo por ver cuál de ellas tenía mejor mano. Las había de rayos, soles, flores y hojas, pero no siempre la más complicada era elegida la más bonita. Cecilia estaba segura de que, si su madre hubiera estado viva, las habría cosido entre sí por decenas, hasta conseguir un mantel tan grande como para seis comensales.

Eran preciosas, pero ella aún estaba empezando. Si no lo hacía tranquila estaba claro que no quedaría bien.

Dejó a un lado el pique, un cojín forrado de cuero que le servía de bastidor y estaba a reventar de alfileres, y salió afuera. Necesitaba comprobar que el molino se estaba levantando a buen ritmo.

La plataforma de ladrillos estaba bien asentada a ambos lados del riachuelo y sobre ella se habían construido dos pilares sólidos, de base ancha con forma de talud y una altura de más de diez metros. Relucían de blanco encalado y se unían arriba en un tejadillo de barro cocido, que

proyectaba su sombra sobre el lecho del agua.

Esta había sido reconducida con diques, forzada a pasar entre ambos pilares, para aprovechar la fuerza de la corriente en las sierras. Si algo bueno habían aportado los Países Bajos a sus territorios coloniales era la técnica de los canales de agua. Empezaban en las montañas y en los altos lagos, como el Batur, y bajaban terraza tras terraza hasta terminar en las playas.

Las aspas del molino estaban descuidadas sobre el pilar, a ras de suelo. Muy diferentes de las holandesas, formaban un entramado parecido a una tela de araña, con ocho lanzas finas unidas entre sí por dos marcos octogonales y concéntricos.

Allí nadie había rematado la faena. Los andamios rústicos estaban colocados, pero nada más. Jacob había dejado muy claro que esa era la tarea del día y que quería verla terminada al llegar.

Solo tenían un trabajador neerlandés, un hombre pelirrojo y robusto, pero el resto eran balineses. ¿Cómo podía hacerse entender con ellos? Semidesnudos, cubiertos por un lino blanco bien prieto alrededor de la cintura, estaban utilizando las sierras largas de a dos manos para cortar los tablones longitudinalmente, con un operario desde arriba, subido a un potro de carpintería, y el otro desde abajo.

—Dian, ven aquí. —El carpintero jefe era un hombre joven que había servido antes en casas de colonos y hablaba ambos idiomas—. ¿Por qué no se está terminando el molino?

—No es buen día, señora. El calendario religioso dice que no se puede.

—¿Esa es la excusa? Si mi marido estuviera aquí seguro que se movían.

—Tienen que coincidir los dos calendarios. Dentro de las treinta semanas. Tiene que ser natural para que las cosas salgan bien. Dejarse guiar. Como carabao...

Cecilia abrió bien las manos para abarcar las faldas y las enaguas y se adelantó con firmeza. Aquellas majaderías les hacían perder el tiempo. ¿Qué pasaría cuando el tal Mads Lange les abriera las puertas de su *factorij*? Tenían que llevar algo para vender. ¡No podían presentarse allí con las manos vacías! Estaba claro que si no ejercía su autoridad los trabajadores aprovecharían cualquier ausencia de su marido para tirarse a la bartola y la carpintería estaría siempre parada. Ella no era ninguna marquesa y estaba acostumbrada a leerles bien la cartilla a los mozos, a meterle prisa a los proveedores y a exigir que le dieran precios competitivos y justos. Le presentaba a su suegro un balance de cuentas excelente a final de cada trimestre. No iba a dejarse manejar por aquel atajo de vagos.

Ante la falta de Jacob le correspondía a ella ejercer el mando. Y era probable que faltara bastante.

—¡Escuchadme todos! —Dian se puso a su lado y tradujo para ella, sin que tuviera que pedírselo—. ¡Yo soy la propietaria legítima de este aserradero! Es con *mi* dinero —levantó el cordel de monedas chinas que llevaba a la cintura y lo agitó en el aire para que resonaran— que podéis ir al mercado y comprar comida y telas para vuestras familias. No voy a pagar salarios por no hacer nada. Por estar todo el día ahí tirados, al sol. Quiero ver ese molino montado antes de que anochezca.

Los trabajadores la miraron sin saber muy bien qué hacer.

—¡Vamos, vamos, poneos en marcha! O necesitáis que os lo diga con música...

Se movieron despacio, temerosos de llevarle la contraria, y abandonaron las sierras dobles en el suelo. Luego se alinearon junto al molino y se quedaron mirándolo, cada uno esperando a que el otro diera el primer paso.

—¿A qué esperan? —Cecilia empezaba a perder la paciencia—. Va a atardecer y entonces sí que no podrán hacer nada... Esto es desesperante...

—Tienen miedo, señora. No quieren subir.

—No es más que ignorancia...

A grandes zancadas se acercó hasta el molino, se situó junto al pelirrojo y agarró la estructura ella misma, de forma testimonial, sin moverla.

—Mirad, no pasa nada. Ninguno estáis enfermos ni impedidos. Voy a estar vigilando y el que no ayude a Gerolt ya se puede ir despidiendo de su salario este mes. Dios ayuda a los que trabajan.

Dian dio una orden en balinés que Cecilia no entendió y el muchacho más joven agarró el paquetito de palma de su comida y salió disparado, dando saltos ágiles, hasta el altar que tenían improvisado junto a la pared de la carpintería. Arrojó un puñado de arroz y sus dedos temblorosos se esforzaron por encender una vara de incienso.

Los demás hombres esperaron a que terminara, con los ojos abiertos como platos, y solo cuando vieron que el humo se elevaba hacia la pequeña estatua de la diosa empezaron a moverse despacio, atenzados de temor. Ninguno quería tocar las lanzas ni ascender por la escalera y lo hacían de forma mecánica y lenta.

Gerolt iba el primero, pero el balinés que estaba con él, un hombre mayor que parecía el más veterano, tenía las facciones rígidas. Como si estuviera enfermo de vértigo o de algo peor.

—*Tolong!* —gritó Dian, asustado.

El trabajador perdió pie sobre la escalera resbaladiza y se quedó colgando de la plataforma.

A Cecilia le invadió un sudor frío. Sus manos se crisparon, sujetando las faldas con fuerza, pero no permitió que sus rasgos lo expresaran. No era así como ella y Jacob querían empezar su andadura. Con un accidente y una reputación de desalmados...

Algunos trabajadores la miraron, suplicantes más que acusadores, pero ella apretó los dientes y se mantuvo concentrada, sin apartar los ojos de la escena. El hombre no pataleaba en el aire ni hacía ningún gesto de esfuerzo por levantarse. Colgaba lánguido, como si ya estuviera muerto.

«Haz algo, por amor de Cristo», pensó Cecilia.

Gerolt se arrodilló y gruñó, disgustado. Sujetó con fuerza al balinés, que era más bien enjuto y delgado, y tiró de su peso inerte. Los brazos y los hombros pálidos del holandés se hincharon y se le marcaron las fibras de la musculatura debido al esfuerzo. El pelo rojo le brillaba y unas gotas de sudor le rodaron por la barba. Cecilia se dio cuenta de que Madya, su joven cocinera, había dejado sus quehaceres de lado, atraída por el revuelo y el peligro de la situación. Se había puesto a su altura y no le quitaba ojo al andamio.

Una vez arriba, el balinés empezó a respirar de nuevo y a moverse un poco. Ambos, él y Gerolt, subieron el molino hasta la primera plataforma, mientras que los demás empujaban desde abajo. Todos los trabajadores aguantaban la respiración y sudaban en exceso para lo poco que aquellas aspas debían de pesar. El proceso era tan lento y dificultoso como si estuvieran tratando con explosivos.

Tras unos minutos que parecieron eternos consiguieron que las aspas se inclinaran y alcanzaran el primer piso de los cuatro que tenía el andamio. El balinés que estaba arriba se sentó en el suelo de madera, exhausto, y se echó a llorar. Los suspiros de alivio recorrieron el aserradero.

—¿Veis como no pasa nada? —declaró ella, dispuesta a rubricar su éxito. Parecía que había conseguido encarrilar la tarea—. Solo se trata de repetir lo mismo, con el mismo cuidado, tres veces más. Quiero que esté acabado antes de que se vaya la luz, ¿de acuerdo? Gerolt, encárgate tú.

—Señora, debería usted llamar a un brahmán... —susurró Dian—. Hasta que aprenda a ver...

—Dian, ¿no ves que si hago eso no perderán el miedo nunca?

Él bajó la cabeza, con una sumisión inmediata.

—Vamos, hay mucha tarea en la cocina —reprendió a Madya, que parecía dispuesta a quedarse a ver cómo Gerolt subía los tres pisos que quedaban. Era lo que le faltaba. Una jovencita deslumbrada por un leñador rudo y sin modales, que apenas sabía hablar, que no podía comunicarse con ella y que le doblaba la edad... debía de parecerle tan exótico como un rinoceronte—. ¿Dónde está la comida, Madya?

Cecilia se fue hacia la cocina, seguida de cerca por la atolondrada muchacha. Los balineses parecían niños con aquello de los calendarios sobrenaturales. Vivían en un mundo fantástico, lleno de espíritus, demonios y temores infundados. Solo necesitaban de una especie de madre que les tranquilizara y les enseñara que, en realidad, no había nada que temer. Y que les fuera un poco detrás con una vara, claro está. Como la que ella misma usaba en Rotterdam para medir las materias primas que iban llegando a los almacenes. Su suegro le había preguntado varias veces si prefería que contratara a otra persona para eso, pero ella siempre le había dicho que no. «El ojo del amo es el que engorda al caballo», había convenido él. Qué razón tenía.

Madya sacó del cesto lo que había traído del mercado y lo puso sobre la mesa: nada de patatas ni de quesos.

No había Gouda, ni Edam ni Leyden. Ni anguila ni mejillones. Solo había arroz, mangostanes, cacahuete picado y pescado seco. ¿Cómo iban a conseguir algo decente para la cena? ¿Algo que le pudiera gustar a Jacob? Y tampoco acababa de acostumbrarse a aquellos cucharones hechos de cáscara de coco o a cortar la carne directamente encima de un tronco. Tenía que hacerse con un buen juego de sartenes lo antes posible... Y, quizá, también con una cocinera más experimentada... Ella no había cocinado ni limpiado nunca y no iba a empezar a hacerlo ahora. Su labor como gobernanta doméstica se había limitado a dirigir al servicio. Bastantes cosas tenía ya entre manos...

Un estruendo, parecido a un derrumbe, pareció sacudir los cimientos de la casa. A través de la ventana llegaron los gritos y los insultos en neerlandés.

Salió corriendo junto al resto de sirvientes, temiendo la desgracia.

Las aspas del molino estaban hechas pedazos en el suelo.

—Mi padre no está en casa. No la esperábamos tan temprano.

Julia Beresford, rubia y crecida, aunque el vestido marfil, con su lazo azul, tenía el vuelo amplio de una infante y le apretaba el pecho.

Cecilia había esperado encontrar a una criatura de alrededor de cinco o seis años, no a una mujercita de melena revuelta, muslos esbeltos y pies descalzos. En los tobillos llevaba unas pulseras de latón, como las que lucían las criaturas balinesas.

—En realidad es contigo con quien quería hablar. Este de aquí es Dian, uno de nuestros mejores carpinteros...

El joven balinés se adelantó con una leve cojera, dolencia de la infancia. Hizo una reverencia profunda de cabeza y Cecilia señaló la vara que portaba en la mano.

—Él tomará las medidas para tu casa de muñecas.

—Otra vez con esas... —resopló Julia—. Disculpe, señora De Houtman, pero me parece que ha venido usted para nada.

Cecilia se irguió, sorprendida ante las maneras insolentes de la chica. Hablaba como una vulgar ratera más que como una señorita. Aquel sí que era un contratiempo. Echó una mirada a Dian, le hizo un gesto con la cabeza y el carpintero entendió que debía retirarse de nuevo al carruaje, hasta que volvieran a llamarle.

—Fue tu padre quien me dijo que estabas cansada de tener tus miniaturas colocadas de cualquier manera en su despacho...

—Ya le dije que podía quitarlas si le estorbaban. No me importan. Y no necesito otra casa de muñecas. Tengo ya trece años y me sigue tratando como si tuviera tres.

Cecilia cambió entonces el tratamiento de cortesía.

—Quizá debería usted hablar con su padre y ser más franca sobre sus necesidades. Los hombres son, a menudo, muy torpes respecto a estas cosas. Demasiado como para averiguar lo que necesitan las mujeres, incluso las que están más próximas a ellos. Especialmente las que están más próximas, diría yo. A lo mejor podríamos servirle un encargo más adecuado, dado que es usted la señora de la casa. Podríamos hacerle un tocador de señorita, por ejemplo. Con un buen espejo y cajones para meter sus enseres de belleza, sus cepillos, sus perfumes... ¿Qué le parecería?

Julia negó con la cabeza, con algo parecido a un temblor agitado. Parecía contrariada, como si llevara un torbellino de emociones en el pecho. Se preguntó Cecilia si sería enfermiza de los nervios o si sería cosa de la edad.

—Yo no necesito nada de eso, gracias.

Cecilia esperó, en silencio. Debía de ser muy duro para ella vivir allí, tan aislada y en un país extraño. Recordaba lo diferentes que habían sido sus años de señorita en Delft. Una época feliz y despreocupada, rodeada de las amigas, las meriendas y las compras... entre labores, libros, revistas de moda y algún que otro baile de sociedad. A Julia le faltaba todo. Vivía allí sola, en la mansión, con un hombre solitario, viudo y descortés. ¿Para qué iba a necesitar un tocador si no tenía donde lucirse?

—Hemos quedado con su padre en ir a la fiesta de este mes en la casa Lange —dijo, con la intención de animarla—. ¿Vendrá con nosotros?

—Siempre voy —respondió ella, triste—. Una vez al mes.

A Cecilia le dio lástima la chica.

—Me gustaría ver las miniaturas, si no le molesta. Hace mucho que no veo una casa de muñecas.

—¿No tiene usted hijos?

—No.

—Están en el piso de arriba, en el despacho de mi padre.

Cecilia se sujetó las faldas y las pesadas enaguas, rígidas y encordadas, que intentaban imitar la crinolina de pelo de caballo. Siempre había preferido el algodón. Las crines conservaban una especie de grasa que no se quitaba con nada y que hacía que las faldas acabaran oliendo a cuadra, por más que se airearan en el patio.

Sus ropas susurraron al subir los escalones de madera sólida, que brillaban por el encerado.

Una vez en el piso superior, Julia la condujo a la habitación del fondo, que estaba cerrada con llave. La extrajo del bolsillo y la volteó en la cerradura.

El despacho parecía trasladado directamente de Inglaterra. Un papel estampado de rombos carmesíes, sobre un fondo color crema, forraba las paredes. De ellas colgaban un daguerrotipo con el retrato de un caballero, una pequeña pintura de la Reina Victoria, y un paisaje con los acantilados blancos de Dover.

Contra la pared había un aparador con la estatua de bronce de una mujer desnuda, que abrazaba un reloj con un marco dorado y barroco. En el otro lado había una escultura muy original dentro de una campana de vidrio: imitaba a un ramillete de flores, pero estaba hecha con frutos de mar. Cecilia sonrió al ver que cada pétalo estaba construido con conchas muy pequeñas, los estambres con minúsculas caracolas, las corolas imitadas con erizos de mar y los tallos de corales finos y torcidos. Era un pequeño prodigio de imaginación y habilidad.

En la vitrina guardaba el señor Beresford las pequeñas maravillas que completaban su atuendo de diplomático, los detalles que no podían faltarle a alguien de su posición: impertinentes y alfileres de corbata, cajitas de rapé y guantes de cabritillo; cerilleras, pitilleras, pureras, licoreras y barajas de naipes; y hasta una lupa exótica con el mango incrustado de cuerno. El reloj de leontina, de plata, le recordaba mucho al que tenía su padre, en Delft. Y en el centro de todo, en una pequeña urna de cristal, unos gemelos de rubíes que brillaban como dos gotas de sangre.

Las demás estanterías almacenaban todos sus libros de leyes, historia, tratados y lenguas. Ni uno solo era de literatura.

Flanqueado por sillas de caoba, sobrias en la talla, pero con los asientos tapizados en damasco color vino, estaba el auténtico protagonista de la sala, el mismo secreter que había descubierto bajo el hueco de la escalera.

Ahora la librería tenía las puertas abiertas y la tabla de escribir estaba desplegada. En el interior había cajoncillos de todos los tamaños, algunos disimulados, apenas delatados por las juntas o mudos tras las cerraduras de latón. Un complejo rompecabezas que debía de esconder todos los secretos profesionales, quizá personales, de Marcus Beresford.

En la parte más alta de los estantes había dispuesto Julia su pequeña colección de miniaturas de oro, marfil y madera pintada.

—¿Le gustaría que le trajera algo de beber? *Baba* Nengah siempre tiene algunos cocos en la cocina. —Julia descorrió de un tirón los cortinajes para que Cecilia no perdiera detalle. Eran sus primeros gestos de amabilidad para con ella.

—Sí, muchas gracias.

—Voy abajo a avisarla. No tenga miedo de tocarlas y de remirlas todo lo que quiera.

En cuanto Julia se hubo marchado, Cecilia se liberó de los botines para no manchar y arrimó una de las sillas forradas de seda al gran mueble fortaleza, para treparse a una de sus almenas. Las piezas aparentaban costar su pequeño peso en oro.

Hacía mucho que Cecilia no se deleitaba con tales cosas del mundo infantil. Al estar de puntillas intentando alcanzar los estantes no pudo evitar verse a sí misma de nuevo, con seis años, empeñada en sacar *Los viajes de Gulliver* de la librería Warnars.

Cada una de aquellas piezas minúsculas brillaba como una joya. Había un pequeño escritorio en marfil, con sus libritos pintados, su propia escribanía y su cortaplumas; una cuna de mimbre

con el ajuar completo del bebé, hecho en tela de batista como los de verdad y un álbum de recuerdos que ponía *souvenir* en la portada. El juego de ajedrez tenía piezas tan pequeñas como la mina de un lapicero y las varillas del abanico no eran más gruesas que un mondadientes.

Aquellos no eran los juegos de té habituales en una casa de muñecas. Eran, más bien, tesoros que el padre debió de haber reunido durante toda la infancia de la niña. Fáciles de transportar. Apropiados para la existencia en el exilio que le estaba reservada a cualquier hijo de diplomático.

Miró hacia abajo un momento, para asegurarse de que mantenía bien el equilibrio, y le llamaron la atención los pliegos de papel que sobresalían de uno de los cajones, abajo del todo. Le pareció ver pintado a un hombre de color azul.

La pintura se estaba dañando, doblada por el cajón cerrado. Cecilia se bajó de la silla, la abrió y liberó el fajo de papeles.

El hombre azul estaba desnudo y la mujer, cuya piel era rosada, tenía las piernas hacia arriba en una postura extraña. Los genitales de ambos estaban expuestos y a Cecilia se le aceleró el corazón.

Pasó la primera de las páginas, sabiendo que no debía estar viendo aquello. Lo siguiente era una nota: «Mi estimado Marc. En breve le enviaré más y el libro de las montañas azules, que está casi terminado. Tengo en mente la traducción completa de los tratados eróticos, en cuanto me sea posible conseguir un buen material en sánscrito. *Ev. Yrs.* Richard F. Burton».

Se le hizo un nudo en las entrañas. Detrás de la nota había más láminas de hombres ataviados con turbantes y ristras de perlas y mujeres con velos y aros en la nariz... sobre lechos, jardines y templetos, divanes de cojines circulares y alfombras llenas de flores... acostados o arrodillados, sentados o de pie. Con los miembros enlazados y en expuesta desnudez. O incluso en pleno acto de...

—Usted no debería estar aquí.

Marcus Beresford estaba en la puerta.

Cecilia bajó las manos y, en un acto reflejo, las ocultó entre las faldas. No podía respirar.

—Discúlpeme. Tiene razón... Yo...

—¿Ha estado hurgando usted en mis documentos?

El señor Beresford no bromeaba. Entró en el despacho y cerró la puerta detrás de sí. Cecilia se arrimó aún más a la pared, acorralada. Ojalá pudiera hacer, solo con el pensamiento, que aquellos papeles terribles volvieran a su sitio.

—¿Es que era su plan desde el principio? ¿Ganarse mi confianza para entrar en mi casa? ¿Qué es lo que busca? ¿Las cartas de Russell? ¿Las de Palmerston? ¿O son acaso las de Su Mismísima Majestad?

Cecilia era incapaz de pronunciar palabra.

—¡Hable de una vez, maldita sea!

—No buscaba nada de eso, de verdad —suplicó, con los labios temblorosos.

Marcus ya había llegado hasta ella y la agarró de la muñeca para obligarla a sacar las hojas de donde las escondía. Cecilia volteó la cabeza, poseída por una vergüenza innombrable.

—Oh...

Él respiró algo más tranquilo, al comprender cuál era la situación. Aflojó la garra que tenía sobre ella. Por un momento había visto comprometida la confianza que tantos hombres y mujeres

de influencia habían depositado en él. Su mismo modo de vida. Aquella mujer no se daba cuenta de lo que acababa de hacer.

—Dígame que Julia no le ha dado también las llaves del escritorio.

Ella negó con la cabeza. Nunca se había visto en una situación semejante.

—Se lo juro. Solo me dio acceso a la habitación para poder ver sus miniaturas... El cajón inferior estaba entreabierto... y yo...

Él le cogió las hojas y las dejó sobre la mesa. Se apoyó en la librería. Aún estaba intentando calmar su propia tensión y alejar la sensación de peligro. Todo su cuerpo estaba rígido. Cecilia se restregó los ojos para quitarse las lágrimas que ya le fluían por las mejillas.

—Pero, mujer, no se ponga usted así... Si no ha sido más que un malentendido.

—Déjeme salir de su casa, por favor.

Cecilia se sentía atrapada entre el cuerpo de él, la pared y la ventana abierta, por donde parecía colarse la selva entera.

—Si no son más que unos dibujos... No me parece mal que una mujer tenga... curiosidad.

Cecilia se vio a sí misma de nuevo como una niña, en la librería Warnars, subida en el escabel. Intentando sacar unos libros que no debía y recibiendo innumerables reprimendas y castigos por ello.

—Deje que me vaya.

—Preferiría que se tomara una tisana. Para tranquilizarse, antes de que...

Ella, sin poder soportarlo, pasó entre el cuerpo de él y el hueco del escritorio, abriéndose camino con un leve empujón, y se lanzó escaleras abajo.

Marc no escuchó el ruido de sus tacones sobre la madera al bajar.

Había preferido salir descalza antes que permanecer en la casa Beresford un minuto más.

Números contra palabras

—Ha sido un desastre absoluto. —Jacob se deshizo de las botas y las lanzó con fuerza a un lado—. Que ya se habían marchado, sin esperar a nadie. Que un buen día se levantaron, vieron que la mar estaba propicia y que no podían perder la ocasión. ¿Y el encargo? ¿Y la palabra dada? Diez timones a medida, pulidos como una seda, revestidos con el mejor latón. Y el viaje de todo el día... ¡Para nada!

Cecilia guardaba silencio. No podía añadir a las calamidades de su esposo la noticia de que tampoco habría casa de muñecas. De que Julia ya no era una niña y no quería más juguetes. Y de que estaban teniendo que volver a serrar las aspas del molino.

—Cariño, quizá tendrías que haberte quedado algún día más en la costa. Con lo largo que es el trayecto...

Cecilia sufría porque Jacob hubiera tenido que adquirir un terreno tan alejado de la playa. Pero ¿qué le iban a hacer? Habían tenido que comprarlo en el interior, en la selva, que era donde estaba la teca... Sin embargo, la pasión de Jacob por la pesca era prácticamente la única que tenía. El placer del pequeño embarcadero de Rotterdam y su velero, el *Kaboutter*, que se llamaba así porque decían que era pequeño como un gnomo.

Lo fondeaba directamente en el canal, en la gran casa extramuros, y navegaba con su padre y su hermano mayor hasta el puerto, donde se pasaban la tarde pescando y al caer el sol volvían cantando canciones marineras, con las cestas repletas de peces para la cena. Cuando no conseguían pescar nada, simplemente lo compraban en la lonja y presumían ante todas las mujeres de la casa, dándoselas de habilidosos, aunque no consiguieran engañar ni al sobrino más pequeño. Desde los tiempos del noviazgo, Jacob olía a pintura, a esmaltes y a barnices, porque siempre tenía alguna idea para mejorar su bote. Y ahora tenía que conformarse con un puñado de maquetas que se había traído y que iba construyendo poco a poco en su cuarto.

—Estoy cansado y no quiero andar por ahí... ¿Qué iba a hacer yo en la playa? Si apenas entienden lo que les digo...

—Ya, pero a lo mejor...

Cecilia sabía que quizá lo del barco era lo de menos. Y lo de juntarse con su padre, su hermano y el resto de los hombres quizás era lo de más. En los últimos meses antes de viajar a Bali, Jacob no dejaba de hablar con entusiasmo del nuevo Club de Barco y Remo del río Mosa, que estaban a punto de fundar con otros comerciantes. Y de todas las reformas que le harían al puerto, en cuando lograran hacerse con el Consejo Municipal...

—Y no te voy a dejar aquí sola tanto tiempo, ¿no? Lidiando con todo este trabajo. Con los hombres, la casa, la carpintería y el servicio...

—No tienes de qué preocuparte. Gerolt es un buen capataz, Dian me está ayudando mucho y Madya aún no sabe casi de nada, pero aprenderá.

Puso la manta de franela a cuadros escoceses en los pies de su marido para secárselos y después le alcanzó un vaso de vino del obispo, caliente y especiado con clavo y nuez moscada. Aunque no hacía ningún frío sabía que aquellos gestos eran los que mejor podían reconfortarle. Era la misma rutina que su cuerpo asociaba a la calma y al hogar.

—En cuanto a los timones... podrás venderlos en cuanto te conozcan, cariño. La madera es buena, la seleccionaste tú mismo. Solo tenemos que enseñarlos un poco.

—Ojalá llegue pronto el día de esa fiesta. —Tiró del gran lazo frontal del pañuelo, que parecía ahogarle—. Aquí no tenemos tiendas, no tenemos calle de las compras ni escaparates. ¡No hay nada más que arrozales y selva! Y en los mercadillos de las aldeas solo se venden pollos, frutas y telas. En cuanto consigamos un hueco en la *factorij* todo irá rodado, vaya que sí.

Cecilia suspiró. Había acudido por la mañana a la mansión vecina con la intención de pedir disculpas y solo había conseguido desatar la ira del señor Beresford, metiéndose en sus asuntos privados. La tensión en su estómago no había desaparecido.

—Repararé las cuentas esta noche y por la mañana sabremos cómo están realmente las cosas. Tú vete tranquilo a la cama.

Jacob se había quitado ya las medias, el pañuelo, el chaleco de las franjas escocesas y la camisa blanca que estaba sucia del viaje. Cecilia recogió las prendas una por una en su brazo.

El hombre se incorporó entonces, se puso el camisón de dormir y le tomó la mano sin presión. Jacob tenía una belleza pálida, de ojos rasgados y brillantes, color avellana. En sus cabellos rubios, de mechones ondulados, apenas se advertían las entradas propias de sus treinta y cinco años.

Jacob era un hombre fiable. Tenía la reputación de ser bastante guapo, correcto en el trato, honrado en los negocios y en paz con Dios. Además de mostrar un entusiasmo y una fe en el progreso que se alababa en los salones y en la tertulia financiera, pues eran requisito imprescindible de cualquier emprendedor. Era el virtuoso marido que «cualquier mujer holandesa hubiera deseado para sí», según iba pregonando su madre a los cuatro vientos.

Depositó un beso breve sobre los labios de Cecilia y esperó.

La mujer apretó el montón de ropa con firmeza, bajó la vista y con la otra mano empezó a desplazar las cosas del mantel para llevárselo a lavar. Se concentró por completo en la faena.

—Intenta no dormirte tarde. Y no te preocupes demasiado... —dijo.

Madya pasó por delante y se apresuró a ayudarla.

—Permítame, señora...

Cecilia le cedió el montón de ropa con fastidio, pero no dejó de recoger los vasitos de vino, la licorera y las bandejas de dulces.

—Estoy segura de que acabaremos sacando las cuentas. Como siempre hemos hecho...

Él asintió con un movimiento de cabeza.

—Te quiero mucho.

—Y yo a ti.

—Que duermas bien.

Él se retiró a su habitación y en el camino cogió de la balda las pinzas y la cola de pegar.

Cecilia llevó la cristalería a la cocina y después se fue directa a su cuarto, cerrando la puerta detrás de sí. Apoyó la espalda en la hoja de madera, sintiéndose aliviada.

Aquel era su espacio privado, donde tenía su tocador, tan modesto que apenas exhibía un par de tallas de tulipanes; sus joyas, valiosas en sus piedras y austeras en el diseño; los sencillos jabones y cosméticos que le permitían mostrar su categoría social y mantener el decoro y la elegancia. Horquillas fiables para sujetar el cabello, guantes para proteger sus blancas manos, abanicos para evitar que el molesto sudor de los trópicos la humillara y un buen parasol para ocultarse cuando hiciera falta.

Su habitación era discreta, donde cada detalle destacaba debido a la economía de los mismos. Así como el exceso de flores impide que ninguna brille de verdad, así había aprendido Cecilia desde muy joven que la ostentación y el exceso eran un pecado a los ojos humanos y divinos.

En contraste, le vino a la mente el mueble despampanante del señor Beresford. ¿Qué podía esperarse de un británico, que tenía por cabeza de la Iglesia nada menos que a una reina, que llevaba coronas recargadas de oro y de diamantes?

Se sacudió las faldas hacia abajo con fuerza, como si así pudiera sacudirse también los pensamientos.

Fue a su aparador y sacó del primer cajón el aritmómetro que le había regalado su marido hacía ya tres años.

Abrió las presillas de la caja de madera y levantó la tapa, tomó un paño y limpió bien la superficie reflectante de latón, repasando con cuidado las rendijas donde estaban grabados los números para hacer las operaciones. Abrillantó una por una las clavijas.

El aparato conseguía hacer operaciones de hasta doce cifras y, aunque había servido bien en la gran casa Houtman, Cecilia todavía veía muy lejos el momento de sacarle partido en su pequeña empresa colonial.

Cierto que apenas llevaban unas semanas en Bali y que los grandes proyectos requerían tiempo, pero solo había un período limitado para echarlo a andar. Habían gastado casi todo el dinero —a medias ahorrado y a medias prestado por la familia— en cruzar el mar, comprar los terrenos y pagar los primeros salarios. No había nada peor que ver los troncos acumulados y las piezas almacenadas en la carpintería, cogiendo humedad. La empresa era ahora tan vulnerable como un niño recién nacido que tenía que coger fuerzas y había que empezar a vender cuanto antes.

El aritmómetro no le mintió porque no era una buena amiga ni un familiar ni un empleado con miedo a ser despedido. Los números no suavizaban sus dictámenes con lisonjas o evasivas. Impasibles y frías como las estrellas, así eran las matemáticas. Completamente amorales.

Aquellos números negros eran como piedras que le daban la medida de su verdadera altura, sin excusas. Cecilia consideraba las matemáticas como un regalo que Dios le había hecho a los hombres para despertarlos de sus sueños. Un espejo para que dejaran de engañarse de una vez.

Engañarse y engañar no era el territorio de los números, sino de las palabras. Falsas y tramposas. Jugar a los malabares con las palabras era lo que hacían los charlatanes, los políticos, los abogados, los poetas y, sin duda alguna, los diplomáticos.

Como el señor Beresford, ni más ni menos.

Que si seguía volviendo a su mente una y otra vez era porque cada vez parecía más claro que

era su única esperanza.

Cuando Nengah abrió la puerta a Cecilia le pareció que sus propios botines la miraban, relucientes y acusadores, desde la escalera. Habían sido limpiados con escrúpulo y parecían nuevos. Un recordatorio de que, en su última visita, había salido huyendo literalmente de Marcus Beresford.

—El señor está en la terraza del piso superior —anunció la sirvienta—. Deje que le acompañe.

Subió con Cecilia por la escalera hasta la veranda. Él estaba sentado en una butaca de ratán, leyendo un ejemplar de *The Times* que ya debía de tener casi ocho meses. Sobre la mesita había otro de *The Guardián*, del ala política contraria, y otro de la *Gaceta de las Indias Orientales*. Al verle, a Cecilia le dio la impresión de que le estaba interrumpiendo en mitad de su trabajo.

—Buenos días.

—Buenos días. —Cerró el papel de inmediato y lo puso con los otros. Le hizo una señal a Nengah para que se los llevara.

Desde la veranda, Cecilia podía ver el patio trasero de la casa Beresford, un pequeño terreno limpio de selva, sembrado de hierba y con algunas flores europeas. Los británicos tenían la costumbre de hacer jardines allá donde iban, plantando su pie conquistador. Era su seña de identidad, su intento de poner orden también en el paisaje. En los Países Bajos hacían el juego de palabras y lo llamaban «imperialismo botánico», con evidente sorna.

Los rosales estaban exultantes de rosas chinas, que trepaban por los muros de la casa. Cecilia podía verlos desde su posición, junto al balcón.

—Tiene usted unas flores encantadoras.

—Gracias, las traje desde Bombay. No duran mucho con este calor, se ponen oscuras enseguida, pero aun así... alegran la vista. Tome asiento, por favor.

Así lo hizo Cecilia, que se acomodó las faldas antes de sentarse en la butaca de ratán.

—¿Ha oído usted lo del cable del telégrafo? —dijo él, acostumbrado a iniciar la conversación—. Tendrían que haberlo echado al mar en agosto... Estaba todo Dover revolucionada con ello...

—No he oído nada de eso.

—¿Puedo preguntarle una cosa? ¿Su nombre completo es Cecilia de Houtman?

—Es Cecilia de Houtman-Vermeulen, en realidad.

—Pero en sus documentos es solo Vermeulen, ¿no es cierto?

Ella le miró con algo de recelo. ¿Por qué le hacía una pregunta semejante?

—Me han pedido que tramite un salvoconducto para una mujer neerlandesa... —se explicó él—. Todavía falta un mes, pero... Tengo entendido que conservan su apellido al casarse, además de las propiedades.

«Como ya le dejé claro en mi última visita», pensó ella.

—Es solo Vermeulen, sí.

A ella le vino a la mente la carta que había leído en su despacho. «Estimado Marc». Se sacó los guantes y estrechó las manos sobre la falda. Tenía la boca sellada. No sabía cómo sacar ningún tema. El silencio se prolongó.

—¿Su marido es pariente del explorador De Houtman? —preguntó él, finalmente—. ¿Es por

eso que están aquí?

—No, que yo sepa. La familia de mi marido siempre se ha dedicado al comercio de la madera.

—De Houtman es el descubridor de Bali...

—No lo sabía.

—¿Es que no le interesa la exploración?

—¿Y a usted?

—¡Muchísimo! Mi hermano es miembro de la Sociedad Geográfica de Londres...

—Y mi marido de la Sociedad Zoológica de los Países Bajos, pero no por ello a mí me gustan los animales. —Cecilia no echaba de menos sus visitas al Artis, el zoológico de Ámsterdam, al que solo podía accederse por membresía. En realidad, se habían hecho miembros a instancias de su suegro, para hacer contactos comerciales. En cuanto lo abrieran al público general, al año siguiente, perdería su exclusividad y, por lo tanto, su interés.

—En la exploración es donde está nuestro futuro —insistió Marc.

—Parece una actividad... algo onerosa.

—¿De verdad lo cree?

Cecilia no esperaba que él siguiera indagando. A una mujer se le podían pedir cuentas y resultados, pero rara vez que profundizara en una opinión política.

—Son muchos recursos y... Da la impresión de que a veces los exploradores lo único que quieren es ver su nombre en los periódicos.

—¿Lee usted el periódico?

—Claro —presumió ella. Aunque lo que solía mirar era, sobre todo, la información económica y la cartelera de teatro. Pero la sección de política no la leía porque, de todas maneras, no podía votar—. El *Nuevo Actual de Rotterdam*. De vez en cuando.

—¿Es usted liberal?

—Eso... no le concierne a usted.

Marc se quedó callado un momento.

—Respecto a los exploradores —siguió ella—, simplemente son demasiados recursos para gloria de unos pocos. Sin que eso le reporte un verdadero beneficio al país.

—Cecilia, ¿no puedo creer que hable usted así! —se indignó él—. ¿Es que todo lo ve como un coste o un beneficio? ¿Los exploradores son los verdaderos héroes de nuestra época!

—Veo que tiene usted una visión muy romántica de...

—Arriesgan sus vidas para que ustedes vengan después a hacerse de oro.

Cecilia se sintió profundamente atacada. Aquel hombre parecía resentido y ella no estaba dispuesta a pagar las cuentas de nadie.

—No se equivoque, señor Beresford —se defendió—. Mi marido y yo regentamos un negocio honrado. Esas tierras han sido compradas de forma legal y a mis trabajadores se les paga su salario. En florines y no en *kepengs*. No son esclavos precisamente. No se puede decir lo mismo de la Compañía que ustedes, con tan poca vergüenza, siguen llamando «la Honorable»...

Marc se tuvo que callar porque, si bien la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales ya se había disuelto, no podía decirse lo mismo de la Compañía Británica. Era la única empresa que, literalmente, poseía un país. Y uno tan grande y tan rico como la India.

—Créame que conozco de primera mano sus métodos y los repruebo tanto como usted. Antes de venir estuve destinado en Bombay. Llegué justo después de la Guerra del Opio y me tuvieron

allí seis años, así que sé de lo que hablo. Pero créame si le digo que los métodos de las empresas y los estados no son tan diferentes. Las cosas no están mejores para las Indias Neerlandesas que para las Británicas. Por eso son tan importantes los exploradores, ¿no lo entiende? Sus relatos... Para un ciudadano de Londres o de Ámsterdam solo se trata de números, de salvajes, de trabajadores... ¡De esclavos, sí, aunque la esclavitud esté oficialmente abolida! ¡La realidad es otra! Y los exploradores se infiltran, traducen, se informan... hacen de puente. Y nos demuestran todo el tiempo que siempre somos las mismas personas. Siempre, siempre... ¡En cualquier sitio!

Cecilia resopló. Le parecía que el señor Beresford no era más que un idealista y un soñador. Como tantos que no conocían las estructuras fundamentales del comercio, que eran como las pirámides de las ilustraciones que llegaban de Egipto. Para construir cualquier cosa grande se necesitaba una base, un medio y una cúspide. Era por los diques ordenados por donde transitaba correctamente el río del dinero, que al final acaba regando todos y cada uno de los escalones, como en las terrazas de los arrozales. La organización, la empresa, era lo que de verdad aunaba las fuerzas y las multiplicaba de forma geométrica. Y en ella no todos podían tener el mismo lugar, ni ganar o mandar lo mismo. Era inviable. Sería como si todo el mundo hablara a la vez, intentando imponer su propia opinión. Nada saldría adelante. La muerte de todo progreso.

Un idealista, al final, no era más que un ingenuo o, peor aún, un ignorante de cómo funcionaba de verdad el mundo.

Entendía el poder cautivador de su discurso. «Todos somos iguales». ¿No era eso lo que se le decía a las personas para que pudieran asumir el papel que les tocaba sin protestar? ¿No era lo que decía la religión todo el tiempo para consolar a los pobres? ¿Y lo que decían los políticos para hacerse con el poder? Era lo mismo que decían los poetas, que eran todos más pobres que las ratas.

—¿Eso es lo que hace su amigo Burton? ¿Hacer de puente?

—Todo el tiempo. Burton es un hombre como yo no he conocido en mi vida. Cuando llegué a Bombay me advirtieron de que era un salvaje y un rebelde... Que le acababan de expulsar de Oxford. Estaba en el Decimooctavo de Infantería y no tenía más que veintidós años. Querían que no le perdiera ojo y que informara a Londres sobre sus desmanes. Y lo que acabé descubriendo es que él era el único hombre que hablaba sin miedo ni intereses ocultos... sin falsear los informes para colgarse medallas. Burton es de esos hombres amigos de la humanidad. Él fue quien me enseñó todo el sánscrito que sé... lo que supone nueve de cada diez palabras en alto balines.

Cecilia se quedó pensando en aquello último. ¿Qué significaba? Se dio cuenta de hasta qué punto ignoraba las costumbres de la isla. Nada de lo que habían leído en los Países Bajos, apenas unos folletos sobre higiene y protección, había podido prepararles para la realidad de lo que les esperaba. Marc, en cambio, estaba acostumbrado a sobrevivir en aquella isla extraña... Lo del incidente del molino había demostrado hasta qué punto podía torcerse todo por un detalle absurdo. Cuán vulnerables eran Jacob y ella en aquel lugar perdido.

—Para cuando yo me marché de allí, Burton ya hablaba hindí, guyaratí, maratí, persa y árabe... Le llamaban «el negro blanco».

—¿Qué barbaridad! ¿Cómo se puede aprender tal cantidad de lenguas?

Marc dudó un momento, pero al final no se atrevió.

—Eso es... demasiado para una dama.

Nengah irrumpió entonces con la bandeja de té y se puso a servir uno por uno los platos, las

tazas, las cucharillas, la cremera y el azucarero con lentitud exasperante. El tintineo agudo de la loza crispaba los nervios. Ambos, de nuevo, guardaron silencio hasta que la mujer se hubo marchado.

—Quiero que sepa que no tiene usted que preocuparse por lo que pasó el otro día —dijo Marc—. Salió de mi casa a toda prisa y no me dio tiempo a...

—No tiene usted que explicarme absolutamente nada. —Era inconcebible seguir hablando de aquello—. Y no se preocupe que yo también sé lo que es guardar la discreción...

—Lo que quería decir es que no iré por ahí diciendo que es usted una fisgona ni nada parecido.

Cecilia se sintió incapaz de contenerse por más tiempo. ¿Cómo había podido utilizar semejante adjetivo? Las formas de aquel tipo eran más propias de un randa que de un caballero. Estaba claro que su hija, otra maleducada, tenía a quien salir. A pesar de todo, apretó los puños y se reprimió en el gesto y en el tono.

—Tampoco yo iré diciendo que echa usted a gritos a sus invitados. Porque el otro día se puso usted francamente violento.

—¿Y qué quería que hiciera? ¡Si pensaba que era una espía de Guillermo III! ¿Se da cuenta de en qué posición tan comprometida se puso? No vuelva a hacer algo así nunca, ¿me oye?

Cecilia supo que no bromeaba. Que de verdad había puesto en peligro su delicada labor al hurgar entre su documentación. Confidencias. Secretos de estado, quizá.

—Dígame que le ha quedado claro... —insistió.

—Ya le dije que fue un accidente y que no volverá a pasar. Ahora, hablemos del encargo para su hija, si le parece bien.

Marc pareció relajarse y se llevó la taza a los labios.

—¿Llegó usted a tomarle medidas? ¿Ya sabe cómo quiere la casa?

—Me temo que su hija no quiere en absoluto lo mismo que usted.

Él dejó la mitad de la pasta de té en el plato y se llevó la mano a la barbilla mientras terminaba de masticar la otra media. Finalmente suspiró.

—No quiere la casa...

—Ni la casa ni ninguna otra cosa.

Cecilia le dio unos segundos, mientras se preparaba su propia taza. La porcelana de Marc era la británica de Crown Derby, blanca con margaritas de colores y capullos de rosa. Con los bordes en azul índigo y oro. Muy diferente de la porcelana de Delft, que se hacía toda a imitación de la china.

—Le seré franco respecto a Julia. Aquí, en Bali, casi no hay británicos... son ustedes, los holandeses, los que están por todas partes.

—Debe de ser muy difícil.

—Alguna vez he pensado en enviarla a Ginebra, a un internado, pero no quiere ni oír hablar de marcharse. Y si le soy sincero yo tampoco quiero separarme de ella...

—¿Llevan mucho tiempo aquí?

—Casi dos años. Durante la guerra estuvimos en la casa Lange, en Kotta. Le protege el rey de Badung, que es de los más importantes de la isla. Y la bandera de los Países Bajos ondea en su casa oficialmente, así que nadie se atreve a tocarle. Allí Julia tuvo una educación esmerada junto a sus hijos porque el mayor tiene ya los siete años. Literatura, música, latín y ciencias... lo

habitual. Pero cuando acabó la guerra nos mudamos aquí y su mundo se redujo mucho. Ahora apenas tiene esas fiestas una vez al mes. Está siempre irascible y disgustada. Lo de la casa de muñecas solo era una idea...

—Su hija necesita la compañía de otras mujeres.

—¿Podría usted venir? Le pagaría por su tiempo. En florines.

—Yo no soy profesora.

—Hable con ella. Aconséjela un poco, gánese su confianza...

—¿Es que quiere que me convierta en la espía holandesa que tanto temía que fuera?

Él sonrió, algo triste.

—Vamos. Solo será por un tiempo. No quiero que pase por lo que sea que esté pasando... ella sola.

Cecilia comprendió que aquella era la súplica de un padre que deseaba ayudar a su hija, pero que, ante las barreras que el tiempo y la propia naturaleza iban estableciendo, simplemente no sabía cómo. Era muy improbable que una adolescente dejara entrar a su padre en sus pensamientos privados.

—¿Cuánto tiempo me llevaría esto?

—Venga tres veces por semana. Por las tardes.

Cecilia lo consideró. Sería la manera de conseguir algo de dinero para arreglar el molino y de tener un poco de paz a corto plazo. Un lugar silencioso, donde pudiera concentrarse sin el ruido insoportable de las sierras. Algo temporal. En cuanto empezaran a vender en la *factorij* ya no sería necesario.

—Quiero un tálero imperial por día... y por hora.

Marc hizo algunas cuentas mentalmente. Cecilia vio que sus dedos se movían discretamente para acompañarle.

—Esos son diez florines diarios... que al mes...

—Son ciento veinte florines.

A Marc se le quedó el rostro demudado.

—Eso es el salario de un hombre adulto en los Países Bajos.

—Y lo que usted querría es pagarme el salario de una mujer, sin duda...

—Oh, no tengo problema alguno en pagarle su tiempo como si fuera el de un hombre, créame... pero por esa cantidad prácticamente se tendría que venir a vivir aquí.

—En los Países Bajos un mozo de cordel gana trescientos florines anuales y un miembro del gobierno hasta los seis mil.

Le dio un momento para que se lo pensara. Aquello era una cuestión de oferta y demanda.

—Sea razonable, señora De Houtman —intentó Marc—. Le daré dos florines por hora, ¿qué le parece? ¿Son dos libras esterlinas por semana!

Ella hizo un esfuerzo para que la sonrisa no asomara a sus labios.

—Me parece bien.

—Entonces ¿cuándo vendrá?

—Deje que lo consulte con mi marido.

El pacto

—¿Cómo que la remesa no ha llegado? ¡Pero si el barco atracó ayer mismo!

Cecilia le tendió a Jacob un segundo coco abierto, que él se bebió también del tirón. Acababa de llegar del puerto, completamente sofocado.

—Yo... Yo tampoco me lo explico, pero te aseguro que lo comprobamos hasta tres veces y allí no había ni un solo florín a nuestro nombre. El consignatario repasó la lista delante de mí... ¡si hasta me abrió la caja de caudales al ver el apuro que tenía!

Habían acordado con la familia el envío de mil florines al mes, durante el primer año, y su devolución en madera de teca, una vez que el aserradero empezara a rendir.

—¿Qué es lo que ha pasado?

—Ya sabes cómo es mi hermano. Se le habrá pasado la fecha o... O habrá cometido algún error en los nombres. Es posible que la cantidad se haya perdido o haya acabado en algún otro puerto. ¡Lo mismo aparece en Batavia!

—¿Y cómo vamos a pagar los salarios ahora?

—A lo mejor podríamos deshacernos de parte del terreno. Siempre he pensado que no nos hacía falta tanto...

—No. De eso nada, Jacob, no voy a malvender la tierra. Esto no es nuestro jardín particular. Necesitamos esas hectáreas. La idea era que acabáramos convirtiéndonos en proveedores de la familia, ¿no? De la casa De Houtman al completo. Y que todo quedara entre nosotros, sin necesidad de contar con terceros. Pues eso es precisamente lo que vamos a hacer.

—¿Y cómo? ¡Si el molino ni siquiera está funcionando aún! ¡Estamos aserrando los troncos con las manos, como en el siglo pasado!

Cecilia se sintió señalada por el comentario. Al fin y al cabo, todo el desastre con el dichoso molino se había producido bajo su gobierno, mientras Jacob estaba ausente, en la costa.

—Eso lo pondré en marcha esta misma semana.

—¡Bien! Pues yo iré a ver al residente asistente y le pediré que nos conceda un préstamo. O, si es necesario, hablaré con el mismísimo residente. Como si tengo que ir a Batavia a buscar al gobernador...

—Y a ver si a tu hermano no se le vuelve a olvidar...

Lo había dicho a la desesperada, pero, en el fondo, no había manera de comunicarse con la metrópoli a corto plazo. Cualquier carta tenía que seguir los ocho meses reglamentarios de viaje. Aunque escribieran a Rotterdam aquella misma noche no ganarían nada. Lo cierto es que estaban

en manos de Dios.

Jacob tomó el sombrero y salió por la puerta. No había permanecido en la casa ni media hora. Cecilia se cubrió los párpados con las manos y tomó aire profundamente. Luego se dirigió a la tina, se las frotó varias veces con el jabón de Castilla, se echó agua fría en la cara y el cuello y salió al aserradero.

—Gerolt, ¿qué es lo que pasa con ese molino? No entiendo por qué todavía no lo veo ahí arriba, dando vueltas como un demonio...

—Disculpe, señora, pero no nos queda una sola cuerda en toda la casa.

—¿Y por qué no me lo dijo antes?

—*Bue*, si yo... usted no... no la encontraba y el señor Jacob...

Cecilia se llevó la mano a la frente. Empezaba a dolerle la cabeza.

—¿Tienen una carpintería a su disposición y no les queda cuerda?

—No, señora, si me disculpa... No tan gorda ni tan fuerte ni tan larga como *pa* aguantar. Disculpe, pero prefiero serle franco ahora que lamentarme de burro. Vienen las lluvias y volverá a caerse, señora. Y el anterior quedó destrozado... como si le hubiera caído encima una montaña pedruscos.

Cecilia intentó verlo por el lado bueno. Al menos el tornillo de Arquímedes no estaba roto... No podía ni imaginarse las dificultades de encontrar un reemplazo para una pieza hidráulica como aquella en una isla como Bali.

—¿Cuánto necesita?

—Pues lo menos treinta metros, señora. Para no quedarme yo de corto. Si quiere usted y me da al mozo —señaló a Dian—, para que me entiendan...

—Iré yo. Pero en cuanto vuelva necesito que se ponga a ello. De inmediato.

Se dirigió al carruaje.

Lo peor es que no había conseguido decirle a Jacob lo de ir a la casa Beresford tres veces por semana.

Lo cierto es que no sabía cómo.

«Cecilia, ¿no puedo creer que hable usted así! ¿Es que todo lo ve como un coste o un beneficio? ¡Los exploradores son los verdaderos héroes de nuestra época!».

Las palabras de Marc volvían a ella en el vaivén de la calesa, camino de la aldea. ¿Sería verdad que pensaba demasiado en el dinero? La directora del instituto, la señora Van Meerten, se habría horrorizado de intuir que su pupila se estaba convirtiendo en una mujer mezquina. Estaba claro que para el señor Beresford, como para todos los británicos, aquel no era un asunto propio de las damas. Pero hacía tiempo que ella participaba en los negocios de la familia... su suegro le había dado esa oportunidad, había visto que valía y le había dado cada vez más competencias. Él era quien más le había ayudado a no pensar en otras cosas.

—Dian...

—Sí, señora. —El carpintero iba delante, junto al cochero.

—¿Tú crees que una mujer no debería ocuparse del... gobierno pecuniario?

—Yo no... No sé, señora. ¿Qué es...?

—Nada. No te preocupes.

El día de mercado tocaba uno de cada tres días en el calendario religioso y tenían que aprovechar para resolver la compra. Aparcaron el carruaje, dejaron al cochero de guardia, y rebasaron las murallas de barro de la aldea, que apenas si podían contener el bullicio de la gente.

—De acuerdo... —Se alisó bien la falda y tomó aire. Entraría, conseguiría la cuerda y saldría de allí lo antes posible. No hacía falta correr, no iba a perder la compostura, pero sí que iría lo más ligera posible.

Mantuvo la mirada en el suelo al tomar la avenida principal, evitando la de los hombres mayores, que se sentaban a ambos lados, en pequeños grupos. Muchos lo hacían directamente frente a sus casas, sobre las planchas de corteza de la entrada, y escupían las cáscaras de la nuez de betel a la acequia que, como un riachuelo, pasaba por debajo. Cecilia tenía que ir esquivando los restos de los que lo hacían en la calle. Eran tantas las cáscaras, mezcladas con el barro y el agua, que aquello parecía una sangría, amenazando con manchar sus botines blancos con un borde carmesí.

Los gallos de pelea cacareaban revueltos en sus jaulas acampanadas, que eran como cestos de mimbre dados la vuelta. Cada dueño iba acompañado de sus favoritos, que exhibía muy cerca, con orgullo.

A uno de ellos le estaban probando la cuchilla para el próximo combate, atándosela en el espolón, y armó tanto alboroto que se le escapó al dueño de entre las manos y salió corriendo, cruzándosele a Cecilia por delante. Ella evitó el filo reluciente, con temor de que le fuera a rasgar la falda o incluso la pierna. Un niño pequeño lo capturó al vuelo y lo sacó del camino.

—No entiendo por qué estos animales no están en un corral —protestó ella.

—Así se entretienen... —dijo Dian—. Viendo pasar a gente. Se saca a los más guapos solo. Los días de mercado vienen los hombres de las otras aldeas. Muchos combates. Las apuestas muy altas. ¡Allí! —Señaló el pequeño estadio, apenas un cobertizo abierto de cañas y de barro, donde ya gritaban las familias y jaleaban, puños en alto, a sus campeones.

—Lo de las cuchillas es una barbaridad.

—Los dioses siempre tienen sed de sangre. Mejor gallos que hombres. Antes, hace mucho, me dijo mi maestro... mi padre... que se las ponían los hombres y hacían lo mismo. Y eso era mucho peor.

—¿Por qué dices que los dioses tienen sed de sangre?

—Eso los brahmanes lo saben. Y los dioses lo dijeron, hace mucho. En los buenos tiempos. Cuando los dioses hablaban.

Se encontraron con un grupo de mujeres, los pechos desnudos y a la cintura sus *sarongs* mejor teñidos. Venían riendo y de cháchara, con voces cantarinas, pero al cruzarse con ellos se callaron y se pusieron serias. Pasaron por su lado, sujetando sobre sus cabezas las ollas brillantes de barro negro y los cestos de frutas, colocadas en pirámides milagrosas. Eran tan altas que Cecilia temió que les fuera a fallar el equilibrio, pero estaban bien asentadas en un paño doblado varias veces sobre la cabeza, y se ondulaban en el aire, adaptándose al balanceo de sus pasos. A la directora Van Meerten le hubiera encantado semejante dechado de gracia y de soltura.

Las mujeres, sin embargo, dejaron a su paso un olor acre, mezcla de sudor y de las especias de cocinar. Y el griterío de los pollos y cerdos que llevaban bajo los brazos.

Detrás llevaban una patulea de chiquillos que la miraban de arriba abajo. Ellos, guiando sus vacas pardas, tan esbeltas en cuellos y patas que parecían venados. Ellas, con las faldas llenas de

jazmín indonesio para el templo. De vez en cuando cuchicheaban y uno de ellos se lanzaba corriendo y agarraba a Cecilia de las faldas, para volver corriendo al grupo y recibir palmas y alharacas por el desafío superado.

Todos, sin excepción, miraban el cordón resonante de su falda, en el que se alineaban, por el agujero central, hasta doscientas monedas chinas.

—Dian... —Sujetó el cordón en el puño para que dejara de sonar con sus andares.

—Sí, señora.

—Lo que quería preguntarte antes es... que si tú crees que una mujer debe ocuparse del dinero.

—¿Por qué?

—Porque en algunos sitios está mal. Es feo.

—Aquí no, señora.

—¿No?

—Aquí lo raro es que un hombre se ocupe del dinero.

Al girar el recodo de la plaza, Cecilia se dio cuenta de lo que quería decir. El mercado rebosaba de actividad, de los gritos del regateo y el resonar de las monedas que pasaban de mano en mano. No había allí ni un solo hombre.

En la sombra del gran árbol de la aldea las esteras trenzadas hacían de improvisados toldos. Las mujeres, que tenían que pasar allí todo el día, preparaban el arroz en sus ollas de barro y se remojaban los cuerpos con paños para refrescarse.

Hasta las cambistas de moneda eran mujeres. El mercado era un batiburrillo de voces femeninas y golpeteo de monedas de latón cambiando de manos. Los dedos eran hábiles, pero más todavía las cabezas: las mujeres balinesas, según dijo Dian, eran capaces de multiplicar cantidades de varias cifras de memoria en cuestión de segundos.

Había un olor penetrante a papayas y frutipanes maduros, a aceite de coco y a pescado seco. Cecilia tuvo que apartar con los brazos las telas que las mujeres agitaban ante ella, ofreciéndoselas con tanta vehemencia que apenas la dejaban ver, y buscó con la mirada el puesto de la cordelera.

Lo encontró arrinconado junto al de la alfarera. Había allí rollos de cuerda tan anchos como una maroma de barco y tan finos como hilo de bordar, además de agujas, dedales, candados y otras fruslerías importadas. Señaló la sogá más grande de todas.

—¿Cuánto quiere por esta de aquí?

—*Ringitt* —dijo la mujer, que era mayor y robusta y llevaba las grandes orejas agujereadas por dos cilindros de bronce.

—¿Cuánto? —Agitó ante ella el cordón de las monedas.

La mujer comentó algo a la alfarera, que se echó a reír antes de seguir limpiando su jarra con un trapo.

—¿Cuánto? —insistió Cecilia.

—No *kepeng* —dijo la mujer—. *Ringitt*.

De la bolsita que llevaba colgada al cuello sacó una moneda de plata y la levantó para que reluciera al sol. Era un tálero imperial. Dos florines y medio.

—Eso es mucho dinero por un rollo de cuerda —protestó Cecilia, a sabiendas de que no la entendería. Levantó de nuevo el cordón—. Y quiero pagar en *kepengs*. Díselo, Dian.

—Ningún extranjero puede utilizar nuestra moneda —explicó él.

La señora habló, apresurada y firme.

—Dice que esto no se puede conseguir aquí, que ella se lo tiene que pagar a los marineros con moneda holandesa.

Cecilia le pagó a desgana para zanjar la venta y poder marcharse de aquel lugar concurrido y caluroso.

Una vez estuvieron de vuelta en el carruaje, Dian explicó que en cualquier mercado de Bali siempre había tres precios: el de la propia aldea, el de la aldea vecina y el de los extranjeros. Que aquello formaba parte de las reglas de lealtad hacia la comunidad.

Nada de aquello se lo había advertido el agente de viajes que les había arreglado el traslado. Se sentía engañada, no sabía nada del lugar. ¿Por qué enviaban a la gente así, tan desinformada, al otro lado del mundo? ¿Es que temían que, si los colonos sabían lo que les esperaba, nadie diera el paso? Dependían de los nativos para todo y, por primera vez, vio que el riesgo de fracasar era muy real.

No soportaba la idea de ver el aserradero deteriorarse. De tener que malvender las tierras y la casa y meterse otros ocho meses en las entrañas de un barco, de vuelta a Rotterdam.

Decidió que acudiría a la casa Beresford sin permiso de nadie. Jacob todavía no alcanzaba a vislumbrar el lío mayúsculo en el que estaban metidos.

—¡No necesito más profesores! ¡Ni más institutrices! ¡No quiero saber nada de todo eso! — Julia se estaba calzando las botas en la propia escalera, frente a la casa. Se había puesto una capa por encima y parecía al borde de las lágrimas. Cecilia esperó en el asiento de la calesa, que acababa de pararse junto al baniano. Llevaba la maleta con el aritmómetro y sus libros de poesía.

—¿A qué vienen esos arrebatos? —Marc estaba apoyado en la barandilla, en mangas de camisa y chaleco—. Puede ayudarte... Dale una oportunidad...

—¡Deja ya de manejar mi vida!

Marc bajó la escalera y se enfrentó a ella.

—Mírame a los ojos. —La sujetó de la capa, le dio un tirón y la obligó a levantar la vista—. No puedes hacer eso, ¿sabes? No puedes seguir haciéndolo. Porque lo que sea de tu vida ahora mismo es ¡mi problema! ¡Hasta el día en que te cases y pase a ser problema de tu marido! Pero si te sigues metiendo en esa selva y un día te pasa algo, ¿quién cargará con todo? Delante de la gente y de Dios y de tu madre, que en paz descance. ¡Yo, Julia! ¡Cada día de mi vida!

—Ojalá me pasara algo de una vez.

—Deja ya de decir barbaridades. ¿Es que no te oyes? No puedes hablar así a tu padre, desgraciada. —Sacudió la capa y la soltó de golpe, con lo que la chica perdió el equilibrio—. Esta noche te quedarás sin comer. En tu habitación.

Julia se levantó y se quedó mirándole de frente. Tenía casi catorce años, pero en aquel momento parecía una mujer.

—Me sigues castigando como si fuera una cría. Y no lo soy...

Marc recuperó su compostura. La silueta en blanco y negro con la espalda sinuosa, bien delineada por el chaleco de seda oscura. Parecía más alto y con mayor envergadura.

—Tienes razón. ¿Y sabes qué? Te castigaré como a la jovencita que eres... Así que no irás a

la fiesta de este mes.

Julia retrocedió, sin esperanza. Así que allí era donde se perdía todo. Su edad era la frontera donde siempre descalabraba. Nunca podría decidir nada hasta que no fuera mayor de edad. ¿Sería entonces dueña de sí misma o estaría condenada a pasar del mandato de un hombre al de otro?

Cecilia vio desde el carruaje cómo a la muchacha se le hundían los hombros y se le abrían los ojos azules, como si le hubieran asestado un golpe definitivo. Sus pupilas vagaron sobre la tierra negra e indistinta, intentando encontrar una solución que no llegaba.

Entonces los puños se le crisparon y echó a correr hacia el interior de la selva.

—Nengah... por favor —suplicó Marc. La señora salió corriendo detrás de la muchacha.

Él se sentó, agotado, sobre la escalera. Cerró los ojos, se llevó la mano a las sienes y suspiró. Aquella ruptura con Julia era interminable. Tenía que luchar con el dinero, con la política, con las redes cruzadas de las confidencias y las peticiones de todos, con la traducción de palabras laberínticas... y ahora también contra el que, hasta entonces, había sido su único consuelo. ¿Cuándo se acabaría aquel suplicio? ¿Es que la paz no llegaría nunca?

La mujer agarró sus pequeñas maletas y se sentó junto a él en la escalera blanca y curva de la entrada.

—Lamento que haya tenido usted que ver todo esto, Cecilia. Lo siento de verdad.

—No debe usted preocuparse por mí.

—Todo es difícilísimo...

Seguía con los ojos cerrados, acariciándose la frente y las raíces del cabello negro, como si pudiera aliviar así la desazón. Era algo mayor que Jacob y tenía más entradas. Pero estando así no parecía más que un niño abatido.

—Qué lamentable situación... Siento haberla hecho venir aquí para nada.

—Deje que le acompañe un rato. Hasta que esté mejor.

—Estoy bien, no se preocupe.

—Le prepararé el té, ahora que Nengah no está...

—No. Es usted mi invitada. Deje que lo haga yo.

Marc se aflojó con disimulo la hebilla trasera del chaleco y se reclinó en el sofá, frente a Cecilia.

—¿No me acompaña? —preguntó ella.

—Beba usted, por favor.

Se había cubierto el rostro con la manga ancha de la camisa. No se había atrevido a subir las piernas y las botas negras seguían en contacto con el suelo, dándole a su cuerpo una contorsión extraña.

—No me gustaría que su hija me viera como a una intrusa.

—Esto no tiene nada que ver con usted, se lo aseguro. Tiene que ver con sus escapadas a la selva. Antes solo se escondía entre las lianas del baniano, jugaba a que era una de esas estatuas de los dioses que asoman entre los troncos, pero ahora... a veces se escapa y... Parece que lo hiciera solo para atormentarme. Para demostrar algo...

Ella dio un sorbo largo al té, haciendo acopio de valor.

—¿Hace cuánto que murió su madre?

—Casi tres años.

—No es mucho tiempo...

Él se incorporó en el sofá y señaló las dos pequeñas maletas que Cecilia guardaba discretamente a su lado.

—¿Por qué no me enseña qué es lo que ha traído?

—Lírica inglesa, sobre todo. De Wordsworth y de Coleridge.

—¿No le gusta la novela?

—He traído *Jane Eyre*.

—Me gustó... a medias.

—¿Lee usted novelas de amor escritas por mujeres?

—Un diplomático necesita saber cómo piensan las personas. ¿Cómo iba a saber qué tienen en el fondo las mujeres si no leyera lo que escriben?

Cecilia sonrió. Comprensible aunque, desde luego, peculiar.

—¿Tiene usted ocasión de hacer política a menudo con las mujeres?

—Le recuerdo que estoy al servicio de Su Majestad, la Reina Victoria. Es a ella ante quien respondo, en última instancia. Y sí, le sorprendería lo que puede hacer un comentario apropiado en el momento justo, casi sin pretenderlo, en mitad de una fiesta o una cena. A veces es más fácil llegar a un hombre a través de una esposa que, preocupada por la situación de los niños, la crueldad, la pobreza o la injusticia... le hace un comentario a su marido en privado, en el lecho matrimonial. No hay conversación más persuasiva que la que tiene lugar en una alcoba.

Cecilia quedó impresionada por aquella sutileza manipuladora. Había muchos caminos diferentes a la hora de construir la paz y, habitualmente, era necesario tomarlos todos.

—Lamentablemente, se me ha acabado todo el material —concluyó él—. Aquí los libros llegan muy de vez en cuando y con mucho retraso. Lo poco que hay está escrito en ese idioma endemoniado suyo.

—No está siendo muy diplomático ahora mismo que digamos.

Marc estaba cansado de traducir todas aquellas cartas y documentos y de relacionarse todo el día en un idioma que no era el propio. Era muy diferente en la India, donde se movía como pez en el agua, en su lengua materna. Traducir era un desgaste adicional en todas y cada una de sus asignaciones. Multiplicaba el trabajo.

—Discúlpeme. Está claro que cada lengua tiene sus fortalezas. Incluso las derivadas del malayo, aunque a veces cueste verlas... —Señaló el maletín—. ¿Qué es lo que lleva ahí dentro?

—Oh, es solo un aparato para hacer cuentas.

—¿Puedo verlo?

Cruzó al otro lado y se sentó junto a ella, en el sofá.

Cecilia se tensó ante la excesiva familiaridad. Se sentía mucho más cómoda cuando él estaba enfrente.

Con cuidado abrió la preciada caja del aritmómetro y lo mostró, orgullosa.

—Pensaba que había solo unos pocos de estos —dijo él.

—Son muy escasos, sí.

Marc pasó los dedos sobre la superficie resplandeciente de la calculadora mecánica. Como si fuera una caricia larga, recorriendo los detalles, con una leve presión. En la parte superior había hasta diez botones, en la inferior seis hendiduras verticales con sus correspondientes clavijas que

se movían de arriba abajo. Y a la derecha, una manivela.

—Solo los había visto en los dibujos. Tengo entendido que los presentarán el año que viene, en la Exposición Universal.

La mano de él pasó por la clavija más cercana a la mano de Cecilia, la última a la derecha. Recorrió despacio la hendidura de arriba abajo y después de abajo arriba, con los dedos corazón e índice, aumentando la presión. Cecilia los observaba con una sensación hipnótica y algo febril.

—¿Accedería usted a trabajar para mí?

Esta vez la puerta del despacho se abrió como una invitación, por la propia mano de Marc Beresford. El imponente mueble tenía las puertas desplegadas, como si fueran brazos abiertos, con todo su rechazo y su atracción.

—Creía que no quería a nadie merodeando por aquí...

—Sin mi permiso no. Pero si va usted a ayudarme, necesitará un lugar para trabajar. Me encargaré de guardar bien lo que usted no deba ver.

Cecilia se recogió la falda y las enaguas y se sentó frente a la tabla desplegada, forrada de terciopelo. Encima había dispuestos varios pliegos de papel.

—Dígame usted entonces.

—¿Podría escribir una carta?

—Por supuesto.

—¿Y traducirla, mientras yo se la dicto?

—Si me concede unos momentos...

Marc abrió uno de los cajones inferiores y sacó hasta cuatro plumas diferentes, que alineó junto a la escribanía.

—Deberá usted probarlas y ver cuál se le adapta mejor.

—Parecen todas iguales.

Él las fue señalando.

—Plumín de acero de David Felt. Esta es la más costosa, para las cartas importantes. Rhoads e Hijos, que me llegó hace un par de semanas. Aún no está hecha a mi mano, por lo que será más dócil. Esta tercera lleva el sello de Perry, pero debe de ser manufactura de Masón, como todas las que ellos venden. Y la última es una Gillott. La llevo utilizando más de un lustro y está echada a perder, lamentablemente. Empieza a deformar la caligrafía...

Cecilia escogió la segunda y Marc se recostó en su diván, tapizado de seda vainilla con detalles de flores dispersas. Preparado para ponerse a dictar.

—Estimada señora...

Cecilia no supo cómo seguir. Lo había dicho en neerlandés.

—Creía que yo traduciría...

—Traduzca usted al inglés.

Aquella era, sin duda, algún tipo de prueba. Estaba claro que alguien con el cargo del señor Beresford no podía conformarse con cualquier cosa. En la alta diplomacia un vocablo confuso podía llevar a equívocos terribles. Incluso a la declaración de hostilidades. Tenía que demostrar que dominaba la lengua.

—Desde nuestro último encuentro en la fiesta han pasado ya muchos días...

—¿No pone el nombre de la destinataria?

—No hace falta.

Cecilia continuó traduciendo. Si iba a ocuparse de cuestiones confidenciales, tendría que aprender a no hacer preguntas.

—Y desde entonces no he podido dejar de pensar en usted.

Ella sintió cómo se iba tensando en el asiento. Aquella no parecía precisamente una carta política.

—Pensé en seguirla, pero en aquel momento me pareció imposible...

El desasosiego de Cecilia iba en aumento. ¿Es que aquel hombre no podía escribirse sus propias cartas de amor? Quizás estaba encaprichado de alguna de las mujeres que había conocido en las fiestas de Mads Lange y solo estuviera dejando fluir sus pensamientos.

—Aquella noche salí de mi casa sin paz posible para mi espíritu y en el jardín trasero me crucé con una de esas mujeres balinesas, que a veces pasa con su cesto de fruta, camino de la aldea. Estaba desnuda de cintura para arriba.

—Más despacio... Por favor —pidió ella. Estaba concentrada en el esfuerzo de traducir. Procurando que los contenidos palpitantes de la misiva, tan inapropiados, no interfirieran en una tarea que tenía que ser lo más profesional posible. ¿Es que estaba tentando sus límites? ¿Para saber hasta qué punto podía darle su confianza?—. Ya está.

—Estaba desnuda de cintura para arriba —repitió él—. Y no dejo de preguntarme desde entonces por qué las mujeres balinesas pueden caminar así a plena luz, mostrando la belleza de sus senos, y en cambio usted...

—Ya es suficiente, ¿no cree? —Cecilia no pudo más y se puso en pie—. ¿Es que se está burlando de mí?

Él se sentó en el diván y no pareció preocupado ni alterado. Al contrario. Se mantenía sereno.

—En absoluto.

—Entonces ¿a qué viene esta sarta de indecencias? Yo creía que quería que le llevara las cuentas de la casa o la correspondencia legal o...

—¿No se lo ha preguntado usted?

—¿El qué?

—El porqué nos parece natural que las balinesas vayan desnudas y las occidentales tengan que ir tan vestidas.

—¿Cómo se le ocurre decir algo así?

—Deje de excusarse de una vez y deme su explicación. Una que sea científica.

—Pues es evidente, señor. Porque las unas son salvajes y las otras son damas.

—Pues a mí me parecen todas mujeres.

Cecilia le sostuvo la mirada. Él parecía muy seguro de lo que decía. Su actitud era desafiante. Estaba claro que aquello no era más que una continuación de la anterior charla que habían tenido. Dejaba sentido que se alineaba con todos aquellos revolucionarios anticoloniales que pensaban que no había tantas diferencias entre unas personas y otras. Cuando Cecilia sabía bien que la base del colonialismo y del beneficio económico era la correcta clasificación de cada persona en su estrato. «No somos todos iguales, señor Beresford —se reafirmó—. Los hay patrones y los hay trabajadores. Los hay colonizadores y los hay colonizados. Cuando los miembros de cualquier institución, cualquiera, no saben estar cada uno en su sitio es cuando empiezan los problemas. Se

acaba la colaboración y empieza la competencia. Cuando todo se desmorona, como lo hizo mi molino».

—¿De verdad no se lo ha preguntado nunca? —Siguió Marc—. Ha tenido que ser tan chocante para usted como lo fue para todos nosotros cuando llegamos... ¿Es que no le ha hecho pensar?

—Esto... ni siquiera es el... —Estaba alterada, sofocada—. Eso no importa nada. ¿Es que ha perdido la razón?

—¿Eso es lo que le decían sus compatriotas cada vez que usted cuestionaba alguna cosa? ¿Lo que le repitieron una y mil veces? ¿Que estaba usted loca?

Cecilia sintió que se quedaba pálida. Por supuesto, aquella era la primera acusación, la más fácil. Sobre todo, contra las mujeres, cuando empezaban a proferir inconvenientes. Los sanatorios mentales estaban llenos de mujeres que se habían atrevido a cruzar la línea y a revelar sus opiniones personales. Pero no entendía lo que Beresford estaba intentando hacer. ¿Por qué la sometía a aquella tortura?

—Usted no debería hablar así. No es correcto...

—¿No debería decir lo que pienso? Creía que era usted diferente, Cecilia.

—¿Diferente en qué? ¿En qué debería serlo? ¿Por qué debería serlo?

—Creía que era una mujer valiente. Sin miedo a expresar lo que pensaba. Creía que no era una hipócrita.

Ella cerró los ojos con fuerza. ¿Qué tenía de malo la hipocresía? Era una herramienta de supervivencia legítima. ¿Cómo no iba a tener miedo del aislamiento y de la exclusión social? ¿Quién en su sano juicio no lo tendría? ¿Cómo pretendía hacer negocios y prosperar, si no? Suspiró, fuera de sí.

—Déjese de juegos y de cartas fantasiosas. Y dígame de una vez qué es lo que quiere que escriba.

—Esto es lo que quiero que escriba.

Cecilia sintió un nudo en la garganta. Su puño fue a cerrarse alrededor del azabache, en el collar de luto que le caía sobre el pecho.

—No puede pedirme que haga algo así.

—Si le voy a pagar una barbaridad por su tiempo creo que tengo todo el derecho. A mí me sobran las cifras, señora. Cartas heladas sobre tratados, acuerdos comerciales, relaciones de cortesía y buenas palabras. ¡De todo eso me sobra! Lo que necesito es otra cosa. Algo que me ayude a sobrellevar este lugar mortalmente aburrido. Lo que quiero es que me entretenga.

Ella tragó saliva e intentó reponerse.

—Al modo en que lo hace su amigo Burton...

—Sus cartas me llegan muy raras veces. Es un hombre ocupado y está de vuelta en Inglaterra. Lo que necesito de verdad es... entretenimiento masculino.

Cecilia dejó salir el aire de sus pulmones muy lentamente. Considerando todo lo que aquello podía implicar.

—¿Por qué piensa que yo me prestaría a algo semejante?

—Porque todavía no ha salido corriendo de aquí.

La mirada azul de él era como una quemadura.

—Es usted un indecente.

Se volvió desairada y caminó hacia la puerta.

—¡Cecilia!

Ella se paró en seco, en el marco.

—Lamento si me he equivocado y le pido disculpas por mi atrevimiento. Contrataré a un hombre para este asunto. Queda usted libre de cualquier compromiso conmigo. Le haré llegar sus florines por el tiempo empleado en el día de hoy.

Ella se marchó escalera abajo, sin volver la vista atrás.

Aquella noche Cecilia era incapaz de dormir. La proximidad del señor Beresford, en la intimidad de su despacho, siempre la alteraba. Sentía una presión en el pecho de la que no sabía cómo librarse.

Las palabras no podían tener un roce más suave que el del aire, pues eso mismo eran. Estaban escritas con un hilo más fino que el de una labor de costura. Y, sin embargo, el encaje que hacía Marc Beresford parecía muy certero. Puntada a puntada, había conseguido clavarse en su amor propio y en su sueño, que ahora le estaba negado.

«Creía que era una mujer valiente. Creía que no era una hipócrita —suspiró sobre la almohada, dándole vueltas una y otra vez—. Si no son más que unos dibujos... No me parece mal que una mujer tenga... curiosidad».

Y de nuevo la librería Warnars, la temeridad de subirse en el escabel y tirar al suelo *Los viajes de Gulliver*. Recibiendo sobre sí las miradas reprobatorias de hombres y mujeres, injustamente. En Bali, por primera vez, parecía que aquellas miradas no podían alcanzarla.

El sonido del viento aullando y moviendo las hojas de la selva le recordó alpreciado molino con las aspas astilladas sobre el suelo, esperando el buen día en que, por fin, pudiera girar en lo alto del pilar. Cualquier emprendimiento era una apuesta y un riesgo... y su proyecto caminaba ahora sobre el alambre.

Se le había presentado una oportunidad, pero ¿era el señor Beresford una ayuda caída del cielo o bien un emisario del diablo para terminar de causar su ruina? ¿Podía fiarse de él? Un trato confidencial podía ser traicionado por cualquiera de las dos partes, en cualquier momento.

Había un detalle que le aguijoneaba especialmente y que no podía quitarse de la cabeza. Le había dicho algo sobre que contrataría a un hombre para el trabajo, como si ella no pudiera hacerlo igual de bien. ¿No había dicho él que podía leer una novela como *Jane Eyre* y comprenderla? ¿Entender los pensamientos más privados de una mujer? De la misma manera podía ella hacer otro tanto, en la dirección opuesta. Sus manos se cerraron con fuerza alrededor de las puntillas de la sábana, antes de cubrirse y darse la vuelta en la cama.

Y aquel señor Burton, lejano y salvaje, ¿tenía algo que enseñarle? Cuando había aprendido a hacer los encajes lo había hecho de la misma forma: observando, copiando y repitiendo los mismos motivos una y otra vez. De la misma manera debía ahora aprender a hilar y a tramar, a seguir el diseño de sus pensamientos sin desviarse. A situar una palabra detrás de otra, como ristas de puntadas. Como frases bordando flores y párrafos tejiendo ramos. Como páginas sumando cenefas. Hasta que la labor quedara completa, sin que faltara o sobrara punto alguno.

Iba en contra, seguro, de cualquier ley divina, pero al mismo tiempo... bastaría con no ser demasiado explícita. Al fin y al cabo, nada agradaba más a Dios que el trabajo bien hecho.

—Pensaba que ya no volvería a verla. —Fue el propio Marc quien la recibió en la puerta.

Cecilia se ocultaba tras el ala de la capota, sin mirarle a los ojos. Se alegraba de ver a Julia de vuelta, en el salón, sentada en una otomana circular a pocos palmos del suelo. Leyendo un libro y sin daño aparente.

—¿Podemos hablar?

—Subamos arriba.

Sentía una opresión en el pecho a medida que subía la escalera, hacia un territorio desconocido y peligroso. Más allá de la familia, la comunidad, la iglesia y todo el conjunto de reglas que tan cuidadosamente habían dictado sus mayores durante el período de su educación. Le volvió el recuerdo de la carta de Richard Burton, ardiéndole en la mano. Se había dejado la capota y la capa puestas por si tenía que salir de allí como alma que lleva el diablo.

Marc cerró la puerta detrás de sí.

—Pues usted dirá.

Cecilia se alejó de él como si la proximidad del hombre fuera un peligro en sí misma. Junto a la ventana se sentía más tranquila.

Una luz suave llegaba del exterior. El dorado generoso de la mañana balinesa, matizado por la multitud desaforada de verdes. La casa de Marc Beresford era un balcón hacia un muro de selva.

—He pensado en su propuesta.

Marc estaba apoyado en la puerta, cruzando tanto las botas negras como las mangas anchas de la camisa.

—Yo también. ¿Y sabe qué? He estado echando cuentas y, quizá, desde luego, este no sea el acuerdo más ventajoso que...

—Déjeme hablar, por favor. Y luego hable usted.

Marc se calló.

—Creo que los dos sabemos mucho sobre lo que usted mencionó... Sobre lo de tener que callar, una y otra vez. Seguro que es mucho lo que usted tiene que aparentar, agasajar y ocultar...

—Sus ojos se dirigieron a la vitrina donde Marc ordenaba toda su parafernalia. Su traje. Su disfraz—. ¿Me equivoco?

—No se equivoca.

—E incluso engañar.

Aquella última palabra le salió como un exabrupto, casi contra su voluntad, y le dio escalofríos dejarla escapar. «Un hombre que sabe mentir. Un tramposo. Alguien en quien no se puede confiar y con quien no se debe hacer negocios». Todo su instinto le decía que aquel podía ser el mayor error que hubiera cometido en su vida. Él tendría una prueba física: su letra sobre el papel, con su misma caligrafía. Tendría un arma que pudiera usar en su contra para exponerla. Frente al resto de los hombres o de las mujeres, el reverendo o incluso el juez. Su única salvación era no excederse. No decir nada que pudiera comprometerla. Caminar por el hilo de la sugerencia... O, de lo contrario, sería víctima de un chantaje interminable.

—Engañar nunca es una buena política, señora —se defendió Marc—. Los engaños siempre acaban al descubierto. En la vida, si uno pierde la confianza, lo pierde todo. Hay diferencias importantes entre el engaño, la cosmética y el secreto.

La propia naturaleza siempre era única e incomprensible para los demás. Bajo todos los

símbolos de su traje armado, Marc Beresford no era más que un hombre de carne y hueso, que estaba solo y que, probablemente, escondía sentimientos y deseos carnales como los de cualquier otro. ¿Por qué no buscaba una mujer, entonces? Una de carne y hueso y no una hecha de palabras...

—Sé que en la isla hay muy pocas europeas —aventuró, con la voz en un hilo— y todas ellas están casadas o son demasiado niñas. Pero hay muchas balinesas.

—¿Y eso qué significa?

—Usted mismo dijo que Mads Lange tenía una mujer balinesa y otra china...

—Eso no es de su incumbencia.

—Se lo digo como amiga.

—No es usted mi amiga, sino mi empleada.

Supo que había cruzado una línea delicada. Quizá, pese a lo que pudiera parecer, no le gustaban las mujeres orientales. Quizás, en el fondo, le asqueaba el contacto de los cuerpos de color.

Recordó el aserradero y las cuentas, que disminuían por días. Las remesas que no llegaban y el molino roto.

—Y quiere usted contratarme para que escriba... nada más... —Necesitaba asegurarse de que quedara claro.

—Nunca se me ocurriría pedirle otra cosa.

«Que sea una mujer de papel, entonces». Se pertrechó y adoptó una actitud displicente. Continuó sin mirarle a la cara ni un momento.

—Bien. ¿Y cómo le gustan al señor las mujeres? Porque digo yo que a su cocinera le habrá dicho cómo le gusta el *rosbif*. Y a sus sirvientas qué flores tienen que poner en su habitación. Y a su sastre si los chalecos tienen que ser bordados o lisos...

—Ya me escuchó ayer. Siga por ahí.

Cecilia seguía dubitativa, sin saber muy bien ni cómo empezar. Sin saber bien si debía... o si podría.

—¿Es que nunca ha querido usted convertirse en otra persona? —dijo Marc—. Ahora puede...

«Uno no se convierte en otra persona, así como así», pensó Cecilia. Pero sí, hacía tiempo que quería serlo. Tres años, exactamente. Tres años ya en que no soportaba estar en su propia piel.

Tenía que tener cuidado con sus propios pensamientos. Apartarse de aquel territorio oscuro de sí misma, donde no había más que una deriva siniestra.

Se giró entonces y le clavó la mirada, por primera vez en toda la conversación.

—¿Cuándo debería empezar a escribir?

Marc sonrió. Al final, Cecilia estaba demostrando todo lo que ya había intuido sobre ella en un primer momento. Que era una mujer audaz e inteligente. Y, sobre todo, curiosa. Todas ellas cualidades que la hacían excepcional, por lo escaso que podían manifestarse en los salones, bajo las montañas de volantes, abanicos de plumas y veladas de pianoforte.

«¿Cuándo debería empezar a escribir?».

—Ahora.

MARA ULLOA ROIBÁS

(Actualidad)

9

La ceguera

Caigo en la sombra, en medio
de destruidas cosas,
y miro arañas, y apaciento bosques
de secretas maderas inconclusas,
y ando entre húmedas fibras arrancadas
al vivo ser de substancia y silencio.

Veía correr a Julia por el bosque tropical, varios metros por delante.

Con su larga melena rubia al viento, su vestido blanco almidonado y sus botas negras que se hundían en el barro. Corría sin mirar atrás, escondiéndose por detrás de un árbol y luego del siguiente, como si quisiera desaparecer. ¿Adónde iba? ¿Cuál era su secreto?

Mara estaba segura de que era ella. La seguía, intentando aguantar el paso de sus piernas jóvenes, pero Julia conseguía eludirla y perderse una y otra vez.

Siempre eran caminos distintos los que tomaba, aunque muy similares en apariencia, para acabar en la misma encrucijada, frente a un gigantesco árbol. Lo había reconocido de inmediato por las marcas, apenas unas manchas negruzcas en la corteza quemada: era el mismo árbol al que había atropellado. Superviviente a todo, parecía burlarse de ella.

La chica volvió a asomarse, apenas un relámpago blanco de algodón y puntillas que llamó su atención de soslayo y se alejó corriendo.

De nuevo Mara se puso en marcha y la persiguió sin aliento por los senderos hollados. Corrió evitando las lianas de los árboles banianos y las raíces enormes en el suelo, las trampas densas de los helechos, las zanjas de los riachuelos...

Pero ella volvió a desaparecer. Y de nuevo el árbol, mudo, como si fuera un enigma.

Allí no había ninguna construcción humana, ningún templo ni casa. El árbol como única respuesta.

«¿Adónde vas, Julia?». «¿Por qué te ocultas?».

Mara se despertó desorientada, recordando tan solo unos versos: «apaciento bosques de maderas inconclusas...», de Pablo Neruda, el favorito de la abuela. Lo tenía pintado en un

pequeño azulejo en la pared, en su casa de la Costa da Morte.

No sabía cuántas horas había dormido, pero sentía los miembros y la cabeza entumecidos, los pensamientos torpes y la espalda dolorida por haber cometido el error imperdonable de dormirse bocabajo. Se preguntó si no habría empeorado los dolores del accidente con aquella postura absurda. Tenía que procurarse un buen masaje balines lo antes posible.

Esquivó en el suelo las figuras de los cisnes, hechas con toallas retorcidas, que estaban medio desbaratadas al haberlas barrido con el brazo, justo antes de echarse de bruces sobre la cama de matrimonio.

Aunque ya estaban en septiembre, el hotel estaba completo. Aquello solo podía explicarse por el congreso de ecología y medio ambiente que tenía las habitaciones copadas. La entrada de la sala de reuniones, que daba a la recepción, estaba a rebosar de *banners*, pegatinas y folletos de los participantes.

Sentía la cabeza pesada y un hambre atroz. El *jet lag* correspondiente a las seis horas de diferencia que separaban Denpasar de Madrid.

Por la terraza entreabierta, tras las cortinas pesadas y opacas, llegaba una melodía acelerada y alegre. Un sonido metálico, parecido al de un montón de llaveros, campanas y cencerros agitados dentro de una lata.

Habían dejado la habitación abierta después de hacer la limpieza, para que se aireara. Era imprescindible cerrarla antes de que se acabara la luz y empezaran a entrar los bichos con ganas de darse un festín a costa de su sangre de turista.

Se levantó despacio, con la sensación de tener que arrastrar un cuerpo enorme, anquilosado, que se resistía a abandonar las sábanas. Se tambaleó hasta las cortinas y las descorrió de un tirón.

Le sorprendió lo naranja que podía ser el golpe de la luz a aquella hora de la tarde. Entornó los ojos y se asomó con cuidado al balcón, que daba a los jardines.

Abajo había un par de músicos amenizando a los turistas que estaban cenando. «¿Qué hora es?», se preguntó. La respuesta podía ser cualquiera. Había gente acostumbrada, en sus países de origen, a cenar a las seis y a las siete de la tarde, cuando todavía había sol y los pájaros no dejaban de piar.

Para Mara, en cambio, la cena pertenecía al territorio de la noche y la confidencia. Cenar cuando todavía era de día le parecía una excusa muy nortea para no tener que intimar en absoluto.

El dúo musical era de flauta y una especie de xilofón, como un gran banco con una fila de tejas metálicas. Debía de pertenecer a una de esas orquestas tradicionales balinesas, que llamaban *gamelán*.

Intentó enfocar para verlo mejor, entornando los ojos, pero no conseguía ver bien. Los tenía hinchados de tanto dormir y deslumbrados por el sol directo.

Esperó a que el atardecer se agotara mientras escuchaba la música. Al ocultarse tras las neblinas de la selva, los destellos parecían escapar del disco solar en distintas direcciones, creando efectos ópticos que duraban apenas un instante. Pronto se hundió por detrás de la bruma, como una huella apagada de lo que antes había sido puro fuego.

Cerró la hoja de la terraza, asegurándose de que estuviera bien sellada, y fue a lavarse la cara. Tendría que darse prisa si no quería que le cerraran el restaurante.

Al incorporarse sobre el lavabo le sobresaltó su propia imagen.

Era espantosa. Como si tuviera un antifaz rodeándole los ojos, hinchados y llorosos. Intentó tragar, pero notaba un bulto en la garganta. ¿Tanto daño le había hecho dormir en exceso?

Cogió el móvil, se hizo el *selfie* menos favorecedor de su vida y lo envió como mensaje a su cuñada, Sonia, que era médico de familia.

«¡Horror! ¡Ayuda!».

Calculó que en A Coruña sería la una del mediodía, más o menos. El teléfono no tardó en sonar.

—¿Sonia? —Su propia voz sonó ronca y áspera.

—¡Ay, Mara! Pero ¿cómo te has puesto así?

—Ha sido en el hotel —hablaba sin timbre, afónica. Como una persona que lleva fumando veinte años.

—Es lo mismo que te pasó en el Jardín Botánico. ¿Te acuerdas?

Se acordaba perfectamente. Había sido durante una excursión familiar, con los sobrinos. No había podido terminarla por culpa de la alergia.

—Pero esto es una habitación de hotel... Aquí no hay plantas.

—Pues está claro que hay algo que te está haciendo polvo.

—¿Las alfombras?

—Parece sensibilidad química.

—¿El qué?

—Pues que habrán usado algún limpiasuelos tóxico, o algo así. Tienes que salir de ahí en cuanto puedas.

A Mara se le cayó el mundo encima. Si era casi de noche.

—Te llamo luego.

—Bebe agua y sal fuera para que te dé el aire. Si notas que no puedes respirar, pide ayuda enseguida, ¿eh?

—Vale.

—Estamos pendientes...

Mara colgó, cogió la maleta y dejó caer la puerta pesada tras de sí.

Salió del ascensor y cruzó por delante de la sala de reuniones, que aún se estaba llenando y tenía las puertas abiertas.

Tanta prisa llevaba que se dio de bruces con dos hombres que estaban entrando en ese momento.

—Per... perdóneme.

Se ajustó el puente de las gafas de sol, que parecían muy extravagantes en plena noche, pero que se había puesto por pura vergüenza, para no ir aireando el desastre púrpura en que se había convertido su cara.

—No se preocupe. ¿Se ha hecho daño? —le preguntó el más alto. Un hombre de unos cincuenta años, rubio y con buen flequillo, de traje y corbata. Su perfume era intenso, propio de aquellas horas nocturnas, aunque excesivo para un evento laboral. Iba acompañado de un hombre chino, también trajeado.

—No. No es nada...

Una azafata balinesa acudió a recibirles a la puerta, con las manos llenas de cintas con acreditaciones.

—¿Me dan sus nombres, por favor?

—Soy Willem de Houtman.

Mara aún estaba algo aturdida por el sueño y los nervios de su inesperada crisis alérgica, pero... Estaba casi segura de que aquel era el mismo nombre que le había mencionado Senna Beresford.

—Acompañenme, por favor.

—Le decía que acabaré convenciéndole... —Mara todavía logró captar algo de su conversación antes de que se alejaran por el pasillo, camino de las butacas. El hombre chino era el que hablaba—. A la larga le sale más barato reforestar... A corto plazo quizá no, pero... con nuestras semillas...

—Si uno quiere seguir creciendo, al final hay que ampliar terreno —decía De Houtman—. No veo otra manera. ¡Son cuatro casas, nada más! Y la producción se va a disparar...

Entonces la azafata cerró las puertas y dejó a Mara sola en el pasillo.

Finalmente, ella se dio la vuelta, se acercó hasta el mostrador y apoyó los brazos y los codos sobre él. Le tendió la llave al recepcionista.

—Tengo un problema y no puedo quedarme en esta habitación.

—¿Quiere que se la cambie?

Los modos y el acento del balinés que la atendía no podían ser más solícitos, pero Mara dudaba de que un cambio de habitación fuera a solucionar nada. El presunto culpable era el detergente. O, quizás, el suavizante. Había dormido con la cara pegada a la almohada y era un milagro que no se hubiera asfixiado.

—Necesito saber si tienen alguna habitación... tratada con productos naturales.

Aquella frase llamó la atención de un turista rubio, que revisaba unos papeles en el lateral. Iba en bañador, camiseta, chanclas y una mochila negra que iba soltando arena cada vez que se movía y que estaba poniendo perdido el suelo de mármol.

—No entiendo, *madame*... Tenemos habitaciones con balcón a la playa y también al jardín del hotel. Usted puede elegir.

Mara suspiró. ¿Cómo decirlo? Que necesitaba una habitación que fuera como una fruta: orgánica, biológica, sin pesticidas. Sin guarrerías... En aquel mismo momento le picó un mosquito traicionero y le dio un manotazo. Aquellas reacciones siempre llegaban tarde, pero al menos servían para desahogarse.

Entonces cayó en la cuenta.

—¿Echan ustedes algún tipo de insecticida en las habitaciones?

—Claro, claro, señora. —El recepcionista ahora era todo sonrisas. Parecía entender, por fin, cuál era el problema de su clienta. No dejaba de asentir suavemente con la cabeza—. Puede estar tranquila. Tenemos una estricta política de control de plagas. Puedo asegurarle que no se encontrará usted con ninguna sorpresa desagradable debajo de su cama.

Mara se sintió hundida. Su caso era justo al revés. El plaguicida era lo que había provocado la crisis del Jardín Botánico, seguro. Era la naturaleza vengativa otra vez. «Si tú me das, yo te doy más fuerte». Como si el árbol atropellado pudiera tomar represalias contra ella, incluso a tanta distancia.

—Necesito una habitación sin fumar, por favor. Si no es en este hotel, que sea en otro de su misma cadena.

—Me temo que eso no es posible, señora. —Volvía a estar intensamente preocupado—. El gobierno exige. Hay un certificado de higiene, puede verlo en la pared —la señaló—. Nos quitarían el sello si no...

—Me ha dado una alergia espantosa. —Se levantó las gafas, desesperada—. ¡Mire! ¡Casi no puedo ni abrir los ojos!

—Lo siento... mucho —hizo una pequeña reverencia—, pero es obligatorio. No tenemos ninguna habitación sin fumar.

Mara sintió cómo la frustración le subía por todo el cuerpo. Ahora tendría que ponerse a reclamar. ¡Aquellas vacaciones parecían gafadas!

—Entonces tendrá que devolverme mi dinero.

—Por supuesto, por supuesto... Cancelaremos la noche sin coste alguno. Ruego acepte mis disculpas en nombre del hotel.

«No. Di que de eso nada. No me dejes así de cabreada, necesito desahogarme. Tengamos una discusión, por lo que más quieras... Y consígueme una habitación decente, donde me pueda tumbar tranquila. Sin que se me pongan los ojos como tomates».

—Y además le daré un bono...

«No, por favor».

—Para que lo gaste usted cuando quiera y donde quiera, en cualquiera de nuestros hoteles de todo el mundo. Para compensarla por las molestias.

Mara respiró profundamente. No quería el bono ni el dinero. En aquellos momentos solo quería gritarle a alguien, pero estaba claro que iba a tener que quedarse con las ganas. No iba a enfadarse con aquel pequeño pedazo de pan balinés, ¿verdad? Hacía reverencias todo el tiempo y parecía dispuesto a competir por un premio a la amabilidad. Tendría que conformarse y llevarse su indignación a otra parte.

Después de pasar la tarjeta de crédito para el reembolso y de obtener los papeles del recibo y el bono expiatorio, Mara se echó a un lado con las manos llenas para poder guardarlo todo en el bolso. El turista rubio ocupó entonces su lugar en el mostrador.

—Dime, Scott...

—¿Cuántos para mañana?

—Por la mañana, ninguno, pero por la tarde hay dos familias. Aquí están las reservas.

Mara se dirigió al exterior del hotel, maleta en mano, y se sentó en los últimos escalones de la entrada, frente a las fuentes y los jardines que estaban bien iluminados por los focos del suelo.

Ahora estaba en un lugar que desconocía por completo, con los ojos hinchados y rojos tras unas gafas de sol, en plena noche, sin cenar y sin sitio para dormir. Eran las vacaciones de sus sueños.

Todo parecía enlazar una faena con la siguiente, como si estuviera en una especie de racha negativa... ¿Por qué estaba pasando todo aquello? ¿Tenía algún sentido o era pura casualidad? Si no hubiera sido tan escéptica habría pensado que toda aquella serie de pequeñas catástrofes se debían a un traspié moral: el preciso momento en que había cedido al encantamiento de Paolo y había cruzado la línea de comprar un mueble prohibido.

«Toda esa madera —había dicho Senna Beresford— no causó más que problemas y dolor.

Estaba maldita».

El turista rubio, el tal Scott, se puso junto a ella y esperó un momento. La miró. Luego miró su móvil. Lo guardó en el bolsillo. Miró hacia ambos lados de la carretera. Medía alrededor del metro noventa y Mara le echó unos treinta y algo. Parecía incómodo y con dudas. Finalmente se decidió.

—¿Quiere que le pida un transporte? O, si lo prefiere, la puedo llevar. Si no le importa ir en moto...

—Ya me apaño yo sola. No se preocupe.

—Trabajo aquí, en el hotel...

Ante el silencio de Mara, Scott desistió y se marchó hacia el aparcamiento.

Ella se quedó en la entrada, con la maleta. Hizo una búsqueda rápida con el móvil, para localizar las compañías de taxi, pero no sabía ni por dónde empezar. Ni siquiera sabía dónde iba a pasar la noche. ¿Qué dirección iba a dar?

Scott no tardó en parar su moto delante de ella. Era una especie de ciclomotor eléctrico, que tenía detrás un remolque pequeño y ponía por un lado «Bali Bikes», haciendo un juego tipográfico con la letra B, y por el otro «Kuta Kitesurf», haciendo el mismo juego con la K.

—Le puedo recomendar un alojamiento ecológico que conozco.

Estaba claro que no había perdido detalle de la conversación en el mostrador, pero lo que menos le importaba ahora es que aquel tipo fuera un indiscreto. Solo que parecía tener la solución.

—Eso sería estupendo, gracias.

—Se llama Lontar Villas y son clientes míos. Si se queda varios días estoy seguro de que le harán un buen precio...

—Es lo que estoy buscando. De verdad, me salva la vida.

—Deje que les llame para ver si tienen sitio. Puede poner la maleta en el remolque, junto a la bolsa...

—¿Está seguro de que no tendrán químicos?

—Seguro. Allí todo está hecho de teca.

Scott no tardó en desviarse de la carretera asfaltada y entrar por una de tierra. Mara llevaba la melena rizada suelta, agitada por la velocidad suave de la moto. Se dejó llevar, en la noche cálida y amable. Era delicioso no tener que decidir absolutamente nada.

La hinchazón de los ojos casi había desaparecido y la luz de la Vía Láctea le pareció abrumadora. No estábamos ciegos en el universo, como pensábamos. El cielo nunca había sido negro.

El arco lo formaban pequeños soplos de azules, violetas y turquesas, como puñados de arena estelar. Explosiones muy lejanas pasadas por el tamiz de unas cuantas distancias de años luz.

¿Por qué habíamos tenido, alguna vez, miedo de la noche? Si toda era, en realidad, una pura incandescencia. Solo que teníamos demasiados focos encendidos como para darnos cuenta.

Una única mancha anaranjada, el foco de la moto, avanzaba temblorosa por el suelo de tierra intentando guiarles hacia algún sitio. Relumbrando torpe sobre las superficies irregulares, a veces algo elevadas y a veces más hundidas. Pero ella, por primera vez, no estaba a cargo de nada, no le preocupaba. Agarrada a la cintura de aquel desconocido podía, por fin, abandonarse.

Después de un rato aparcaron en lo que parecía una explanada cualquiera, en medio de ninguna parte.

—Ya hemos llegado.

Allí no había más que selva. Ni una luz, ni un cartel... nada que indicara la presencia de un negocio turístico.

Scott sacó una linterna del remolque.

—Por aquí...

Mara le siguió en la oscuridad, a pocos pasos. Estaba algo insegura. Quizá no había hecho bien en fiarse tan rápidamente de él... Lo mismo, desesperada por la situación, no había valorado bien los riesgos de adentrarse en plena jungla con un desconocido.

Y, sin embargo, el clima suave de la isla, el olor de la naturaleza y el cielo estrellado eran, en conjunto, mucho más poderosos que sus miedos. El bálsamo de Bali había logrado suspender casi por completo su juicio. De alguna manera lo sabía desde el fondo de su ser: todo iba a salir bien.

Por detrás de unos arbustos apareció la recepción, una estructura abierta de paneles y barandas de madera. Estaba iluminada por decenas de velas, algunas flotando en los estanques laterales, con las pequeñas llamas titilando sobre el agua.

Los escasos muebles —un banco con almohadones, una mesa y un par de sillas de mimbre— estaban casi a la intemperie, resguardados por un techado tradicional de juncos. Era como si todo formara parte del propio paisaje. Había en el aire un olor dulzón a árboles de clavo.

Les recibió un hombre joven, nativo, pero vestido con vaqueros y camiseta, que leía una novela de bolsillo a la luz de una lamparilla tenue. Al verles llegar, se puso en pie y saludó a Scott con un abrazo fraternal.

—¿Qué tal? ¿Vienes a revisar las motos? Creo que esta noche están todas aparcadas...

—Vengo a traerte una clienta.

—Encantado... —Le hizo una pequeña reverencia y señaló el banco para que se sentara—. Deje su maleta y siéntese aquí, por favor.

Hablaba casi en susurros. Como si sus huéspedes se encontraran durmiendo justo a su lado y no quisiera despertarlos.

El hombre se dirigió a un lado y abrió una nevera, de la que sacó una copa de frutas tropicales. A Mara no se le daba bien identificar sabores, sobre todo cuando estaban mezclados, pero era dulce y aromática, como lo son las frutas cuando están maduras y la tierra las produce sin esfuerzo.

—¿Tú también quieres, Scott?

—Gracias.

El balinés sacó otra bebida para él y se la tendió. Luego se sentó junto a Mara con una pequeña carpeta y un bolígrafo, para tomarle los datos.

—Tratamos de mantener las luces al mínimo —explicó—. Desorientan a los animales, sobre todo a los pájaros. Si no tenemos cuidado se pierden en las migraciones.

—¿Qué utilizan para limpiar las casas?

—¿Cómo?

—¿Qué tipo de detergente?

—Es todo orgánico.

—¿Y las sábanas?

—Todo es orgánico.

—¿Usan insecticidas?

—Orgánicos. Y también hay incienso, a su disposición.

—Orgánico, supongo...

—Claro. Es incienso.

Mara pestañeó un par de veces, aún molesta con sus propios ojos.

—Me lo quedo.

—Aquí tiene los papeles y las tarifas. Solo tiene que rellenar los datos y firmar. ¿Puede darme su pasaporte para hacerle una foto?

«Menos mal que solo se la va a hacer al pasaporte y no a mi cara directamente».

Mara se lo tendió y se puso la carpeta en las rodillas. Scott seguía allí delante, apurándose la bebida.

Ella se volvió un poco en el banco, hacia la lamparilla, para poder escribir con tranquilidad. Las hojas del hotel estaban impresas con numerosos sellos de certificación ecológica y con el Premio Nacional de Operaciones Sostenibles. Se esforzó por conseguir una letra que pudiera leerse.

El recepcionista no tardó en volver con una linterna en la mano y unas llaves sujetas a un llavero desproporcionado, un gran pedazo de madera basta, para que nadie pudiera llevárselo por error.

—Es la tercera casa, al fondo a la derecha. Espero que tenga buenas noches.

El hombre se retiró a guardar sus papeles y Mara recorrió unos pasos, con la maleta trastabillando sobre el sendero irregular de listones de madera, que se bifurcaba hacia las distintas villas. Las pasarelas estaban iluminadas de forma muy tenue, con pequeñas luces guía.

—¿Está segura de que no va a necesitar ninguna ayuda? —preguntó Scott desde donde estaba—. Porque yo ya me voy...

—No se preocupe. Muchas gracias por traerme. Es el sitio perfecto.

Mara tomó aire y avanzó resuelta en la oscuridad, intentando orientarse por el traqueteo regular de las ruedas del equipaje sobre los listones. No tardó ni diez pasos en perder pie y salirse de la pasarela, con un quejido.

—Esto ya es absurdo. —Scott se acercó y le cogió la maleta, que ahora estaba tumbada y llena de tierra. Le sacudió varios manotazos para limpiarla—. No ve usted tres en un burro, tendría que haberla llevado al hospital a que le dieran algo. Y ahora lo va a rematar con un esguince o algo peor.

—No hace falta que se preocupe por mí, de verdad.

—No, si por usted no me preocupo. Me preocupo por mí mismo, que se va a correr la voz de que dejé tirada a una turista ciega, en mitad de un terreno sin asfaltar, donde no conocía a nadie. Con la vista no se juega. Necesita un antihistamínico.

Mara guardó silencio. No estaba en sus mejores horas y, si alguna vez le había venido bien una ayuda extra, era ahora...

—Le aseguro que no me hace falta nada.

—La acompañaré hasta la casa, le conseguiré la medicina y no volverá a verme. Hasta ahí mi responsabilidad... como ser humano o como ciudadano del mundo o como lo que sea.

—De acuerdo.

—De acuerdo.

El silencio era aún más patente debido al cantar de los grillos y otros insectos desconocidos, el sonido de los chorros de agua y los saltos repentinos de los peces en los estanques. En la oscuridad, Mara solo podía intuir las villas como si fueran moles de sombra, distribuidas por el recinto.

Scott la guio hasta la puerta de la cabaña, encendió las luces y la invitó a entrar. Mara se preparó otra vez para defender su espacio.

—Déjeme ver sus ojos —insistió él.

—Ya estoy mejor... —dijo ella, calándose las gafas de sol.

—¡Quítese esas gafas de una vez! Está claro que no sabe cuidar de sí misma. —A Mara le recordó, por un momento, a su hermano Roberto—. Si se daña la vista, ¿de qué le van a servir tantas gafas ni tanta historia?

Mara se tragó el orgullo. Se quitó las gafas y esperó el veredicto.

Los dos se miraron un instante en el umbral de la casa, que estaba iluminado por una decena de pequeñas luces de fantasía. Ella había subido los escalones de la entrada y él se había quedado debajo de manera que, por primera vez, no se notaban los casi dos metros de australiano y parecía que tuvieran la misma altura.

—No está usted tan mal.

—Ya se lo dije.

—¿Me ve usted bien?

Scott tenía los iris de un azul muy claro y una piel pálida que olía a varias capas de crema solar. La melena en mechones rubios y crespos parecía estar aún llena de sal, de no haberse enjuagado después de la playa. Los rasgos eran delgados y angulosos, con una buena línea de mandíbula. Como la de tantos hombres del continente oceánico. Descendientes de las colonias penales británicas.

—Perfectamente.

—Bien. Le pediré en recepción una pastilla y le dejaré mi teléfono por si se pone peor. A partir de ahora es usted responsable de sí misma.

—Buenas noches.

—De nada.

«Venga a verme a mi centro, el Eternal KiSS. Esta es la dirección».

Era un mensaje de Senna Beresford, a primera hora de la mañana.

Las medicinas y el reposo habían hecho su trabajo y Mara estaba otra vez en condiciones de ponerse en marcha.

Apartó el dosel, se incorporó y puso los pies descalzos en el suelo, pero los tuvo que levantar de inmediato, sobresaltada.

Algo que parecía una criatura viva acababa de pasarle por debajo.

Dio un grito cuando otra la siguió, sinuosa, por el suelo. Después fue otra y otra, del tamaño de un puño, deslizándose a toda velocidad bajo sus pies.

Tardó un instante en darse cuenta de que se trataba de peces. La noche anterior no lo había visto, pero la casa estaba construida con un suelo de cristal que tenía un inmenso acuario debajo.

Todo en la villa, desde la habitación al cuarto de baño, tenía el suelo cubierto de losetas transparentes, unidas por una cuadrícula de hierro muy fino. La luz se colaba por debajo de la casa, que estaba levantada sobre postes, e iluminaba toda la superficie acristalada. Los grandes peces se agitaban, haciendo relumbrar sus escamas de plata y cobre y la sensación era como la de estar caminando sobre el océano.

Los peces le perseguían los pies desnudos, como si ella fuera la Dewi Danu, la diosa de las aguas balinesa. Le acompañaban a todas partes mientras caminaba, arremolinándose en busca de comida.

Después de diez horas de sueño al fin tenía buena cara ante el espejo del baño. Abrió el grifo de agua refrescante, «filtrada por triplicado» según decía un pequeño cartel, y se la lavó. Luego se dio una ducha, se cepilló bien la cabellera castaña y se puso un vestido floreado y vaporoso por encima.

¡De vacaciones, al fin!

Al calzarse las sandalias, sintió que estaba preparada de nuevo para defender a Batanara. Estaba segura de que lograría demostrar que el mueble fue robado por el señor De Houtman y de que ni Paolo ni ella sabían nada. Aclararía las cosas con la señora Beresford y la empresa quedaría libre de sospecha. Todo aquel lío pronto no sería más que una pesadilla distante y sin consecuencias.

Una corriente de energía positiva le recorría el cuerpo y sentía ganas de bailar. Fue dando saltos juguetones sobre el suelo de cristal, intentando pisar sobre los peces como si fuera una niña.

Las villas del Lontar eran todas diferentes, como le había dicho Scott. Tenían más de cien años y habían sido «casas de recién casados» de nobles javaneses. Dos arquitectos de prestigio, expatriados, las habían escogido personalmente, desmontado y trasladado desde Java para construir su refugio turístico, cercano a la hospitalidad balinesa tradicional y al ecologismo sostenible.

Aunque por fuera eran todas únicas, lo que tenían en común las casas era que todas estaban hechas de maderas sólidas y duraderas, centenarias, profusamente labradas..., exquisitas en todos sus detalles de paneles, postigos, suelos y barandas. Eran como grandes arcas de novia que uno podía habitar.

Los senderos que partían hacia la zona comunitaria estaban regados de flores blancas y lilas y de árboles de clavo cuyo perfume salía al encuentro al caminar.

En mitad de los jardines estaban los edificios de bambú que daban cobijo a las zonas comunes: la recepción, el restaurante y el centro de servicios, donde se podía meditar y disfrutar del yoga, el taichí y el masaje. Parecían inmensos y acogedores nidos de bambú, con suelos de teca amplios y encerados, cubiertos con telas de *batik*.

El olor a café orgánico, que provenía de sus propias plantaciones e invernaderos, parecía colarse por todas partes.

Se sentó a desayunar y pronto llegaron los camareros con las cestas de fruta, los zumos de todos los colores y el arroz de postre, dulce y pegajoso. Cuando se fueron, vio a Scott agachado junto a la recepción, revisando una de sus motos. Recordó sus palabras del día anterior: «La acompañaré hasta la casa, le conseguiré la medicina y no volverá a verme». Levantó la mano, para saludarle.

—Buenos días.

—Buenos días, Meri.

—Quería pagarle por el trayecto de anoche.

—No hace falta. Me pillaba de camino.

—Deje que por lo menos le pague la gasolina.

Scott negó con la cabeza e hizo un gesto con la mano, de olvidar el asunto.

—Deme alguna cifra o le insistiré hasta que se harte de mí —insistió ella—. No quiero sentirme en deuda con usted y sería...

—Diez dólares americanos.

—Oh. De acuerdo. —Mara abrió la cartera, sorprendida. Estaba acostumbrada a una mayor resistencia—. ¿Sería posible que además me llevara a... —leyó literalmente en el móvil la dirección del centro Eternal KiSS-Bedugul... Baturiti District, Central Bali?

—Yo no llevo viajeros.

—Pero esta mañana no tiene nada más que hacer...

—¿Y eso cómo lo sabe?

—Tiene dos familias reservadas por la tarde. Se lo dijo el tipo del otro hotel.

—Ya...

—El dinero no es problema.

—Para mí tampoco.

Mara ya esperaba su reacción. Estaba preparada para negociar, como siempre. Para llegar a un acuerdo justo. Formaba parte de su rutina habitual.

—Dígame usted cuánto quiere por el servicio.

—Sí que tengo algo que hacer esta mañana, que es descansar. Si quiere usted alquilar una moto hable con la recepción.

—El negocio de las motos es suyo, ¿no? Bali Bikes... —leyó el logo sobre la moto que él estaba revisando—. Pues deje que le dé un buen consejo, de empresaria a empresario... No haga esperar a sus clientes. El cliente siempre tiene la razón y usted tiene que estar atento para cuando le llamen. Porque luego no vuelven.

—Las motos están disponibles. El que no está disponible soy yo. Mis motos se alquilan sin chófer, así que hable con recepción. Y pida un buen mapa porque le va a hacer buena falta.

El Centro KiSS

—Lo único que hace falta para mantener vivo el deseo es la intermediación.

El Centro Erótico Eternal KiSS parecía una especie de hotel para que las parejas occidentales recuperaran todo aquello que habían perdido en el camino, debido al desgaste de la crianza, el trabajo intensivo, el paso del tiempo y la rutina sofocante.

A Mara le llamó la atención el cartel de la entrada. Habían puesto la «i» minúscula, en lugar de una mayúscula como todas las demás letras para que le cupiera el punto.

Senna se presentaba a sí misma como una doctora que llevara toda la vida investigando el deseo. Sus trampas y sus dinámicas, sus fantasías y sus altibajos. Y había diseñado un programa estricto, propio de un monasterio del amor.

—Para tener un buen amor hay que desearlo mucho. Yo acepto a muy pocas parejas, pero vienen a mi centro desde todas partes del mundo. Siempre les pido tres semanas de alojamiento, por lo menos, para que puedan hacer todo el programa. Puede parecer mucho tiempo, pero... ¿qué son tres semanas para salvar el matrimonio de toda una vida? Le aseguro que la recompensa merece mucho la pena.

«A mí no hace falta que me lo venda —pensó Mara—. Para tener una pareja de larga duración, primero hay que tener pareja».

Ella solo podía permitirse fogonazos como el de Paolo y asegurarse de que fueran lo suficientemente intensos como para aguantar varios meses hasta el siguiente...

En la entrada había algunas mujeres balinesas, que estaban recubriendo de pan de oro unas figuras de dioses hindúes, hombre y mujer. Había que hacerlo con mucho cuidado para que las láminas no se quedaran pegadas a los dedos.

—¿Quiénes son?

—Él es Kama y ella es Rati. Los dioses hindúes del amor.

—Yo pensaba que los indonesios eran musulmanes...

—Excepto los balineses.

—Sus estatuas tienen buena madera.

—El pan de oro no se pega, si no. Se resquebraja y se convierte en polvo enseguida. Como pasa con el sexo... que no dura nada. —Cogió una lámina con los dedos, la restregó un poco y la deshizo en el aire—. Esta es Ketut, mi ayudante. La dejo con ella hasta la hora de comer.

La mujer era mayor y muy delgada, una figura frágil y huesuda. Con las arrugas marcadas de quien ha trabajado mucho tiempo al sol, en el campo. Llevaba el traje tradicional y el pelo

recogido con escrúpulo. Saludó con una reverencia profunda de cabeza y una enorme sonrisa, que ocultaba los dientes.

Mara se sintió algo incómoda al pasar por el arco principal del recinto. Desconfiaba de sitios como aquellos, que prometían soluciones medio mágicas de curación de la pareja.

—Hombres... mujeres... separados los dos. —Ketut señaló las dos residencias, que habían construido una enfrente de la otra—. Primero separación necesaria. Taller de hombres, taller de mujeres, sin juntarse. Ambos tienen que firmar, por escrito, nada de contacto físico hasta segunda semana. Deseo siempre por el otro, por el distinto. Deseo necesita de ruptura primero.

«Así que ese es el secreto de Senna. Venir a Bali de segunda luna de miel a pasar por una abstinencia monacal. Seguro que en la agencia de viajes se les olvidó mencionarlo».

—Durante primera semana hombres y mujeres no contacto. Nada. Talleres propios. Hombres con hombres, mujeres con mujeres. —La guio hasta la cocina—. Segunda semana hombres y mujeres pueden hablarse. Primero por carta, después hablan. Al final de la semana, hombre cocinará para la mujer y mujer para el hombre. La preparación de la comida es de doce horas.

—¿Todo el día?

—Luego se aprende a cocinar. Todo se corta y prepara a mano. Cinco horas removiendo. Luego se da de comer a la otra persona como si fuera niño pequeño.

«Me imagino que muchos aprovecharán para leer los mensajes del móvil».

—¡Aquí ni móviles ni nada! ¿Eh? —dijo Ketut, como si le hubiera leído los pensamientos—. Prohibido todo. Solo hombre, mujer y árboles. Amor como la madera, despacio —recorrió las vetas de la pared con los dedos—. ¿Lo ve?

Le mostró después las villas donde las parejas pasaban las dos siguientes semanas.

—Primera noche, solo bañar uno al otro y acostarse mutuamente, como los niños. Nada más. La primera noche el hombre duerme en pies de la mujer, vestido, sin tocarla. La segunda noche es la mujer en los pies...

—Pero ¿todavía no se pueden tocar?

—Así es como dice sabiduría tántrica. En el tradicional, doce meses sin tocar.

—Supongo que nadie sobreviviría cuerdo...

Ketut no se rio. Estaba claro que su nivel de inglés no era lo suficientemente bueno.

Siguieron caminando de vuelta a la recepción. Mara estuvo pensando en lo de los doce meses. ¿No eran doce meses los que le había dicho su abuela que había durado su noviazgo con el abuelo, casi todo por carta y con carabinas de por medio? Sí, era más o menos eso.

—¿Ya hemos llegado al final?

Habían acabado el circuito en una biblioteca subterránea, que ocupaba el sótano completo bajo el edificio principal. Allí había una vasta colección de manuales eróticos traídos de las distintas partes del mundo. Los había chinos y japoneses, árabes, egipcios, franceses, italianos...

Había algunos tomos que parecían muy antiguos, que olían fuertemente a papel viejo y estaban encuadernados en cuero y serigrafados en oro y plata, dando a la biblioteca un aire vetusto y señorial. Solo la colección traducida por *sir* Richard Francis Burton ocupaba varias estanterías contra la pared.

Y luego había versiones contemporáneas, con ilustraciones de gran formato sin apenas textos. Con acuarelas y dibujos entintados, fotografía artística de desnudos, en blanco y negro... Hasta las últimas baldas de fotografías y soportes audiovisuales e informáticos, mucho más explícitas y

agresivas de color, sin llegar a lo pornográfico.

En todas ellas había elementos de sugerencia y de poesía. Sexualidad vista a través de un sinfín de filtros culturales. Lidiando con la música, con la pintura, con la escultura y el baile... con todas las artes.

Con el poder, con la política, con la historia y con la ciencia. Sexo codificado al detalle, en un sinfín de reglas, domesticado.

Y también asilvestrado. Emparentado con el territorio y con las lunas. Con la naturaleza, el agua y el sueño.

Con el humor y la pasión melancólica.

Con la alegría de vivir y con el terror de vivir.

—Los amantes dedican el último día a preparar su habitación con flores y con velas —sonrió Ketut, con un brillo juvenil en los ojos— y ya dejar a Kama hacer...

—Le he dicho que no voy a retirarme. No me importa que esté prescrito. ¡Me debe una compensación! —Era la voz de Senna, desde su despacho, en la habitación de al lado—. Eso ya lo veremos en el juicio...

Una puerta se cerró y la discusión continuó al otro lado de la puerta, como un rumor de voces. Ketut parecía compungida.

—Pobre señora...

—Es el señor De Houtman, ¿verdad?

—Ese hombre, terrible persona. Próxima reencarnación muy mala. Mucho daño a Senna... y mucho daño a mí.

—¿También?

—Oh, sí... Yo tenía casa muy vieja, en selva. Casa de mis abuelos, madera muy fuerte. Pero mal *taksu*, seguro, porque señor De Houtman termina de plantar su teca y llega hasta los límites de mi casa. Y necesita más tierra y mi casa hace todo más difícil. Para sembrar, para talar la teca... Máquinas tienen que rodearla todo el tiempo, mucho ruido, muy molesto. Mi vida cada vez más difícil allí. Miedo de las máquinas, de los árboles que se caen, no tengo paz en ningún momento. Al final yo no puedo más. Vendo mi casa, con todo lo que tiene dentro, y mi tierra por muy poco dinero y marcho de allí. Yo triste mucho, señora, por muchos días. El señor De Houtman rompe mi casa, a trozos, y vende la madera y también los muebles.

—¿Vendió los muebles también?

—En Europa, creo. Pero yo... Yo no sé... Pero la señora Beresford siempre enfadada con él. Ella me ayudó. Da trabajo aquí.

—¿Sabe por qué están peleados?

—¡Claro! Mitad de las granjas de teca son suyas. ¡Pero él no quiere dar!

De pronto, los gritos al otro lado cesaron. Pasados unos instantes, Senna abrió la puerta.

—¿Nos vamos a comer?

El palacio de piedra parecía irreal junto al borde de la carretera, más allá de las tiendas de accesorios para móviles, los pequeños supermercados y las sucursales de banco con cajero automático.

Mudo y ajeno a sus compañeros de vecindad, había sido construido cuando todo aún era selva

a su alrededor. Tras el muro pétreo, rodeado de un estanque a rebosar de nenúfares, parecía darle la espalda a un mundo que se había vuelto tan desconocido como vertiginoso. Ignorado en su grandeza, seguía sin inmutarse una cadencia propia y sosegada, sin dejarse perturbar por el tráfico y las prisas.

Aunque ya no tuviera la corte palaciega de sus árboles, seguía exhibiendo sus ruinas con un orgullo regio.

—¿Qué es aquello? —preguntó Mara—. Estaban comiendo en el porche del restaurante que estaba justo enfrente.

—¿Eso? —Senna se metió en la boca un pan de gambas que acababa de mojar en salsa agridulce—. Es el palacio de justicia de Klungkung, la antigua capital de Bali... Bueno, capital religiosa, como si dijéramos... —Tragó y se limpió los labios con la servilleta.

—¿Y aquella de allí? —Señaló la estatua monumental, en piedra blanca, que estaba en mitad de la rotonda. Bali estaba plagada de ellas, las había visto desde su llegada al aeropuerto. Era como si, cada vez que construyeran una rotonda, no pudieran evitar plantarle una escena mitológica: grandes composiciones de guerreros y dioses montando sus carros, tensando sus arcos y derrotando a gigantes y demonios. Pero aquella era la de una mujer de pie en un palanquín, porteada por cuatro hombres.

—Esa mujer es la Gran Diosa Istri Kanya. La Reina Virgen de Klungkung.

Mara se dio cuenta de que, al contrario que las otras esculturas, lo que llevaba al hombro no era un arco o una espada, sino un fusil. La escultura le recordaba mucho la que había en Londres, de la reina Boudicca, con la salvedad de que no podía ser una figura muy antigua en la historia.

—¿Una reina guerrera?

—Eso dicen. Se lo hizo pasar muy mal a los holandeses... Aunque también dejó escrita mucha poesía en lengua kawi, que es como una especie de javanés antiguo. Nadie es una sola cosa en la vida, aunque la historia nos quiera hacer creer lo contrario.

Senna llamó la atención de la camarera y le habló en balinés para pedirle una serie de platos que Mara no entendió.

—¿Qué va a querer comer?

Miró la carta por encima y se fijó en una foto con un fruto que llamaban de piel de serpiente y que estaba recubierto de escamas como si fuera un huevo de dragón verde. O una especie de alcachofa. Lo señaló con el dedo y se lo mostró al camarero.

—Este de aquí.

Senna dio unas indicaciones, señalando el número dos con los dedos.

—Es curioso que haya mencionado a la Reina Virgen porque mi antepasada, Julia Beresford, la conocía muy bien...

—¿De verdad?

—Bueno, más que conocerla, la adoraba. Siempre la mencionó en sus diarios. Incluso le dedicaba poemas. Julia era una especie de... protegida suya.

—¿Y a Cecilia?

—No... a Cecilia nunca la menciona. —Bebió un trago de vino de arroz—. Yo creo que, en el fondo, siempre la odió.

Durante el último cuarto de hora, Mara había tenido la sensación de que alguien la seguía.

El coche trasero iba a una velocidad tan lenta que era desesperante, justo detrás de la moto. Pequeño y negro, parecía un escarabajo eléctrico, con un hombre de gafas oscuras y muy estrechas al volante.

Ella se había arrimado al lateral, a riesgo de accidentarse con el badén, solo para que el coche pudiera adelantarla, pero no acababa de hacer la maniobra.

Los árboles, a los lados de la carretera de curvas cerradas, se encaramaban los unos encima de los otros, ganando en altura. Incliniéndose sobre las rocas y meciéndose sobre el asfalto.

Mara redujo la velocidad por ver si el conductor, desesperado, decidía adelantarla de una vez, pero no parecía captar el mensaje. O bien no tenía ninguna intención de hacerlo.

Cuando la presión del coche empezó a hacerse insoportable, Mara decidió tomar un desvío. Cualquier rodeo era mejor que seguir con aquella sensación. ¿Por qué no la dejaba en paz?

Cuando vio el desvío por el camino de tierra giró el manillar hacia los campos cultivados de arroz y por el retrovisor pudo ver que el dichoso coche continuaba recto, por la vía principal. Al fin se había librado de él.

Sin embargo, la moto no tardó en perder fuerza por el camino terroso, hasta que se detuvo del todo con un zumbido moribundo.

—¿Qué es lo que pasa *ahooora*?

Frustrada por la deriva de todo lo que rodeaba a aquel viaje, sacó el móvil y buscó en la agenda.

—Scott... Algo le ha pasado a la moto.

Miró a su alrededor. La había dejado tirada entre las enormes terrazas del arroz.

—¿Has hecho más de 110 kilómetros?

—No. Te aseguro que ha sido mucho menos. Algo ha fallado. No sé si se le ha metido tierra en el motor o qué es lo que ha pasado.

—No puede ser... Yo mismo las comprobé todas a primera hora...

—Te digo que está averiada. —Mara notó cómo empezaba a alterarse.

—Meri, dime si la moto tiene el plástico rojo o el azul.

—El rojo.

—¿De dónde la cogiste?

Mara hizo memoria. Había hecho el pago en la recepción y obtenido la llave estándar.

—Coja cualquiera del aparcamiento —le había dicho el chico balinés.

Pero el aparcamiento estaba lejos de las instalaciones principales para evitar la contaminación. Había que caminar un buen rato. Así que, cuando Mara vio que otro turista llegaba con la suya para devolverla, hizo como se hace con los carritos de la compra en el supermercado. «No te preocupes, que ya me encargo yo». Había metido la llave y andando. Todo por ahorrarse una caminata y por andar con prisas.

—La cogí del aparcamiento.

—Sabes que eso es imposible, Meri.

—Es Mara.

—Allí solo había motos azules y te aseguro que estaban todas bien cargadas. Las rojas las

dejamos en otro sitio. Precisamente para que esto no pase.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea.

—¿Dónde estás? —dijo Scott.

Mara recordó los últimos carteles que había visto antes de salirse de la carretera.

—En algún lugar cerca de Klungkung.

—Mándame un mensaje con la localización y no te muevas de allí.

Las terrazas de barro rojo estaban anegadas, al principio de su ciclo de cultivo. De los brotes plantados apenas se veían las puntas, sobresaliendo de las aguas como espejos. Los rayos de sol de un atardecer temprano se colaban por entre las copas de las palmeras y los frutipanes, que parecían amurallar el valle. La niebla flotaba por encima del paisaje como un ensueño.

A lo lejos había un hombre agachado, trabajando la tierra, con su sombrero de hoja de cocotero trenzada y los pantalones remangados.

No había viento en aquel lugar protegido, ni pájaros ni máquinas.

De repente, era como si el mundo entero se hubiera sumido en el silencio.

El río Unda corría paralelo al camino y había un punto en el que se dividía, como en una encrucijada. En el centro de la isleta había un gigantesco árbol baniano, de raíces colgantes y un pequeño altar de piedra.

Mara se sintió mareada de pronto sin saber exactamente por qué.

Perdió ligeramente el equilibrio y se apoyó en la otra pierna, cambiando el peso hacia la derecha. Entonces volvió a mirar el paisaje y no pudo apreciar nada diferente. Era tan solo una zona donde el río se dividía, en el mosaico de arrozales. La niebla anegaba las riberas y envolvía el altar de piedra como si fuera una seda.

Retomó el equilibrio, volvió a fijar la vista y sintió de nuevo el vértigo. ¿Qué es lo que estaba pasando? Aquello no tenía ningún sentido.

Se sobrepuso a la desorientación. Movié la cabeza, ahora más despacio e intentó fijar la mirada en dirección al punto inicial.

Entonces se dio cuenta: no era más que una ilusión óptica. Desde su perspectiva, la cumbre del monte Agung, al fondo, se alineaba perfectamente con el árbol baniano, con el altar de piedra a sus pies, con la confluencia de los ríos y con ella misma. La simetría de todas aquellas líneas era lo que la estaba mareando.

De repente, escuchó un rumor lejano, como si se estuviera triturando algo.

Al principio no le hizo caso, concentrada como estaba en su peculiar descubrimiento. Sin embargo, el ruido crecía de fondo.

Parecía que estaba cada vez más cercano, como si alguien se estuviera acercando con una marcha de tambores.

El rumor se convirtió pronto en una marabunta, que creció y creció, resonando contra los muros rojos de las escalinatas.

Se aproximó hasta convertirse en un estruendo galopante, que no tenía forma, y que Mara no sabía de dónde venía. Fuera lo que fuera, era cada vez más fuerte.

Un primer carro dobló el recodo del camino, y Mara sintió el retumbar del suelo, la fuerza brutal de los bueyes, con sus pezuñas arrollando la tierra. Apenas controlados por la rienda de sus aurigas.

Los desaforados animales se intentaban adelantar, sudando y lanzando nubes de vapor por los

ollares, espoleados por las varas rodeadas de pinchos de sus dueños.

—*Megedí! Megedí!*

—Los gritos de los conductores, subidos en sus arados rodantes, eran ensordecedores. Se acompañaban de gestos para que se apartase, pero ella estaba paralizada.

Las miradas enloquecidas de los bueyes, las diademas y las colleras de cuero dorado, las cabezas recargadas de flores y de cintas y los miles de espejitos cosidos que la cegaban... todo era una tormenta de colores.

Consiguió empujar la moto hacia un lado y cayó en la vereda, justo antes de que los corredores pasaran a su lado como una cabalgata desquiciada. Haciendo un ruido de mil demonios con sus campanas, cascabeles, cencerros.

Por detrás les seguía la estampida de hombres y chiquillos, tocando sus tambores, vitoreando y haciendo apuestas a gritos. Corrían como posesos tras los banderines de seda de los equipos, que ondeaban en lo alto de las yuntas.

Dejaron a Mara atrás, tirada en la acequia, temblando del susto. Como si realmente la hubieran atropellado.

—Pero ¿cómo se te ocurre?

Scott acababa de llegar y ya se bajaba del ciclomotor.

Mara aún seguía con los rasgos desencajados y él se guardó los reproches y la ayudó a incorporarse. El vestido ya no era vaporoso sino que chorreaba de barro, como también sus piernas y sus brazos y hasta los rizos castaños de la melena.

—Es que no sé por qué te has metido por aquí... —Siguió Scott—. Si estos sitios ni siquiera aparecen en los mapas.

—¿Por qué meten ellos a los toros por un camino de personas? —preguntó ella, alterada. Aún estaba tan nerviosa que se sentía al borde de las lágrimas—. ¿Eh? Dime...

—Esto es un arrozal... Es tierra de cultivo.

—¿Y qué?

—Pues que así es como labraban los balineses, cuando aún no tenían máquinas. La gente pobre todavía lo hace así. Organizan una fiesta con los vecinos y luego hacen la carrera... Así ensayan para la nacional.

Mara se levantó, fastidiada, y comprobó que su vestido no tenía remedio. Scott levantó la moto y la enganchó al remolque.

—Has llegado pronto.

—Estaba cerca. Te llevaré al hotel.

—¿Podrías llevarme luego a la mansión Beresford? Cuando me dé una ducha... —Necesitaba hablar con Senna y averiguar si alguien la estaba siguiendo. Quizá la Interpol. O el mismo Willem de Houtman—. Por favor. Te pagaré por el trayecto.

Scott dudó. Aquella mujer estaba consiguiendo su propósito, que no era otro que el de liarle de mala manera. Que cambiara su tiempo de descanso por dinero.

—Está bien, pero no te acostumbres. No soy tu chófer.

Ella se subió a la moto, detrás de él, y arrancaron en la misma dirección que habían seguido los bueyes, avanzando paralelos al camino. Al dar alcance a la multitud tuvieron que ir más despacio porque el árbitro ya se estaba bajando de su pequeña plataforma de bambú y se dirigía a coronar de flores al auriga que había llegado tercero.

—¿Por qué le dan el premio al último? —preguntó Mara, gritando sobre el rumor motorizado de la *scooter*—. ¿No era una carrera?

—La Makepung es una carrera a la manera occidental. La orquesta empieza a tocar, se echan a correr y al que llega primero le dan mil quinientos dólares americanos. Pero esta es una carrera a la manera antigua... —Aceleró la moto—. Para los balineses todo en la vida es como una danza dramática. Nunca gana el que llega primero sino el que baila mejor.

CECILIA
DE HOUTMAN-VERMEULEN

(1850)

La Reina Virgen

—La muchacha olía a jazmines, que llevaba prendidos en guirnaldas a lo largo de la cabellera y el cuello. Sobre su cabeza portaba un cesto de arroz y flores que había ido recogiendo toda la semana. Era como una adorable aparición para adornar un instante y sus ojos eran como estrellas en un crepúsculo y del ocaso también sus cabellos oscuros. —Marc Beresford, apoyado al otro lado de la puerta cerrada con llave, bajó los pliegos un momento y suspiró.

—Preferiría que no lo leyera en voz alta —dijo Cecilia desde el escritorio, de espaldas a él. Se sentía como una niña pequeña que estuviera pasando un examen.

—Al agacharse junto al río para beber, su pecho se agitó y la falda se entreabrió, mostrando las piernas. Se dio cuenta de que alguien la observaba y se le cayeron de la cesta los lirios, los narcisos, las petunias y las gardenias que había traído y se volvió corriendo a su casa.

Bajó los pliegos y se cruzó de brazos.

—Sinceramente, no está mal escrito. De verdad, se nota que tiene una buena base lírica, pero...

—¿Sí? —Ella se volvió por vez primera en la silla.

—Hay demasiadas flores.

—¿No le gustan?

—Y le faltan... otras cosas.

—No sé, verídicamente, qué se esperaba usted —se defendió ella, apartando la mirada.

—Ha salido corriendo...

—Es lo que haría cualquier mujer decente, ya fuera balinesa o europea. El escrito tiene que ser verosímil.

—Entonces no ponga tantos narcisos ni tantos lirios porque en Bali no hay nada de eso. Y esto de... «adorable aparición para adornar un instante» y lo que sigue... ¿No es de un poema?

Cecilia tuvo que bajar la cabeza.

—Es posible... que me haya venido a la memoria sin querer.

—La próxima vez que quiera usted... recrearse... escoja a un poeta neerlandés.

«Solo tenemos a Van Allen y solo escribe poesía infantil», rezongó Cecilia para sus adentros.

Aquella segunda lectura de Marc, delante de ella y en voz alta, no podía resultar más humillante. Un escrito de semejante naturaleza solo podía confiarse a la intimidad. No era para exponerlo de esa manera. ¿Y tan importante era el estilo? «Entretenimiento masculino», le había dicho que quería... Como si ella fuera una especie de corista de teatro.

—Cecilia, imagino que esto no es nada fácil para usted. Pero creo que por dos libras esterlinas va a tener que esforzarse un poco más.

Ella levantó la cabeza, desairada.

—Pues no sé qué más quiere usted que pase.

—Vamos. Que no estoy hablando con una jovencita. Es usted una mujer casada. Digo yo que algo sabrá de algo.

—Señor Beresford... Soy una mujer casada... y discreta.

—No necesito sus excusas, señora —dijo él, exasperado—. Lo que yo necesito es algo que no me aburra como una piedra en esta isla desesperante. Busque algo que la inspire, si es que no tiene imaginación. De dónde lo saque no es problema mío.

«¡Qué temperamento tan nefasto! Este hombre no pierde ocasión de mostrar su mala educación. Cuando está en sociedad es de una cortesía impecable, pero...».

Tres golpes sonaron en la puerta del despacho.

—¿Qué es lo que pasa?

—¡Su coche está listo, señor! —El grito amortiguado de Nengah, al otro lado de la puerta.

—¡Voy enseguida!

Marc se acercó al aparador, abrió uno de sus cajones y sacó un frasco pequeño, de donde tomó apenas dos gotas de perfume que se puso en las muñecas, junto a los gemelos de rubíes.

—Sé que le gustan las transacciones justas, Cecilia. Haga su trabajo. Uno que merezca lo que le estoy pagando, ¿de acuerdo?

Abandonó el despacho y la dejó a solas y en silencio. Ella sintió que, por fin, podía liberar todo el aire que estaba conteniendo.

Allí estaba rodeada del sinfín de complementos del atuendo masculino de Marc Beresford, que se hallaban expuestos en las vitrinas como en un gabinete de curiosidades.

Su perfume había quedado en el aire y, sobre el aparador, el frasquito que no había devuelto a su sitio. Cecilia se acercó y le echó un vistazo a la etiqueta, donde solo había un dibujo a plumilla, de un fruto redondo. Al completo con sus zarcillos y sus hojas, como en los libros de Historia Natural. No podía decir si era una bergamota o una naranja...

Se asomó por la ventana y vio a Marc saliendo de la casa, envuelto en un gabán ligero, y subiéndose a la calesa de dos caballos, que se puso en marcha a una voz del cochero.

El lacayo era un hombre mayor, cuyo aire ceniciento y algo siniestro provenía probablemente de que nunca dijera una palabra. Siempre estaba ausente, llevando los recados del señor en riguroso silencio, y cuando estaba en la casa permanecía ensimismado, barriendo las cuerdas o podando la rosaeda. Sin duda lo había escogido por su discreción, que en el entorno diplomático era innegociable. Cecilia hubiera asegurado que era mudo, de no ser por las órdenes que le dispensaba a los animales.

Estos no eran los habituales de tiro, robustos y algo torpes, sino ejemplares de calidad. Elegantes corceles árabes, de un pelaje negro e impecable, que tascaban frenos de plata. Armaron un pequeño revuelo antes de hundir los cascos y salir al trote por el limoso camino.

Suspiró y se sentó de nuevo en el escritorio, abrumada por la tarea que tenía ante sí.

¿Cómo podía hacerlo sin comprometer la mínima decencia? Se recordó que solo tenía que hacer lo mismo que con el encaje... Imitar los motivos de flores y hojas, dibujarlos y luego seguir el patrón, como en sus revistas de labores. Pero ¿de dónde? ¿Dónde encontrar el modelo?

El mueble parecía mirarla, silencioso y hermético. Resguardando con celo sus tesoros en el laberinto interior.

La librería parecía una selva amarilla y ocre, artefacta. Ensamblada con cuidado por las manos expertas que la habían detenido en el tiempo.

Tenía una puertecita pequeña como la palma de una mano, flanqueada por columnas dóricas, justo en el centro. El tirador brillante acaparaba su atención.

Alargó los dedos temblorosos hacia él. Lo sujetó con firmeza y probó a tirar.

Estaba cerrado.

Se dio cuenta de que lo bloqueaban tres minúsculos discos en su base, grabados con las letras del abecedario. No hacía ni un año que Cecilia había visto una combinación parecida en la caja de caudales de un prestamista. Había insistido mucho a su suegro para que le consiguiera una como aquella.

Respiró profundo antes de acometer un nuevo intento. Tenía que mantener el oído alerta por si percibía algún ruido en la escalera.

Tentó la superficie con las yemas de los dedos, recorriendo las juntas y acariciando los bordes de la tabla de escribir.

Luego probó con el mismo cajón por el que habían asomado las estampas de los hombres desnudos, de piel azul, y las mujeres con los cuerpos llenos de perlas y de plumas.

Estaba cerrado y exhaló el aire de golpe, frustrada. Si tan solo pudiera verlas una vez más... Examinar los textos de Burton más de cerca. Quizás así podría...

En ese momento se dio cuenta de que el cajón contiguo no estaba del todo cerrado. Un papel doblado, que asomaba apenas, lo impedía.

Marc Beresford. ¿Acaso era capaz de predecir sus pensamientos, antes de que ella misma los concibiera? Estaba segura de que aquella no era más que otra pista. Abrió el cajón y desdobló el papel con cuidado. Lo acercó a la luz pálida.

Es cierto que los hombres se casan para copular...

Plegó el papel de golpe y lo dejó en el cajón.

Cerró los ojos e intentó calmarse, mordiéndose los labios levemente. Reunió las manos en el centro de la falda.

Tenía que salir de aquella casa del demonio y no volver nunca. Olvidarse de que había estado allí.

¡Sin duda él iba a saber que lo había leído! «Señor, ¿por qué ha tenido que cruzarse en mi camino un hombre como este?». Se suponía que ella era inmune a aquella clase de cuestiones pecaminosas. Que podía vivir perfectamente sin que ningún hombre volviera a acercarsele o a tocarla nunca. Al menos así se lo había dicho a sí misma hacía por lo menos tres años.

Cogió de nuevo el papel con la punta de los dedos, como si pudiera tizarla, y lo desplegó con cuidado.

Es cierto que los hombres se casan para copular sin perturbaciones, así como por amor y para lograr el bienestar, y a menudo obtienen esposas agraciadas y atractivas, pero no les

proporcionan satisfacción plenaria ni disfrutaban enteramente de sus encantos. Esto se debe a su total desconocimiento del *Kama Shastra* y, a pesar de las diferencias entre las diversas clases de mujeres, las consideran solo desde un punto de vista animal. Debe considerarse a estos hombres como necios y desprovistos de inteligencia, y este libro ha sido redactado con el objeto de evitar que vidas y amores sean desperdiciados de manera semejante. Así, todos cuantos lean este libro sabrán qué delicioso instrumento es la mujer cuando se la toca con arte, y cuán capaz es de producir las más exquisitas armonías, de ejecutar las más complicadas variaciones y de proporcionar los más divinos placeres. Trad. K. S. S.

—¡Señorita Julia! ¡Su padre ha dicho que no podía salir!

Cecilia sintió que el corazón se le iba a salir del pecho.

—¡Tengo que irme, *babu*!

—¿Qué le diré si vuelve? —Los gritos de Nengah en el porche.

Se asomó a la ventana y vio cómo Julia se alejaba corriendo.

Se dirigía a la selva.

«¿Adónde vas, Julia? ¿Por qué te escondes?».

Bajó la escalera a toda prisa, con un golpeteo de tacones y sin soltar la barandilla. Pasó por delante de una Nengah atónita y cruzó la puerta para perseguir a la muchacha, que ya se adentraba en la espesura esmeralda.

Se concentró en no perder de vista el vestido color crema, con sus frunces y volantes. No podía distraerse.

La niña corría con todas sus fuerzas, dejando en el aire un latigazo de su melena rubia y encrespada, azuzada por la juventud. Sorteaba los desniveles del terreno y apartaba las ramas bajas de los árboles como un animal pálido y esbelto, imposible de capturar.

Parecía conocerse el camino de memoria, como si hubiera nacido entre aquellas tierras húmedas y perdidas. Cada zanja, cada nudo de raíces que sobresalía de la tierra y cada tela de araña. No necesitaba mirar al suelo, como ella.

Los botines blancos de Cecilia apenas lograban pisar las mismas huellas que Julia había dejado, guiada por la escasa luz que aún relumbraba en los charcos.

Apenas llegaba ya la misma, de tan densas que eran tanto las copas de los árboles como las nubes en el cielo tormentoso. La selva entera se había vuelto de un verde oscuro e intenso, perturbador. Latentes los presagios de la lluvia y de la noche.

Julia desapareció, fantasmagórica, por detrás de una cuesta empinada y Cecilia tuvo que rendirse y darla por perdida.

Se inclinó hacia delante, apoyando las manos en las rodillas y jadeando. Le apretaban los botines y notaba el vestido pegándosele a la piel, con las gotas de sudor resbalándole por el corsé y entre los senos. ¡Cuántos años la separaban ya de la frescura de una señorita! Estaba extenuada y con el corazón sin freno.

Miró a su alrededor, por ver si así se orientaba, aunque todo en el paisaje le parecía idéntico. Sin Julia no tenía idea de cómo salir de allí. ¿Qué debía hacer? ¿Seguir un poco más hacia delante o intentar recorrer el camino de vuelta? ¿Y si no conseguía encontrarlo?

Le invadió la angustia, al darse cuenta de que estaba completamente perdida. ¿Cuánto tiempo tenía hasta que descargara la tormenta? No podía pasar la noche en aquel lugar espantoso, a merced de las fieras...

Entonces le llegó el rumor del río.

Los ríos siempre llevaban a lugares habitados, corrían paralelos a los caminos, movían molinos y regaban arrozales. Donde había agua, había siempre personas. Así que eso es lo que haría: encontrar el río y seguir su curso.

Guiada por el oído, subió la cuesta por donde había desaparecido la muchacha. Al final de la misma se le reveló el afluente, que tenía dos brazos y una isleta en el centro.

Mirarlo le producía un extraño vértigo, aunque no entendía bien el porqué. El monte Agung se recortaba al fondo, y su cumbre se alineaba con un árbol baniano, un altar de piedra... Y al frente una criatura demoníaca.

Los ojos saltones, desorbitados, clavaban en ella sus pupilas de laca negra, rodeadas de círculos de pintura roja y amarilla. Tenía una sonrisa desquiciada, de dientes y colmillos abruptos, entre los cuales la lengua bajaba roja hasta el ombligo y se remataba de estrellas doradas y de cristales de espejo. La melena postiza de la máscara caía en guedejas burdas y pálidas, sin vida, sobre la cabellera negra y brillante de su dueña, que podía adivinarse muy larga por debajo.

No podía tratarse de Julia, de eso estaba segura. La mujer estaba semidesnuda y su piel era tostada, como la de los nativos. En los guantes llevaba cosidas unas garras afiladas, que clavaba con saña sobre sus pechos menudos. Las heridas aún sangraban.

La enmascarada huyó nada más verla.

Subió al caballo negro, que tenía enjaezado de oro en la vereda. Con una mano sujetó las riendas y con la otra se cruzó la banda de tela sobre el pecho, antes de espolear a la montura y marchar al galope.

A Cecilia le pareció distinguir a Julia, una figura pálida y distante, cuando el caballo se detuvo a su altura y su dueña la invitó a subirse al lomo.

Se dirigen, imparables, hacia la ciudadela prohibida de Klungkung.

—¿Cómo que salió detrás de Julia? ¿Por qué no fuiste tú? —Marc se desanudó el pañuelo a tirones, frente al espejo del recibidor.

Nengah, con el gabán sobre el brazo, se mantenía en silencio y con la cabeza baja.

Él acababa de llegar de su reunión con el residente, que era el más alto funcionario holandés en Bali y lo más parecido que tenían a un alcalde. Era prácticamente un anciano y estaba en sus últimos días de mandato, que iba descontando en el calendario, pensando nada más que en su dorado retiro en Holanda. Se agotaba enseguida, perdía el interés con cualquier cosa y no le apetecía ya ponerse a resolver ninguno de los problemas de la colonia. Marc estaba deseando que se jubilara de una vez por todas.

Le había sorprendido encontrarse allí a Jacob de Houtman, esperando turno en la salita de la Residencia, mientras bebía un café tras otro y vaciaba de pastas las bandejas de su anfitrión.

«Creo que viene a pedirme dinero —le había dicho el residente, en privado—. Ya sabe usted cómo son los colonos de ahora. Echan cuentas muy por encima, desde sus cómodas *suites* holandesas, y luego vienen llorando porque no pueden responder. Se creen que esto es venir aquí y

poner la mano. Y que empiecen a caer los florines de los árboles».

Aquello le había dejado preocupado, pensando... ¿Tan apurada estaba Cecilia de dinero? ¿Debía, acaso, subirle los escritos a tres libras semanales? Solo de pensarlo le parecía una ruina.

Llevaba todo el día deseando llegar a casa y cambiarse de ropa. Y ahora se encontraba con que estaban desaparecidas, no ya una, sino dos mujeres.

—No tendrías que haber dejado que se fuera. No con este tiempo ni a estas horas. ¡Y no sin alguien que conociera el camino, por mil diablos! ¿Por qué no la acompañaste?

Se apoyó con ambas manos en la consola de mármol del recibidor. Las mangas amplias de la camisa, sujetas por los rubíes, colgaron ligeramente sobre ella.

Ningún europeo había puesto nunca un pie en Klungkung. Ni uno solo en trescientos años, desde el descubrimiento. De todos los reinos de la isla, era con diferencia el más sagrado y hermético. A su regente lo llamaban el Gran Dios y los brahmanes guardaban sus secretos con un celo que rayaba en la locura.

Ni siquiera la embajada oficial de Huskus Koopman, una mascarada de los tiempos de entreguerras, se había celebrado dentro de sus muros. Habían preferido sacar fuera a su rey, una figura intocable, que permitir la entrada de un extraño en sus tierras.

Nadie había sido invitado nunca a cruzar el portal de piedra. Con la única excepción, por supuesto, de Julia.

No sabía lo que podía hacer la Reina Virgen si encontraba allí a Cecilia.

—Dile al cochero que me prepare el caballo. —Tendió su brazo a Nengah para que le devolviera el gabán—. Y bájame las pistolas.

El portal estaba partido en dos, como por un tajo. Separadas sus mitades de piedra, que se remataban en puntas como llamas.

Cecilia se asomó con cautela por entre las puertas, pintadas de rojo y oro. Parecía una especie de patio cuadrado, con cobertizos altos en las esquinas.

En los pasillos, con las piernas cruzadas, había una multitud de hombres, en silencio. Todos miraban hacia el centro, a un gran estanque de nenúfares y lotos donde, a mucha altura, se levantaba lo que parecía un palacio horizontal. O quizás, una especie de templo. El olor a incienso era abrumador por las innumerables varillas que se consumían por todas partes.

El primer tercio del palacio tenía una base de piedra esculpida, tan alta como un muro, que parecía un sarcófago monumental. En la mitad, justo encima, había una sala abierta, que se sustentaba en pilares y vigas de madera. Y, por último, en el tercio superior, se levantaba un tejado alto y rectangular de paja negra, cuyo interior habían colmado de pinturas.

Se accedía por una única y ancha escalera, por donde bajaban, haciendo de barandilla, dos grandes serpientes coronadas.

El conjunto se vallaba con todo un ejército de estatuas de demonios y guerreros coronados que miraban hacia fuera, amenazantes. Resguardando lo que quiera que estuviera aconteciendo en su interior.

Cecilia vio pasar a Julia por el pasillo del fondo, tan extraña en el entorno que era como una aparición. Le habían envuelto el talle con una tela de cuadros blancos y negros, como las que le ponían a los dioses. Despeinada y descalza, con sus tobilleras de latón, no parecía en absoluto una

señorita británica sino más bien una muchacha que no perteneciera a ningún sitio.

Caminaba en silencio, con los granos de arroz aún adheridos a la frente y escoltada por un grupo de hombres con túnicas blancas. Todos se sentaron en un banco de piedra y empezaron a repasar las hojas de palma con los dedos.

Cecilia no sabía lo que estaba pasando, pero no podía permitir que le hicieran daño a la niña. Si tan solo Marc hubiera estado allí... Él hablaba la lengua, conocía las costumbres... Hubiera sabido qué hacer. Pero el hecho es que no estaba, así que le correspondía a ella actuar.

Cruzó, decidida, las puertas del umbral.

La sobresaltó el golpe de una campana de madera, en la esquina derecha, junto a la puerta. No era más que un tronco seccionado y hueco, que colgaba del cobertizo, pero sirvió para que todos los hombres volvieran sus cabezas hacia ella.

Era consciente de que tenía el rostro sucio de sudor, las faldas enfangadas y el recogido medio deshecho.

Y de que no era más que una holandesa invasora. Una intrusa.

Dos guerreros se le acercaron a paso marcial, con las dagas onduladas al cinto.

—Señora Cecilia... —Dian la apartó con suavidad hacia el lateral, procurando ocultarla con su cuerpo—. ¿Adónde va?

Lo dijo con el saludo tradicional. El único que se le había ocurrido mientras caminaba tenso y lanzaba miradas preocupadas hacia el palacio.

Megedí!

El grito llegó de arriba. Lo había lanzado uno de los funcionarios de la reina, un hombre muy mayor con un turbante. A su lado, hierática, estaba la soberana.

Arrastraba por el suelo las telas pesadas de su traje y en la frente llevaba ceñida su corona del dios pájaro. Por encima de ella se podía ver su cabello, recogido con innumerables agujas que no ocultaban sus puntas hirientes y que tenían, cada una, un jazmín dorado en el extremo.

No era alta, pero desde su posición parecía imponente. Con razón la llamaban «la mujer de hierro». Aquella tenía que ser, sin duda, la legendaria Reina Virgen de Klungkung.

—*Megedí!*

Cecilia se dio cuenta entonces de que no la gritaba a ella, sino que el funcionario miraba más allá, hacia el portal de piedra, que ahora estaba abierto de par en par. Marc Beresford ya había descabalgado y los guerreros estaban ahora frente a él, con las dagas desenfundadas.

Dian se adelantó y tomó la palabra antes de que nadie más dijera nada. La lengua que empleó con el funcionario no se parecía en absoluto a la que manejaba a diario, con los trabajadores de la carpintería. A Cecilia le pareció que era mucho más musical, llena de susurros, ecos graves, eses y emes. El funcionario, sin embargo, le respondía con un chapurreo disonante y lleno de erres. Como si fuera el sonido de una carreta dando tumbos.

Cuando terminaron de hablar, el hombre del turbante hizo una seña a los guerreros para que le abrieran el paso a Marc y le permitieran reunirse con Cecilia.

—Dice el Cokorda que tienen que esperar a que el juicio termine. Allí. —Dian les señaló el cobertizo izquierdo—. Y que después los recibirá.

—Yo no necesito que me reciba —protestó Marc—. Lo que quiero es que deje marchar a Julia.

Dian les condujo con suavidad hasta la esquina y les invitó a subir la escalera.

—Usted sabe que no deberían estar aquí. Ningún extranjero puede entrar en la ciudadela.

—Excepto Julia.

—La niña es diferente.

En el cobertizo había seis tronos tallados y pintados y Cecilia, agotada por la carrera en la selva, se acercó a tomar asiento.

—No haga eso, por favor —dijo Dian.

El carpintero se desanudó la banda que llevaba al pecho y la faja.

—Permítanme que les cubra los ojos...

—¿De verdad es necesario? —preguntó Marc, sin apartar la mirada del banco donde estaba su hija.

—Es más seguro para los dos...

Cecilia interrogó a Marc con la mirada y él, finalmente, asintió.

Ella se dejó hacer y permitió que Dian la vendara. Se arrimó a uno de los pilares del cobertizo y apoyó la mano en él para no estar tan desorientada.

El ruido de los tambores le parecía ahora atronador. El olor del incienso mucho más penetrante. La superficie de la madera, rugosa e irregular bajo la mano que temblaba.

Entonces sintió la mano de Marc, apenas las puntas de los dedos, junto a los suyos. También él había sido privado de la vista y se encontraba vulnerable, cerca de ella. La proximidad de su cuerpo, la sensación del calor que desprendía, era el único consuelo que tenía. Su única referencia.

Ambos estaban a merced de hombres extraños que les deseaban la muerte, solo por ser colonos. Que tenían aún recientes las heridas y la cólera de la última guerra. Cecilia rogó en silencio, con todas sus fuerzas, que Marc se acercara más a ella. Que su único contacto no fuera solo el roce de las yemas de sus dedos. Deseaba con todas sus fuerzas que la rodeara con el brazo y la estrechara contra sí.

Le escuchaba respirar a su lado, agitado por la carrera y por la incertidumbre. No podía ni imaginar su lucha interior, sabiendo lo cerca que estaba su hija y sin poder ver lo que hacían o dejaban de hacer con ella. Quizá también él temblaba, de incertidumbre e impotencia.

Dian no le había apretado en exceso la venda y Cecilia consiguió elevar la mirada por el borde superior, aflojado, de la tela. El techo estaba repleto de escenas de tortura.

Cecilia nunca había visto demonios como aquellos porque las biblias protestantes no tenían dibujos del infierno ni de ninguna otra cosa. Aquellos monstruos tenían ojos saltones, sin párpados, y se reían como arrebatados, mostrando sus colmillos de jabalí y sus garras bestiales. Sus cuerpos estaban llenos de llagas y algunos tenían un solo ojo, que llenaba todo el cráneo.

Le prendían fuego a los genitales de sus desafortunadas víctimas con hierros candentes o bien se los metían por la boca o por el pecho. Siempre eran un hombre y una mujer, unos amantes, arrancados el uno del otro en su último aliento.

—El Cokorda les recibirá ahora —dijo Dian.

Antes de que les sacaran de allí, a ciegas, Cecilia todavía pudo ver un último panel: el de una mujer mucho más grande, con una corona en forma de pájaro, que ardía en una pira pavorosa.

—Quiero que dejen ir a mi hija —exigió Marc, una vez fuera del recinto—. No pueden retenerla aquí.

—Está aquí por su voluntad —dijo el funcionario—. Pidió ayuda a la Reina y ella la protegió.

Solo quiere aprender...

—No necesita aprender nada de ustedes.

—Pero ella...

—Dígale a Julia que salga ahora mismo. Se hace tarde y tenemos que irnos.

El funcionario hizo una reverencia lenta, y se retiró, cerrando las puertas de la ciudadela detrás de sí.

—¿Y usted por qué ha tenido que meterse en este embrollo? —reprochó a Cecilia—. ¿Es que no tengo bastante con mi hija? ¿Ahora tengo que salir también a por usted?

—Nadie le pidió que viniera. Necesitaba saber a dónde iba la niña y qué le estaba pasando... Aunque por lo visto usted ya lo sabía desde el principio...

—Por supuesto que lo sabía —dijo Marc—. Siempre ha venido al mismo sitio, con su *babu*. Desde que era una niña. Si no lo supiera no podría vivir, señora. ¿Qué clase de padre cree que soy?

—¡Si me lo hubiera dicho me habría ahorrado este horrible calvario! ¡Señor!

En aquel momento atravesó las puertas Julia, escoltada por el Cokorda. En las manos llevaba las hojas de palma inscritas con las letras balinesas, que parecían tallos vegetales. Su padre le pasó la mano para quitarle los granos de arroz de la frente.

—Julia, esto tiene que acabar.

—No puedes encerrarme en esa casa...

—Te prohíbo que vuelvas a acercarte a este lugar.

La muchacha retrocedió, dolida.

—Creo que estamos todos agotados. —Cecilia arropó a la muchacha, cómplice—. ¿Cómo vamos a regresar a casa? Porque usted trae un solo caballo y aquí somos tres...

El Cokorda les entregó un cesto de fruta antes de marcharse, como regalo de despedida, pero Marc ni siquiera le dio las gracias.

Ayudó a Cecilia y Julia a subirse al lomo del corcel y las guio, al paso, por el camino irregular.

En la casa Houtman, Jacob ya había vuelto de su reunión con el residente holandés y estaba en el porche, tomando el enésimo café del día. Le extrañó ver a Cecilia descabalgando del caballo de Marc Beresford, junto al camino, más allá del puente.

—¿Has conseguido el préstamo? —preguntó ella, nada más alcanzarle.

No necesitó de palabras para conocer la respuesta.

Mensajes secretos

Las noches de insomnio cada vez eran más frecuentes y Cecilia empezaba a acusar el cansancio.

No podía quitarse de la cabeza los rituales de Klungkung, la extraña indumentaria de Julia y las series de pinturas horribles que había visto el día anterior, en el techo del cobertizo.

Tampoco la mano de Marc, tan cerca de la suya.

Recorrió con la mirada las vigas de teca, a través del tamiz blanco de la mosquitera, y agitó con denuevo el abanico brisé, que apenas conseguía aliviarla del calor.

En más de un momento, a lo largo de la noche, había sentido el impulso de abrir el aritmómetro y repasar las cuentas una vez más, pero... de donde no se podía sacar era inútil seguirlo intentando. Aquel mes todavía podrían apañarse, pero ¿qué pasaría el mes siguiente si la remesa acordada no llegaba? ¿Si el disoluto de su cuñado no había podido pasarse por el puerto en el día del flete?

No quería ni pensar en que Mads Lange se negara... y no les diera el permiso de la *factorij*.

Y luego estaba Marc. Parecía claro que el tesoro británico le proporcionaba holgados recursos, pero... a él ya no podía pedirle más.

Después de solicitar el préstamo al residente y de su penosa negativa se le estaban agotando las ideas.

A través de la ventana vio a Dian sentado ante la carpintería, rodeado de pequeñas velas de aceite de coco que proyectaban sombras en el suelo.

Decidió que ya no aguantaba más en la cama, dando vueltas. Le vendría bien airearse un poco. A pesar del calor se echó un chal por los hombros, para cubrirse el camión.

El carpintero estaba bebiendo de un coco partido y se puso en tensión cuando la vio llegar.

—¿Tienes más agua, Dian? Hace un calor asfixiante...

Él estaba cohibido y Cecilia se dio cuenta de que lo que había en el coco no era agua, sino cerveza de palma *tuak*. Se sentó a su lado.

—Me gustaría que me hablaras un poco más sobre tu Reina Virgen —le pidió. Después de haberla visto en la ciudadela había aumentado todavía más el misterio alrededor de ella. Quizá Dian podría decirle algo más sobre sus intenciones con Julia.

—Yo... No puedo... No debo hablar de mi señora...

Su reacción de temor le pareció excesiva. Parecía alterado por el licor. ¿Tan poderosos eran los tabúes en torno a aquella mujer?

—Nosotros también tenemos reinas vírgenes en Europa —intentó tranquilizarle—. En Inglaterra tuvimos una muy famosa que se llamaba Isabel. ¿Todas vuestras reinas son así?

Él negó con la cabeza. Parecía verdaderamente angustiado y Cecilia lamentó haberle puesto en aquel brete. Empezaba a comprender que para un balinés no había nada más terrorífico que atentar contra la autoridad. Si eran tan pacíficos no era porque Dios, en su infinita sabiduría, les hubiera concedido una naturaleza amable y bondadosa, sino más bien porque su jerarquía era sólida como una roca.

—Entonces... ¿por qué? —insistió ella, con suavidad.

Dian finalmente bajó la cabeza y se rindió. Su lealtad estaba dividida entre las dos mujeres.

—La semilla del hombre es como agua que baja de las montañas por los arrozales... Hasta que llega al mar. Un hombre puede casar con castas inferiores, pero la mujer nunca. —Cecilia notaba como a Dian se le entrecerraban los ojos. No sabía si era a causa del licor, del cansancio o de ambos. Hablaba peor el holandés que de costumbre—. Por eso a ella la casan con su hermano mellizo. Por eso la Reina Virgen de Klungkung.

Cecilia recordó la última pintura que había visto en el techo de la ciudadela, la de la mujer con la corona de pájaro, quemándose en el fuego.

—¿Siempre ha estado sola?

—Se dicen cosas, pero quién sabe nada realmente. Nosotros siempre decimos: «se dice», «se dice»... Incluso los más sabios lo hacen. «Se dice»... Ningún balinés le dirá que sabe nunca nada. Se dice que se enamoró de un brahmán guerrero, I Seliksik, que servía en la cueva de los Murciélagos. Los poemas son consuelo para su corazón, pero a veces... desespera. Cuando estalló la guerra, el año pasado, no fue suficiente. Le tuvo que pedir a los dioses un regalo de poder.

—¿Tú sabes cuál era?

—Se dice... Se dice que yo mismo tuve que ir allí a dejarle su regalo para que ella lo encontrara. Se dice que yo mismo lo tallé en persona, directamente del *árbol del fuerte deseo*. Tal y como lo dijo el brahmán.

—¿Y cuál era, Dian? ¿Cuál era ese regalo?

—Se dice que era una máscara.

Cecilia se retiró un poco, impresionada. Aquello no hacía más que reafirmar sus sospechas. ¿Cómo olvidar a aquella criatura demoníaca del río?

—¿Es buena tu señora, Dian?

—La guerra muy difícil y la capital... quedó muy destruida. Ella atrajo a muchos poetas a la corte. Y a talladores de piedra y de madera. A causa del fuego perdimos casi toda la orquesta.

Cecilia encontró por fin la idea que había estado buscando. Era como si algo, de repente, se hubiera iluminado en sus pensamientos.

Se levantó y se arrebujó en el chal, con una sonrisa triunfante.

—Me voy a acostar, Dian. —Le hubiera abrazado de la alegría, si no hubiera sido tan inapropiado.

Se dirigió de vuelta a su dormitorio, dispuesta a dormir a gusto el resto de la noche. Ahora ya sabía lo que tenía que hacer.

Llevaba ya cinco minutos completos frente a la puerta de la habitación de Marc, sin atreverse a levantar el puño para llamar. Nengah había dejado abiertas todas las ventanas del piso superior, para ventilarlo, y había descorrido los visillos y los cortinajes de *chintz* bermellón. La cera parecía como recién prensada y hacía brillar los pájaros bordados, como si tuvieran vida.

Acercó el oído a la puerta, esperando la señal que le indicara que podía pasar. Ardía en deseos de proponerle lo que se le había ocurrido la noche anterior.

Sin embargo, el silencio era absoluto y empezaba a sentirse ridícula.

—¿Señor Beresford? ¿Puedo pasar?

—¡Pase! —La voz ahogada.

Los dedos empujaron la madera con suavidad, pero la habitación estaba vacía.

Sobre la cama había un par de chalecos lanzados con descuido, pero aquel era todo su desorden.

El tocador era sobrio y oscuro, sin adornos, y junto a él se plantaba un imponente espejo, de cuerpo entero. Aunque los apliques de los laterales estaban diseñados para sujetar candiles, estaba claro que Nengah los utilizaba como floreros porque rebosaban de orquídeas de luna.

En el lateral había una pequeña librería —esta vez sí, de literatura— y, sobre ella, un flautín de plata que mantenía unidos dos cuernos de toro. En una esquina, discreta, completaba el conjunto un taburete galés, de esos que tenían un corazón calado en el respaldo.

Lo más impactante, sin embargo, era la cabecera de su cama: sobre ella, en un marco barroco y dorado, había colgado un inmenso Turner.

Era todo un vendaval de blancos, índigos, púrpuras. Tormentas de fuego, luminosas como espíritus. Intuiciones brumosas, reflejos en el agua...

—Cecilia, ¿qué hace usted aquí?

Marc la llamaba desde la veranda, en el exterior. Donde probablemente había estado todo el tiempo.

—¿No podría haber entrado por el pasillo, como todo el mundo?

—Me dijo Nengah que estaba usted aquí...

—Estaba fuera, claro. Hace ya como un cuarto de hora. Llegué a pensar que se había marchado usted de la casa.

Cecilia tenía la sensación de que, con Marc, parecía estar siempre en el lugar equivocado. Quebrantando las más mínimas reglas del decoro.

—Discúlpeme, por favor.

Él se adelantó, recogió los chalecos con prisa y los guardó en el armario. De reojo vislumbró Cecilia, al fondo, un par de vestidos voluminosos. Tocados con el brillo del tafetán y de la seda.

—No habrá encontrado alguna manera de mantener las prendas rígidas... ¿verdad? —preguntó él.

—¿No tiene usted una planchadora?

—Mi planchadora estaba en la casa Lange. Y Nengah no se da maña suficiente.

—El almidonado es más sencillo, pero el encañonado... requiere de alguien que sepa. Más que cuestión de maña yo diría que es de experiencia. Puedo pedirle a la mía que venga a visitarle, si quiere. Una vez por semana.

«Si no recibimos la remesa siguiente, de todas formas se quedará sin trabajo», pensó.

—Se lo agradecería en el alma... Puede quedarse a ver el Turner, si lo desea. No es mío, claro, sino de la Corona. Como casi todo lo que hay en esta casa.

Cecilia se volvió otra vez hacia la pintura, desde el otro extremo de la cama donde el cuerpo de Marcus Beresford debía de tenderse por las noches.

—¿Había visto alguno antes?

—En La Haya, en el Mauricio. Pero era el único de toda la exposición.

—Mi predecesor lo tenía abajo, para impresionar a las visitas, pero lo hice subir... Ya sé que es un pecado guardarlo para mí mismo.

De pronto, Marc se sintió violento y se adelantó rápidamente a ocultar algo que había en la parte inferior de la mesilla y que Cecilia no llegó a ver. Lo guardó con descuido bajo la cama, con un destello de marfil y de plata.

—Muchas de las cosas que hay en esta casa no son mías, esa es la verdad —se disculpó.

—¿Tampoco ese instrumento tan extraño? —Señaló el doble cuerno de toro con la flauta. Le parecía similar a lo que acababa de ocultar...

—Ese es el cuerno galés de mi abuelo. Una reliquia familiar... ¿Me acompaña afuera?

No lograba disimular su incomodidad y Cecilia le acompañó de buena gana. Necesitaba tomar el aire.

—¿Cómo va con sus escritos? Dígame, por favor, que me ha traído lectura.

—¿No está usted enfadado por lo que pasó ayer?

—Debo reconocer que me preocupé... Por supuesto es usted una mujer adulta, pero... ya sabe que los colonos tenemos que velar los unos por los otros. Y...

—¿Ha vuelto a hablar con Julia?

Marc se ensombreció y negó con la cabeza.

—¿Qué hace una mujercita cruzando la selva sola? Antes iba con Nengah, pero en la casa Lange... —Se detuvo, sin saber cómo explicarlo—. Allí es cuando empezó a escaparse. Y a no avisar de cuándo se iba ni con quién.

Cecilia evitó hacerle más preguntas, para no aumentar su desasosiego. Julia no encontraba su sitio en aquella tierra extraña, obligada a escoger entre la soledad de su casa, la marcha a un internado europeo o el reino aterrador de más allá de la jungla.

—La Reina de Klungkung parece apreciarla...

—Es una mujer extraña... Pero, ante todo, no deja de ser una antigua enemiga. Y muy peligrosa, además. Tenga en cuenta que la última guerra la ganó ella.

—¿Cómo? ¿Me está diciendo que perdimos la guerra?

—Completamente.

—¿Cómo es posible?

—Fue en un ataque nocturno. La Reina marchó desde la cueva de los Murciélagos, entró en Kusamba, donde acampaba el ejército holandés, y asesinó a su general. Ha tenido que escucharlo en algún sitio... ¿No llegan a los Países Bajos todas estas noticias?

Cecilia estaba desconcertada. En la madre patria todos los periódicos habían publicado que se trataba de una victoria absoluta. Por supuesto, habían informado de la muerte del general Michiels, pero...

—Me gustaría hablar con la Reina y hacerle una propuesta comercial.

Marc frunció el ceño.

—Me ha dicho alguien de mucha confianza que necesita una orquesta nueva —explicó ella— y que no tiene instrumentos. Quiero poner el aserradero a su disposición.

—Eso es imposible —resopló él—. Ni siquiera la recibirá.

—¿Cómo está tan seguro? Ayer nos regaló una cesta de fruta, como despedida.

—Eran los restos de las ofrendas. Es un insulto, no un cumplido.

La perspectiva de Cecilia cambió por completo. No sabía que andaba tan desencaminada.

—Creo, sin embargo, que si la oferta es buena y el precio razonable...

—No sabe usted a lo que se enfrenta, Cecilia. La última vez que le dieron audiencia a un europeo tuvo que llevar de regalo a un rinoceronte vivo.

—Qué barbaridad...

—¿Sabe usted hablar en alto balinés? ¿Sabe que tiene que caminar encorvada, para asegurarse de que no sobrepasa su altura? ¿Sabe usted mascar la nuez de betel?

Cecilia iba diciendo a todo que no con la cabeza, cada vez más cohibida.

—Creo que ya es suficiente.

—Y, si no sabe eructar, debería ensayarlo porque después de las comidas es menester...

—No siga por favor. Ya me hago a la idea...

Marc sonrió de medio lado, satisfecho de sí mismo. Cecilia se llevó las manos a la cintura y miró hacia más allá del terreno de la casa. Hacia los bosques de teca del aserradero. Para él quizá no era más que un divertimento, pero ella... veía peligrar todo aquello por lo que estaba luchando su familia.

Él se percató de que su expresión era grave y abandonó sus chanzas.

—Ya sé que usted, como muchos de su clase, piensa que mi trabajo no sirve para nada. Que toda esta... parafernalia está de más. Si hay necesidad y bienes, si hay comprador y vendedor, ¿cuál es el problema? Pero créame que somos un mal necesario. Así fue como Mads Lange consiguió hacerse con un imperio. Él es un gran comerciante, pero también un gran diplomático. A partes iguales.

Cecilia seguía mirando a lo lejos, hacia los árboles, con los puños apretados. A Marc le conmovió su pose luchadora. Y, sin embargo, de nada servía engañarla con falsas esperanzas.

—La Reina Virgen no confiaría en usted ni, aunque viviera cien vidas.

—Entonces hágame usted la venta —se rebeló ella—. Ayúdeme.

—Eso no me conviene en absoluto.

—¿Por qué? Le daré una buena parte... El cincuenta por ciento, si hace falta.

—Quiero que siga escribiendo para mí.

Cecilia le miró a los ojos, desde algún lugar profundo. Logró contener, a duras penas, el temblor de su cuerpo ante sus demandas. Fue la primera en ceder y bajar la mirada, ante la intensidad que desprendía.

—Porque lo que está claro es que no está escribiendo nada —le reprochó él.

—Aún no me ha dado tiempo. Apenas me dio para...

Iba a seguir, pero no era capaz de confesar que había vuelto a registrar su escritorio. Que había caído en su absurda trampa. Que él se le había anticipado de nuevo.

—Está siendo perezosa. No le pagaré la semana si no me da algo tangible. —Entró en su habitación y sacó los pliegos del cajón de su mesilla—. Tome, llévese el último escrito y trabaje

sobre él.

Cecilia tomó contrariada los papeles que él le tendía y se dio la vuelta, encarando el pasillo. No podía perder los únicos honorarios que tenía, pero tampoco estaba dispuesta a aguantar los chantajes de nadie.

—Seguiré escribiendo lo que usted me pide. Pero déjese de historias y consígame ese encargo...

Marc se quedó atrás, en la veranda. Cecilia le escuchó susurrar a sus espaldas.

—Lo intentaré.

Bajó la escalera con tal agitación que, tras el último peldaño, giró y se dio de bruces con quien esperaba junto a la puerta. Los papeles se le cayeron de las manos.

Se agachó con brusquedad, olvidando que llevaba la vara anterior del corsé, aunque el dolor se lo recordó inmediatamente. Entonces dobló las rodillas y empezó a bajar recto y despacio, que era como tenía que hacerse. La falda, amplia por las enaguas, se infló como si fuera el sombrero de un hongo antes de expirar lentamente a ras del suelo.

Ante ella, como un muro negro, estaba el reverendo Lambert.

—Cuidado, señora...

—Discúlpeme, por favor. —Intentó cubrir los papeles con las manos, lo más de prisa que pudo.

El hombre se agachó para ayudarla y la angustia de Cecilia se disparó. Las hojas se habían dispersado y mostraban, sin pudor, su caligrafía. Además de las correspondientes al relato que estaba escribiendo, encontró un pliego que no reconoció, con una letra diferente. ¿Era acaso uno de los papeles confidenciales de Marc? ¿Alguna carta política que se le hubiera traspapelado? O más bien... una de las de Burton.

Sus manos estaban tensas sobre los pliegos, pero la carta había quedado fuera de su alcance.

—No se agache usted, reverendo.

—Deje que la ayude...

—¡No! —Intentó serenarse—. De verdad que no hace falta.

Marc agarró al joven sacerdote por el brazo y le animó a incorporarse. O más bien le obligó.

—Cecilia tiene toda la razón. No debe usted agacharse.

—¡Pero no me traten como si fuera un anciano, que soy un hombre joven y capaz! ¡No todos los pastores somos vejestorios! ¿Cecilia, ha dicho? ¿Es usted Cecilia de Houtman, la recién llegada a nuestra querida isla? Me dijo el otro día la señora Dekker que estuvo usted en la misa con su marido. ¿Cómo es que no vino a presentarse? Bien podría haberles dedicado unas palabras de bienvenida en el púlpito... sobre la Divina Providencia.

La verborrea de Lambert era tan rápida que parecía difícil seguirle el discurso. Delgado y rubicundo, exhibía toda la energía de su juventud, lo que mantenía atentos a sus fieles cuando los sermones se alargaban. Su carácter era muy distinto al de otros pastores que Cecilia había conocido en los Países Bajos, pero no cualquiera tenía la capacidad de embarcarse para atender una miserable parroquia de ultramar.

—Pero ¿cómo es que está aquí? —preguntó—. ¿En casa del señor Beresford y con tanto papeleo entre manos?

—Cecilia y su marido han construido un aserradero aquí al lado —improvisó Marc—. Y he tenido a bien hacerles un encargo para la casa. Su Majestad siempre destina un peculio suficiente para la decoración. En los trópicos todo se estropea muy rápido y creo que un nuevo artesonado le irá bien al salón. Ya sabe usted que es el corazón de una casa...

—El corazón debería ser el oratorio, me parece a mí.

—Sin duda alguna.

—El salón es para esas frivolidades de las que usted tanto gusta. —El tono de Lambert ya no era amistoso y se volvía pedagógico por momentos—. Entiendo que forma parte de su trabajo y que no puede descuidarlo, pero... debería volver a mi comunidad. Precisamente por eso he venido. En cuanto a usted, Cecilia, sería mejor que enviase a su marido para este tipo de cosas... —señaló los papeles—, de contratos, materiales y cuestiones así. Es usted demasiado ángel para rebajarse a un terreno tan basto. Mire esas manos... que parecen palomas.

—Mi marido viaja mucho y no damos abasto. —Cecilia repitió la explicación aprendida—. Ya sabe que en los Países Bajos es habitual que las mujeres hagan negocios, como sus pares hombres...

—Una mujer puede hacer los negocios que necesite, siempre que lo haga con otras mujeres o en un mercado, que es el sitio adecuado.

«Y no en casa de un hombre viudo», se reprendió Cecilia íntimamente.

—A ver si entre todos conseguimos que su vecino regrese al seno del Señor. ¡Y no me venga Beresford con eso de que es usted anglicano! ¡Bobadas! En un sitio como este no se puede andar hilando tan fino. Hay que mezclar las churras con las merinas, que al final son todas ellas ovejas del Señor.

Marc tampoco tenía nada que decir al respecto. Al final, el pastor había conseguido silenciarles a ambos.

—Créame, todos sus pecados y excesos de este último año han quedado ya perdonados. Me han dicho que no frecuenta ya esos lugares de inmundicia y perversión... ¡Espero que aún conserve la Biblia que le dieron allí! Ya sabe que es obligatorio por ley entregarle una a cada cliente...

—Creo que es hora de que se marche, Cecilia —le cortó Marc, violento—. Deje que la acompañe a su carruaje...

Ambos salieron, seguidos por el pastor, que se quedó mirándoles desde el umbral. Eran muy pocos los pasos que les separaban de la calesa.

—Creo que tengo algo que es suyo —susurró ella, preocupada.

—Es un regalo. Guárdelo para más adelante. Y sea más discreta, por el amor de Dios.

Nada más llegar a la casa, Cecilia buscó la privacidad de su habitación. Encendió el candil y le acercó el papel secreto.

El hombre debe aproximarse a la muchacha con los miramientos requeridos y empleando procedimientos capaces de inspirarle cada vez mayor confianza. Estos procedimientos son los siguientes:

La abrazará por primera vez como a ella más le agrade, ya que esto no dura mucho.

La abrazará contra la parte superior de su cuerpo, puesto que es más fácil y sencillo. Si la muchacha es mayor, o si el hombre la conoce desde hace tiempo, puede abrazarla a la luz de una lámpara; pero si apenas la ha tratado o es muy joven, la abrazará en la oscuridad.

Cuando la muchacha acepte el abrazo, el hombre pondrá en su boca la nuez de betel y entonces aprovechará para besarla dulce y graciosamente en la boca.

Se recostó contra la puerta, entregada por completo a aquel momento atesorado.

Había estado luchando, durante todo el camino, contra la tentación de leerlo en la calesa y ahora podía disfrutarlo en la intimidad de su cuarto.

Plegó el papel con mucho cuidado, hasta que se hizo muy pequeño, y se llevó la mano al pecho, que palpitaba bajo el rígido armazón del corsé.

Volvió a meterlo en el bolsillo de su vestido y salió al comedor.

Jacob ya estaba sentado a la mesa, separando el pargo con la pala de pescado. Al menos la cubertería era civilizada y no tenían que andar cortando con cuchillos de madera o de cáscara de coco. Apenas era medio lomo y un poco de arroz, tan frugal como lo había sido siempre en Rotterdam. «Una comida copiosa entorpece el trabajo», solía decirse.

Al verla, se levantó de la mesa y la estrechó en un abrazo cómplice.

—Me alegro mucho de verte.

Apenas había tenido ocasión de pasar tiempo con él en las últimas semanas. Todo parecía vertiginoso a su alrededor: las carreras por la selva, el insomnio, los nervios de la ciudadela, las discusiones con Marc... Al abandonarse al calor de Jacob sintió que el cansancio se le venía encima. Su abrazo era como dejarse mecer, por fin, en una barca en el mar.

—¿Fuiste a la playa esta mañana? —El olor en las ropas sudadas, mezcladas con el del salitre. El mismo que el de Rotterdam durante sus tardes de pesca.

—Ya que no tenemos el préstamo, por lo menos tendremos pescado para comer.

—Me gustaría que tuvieras también un barco. Como el *Kabouter*... Así podrías pescar un poco más adentro...

Se separó y la miró con sus ojos azules, cansados. Sonriendo de nostalgia.

—Ya llegará.

Cecilia se entristeció por él. Le parecía que aún conservaba todo el entusiasmo que habían alimentado desde la vieja Europa, pero ella veía demasiados nubarrones en su futuro inmediato.

No era justo. Jacob era un buen hombre. Llevaba toda su vida intentando alejarse de la sombra de su padre y de lo que esperaba de él en la casa De Houtman. Del ambicioso, temperamental y exitoso patriarca. Aquel aserradero era la primera oportunidad que había tenido Jacob de hacer algo propio, por sí mismo. Era su criatura, la única que tenía. Pero todo estaba resultando tan difícil...

—¿En qué nos hemos metido, cariño?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero nos hacía falta... ¿no?

Ella asintió. Les había hecho falta a los dos.

Ambos se sentaron a la mesa y siguieron con la cena.

—¿Cómo vas con tus tareas? —preguntó él.

—No consigo que ese molino eche a andar de una vez.

Había pedido a Dian que hiciera ofrendas en el templo de la diosa del arroz y de la suerte; había mandado hacer un *idolillo* de ella, con hojas de palma; incluso estaba empezando a considerar lo de que viniera el brahmán... Pero no había manera de convencer a los trabajadores para un segundo intento. No tenía días propicios el dichoso calendario. Que a la naturaleza no se le podía llevar la contraria, decían. Que el río era sagrado. Que había que hacer las cosas bien.

—¿Te acuerdas de cuando fuimos a ver *Robinson Crusoe*? —Sonrió Jacob—. Y todo lo que nos reímos de los trajes de los caníbales...

Cecilia se rio, conmovida. Había sido por su segundo aniversario de boda, el 12 de agosto exactamente.

—Aquellos taparrabos de colores... —No podía contener la risa—. Y las plumas que se iban cayendo de la cabeza de Viernes... por todo el escenario.

«Un melodrama francés de Guillebert Pixericourt». Aún se acordaba del programa, que se había quedado en el cajón de su mesilla, en Rotterdam. Era la primera vez que Jacob la había llevado al Grote Schouwburg, que no estaba lejos de la casa De Houtman.

El resto de la cena se la pasaron hablando de todas las obras de teatro y de las óperas bufas y de los deliciosos conciertos de los que habían disfrutado como abonados, en sus tres primeros años de casados. Pero el tercer aniversario lo había pasado Cecilia en la cama.

Cuando Jacob terminó las bolas de aceite que les habían puesto de postre bordeó la mesa y se quedó de rodillas frente a ella.

Apoyó la cabeza en su regazo, haciendo una leve presión contra la vara anterior del corsé, y aspiró el perfume de su falda.

Cecilia, desconcertada, permanecía rígida ante un gesto tan efusivo y tan impropio de él. No sabía bien cómo debía actuar. Pasaron unos instantes sin que nada sucediera.

Entonces ella alargó sus dedos y los pasó, con incertidumbre, por los cabellos rubios del hombre, en un amplio movimiento desde la frente a la nuca.

—Buenas noches, Jacob.

Él pareció relajarse, entonces, entre las voluminosas telas.

—Buenas noches, cariño. Me voy a descansar.

—Buenas noches...

Se levantó, sin mirarla, y la dejó sola en el comedor. Cecilia dejó la cena sin terminar.

Se fue a su cuarto, cerró la puerta y se apoyó en la hoja. Recordó las indicaciones del médico. Suspiró y exhaló varias veces, profundamente.

Se quitó por la cabeza el vestido de un tirón, dejándolo del revés sobre la silla, se deshizo también del corsé y se puso el camisón.

Sacó unos pliegos del primer cajón, arrimó la pluma y se puso a escribir una carta.

«Mi muy querida Carice...».

Al día siguiente la despertó la planchadora cuando entró en la habitación con el cesto de la ropa cubierto con una sábana. Se hizo la dormida y, con el rabillo del ojo, vio que sacaba el mismo vestido que se había puesto el día anterior. Solía entrar a por ellos muy temprano para airearlos, sacudirlos y pasarles la pequeña plancha de hierro.

Entonces se acordó del papel que le había dado Marc. Todavía tenía que estar en su bolsillo.

No creía que la mujer supiera leer, pero... ¿y si se le había caído en un descuido? ¿Y si lo había sacado y dejado al alcance de alguien?

Esperó sin moverse a que la planchadora saliera y seguidamente se abalanzó sobre la ropa y hurgó en los bolsillos en busca de la hoja plegada. Suspiró de alivio al comprobar que parecía intacta.

Al desdoblarla, sin embargo, comprobó que no era la misma. Lo era, pero a la vez era distinta. Tenía muchas más letras. ¿Cómo era aquello posible?

Por debajo del texto original, en tinta azul oscuro, se había revelado otro nuevo, de color marrón. Como si las palabras hubieran sido prendidas con un fósforo. Escritas con el hilo de una llama.

Si la muchacha conoce bien al hombre, sin pronunciar palabra, pondrá a su lado el betel o lo ocultará en la parte superior de su vestido. Mientras lo hace, el hombre tocará sus jóvenes senos, oprimiéndolos delicadamente con las uñas, y si ella tratara de impedirlo le dirá: «No volveré a hacerlo si me abrazas». Mientras ella lo abraza, pasará su mano una y otra vez por distintas partes de su cuerpo. Luego la sentará en sus rodillas y tratará de ganar poco a poco su consentimiento, y si ella no se entregara, la asustará diciéndole: «Dejaré marcas de mis dientes y uñas en tus labios y en tus senos, y haré otras similares en mi propio cuerpo y contaré a mis amigos que fuiste tú quien las hizo»^[1].

La fiesta de Navidad

El cielo parecía una acuarela índigo tras las palmeras cuando Cecilia y Jacob se bajaron del carruaje, frente a la *factorij* de Mads Lange.

El recinto, de varias hectáreas de terreno, se rodeaba de un muro alto encalado de blanco, con un único pórtico curvo, típico de las fachadas holandesas. La puerta, en el centro, tenía una extraña forma arábiga, irregular y temblona, que parecía un merengue. Y arriba del todo, sobre un blasón de concha de mar, ondeaba la bandera de los Países Bajos.

Cecilia estuvo a punto de perder el equilibrio cuando dos perros dálmatas salieron frenéticos a olisquearle las faldas. Excitados por el trasiego de invitados, desaparecieron igual de rápido, a un silbido del guardián, con un trote grácil de sus patas moteadas.

El matrimonio entró del brazo al jardín, que rebosaba de árboles frangipanis. De sus ramas colgaban decenas de velas de sebo envueltas en hojas de palma, que llenaban la noche de encantadoras candelas, tamizadas como a través de una seda.

Incluso habían cubierto de flores el enorme cañón de hierro que, como advertencia, el dueño había plantado frente a la puerta, con la boca mirando directamente a quien se atreviera a cruzarla.

—Bienvenidos sean, señores, a mi casa. —El anfitrión les saludó en un holandés impecable, que distinguía perfectamente las consonantes fricativas—. Soy Mads Johansen Lange.

Así se presentaba el hombre que tantos títulos llevaba acumulados a lo largo de sus cuarenta y dos años: el rey de Bali, el Rajá Blanco, la Cruz de Caballero de la Orden del León Holandés, por haber mediado en los tratados de paz, y, en camino, la Medalla de Oro al Mérito danesa.

Era tan monumental por dentro como discreto por fuera. No parecía más que una criatura desvalida.

Su cara de infante era redonda y con algo de papada, con el cuello inexistente bajo el pañuelo negro. Su mirada era tan temerosa y dulce que inducía a compasión y las manos se encogían, menudas y regordetas, como si tuviera que protegerse de un peligro inminente.

Su levita, incluso para aquella noche de gala, era sencilla y corta, con la solitaria Cruz de Caballero en la solapa y el resto de su atuendo era blanco y sin adornos. Tenía un cabello escaso, pero bien colocado, rematado en un mechón puntiagudo que le daba un aire aún más añorado.

—Yo soy Jacob de Houtman y esta es mi mujer, Cecilia.

—Mi niña se llama como usted. —El anfitrión hablaba en voz baja, como si lo hiciera en confidencia—. Tiene dos años. También tengo uno de siete —forzó una sonrisa social—. Y un recién nacido, rosa como un lechón.

La *factorij* de Lange era como una pequeña aldea colonial al servicio de su mercado. Ninguna de sus casas —y tenía una distinta para cada cometido— superaba el primer piso, a excepción del salón de baile, aunque todas eran de estilo neoclásico, con sus columnas y su porche. El cenador, la casa del billar, los almacenes, las dependencias de invitados y las del servicio no parecían muy distintas por fuera, aunque por dentro cada una albergara un mundo entero. Eran como cajas sorpresa. Al cruzar el umbral uno podía encontrarse con una habitación parca, con unas pocas tablas de mobiliario, o bien... con una digna del palacio de Amalienburgo.

En mitad de la explanada, protagonista, estaba el inmenso *pendopo* del mercado, una especie de templete cuadrado, techado en pico, donde se hacían los negocios. El más grande de la isla con diferencia.

Jacob lo señaló en silencio para mostrárselo a Cecilia y ella le devolvió la sonrisa. Allí era donde empezaba toda su fortuna.

En el salón de baile no faltaba ninguno de los lujos europeos. Mads Lange había hecho traer, a lo largo de más de una década, arañas de cristal, sillas tapizadas de seda, silloncitos *vis a vis* para las confidencias de las damas y cortinajes densos para los ventanales.

Por todas partes se cruzaban sirvientes vestidos de uniforme, en terciopelo azul, pantalones blancos y faja dorada... combinado todo ello con un *sarong* de flores y el turbante tradicional. Iban y venían a lo largo de las mesas, sirviendo el vino caliente y las galletas de caramelo, especiadas de canela y de pimienta. En los centros había inmensos bizcochos de capas bicolor, fusión de las tradiciones culinarias de Holanda y de Indonesia, regados por fuentes de chocolate negro.

Eran innumerables los adornos navideños que Mads Lange había mandado traer desde Dinamarca y que recargaban el gran árbol de frangipani, en el centro de la sala.

Jacob y Lange se mezclaron con la multitud, departiendo animadamente, y Cecilia decidió que lo mejor era permanecer junto a las bandejas de comida. Por disimular lo descolocada que estaba en una fiesta donde no conocía a nadie.

Comprobó que los niños ya se habían comido todos los caramelos y dejado en su lugar una pila de envoltorios arrugados, donde apenas se leían las frases piadosas de ¡Aleluya! y ¡Amén! Por los menos habían respetado los mazapanes con iniciales. Sin ellos no habría sido una verdadera fiesta de San Nicolás.

Había tenido suerte y aún quedaba una C de su nombre... Alargó la mano, golosa, pero otra se le adelantó.

Marc Beresford, con su traje negro e impecable de baile. Sobre el chaleco gris, bordado, llevaba el alfiler de plata de Su Majestad y en la camisa los gemelos de rubíes. En los ojos, el penetrante azul británico. Y, en la boca, el mazapán con la inicial de Cecilia.

—Debería usted comerse su propia letra —le amonestó ella.

Él terminó de comérselo antes de contestar.

—¿Y quién lo dice?

—La tradición. Y el sentido común, del que usted carece por completo.

—Está usted muy elegante.

Cecilia se llevó la mano al pendiente largo de azabache. Su vestido granate era el único de gala que había cruzado el mar. Dejaba los hombros al aire, mimados por una banda de encaje artesanal que había tejido ella misma y un discreto aplique de rosas secas. Colgando de los brazos

llevaba su mantón filipino, negro y bordado, de un centenar de florines.

En el salón había otras damas, holandesas, francesas y británicas, con vestidos repletos de volantes y lazos, enaguas mucho más cargadas y corsés más prietos alrededor de sus talles.

—Cómase usted mi M —dijo Marc, centrando de nuevo su atención—. Así quedaremos en tablas...

Ella sonrió. Encontró el mazapán adecuado, pero se resistía a llevárselo a la boca. No era más que un dulce de almendra, pero...

Él la miraba expectante y eso lo hacía todo aún más incómodo. Pero era ridículo permanecer por más tiempo en tal situación. Simplemente, no sabía por qué algo tan inocente le provocaba un apuro semejante.

Mordió un pedacito apenas y notó cómo la masa se desmigaba en su boca. Se lo tragó, sintiendo que el calor le subía a las mejillas.

—Me hubiera gustado presentarles al Gran Danés en persona, pero ya veo que se me han adelantado —dijo él.

—Parece un hombre reservado. Al menos con las damas.

—Tiene roto el corazón.

Cecilia le distinguió, entre la multitud, hablando acelerado con el resto de los hombres. Parecía otra persona ahora que estaba rodeado y protegido por ellos.

—Pero usted me dijo que tenía dos esposas...

—Tiene dos mujeres oficiales, una balinesa y otra china... Y tres hijos... al menos los reconocidos. —Se quedó pensando un momento, antes de retomar el hilo—. Pero no se ha casado con ninguna. Mads Lange está soltero y me ha jurado que así seguirá hasta el día en que le sepulten. Se ha pasado la vida detrás de una prima suya que se quedó en Dinamarca. Le escribió cartas y le envió regalos durante años, sin flaquear, pero su propuesta de matrimonio ni siquiera fue contestada. A veces todavía me dice que espera que ella acceda, algún día... En fin, que cuanto más tiempo se empeña uno en ciertas cosas, más difícil es salir de ellas... ¿Le gusta el árbol? —Señaló el frangipani en el centro del salón—. Es igual que el del príncipe Alberto, ¿verdad?

—Supongo...

—¿No ha visto usted el periódico?

—¿Qué es la Sociedad *Kama Shastra*? La pregunta dejó a Marc Beresford sin palabras. Tardó unos instantes en reaccionar y luego miró hacia ambos lados del salón.

—Venga conmigo...

Tomó a Cecilia del brazo y la guio suavemente hacia la escalera del fondo, que llevaba a la galería.

—Iré yo primero. Cuento hasta diez y después suba usted.

Ella cerró los ojos, contó todo lo despacio que pudo y luego subió, sujetándose bien las faldas para evitar pisárselas.

Marc Beresford se había colocado bajo las abundantes guirnaldas de muérdago que enmarcaban el techo entre las columnas. Y el muérdago siempre volvía inciertos los momentos.

—¿Qué sabe usted de la *Kama Shastra*? —preguntó, algo alterado. Atento por si aparecía alguien.

—Lo leí en el papel que usted me dio...

—Se suponía que debía guardarlo para más adelante.

—¿Y por qué me lo dio entonces, si no quería que lo viera?

—Ya le he dicho que aún no estaba preparada.

—¿Qué es todo esto, señor Beresford? Creo que tengo derecho a saber en qué me estoy metiendo, ¿no cree?

—Usted siga haciendo su trabajo... En su momento se lo explicaré todo y podrá decidir. Pero aún no se ha ganado ese derecho. Simplemente, no tiene usted la pericia necesaria.

Cecilia empezaba a estar harta de tantas exigencias.

—¿Me ha conseguido ya la orquesta? ¿Ha podido hablar con la Reina?

—De eso mejor que se olvide.

—¿Por qué?

—Esa mujer es el demonio. Una especie de bruja. No se puede hacer ningún trato con ella.

¿Cómo era posible que un hombre como Marc, que siempre se había mostrado abierto a la comprensión de otros pueblos, pudiera hablar así? ¿Tan maltratado se había sentido durante la audiencia?

—¿Es que no ha visto ninguna posibilidad?

—Ya le he dicho que se olvide. La Reina no recibe a extranjeros y, aunque lo lograra, sería inútil.

Cecilia no daba crédito a sus palabras.

—Pero ¿llegó a hablar con alguien?

—Hablé con su segundo y... solo quiere a Julia. Ella es lo único que busca.

¿Dónde estaba la muchacha? No la había visto en la fiesta... ¿No era justo el momento que llevaba esperando todo el mes? Solo esperaba que Marc hubiera abandonado sus amenazas de castigo. Julia no merecía tal severidad...

Los instrumentistas balineses empezaron a tocar, con su martilleo agudo e incesante, y Marc se asomó por la barandilla superior. La única bailarina acababa de empezar su danza *Legong*.

—Vamos. Hay que volver a la fiesta.

Ella intentó detenerle.

—¿Y qué pasa con su artesonado? ¿Al final nos lo va a encargar o no?

Él sonrió y se cruzó de brazos, admirado. ¿Es que aquella mujer era capaz de aprovechar cualquier lugar y cualquier momento para cerrar un trato?

—Si va usted a seguir viniendo a mi casa necesitará una excusa convincente. Hágame un buen precio o el tesorero me dejará sin blanca. Y no puede dejar de escribir para mí... ¿De acuerdo? Necesito que siga escribiendo para mí...

Cecilia esperó por si algo más tenía que pasar. El muérdago tenía ese poder, decían. El de servir como excusa para las revelaciones. Para eso estaba. Para que algo cambiara, si es que tenía que cambiar.

—Estaré esperando su próxima entrega —dijo él—. Espere a que yo baje y después... baje usted.

Marc se unió al resto de los hombres, que habían hecho grupo para admirar a la bailarina.

Cecilia bajó más tarde y se sentó con las mujeres, en las sillas apartadas contra la pared. Descansó toda la tensión de su cuerpo en el respaldo.

—Usted es la dueña del nuevo aserradero, ¿verdad? Soy Amelia Dekker —era una mujer de

mediana edad, ataviada con un ancho vestido azul celeste. Movía el abanico con excesiva rapidez, agitando los tirabuzones rubios a ambos lados del rostro—, la esposa del residente asistente...

—Bueno, bueno... —Se adelantó una señora mayor, que ya tenía el pelo cano, pero prendido de rosas chillonas—. De asistente ya no le queda nada porque su marido va a ser ascendido esta misma semana. Amelia va a ser una especie de primera de dama de nuestra pequeña colonia...

—Soy Cecilia de Houtman —se presentó ella.

—Es usted vecina de Marc, ¿verdad? —dijo Amelia—. A ver si consigue que vuelva a la iglesia porque el reverendo le ha dado por imposible. La verdad es que se deja ver muy poco...

—Creo que con el tiempo todas las ovejas regresan al redil del Señor —dijo Cecilia, prudente. No sabía muy bien qué terreno estaba pisando todavía.

—No creo que Lange sea la mejor influencia, desde luego —intervino de nuevo la señora de las rosas—. Le puede traer recuerdos de los malos tiempos. Pero ya sabe cómo son los hombres. Necesitan su cuota de evasión, aunque no sea muy piadoso decirlo. Desconfíe de un hombre que sea virtuoso de la cabeza a los pies, Cecilia. Su única diferencia con el que peca es que sabe ocultarse mucho mejor.

—Pues a mí me da lástima —dijo Amelia—. No hay peor suplicio que estar ahí, encerrado en su residencia. Rodeado de fantasmas.

—Eso no justifica un comportamiento tan viciado.

Las otras mujeres empezaron a sumarse a la conversación y pronto formaron un corrillo.

—Esperemos que el reverendo pueda hacer algo por él...

—Por él y por la niña, que no puede estar más descarriada la pobre.

—¿Alguien la ha visto esta noche?

—No sé ni cómo va vestida...

—Tendría que haberla enviado a Ginebra hace tiempo. Los modales que pudo traer de Dover ya se le están echando a perder.

—Demasiado tiempo en la India y ahora aquí... Pero a veces el querer de los padres es tan ciego que no son capaces de dejar ir a los hijos. Ni siquiera se da cuenta del daño que le hace.

Otra mujer se acercó con una bandejita de plata y ofreció más golosinas a la concurrencia.

—Me envió el otro día mi hermana desde Ámsterdam un poema escandaloso que escuchó en la *suite* de una elegante casa holandesa. No diré cuál.

—Bueno, escandaloso le llaman ahora a todo. En mis tiempos también teníamos novelitas francesas, de esas que una dama de bien no debería leer. Que a veces la gente se cree que ha descubierto la pólvora...

La mujer sacó la carta del bolsillo y leyó en voz alta:

*Mas el amor que nació un día,
¿qué es al lado de ese querer
que nace con la misma vida
que Dios inspira en nuestro ser?
Cuando, apenas ha emergido
del vientre materno a merced
del cálido seno ofrecido
busca el hijo aplacar su sed...*

*Y halla en la mirada materna
la luz de una unión eterna.
¡No, no hay vínculo más sagrado
que al alma dé mejor cobijo
que el vínculo por Dios sellado
entre una madre y su hijo^[2]!*

—¿Alguien dijo tal cosa en público?

—Y delante de todos los hombres.

—Qué barbaridad.

—Dicen que había hasta muchachas prepúberes... ¡Una de ellas iba a su primera recepción! El padre casi se enferma de la vergüenza, tratando de callarle la boca al pisaverdes que lo recitó.

—Eso sí que es poco tacto.

—Estaba desesperado —imitó el tono grave de la voz—. «En mi casa no se habla de coles ni de cigüeñas ni de París, pero mucho menos del *acto en crudo*».—«... del vientre materno...». Qué mal rato... No hay derecho a que se diga algo así en tu propia casa y delante de tus hijas.

Cecilia se sentía cada vez más incómoda con aquel tema de conversación. Al otro lado de la sala, Marc se asomaba al cuaderno de un dibujante que estaba pintando a la bailarina en carboncillo.

La suya era una danza tensa y antinatural, desde los talones clavados en la tarima hasta las manos rígidas, inclinadas hacia fuera. También el rostro se movía, muy expresivo, y las pupilas se clavaban como dardos en una y otra dirección.

En el mismo momento en que la orquesta terminó de tocar, el reverendo Lambert abordó a Marc y le entregó lo que parecía un libro. Entonces la multitud se agolpó y ella le perdió de vista.

Lang zal hij leven, Lang zal hij leven...

Todos los hombres se animaron y empezaron a cantar y a dar palmas, cuando los sirvientes aparecieron con el gran pastel a rebosar de velas para el viejo residente. Aquel era su último cumpleaños en la isla y también su despedida, porque iba a zarpar en el próximo barco. Llevaba toda la noche hablando de lo que mucho que deseaba irse de una vez a Driebergen, a jubilarse con una buena pensión, y dejar aquellas tierras del diablo.

—Debes de tener ya unas ganas de que se marche... —susurró la señora de las rosas.

—Absolutamente... —dijo Amelia Dekker—. Cómo se ha resistido el infeliz.

—Aguanta, mujer, que ya te queda poco...

*Lang zal hij leven in de gloria,
In de gloria, in de gloria!*

Las mujeres también se pusieron de pie, entusiasmadas, cantando a pleno pulmón. La exaltación patria y el vino habían aflojado el corazón de los presentes y la comunidad en el exilio se convirtió, por un momento, en la familia.

Hieperderpiep, hoera!
Hieperderpiep, hoera!

El residente infló los carrillos y sopló hasta la última vela mientras los invitados, eufóricos, se abrazaban entre sí y se felicitaban «por seguir vivos, por mucho tiempo, en la gloria, en la gloria... ¡Hip, hip, hurra!».

Parecía que, en aquella última hora de la noche, las flores de frangipani estuvieran más abiertas y, por ello, más fragantes. Las palmeras se agitaban suavemente con un susurro de hojas, como mujeres que se cubren con la mano para intercambiar indiscreciones.

Desde las columnas neoclásicas del porche, a Cecilia le llegaba la plática distendida de los hombres, que habían abierto la sala de billar para disipar la neblina del tabaco. En la sala de té contigua, donde estaban las mujeres, un pianoforte saturaba el aire con un nocturno de Chopin. No hacía ni un año de su deceso y cada interpretación era un delicado y sentido homenaje al compositor.

—¡Cuéntenos una historia, *missis* Atterton! Una que no nos deje dormir en toda la noche...

Un corro de mujeres se formó enseguida en el suelo, entre cojines, alrededor de la británica.

—De esos de *penny dreadful*... —pidió una señorita muy joven.

—Llegué a tener todas las entregas. Las ciento nueve —presumió la *missis*. Había leído tantos folletines de horror gótico que se los sabía de memoria.

—A mí no me importaría que el señor Varney entrara por la ventana de mi cuarto y me chupara toda la sangre —dijo la señorita. Las demás mujeres estallaron en risitas nerviosas—. ¡Hasta desfallecer!

Ni toda la música y el baile de los balineses podía competir con las cimas de exaltación y delirio de los autores románticos de la amada Inglaterra.

Pese a todo, Cecilia había preferido el silencio. A veces se sentía como si no perteneciera a círculo social alguno. Pese a todos sus conocimientos de finanzas y comercio estaba excluida de la sala de billar, por su condición femenina. Y en cuanto a las mujeres, sabía que tarde o temprano la conversación derivaría al terreno de la crianza, los casamientos de los hijos, las herencias... tantos temas donde ella no tenía nada que decir.

—¿Huyendo otra vez de todos?

Marc rodeó la columna con el brazo y a Cecilia se le desbocó el corazón. Una vez más.

—Si acaso habría que huir de usted.

—¿De mí? ¿Y por qué, si puede saberse?

—¡Va dando sustos por la noche a las personas de bien!

—Bueno, eso no sería una novedad. Porque las veces que ha salido usted corriendo de mi casa son incontables.

—Y siempre con motivo.

Ambos sonrieron, cómplices, aunque evitándose la mirada.

—Yo lo que creo es que ya estaba usted temerosa a causa de esa historia de vampiros que está contando *missis* Atterton. ¿Me equivocó?

—Vaya pamplina.

—Pues parece que está causando su efecto. No sé si va a haber sales para revivirlas a todas.

—No es más que una nadería fantástica.

—¿Quiere que le cuente una verdadera historia de terror?

—A mí no me asustan esa clase de relatos, señor Beresford. No tengo una imaginación tan excitable. No soy como los balineses.

—Pero esto pasó de verdad.

—Inténtelo, pues...

Marc recostó la espalda en la columna.

—Sucedió el año pasado, durante la última guerra. Cuando ya parecía que los soldados holandeses estaban cerca de la victoria. Los balineses se habían retirado a sus propias ciudadelas y dos de sus reyes habían cometido suicidios colectivos. ¿Sabe usted cómo son?

—No —musitó ella.

—El rey convoca a todo el pueblo y salen fuera de las murallas, sin armas y sin escudos. Caminan o corren hacia los rifles hasta que todo el mundo es asesinado. Las mujeres, los niños, todos... Es... como un ataque de locura.

—Es terrible —susurró Cecilia.

—Y eso ya había pasado en dos reinos —siguió Marc—. La Reina Virgen estaba desesperada, al ver cómo el ejército se acercaba cada vez más a su capital y decidió buscar refugio en la cueva de los Murciélagos. —Se acercó un poco más a ella y bajó la voz—. Esa cueva es como un templo de los muertos. Un lugar espantoso, con muros de lava negra, donde hay una caverna enorme llena de esas alimañas. Se pisan las unas a las otras, hacinadas, chillando sin cesar y zumbando en los oídos. Allí es donde van los balineses, cuando alguien de la familia muere. Es el templo de Durga, la diosa del inframundo.

Cecilia tragó saliva. No quería dejarse llevar por el relato de Marc, pero le estaba causando un desasosiego evidente.

—Esa noche la Reina hizo un ritual en la cueva. Algo macabro... No sé si sus oídos femeninos podrán soportar semejantes horrores...

—No, hombre, cuéntemelo usted. No va a dejar la cosa así...

—No quiero que tenga pesadillas por mi culpa.

Ella le encaró, indignada.

—Deje ya de subestimarme y dígame de una vez lo que pasó.

—Dicen que fue un sacrificio humano.

Ella se llevó la mano a la boca para cubrírsele. Siempre había pensado que los rumores que circulaban por Rotterdam acerca de mujeres quemadas y dioses sangrientos no eran más que eso... rumores.

—Había un hombre llamado I Seliksik, que se ofreció voluntario, por el odio tan grande que le tenía a los holandeses. Dicen que le cortaron la garganta y que luego le sacaron el corazón, el hígado y la vejiga... y los mezclaron con hierro. Que hicieron con ellos unas balas mágicas.

—¿Por qué eran mágicas? —Se atrevió siquiera a preguntar.

—Porque son capaces de buscar a su víctima por sí solas. Y una vez que la encuentran, no fallan nunca. Aquella noche tampoco lo hicieron.

Cecilia calló. Estaba claro que se refería al general Michiels. Sabía cuál era el final de la historia. Lo había leído en los periódicos.

—Dicen que la Reina atacó Kusamba en plena noche y que los holandeses llenaron el cielo de bengalas blancas, pero que a pesar de todo... las balas...

—Encontraron a Michiels. Usted me lo dijo el otro día. ¡Que lo había matado ella!

—Todo fue gracias a esas balas mágicas. Dicen que le entraron al general por la pierna, pero que luego le subieron hacia arriba por todo el cuerpo. Y que los soldados que estaban con él intentaron sacárselas, mientras se retorció de dolor, pero que no las encontraban porque las balas iban en busca de su corazón y de su hígado y de su vejiga...

—¡No siga, por favor! ¡Es espantoso!

—Hasta que lo mataron.

En aquel momento unos arbustos se agitaron, al fondo del jardín, y ella sintió como un revoloteo en las faldas. Lanzó un grito, al tiempo que se echaba encima de Marc.

No eran más que los perros dálmatas de Mads Lange buscando comida, como siempre.

—Vamos, vamos... Largo de aquí... —Marc los espantó, sin dejar de reírse.

—¡No tiene ninguna gracia! —protestó ella, apartándose.

—Pero si no es más que una nadería fantásica...

—Pues me la había creído.

—Aunque los balineses insisten en que es todo verdad. Me lo contó Nengah cuando llegué aquí...

En aquel momento Julia salió del arbusto del fondo. Parecía que estaba con alguien, pero no llegaron a verle la cara. Se había vuelto a ocultar en el arbusto, como si fuera una sombra.

—¡Julia! —La llamó su padre—. ¡Ven aquí!

La muchacha dudó un momento, sin saber qué hacer. Mirando hacia el arbusto y luego hacia su padre.

—¡Ahora mismo!

Incapaz de disimular, se acercó hasta ellos, recogiendo el bajo de sus faldas de fiesta. A la luz de la luna, Cecilia pudo ver el brillo del sudor sobre su piel, sucia de tierra.

—Ve a decentarte un poco —la reprendió, severo—. Sin que nadie te vea, a ser posible. Nos vamos a casa.

Los amantes balineses

Dian había conocido a Ni Luh Sari, la bailarina de *Legong*, en una de las fiestas de los colonos y llevaban apenas tres meses de casados —«desde la ceremonia de la *kris* y el bambú», según había dicho él—. Cecilia se ofreció a llevarles en la calesa hasta el aserradero, donde podrían pasar la noche.

La muchacha iba dormida en el hombro de su marido, agotada por el esfuerzo, aún maquillada de vivo azul y rosa, con los ojos bien delineados y la marca de carisma dibujada en la frente, como si fuera una llama negra.

En teoría, ya no le estaba permitido bailar *Legong*, siendo una mujer casada, pero en ninguna aldea balinesa querían enviar a sus niñas a ejecutar las danzas sagradas para entretener a los europeos. Enviando a Luh Sari tenían la sensación de que conseguían engañarles. Los movimientos eran los mismos, pero había perdido la autenticidad que le daban las vírgenes. Era la única manera de no ofender a los dioses.

Después de cuatro horas de cabecear en el tílburí, con las flores de la diadema vibrando, medio deshechas, alcanzaron por fin la propiedad. Para entonces la mujer ya se había despejado un poco y había agradecido a Cecilia su amabilidad con insistentes reverencias.

Al entrar en su alcoba Cecilia se deshizo del vestido de gala y se dejó caer a plomo sobre la cama.

Apenas había podido despedirse de Marc, por su salida precipitada de la fiesta. Tras la interrupción de Julia, se había disculpado sin demora ante Mads Lange y había pedido al servicio su gabán y su libro, el mismo que le había dado el reverendo. *La letra escarlata*, rezaba el título. Una novela.

—Parece que tendrá usted entretenimiento de sobra para los próximos días... —había sugerido ella, mientras le acompañaba al pórtico.

—No se confunda, Cecilia. Esto no invalida en absoluto nuestro pacto. —El disgusto de Julia le había agriado el humor—. Necesito que me entregue usted un escrito que esté a la altura antes de tres días. Si no es capaz de hacerlo, dígamelo sin reparo y se lo encargaré a otra persona. Pero no puedo seguir dándole tiempo *ad infinitum*.

Aquella petición le había resultado muy extravagante y enojosa. ¿Un escrito antes de tres días? ¿Por qué le habían entrado tantas prisas, de repente?

Era capaz de hacerlo, por supuesto, solo tenía que sentarse frente al escritorio, con algo de tranquilidad por delante. No iba a regalarle esas dos libras a nadie y más ahora que parecía

imposible negociar una orquesta con la Reina Virgen... Al menos le quedaba el artesanado de Marc... «Si va usted a seguir viniendo necesitará una excusa convincente».

Se dio cuenta entonces de que no le había dicho nada a Dian acerca del mismo. ¡Cómo había podido dejarlo pasar! Era importante que discutieran el tamaño de los paneles, el tiempo que llevaría hacer cada uno, si necesitaban contratar a más talladores... y, por supuesto, el coste.

Se arropó en el mantón y salió de la casa a grandes zancadas, camino de la carpintería, con tanta prisa que al pasar junto al altar de la diosa tiró unas varas de incienso que no se molestó en recoger. Si no dejaba hablados los detalles no conseguiría dormir tranquila y ya le acuciaba el descanso. El encargo para Marc tenía que estar a la altura y ser capaz de impresionar a funcionarios europeos y reyezuelos balineses por igual. Y tenía que llevar su primer casetón antes de tres días, que era el plazo que él le había concedido para su siguiente escrito.

Al llegar le pareció que el lugar estaba vacío, aunque allí es donde se había retirado la pareja a descansar. Los estores estaban echados, por encima de los huecos sin ventanas.

Sin embargo, un suave resplandor dorado se filtraba por debajo e iluminaba la base con un dedo de luz. Levantó apenas uno de ellos, con cuidado.

Dian estaba desenvolviendo la tela larga ceremonial, que daba varias vueltas al talle esbelto de Luh Sari. Pesada y costosa, cayó al suelo en la última vuelta sobre la estera donde él trabajaba. Las virutas de madera se encendían de dorado, por las numerosas candelas que había a su alrededor.

El cuerpo de la bailarina prometía una danza secreta, que ya se estaba ejecutando por debajo la piel. Dian la abrazó y ambos se dejaron descansar el uno en el otro, con la delicadeza de los amantes vencidos.

Se tendió luego junto a ella y le quitó la tiara de baile. Muchas eran las veces que la había privado de sentido, sumiéndola en trance y provocando que los hombres se la llevaran en volandas a los patios interiores de los templos.

Se quitó el hibisco rojo, sujeto por detrás de la oreja, y acarició con él el cuerpo de la muchacha. La besó en las mejillas, en las que había calculado tantas veces la hora del día, solo por la sombra que proyectaba su sombrero de paja sobre ellas.

Luh Sari se incorporó, tensando la curva de su espalda joven. Las manos firmes, habitadas a los gestos marcados del baile, tenían sin embargo la suavidad de quien nunca ha batido el arroz en una artesa.

Desnudó a su marido y él se colocó de rodillas, con ella encima. Entonces pudo ver Cecilia cuán flexible podía ser el cuerpo de Luh Sari cuando se permitía fluir en danza amorosa.

En los abrazos brillantes de ambos reconoció Cecilia los mismos dibujos que había visto en el despacho de Marc.

La bailarina cabalgaba el deseo como si fuera su elemento natural. Sus caderas suaves se deslizaban con la misma pasión que en sus interpretaciones. Entregada y devoradora, volcaba su cuerpo hacia delante y luego lo arqueaba hacia atrás, con los pezones en la cúspide y la piel brillante del esfuerzo.

Codiciosa e implacable, parecía querer reclamarlo todo: el cuerpo y el ánimo de Dian y también el suelo duro y la lumbre y la noche.

El placer sacudió su lomo vibrante, de criatura perpetua, y restalló en el latigazo oscuro de su pelo.

Dian se incorporó, también herido, para abrazarse a ella. A un filo de metal que solo brilla un momento.

Así los dejó Cecilia, sentados y entrelazados para no caer.

Mientras las candelas se apagaban y sus cuerpos se hacían uno con las sombras.

Al amanecer tenía sobre la mesa los pliegos malditos, que tanto le había costado escribir. Su propia caligrafía parecía un hilo oscuro tramándose sobre las hojas, tendiéndole una trampa en la que podía enredarse sin remedio. Aún estaba a tiempo de renunciar a todo aquello...

Después de observar el manuscrito durante un rato se puso de pie y lo tomó con decisión. Parecía quemar en su mano.

Cuando la calesa se detuvo bajo el baniano, frente a la casa Beresford, el sol aún estaba bajo y Marc estaba tomando el desayuno en el porche.

Le tendió el escrito.

—Como ve, no me han hecho falta esos tres días.

Estaba demacrada por haber pasado la noche en vela, pero mostraba una firme determinación.

—Déjelo sobre la mesa —dijo él, antes de llevarse el té a los labios—. Lo leeré cuando termine.

—No me moveré de aquí hasta que lo haya hecho.

Marc dejó a un lado la taza, impresionado ante una Cecilia que permanecía de pie, inflexible. Se pasó la servilleta de tela por los labios y tomó las hojas de su propia mano.

Ella no perdió detalle de la expresión de su rostro.

Poco a poco los ojos se dilataron y se hicieron más brillantes, los labios se entreabrieron con un anhelo secreto... hasta exhalar el aliento reclamado. Marc Beresford se había rendido, por fin, a su encantamiento.

—Enhorabuena, Cecilia. Bienvenida a la Sociedad *Kama Shastra*.

MARA ULLOA ROIBÁS

(Actualidad)

La Sociedad *Kama Shastra*

—¿Qué es la Sociedad *Kama Shastra*? —preguntó Mara.

Senna se retiró el pelo del rostro y volvió a hacerse el recogido, que aseguró con una gran horquilla. El viento soplaba fuerte en la playa de Kuta, lo que la convertía en el destino predilecto de los surferos y los *kiteurs*. Mar adentro, Scott estaba corrigiendo a uno de sus alumnos de la tarde, que no acababa de poner bien los pies en la tabla.

Senna estaba sentada con las piernas cruzadas, en la posición del loto, como una yogui preparada para meditar. Con la espalda y el cuello rectos y la mirada fija en el vaivén de las olas. A su lado, Mara parecía poco menos que una *hippie*, repantingada en la arena con su vestido de gasa. Ella iba a la playa como iba a la cama, a la televisión o a los libros: a desplomarse de cansancio.

—Primero tendríamos que hablar de lo que es el *Kama Shastra* en sí, me parece. Sin duda usted conoce su versión más popular... Lo mismo que mis clientes, que vienen todos buscando recetas mágicas. Rápidas, directas, eficaces... ¿Cómo *hacerte rico en seis pasos*? ¿Cómo *ser exitoso y feliz*? *Recupera el control de tu vida en un mes*. *Vuelve a enamorarte de tu pareja en 3... 2... 1...* A veces me siento como una profesora regañona en un patio. «Mucho esfuerzo», me dicen. «No tengo tiempo». «Dame un libro... Dame un libro...», me piden. O un taller. «No me importa que sea caro, pero que sea rápido. ¡Solo tengo tres días!». Y yo me encojo de hombros. ¿Sabe qué es lo que hago, al final? Como los antiguos brahmanes. Llévase a casa estos amuletos y póngalos debajo de la almohada. Y que los dioses le ayuden.

A Mara le parecía que Senna se sentía algo culpable por tener que rebajar la sabiduría de sus antepasados, simplificarla en un método de doce pasos y ponerle un nombre como Eternal KiSS, que llamara la atención en una tienda online. Como si fuera un paquete cualquiera de experiencias.

«De algo hay que vivir», pensó resignada, pero entendía que lo sintiera como una falta de respeto a su cultura.

—Aún no ha contestado a mi pregunta.

—¿Qué piensa usted que es el *Kama Sutra*?

—¿Un manual del placer?

—Un fragmento pequeño en una treintena de textos. Si el *Kama Shastra* fuera un cuerpo humano, el abrazo o los *sesenta y cuatro* no sería más que el dedo pulgar de la mano derecha...

—Entonces ¿es un manual sobre el amor?

Senna se rio, sarcástica.

—Sepa usted que esa es una palabra que no me gusta nada.

—¿Por qué?

—No crea más que confusión. Pero, desde luego, yo no diría que tiene que ver con el amor. *Kama* significa deseo, intención o voluntad. Y *Kama Shastra* es el camino del deseo... En él es tan importante lo que uno se concede a sí mismo como lo que se niega.

Mara enarcó las cejas de sorpresa. Siempre había pensado que el deseo había simplemente que perseguirlo.

—El castigo del cuerpo y su recompensa van de la mano —continuó Senna—. «¡Pero yo no quiero sufrir!», me dicen mis clientes, desesperados. Entonces yo me río. «¡Quiero la recompensa, pero el castigo no! ¡No puedo permitírmelo! ¡Tengo que trabajar!».

Senna lanzó una carcajada sonora, que tenía un punto algo inquietante.

—Ellos lloran y yo me río, ¿sabe? Porque les veo cómo se asustan y salen corriendo y se vuelven a meter todos en sus casas. Sí, Mara. En la selva se duerme mal, se pasa hambre, se te comen los bichos... pero ¡ah! Esa es la única verdad que existe. —Suspiró y de repente pareció cansada. Había perdido la posición recta de la espalda—. Deje que le diga un secreto... —Se inclinó para susurrarle al oído—. Hay que conservar y alimentar la violencia dentro de uno como si fuera oro puro, ¿me oye? La violencia es el primer regalo de los dioses. Sea violenta, Mara. No tenga miedo de prenderle fuego a su mundo. Sea usted como Durga, que es la única que salva cuando ya no queda nada. Cuando todo es decadencia y falsedad. Viva con toda la pasión que pueda...

—¿Agua de coco? ¿Cerveza? ¿Cola?...

La interrumpió un balinés menudo, que arrastraba por la playa un carrito con una nevera llena de hielos. Llevaba un par de latas en las manos.

Ambas mujeres se separaron y Mara echó mano del bolso para pagar dos cocos, que el hombre recortó con un cuchillo allí mismo, antes de endosarles unas pajitas. Después se alejó con su carrito, dejando tras de sí un rastro paralelo, sobre la arena.

—La *Kama Shastra*, ¿era una sociedad secreta?

Senna había recuperado su posición estirada e impecable.

—Por supuesto, ¿cómo cree, si no, que se iba a hacer el puente? Todo empezó con *sir* Richard Burton, que fue quien la fundó. Cuando llegó a Bombay y empezó a disfrazarse de indio, a acudir a los templos, a acostarse con las nativas para aprender las lenguas... se lo tomó como la misión de su vida. No lo hacía por dinero, él no vendía nada... Se pasó años traduciendo del sánscrito pequeñas partes de los textos, burlando la vigilancia de sus capitanes, de la sociedad victoriana y también de sus maestros brahmanes. Robando, rompiendo sellos de todo lo que ponía «no divulgar. Solo para iniciados». Jugándose el pellejo. «Haz lo que tu hombría te empuje a hacer», era lo que él siempre decía. «No esperes aprobación excepto de ti mismo».

Senna quitó la pajita del coco y la echó a un lado. Se lo empinó directamente, con habilidad. Mara pensó en hacer lo mismo, pero estaba segura de que se empaparía la pechera del vestido.

—La *Kama Shastra* funcionó como sociedad secreta, a través de las cartas —siguió Senna—. Sobre todo, después del Acta de Publicaciones Obscenas, que llevó a la cárcel a tantos editores. Todo tenía que hacerse con un cuidado extremo. Pasaron tres décadas hasta que logró inscribirla como la Sociedad *Kama Shastra* de Londres y Benarés para poder imprimir y publicar. Para saltarse la ley, en definitiva. Para entonces, él y sus colaboradores ya habían traducido del

sánscrito, del persa y del árabe... no solo el *Kama Sutra*, sino también *El jardín perfumado* y *Las mil y una noches*.

—Entonces... ¿Marc Beresford era uno de sus traductores?

—Marc entró en contacto con Burton en Bombay porque necesitaba un buen sánscrito por ser agente de la reina. Burton solía contrastar con él las traducciones al inglés. Pero para el neerlandés necesitaban un nativo. Entonces apareció Cecilia. Al principio temió que no la aceptaran, por ser mujer, pero...

Senna se calló entonces, perdida en sus propios pensamientos. Acerca de Marc y de Cecilia, de toda aquella época. Ella sí que conocía el final de la historia.

—Tenga mucho cuidado con el deseo, Mara, porque no es más que una fuerza destructiva. Una que se lleva en un día, ¡qué digo en un día!, ¡en un instante!, lo que al amor le ha costado toda una vida construir.

Mara siguió con la mirada las cometas, hinchadas por el viento. Las telas impermeables de color rojo, amarillo y azul se cruzaban por el cielo como pájaros prehistóricos.

Su deseo prohibido había sido el escritorio. Y lo que podía llevarse por delante, Batanara.

—Senna, tengo algo que confesarle.

—¿El qué?

—Su mueble lo tengo yo.

CECILIA
DE HOUTMAN-VERMEULEN

(1850)

La mujer de hierro

Un hombre de escasa inteligencia, caído de su posición social y muy dado a viajar, no merece casarse, ni tampoco el que tiene muchas esposas e hijos. O el consagrado a los deportes y al juego y que visita a su esposa solo cuando siente el deseo de hacerlo. De entre todos los amantes de una muchacha, el verdadero esposo es aquel que posee las cualidades que a ella le agradan, y solo aquel esposo disfruta de una superioridad real sobre ella, porque es un esposo por amor.

Cecilia se estiró sobre la silla, frente al escritorio de Marc, y se llevó las manos a los riñones. Llevaba una hora descifrando la caligrafía apasionada de Burton, devanándose los sesos con la tarea ingrata de buscar y rebuscar la misma palabra en neerlandés, como una aguja en un pajar. Que fuera fiel al significado, pero que, además, tuviera la suficiente música... Que fuera sensual. Sedosa al tacto invisible de los pensamientos.

Habían pasado dos semanas desde Navidad y, desde entonces, había dedicado todo su tiempo a la *Kama Shashtra*. Todas las peticiones anteriores... la prueba de traducción, la exposición al material, la capacidad para recrear el encuentro amoroso... todo había sido para encontrar a la persona adecuada para un cometido tan delicado y secreto. Y ella había cumplido con creces.

En los textos que Marc le había pasado veía Cecilia que el tratado estaba dirigido a los hombres, pero que la destinataria de todo el placer era la mujer. Parecía, más bien, una guía hacia la sensibilidad erótica femenina. ¿Sería verdad que, aplastados por las imposiciones de la moral victoriana y en la obsesión por construir y por comerciar... los hombres se habían olvidado de cómo se hacía el amor? ¿Y las mujeres? En los atareados puertos de Rotterdam, La Haya y Zelanda, en la bullente metrópolis de Ámsterdam... parecía que no hubiera lugar más que para el sagrado mandato del trabajo.

En el escritorio aún había muchos cajones por abrir, pero el que más le llamaba la atención era el armarito central, sellado por la combinación de las tres letras metálicas. Le dio un pequeño tiento y alineó las iniciales de Burton: R. F. B. Contuvo el aliento y sujetó con cuidado el tirador.

Cerrado. Fuera de su alcance.

Dejó salir el aire de golpe. Tomó las hojas traducidas y se levantó, frustrada. A veces le parecía que aquella era la única manera en que podía ir descubriendo a Marc Beresford. Que toda su persona le estaba vedada. Últimamente, cada vez que se encontraban no hablaban más que de diccionarios, sinónimos, términos ambiguos, arcaísmos y cacofonías, palabras en desuso y

eufemismos... desde hacía días todo era tan técnico y tan frío, tan impersonal... que le parecía que los momentos de complicidad con él los hubiera soñado.

¿Por qué estaba haciendo todo aquello realmente? ¿Por dinero? ¿Por contribuir a la noble causa de la *Kama Shastra*? ¿Es que no era más que una empleada al servicio de un patrón un poco excéntrico? Todo lo demás, todo lo que había podido pensar de él... no eran más que imaginaciones suyas.

Al bajar la escalera encontró a Marc en el sofá, leyendo el periódico, y le entregó los pliegos.

—No sé si la palabra *amor* es correcta aquí.

Le señaló la última frase. Marc comparó las dos hojas que le había traído, con la carta por un lado y la traducción por el otro.

—Me parece que aquí la palabra *love* es inequívoca.

—Eso depende de si el original en sánscrito era *kama*. Porque usted me dijo que *Kama Shastra* significaba, literalmente, la tradición del deseo. Y en ese caso lo correcto sería «esposo por deseo», ¿no cree?

Marc volvió a leerlo. «Solo aquel esposo disfruta de una superioridad real sobre ella, porque es un esposo por amor...».

—Me parece que en este caso significan lo mismo.

—Pues a mí me parece que debería ser usted más preciso, si es que quiere hacer un buen trabajo.

—Lo revisaré...

—Bien. Hasta mañana entonces.

—Espere...

Ella se detuvo en seco y mantuvo el tono distante.

—Dígame.

—Su parte...

Se dirigió al aparador, donde estaba expuesta la vajilla, sacó la llave y abrió un cajón. Sacó dos libras esterlinas.

—Aquí tiene.

Ella dobló las notas bancarias con cuidado y se las echó al bolsillo.

—Gracias.

Salió de la casa convencida de que aquello era lo mejor. Una relación profesional. Lo importante era el trabajo, desde luego. Lograr la mejor traducción posible. Había que saber estar por encima de uno mismo, tener altura de miras.

Allí sus deseos, sus necesidades propias, no importaban nada. Lo que estaban haciendo entre todos los de la Sociedad, con gran riesgo personal, era dejar un legado para la humanidad. Formar parte de una tradición milenaria, que se había abierto paso entre secretos y transgresiones... Resguardar nada menos que el tesoro del deseo, que era capaz de unir las carnes y las almas de dos personas distintas. ¿Qué importaba, en aquel contexto, alguien tan insignificante como ella?

Era mediodía y los trabajadores del aserradero habían parado para almorzar. Habían desenvuelto sus paquetes de arroz y dejado las hojas de palma extendidas y apiladas en un montón. Aunque no se oían los ruidos de las sierras ni los golpes, los gritos de Gerolt eran cada vez más fuertes.

Cecilia salió de la casa sin pensarlo, dispuesta a poner orden una vez más. Ya sabía por

experiencia que los gritos, entre los balineses, no servían para nada.

Cada uno conocía exactamente su lugar. Si consideraban justo lo que se les pedía, lo hacían sin rechistar. Y si encontraban algún inconveniente no había quien les moviera. Ni aunque bajara el mismísimo Espíritu Santo a pedirlo.

Encontró a Gerolt a punto de llegar a las manos con el mismo balinés mayor que le había ayudado a subir las aspas del molino, en el primer intento. Resistía a sus amenazas con el estoicismo de una piedra. El borbotón de palabras del holandés le entraba por un oído y le salía por el otro.

—Llama a Dian enseguida —le dijo Cecilia a Madya, que se ponía a revolotear alrededor cada vez que Gerolt tenía un altercado.

Recordó lo que le había dicho Marc acerca de Richard Burton, lo de hacer de puente. Lo de intentar comprender a los nativos para así obtener lo mejor de ellos. No verlos como simples sirvientes o asalariados. Escuchar, traducir, comprender... entrar en sus cabezas. Intentó mantener la calma. En algún momento, todo tendría sentido.

—Señora... —se excusó el holandés, pasándose las manos por las sienes sudadas, avergonzado de mostrar un aspecto tan despeinado ante la patrona—. Este hombre se ha vuelto loco. No me deja recortar los troncos. No quiere que les toquemos las ramas. ¡Me ha dado de manotazos para tirarme la sierra al suelo!

—Si no quiere cortar árboles que se vaya a su aldea. Que aquí se viene a eso.

Dian llegó a la carrera y empezó a traducir.

—Dice este hombre que cortar las ramas está mal.

—Qué dislate... —murmuró Cecilia.

—¡Mire que si fuera por mí le daba de palos, vejestorio! —gritó Gerolt—. ¿Cómo vamos a dejarlos así, con las ramas puestas? ¿Quién va querer una mesa con ramas? ¿O un armario? De verdad que he visto yo mulos más listos en mi vida...

—Explícale a este hombre que tenemos que dejar los troncos lisos —dijo ella, dirigiéndose a Dian—. Para hacer las tablas.

—Dice que ya lo sabe, señora, pero que estos árboles son especiales. Que ustedes no entienden...

—¡Lo que faltaba! —Cecilia ya empezaba a estar harta de tanta cosa sagrada y de tanto tabú. ¿No sería una estrategia de los brahmanes para boicotear a los colonos desde dentro? ¿Para que acabaran desesperando y volviéndose todos a los Países Bajos? Enfangando la tarea cotidiana con miedos y maldiciones...

—Dice que son para construir las casas de los trabajadores.

—¿Y quieren que dejemos las ramas puestas?

—Creo que ya sé lo que pasa...

—¿El qué?

—Pues que en una casa el tronco no puede ponerse cabeza abajo.

—Los árboles no tienen cabeza, Dian. La cabeza la tienen las personas. Y está para utilizarla...

—Un balinés no quiere dormir en una casa sin saber si sus troncos están derechos. La madera crece hacia arriba. Ponerla boca abajo sería muy mal *taksu*. Mucho... Muy malo, señora...

Cecilia miró los troncos que iban apilando en un lateral.

—Si les cortan las ramas —siguió Dian—, no hay forma de saberlo.

—Ponga una marca bien visible en la corteza, Gerolt. Antes de la poda —se dirigió a todos—. A partir de ahora marcaremos con una flecha el tronco. La pintaremos, ¿de acuerdo? Hacia arriba, hacia donde crece.

Así lo transmitió Dian a su compañero, que suspiró, por fin, aliviado. Se retiró agradecido, con repetidas reverencias y todos se dispersaron, de vuelta al trabajo.

—Usted ha hecho bien —la felicitó Dian—. Está empezando a ver. Ahora todo estará correcto.

Cuando la dejaron sola, Cecilia fijó su vista en el puente que cruzaba sobre el río, uniendo ambas orillas. El molino seguía a sus pies, inacabado.

Se preguntó qué significaba correcto, exactamente.

—¿Ha tomado ya una decisión?

Cecilia se había vuelto a encarar con Marc, con los pliegos en la mano. Le había dado un día entero para pensarlo y sentía que no podía avanzar sin una respuesta.

—No estoy seguro de cuál es la palabra...

—Pues algo tenemos que poner para terminar esa frase. No se pueden escribir ambas palabras. Tendrá que ser amor o deseo.

Marc suspiró.

—¿Ha visto si una de las palabras es más musical que la otra?

—Creo que aquí es más importante el fondo que la forma.

—¿Ha mirado ya en el diccionario?

—*Liefde*, relativo al cariño. Entrega, generosidad, amistad, unidad, compromiso, amor...

—¿Y la otra opción?

—*Begeerte*, que significa deseo. Necesidad, anhelo, pasión, afán, voluntad, enamoramiento, amor...

Cecilia esperó un momento. No se movería de allí hasta que obtuviera una respuesta.

—No puedo poner las dos palabras —le presionó—. Quedaría demasiado extraño.

—¿Cuál de las dos es más adecuada? ¡Por el contexto, por amor de Dios!

—¡No lo sé! ¡Lo desconozco! Está en el fiel la balanza...

—Deme usted el manuscrito.

Ella le tendió los pliegos, casi rabiando.

De entre todos los amantes de una muchacha, el verdadero esposo es aquel que posee las cualidades que a ella le agradan, y solo aquel esposo disfruta de una superioridad real sobre ella, porque es un esposo por amor.

—¿Cree usted que nos pondremos de acuerdo en algún momento? —insistió Cecilia.

—Déjelo en blanco y ya veremos.

Ella recuperó los pliegos y bajó los brazos, rendida. No era más que dejar el problema para más tarde. Acumular tareas. Aquello no era diligente en absoluto...

—Sé que está usted trabajando mucho —le concedió él—. Está haciendo un esfuerzo muy serio y se lo agradezco. Creo que el resto de los socios estarán muy contentos con su labor.

—Gracias.

—¿Cómo va el aserradero? ¿Están prosperando?

—Las cosas empiezan a rendir, gracias a Dios.

—Si no está muy desbordada, me gustaría volver a pedirle algo...

—¿En madera?

—En papel. Lo cierto es que sigo sin apenas literatura. —Le tendió una libra más.

Cecilia disimuló su ilusión renovada. Se apoderó de ella algo parecido a la vanidad.

—¿Qué hay del libro que le dio el reverendo?

—Lo terminé hace varios días.

—Lee usted muy deprisa.

—Tengo mucho tiempo libre. Demasiado.

—Se aburre usted...

—Si quiere expresarlo así... Digamos que, a veces, cuando hay problemas como el año pasado, se trabaja sin descanso. Y luego, al contrario. Viene un período de paz en el que apenas se abren diligencias.

—Puedo tomarme un té con usted, si me lo pide de buenas maneras.

—Prefiero que lo escriba.

Cecilia sintió una punzada de rechazo. ¿Es que prefería no estar con ella? ¿No tener su compañía? ¿Eran solo sus palabras lo que deseaba, pero no su presencia?

—¿Por qué?

—Echo de menos su pluma, sin más.

Se sintió halagada, por un lado, pero intensamente dolida por el otro.

—No hace falta que escriba nada en particular, ¿de acuerdo? —aclaró él—. Me gusta leer cosas de todo tipo. No necesito que sea... ya sabe... comprometedor. Escriba lo que le apetezca. Intente que sea entretenido, a ser posible. Ella tomó el dinero, sin más contemplaciones, y salió por la puerta sin despedirse. Parecía que Marc Beresford no se cansara nunca de ponerle retos. A veces no entendía por qué seguía trabajando para él. ¿Tanto necesitaba el dinero? «Haga esto, haga lo otro...». En algún momento le había parecido un hombre carismático y con entendederas, pero había días como aquel en que le resultaba de una arrogancia y descortesía insoportables.

Marc miró el artesanado, que iba creciendo a medida que Cecilia hacía sus visitas y completaba sus traducciones. «Esta mujer va a acabar con mis fondos, con los de la Sociedad y con los de la Tesorería de Su mismísima Majestad», pensó.

Habían pasado meses desde que leyera a *Jane Eyre* y tuviera acceso a los pensamientos profundos de Charlotte Brontë. Aquello había resultado una experiencia fascinante, un recorrido por sus anhelos pasionales y por su delicada sensibilidad. Un acceso privilegiado a la naturaleza íntima femenina, tan diferente de la suya propia.

Sabía por experiencia que aquello no podía obtenerse en una conversación. Demasiados intermediarios, testigos, normas y reparos, guardias levantadas, inseguridades... Murallas.

La conciencia y el juicio eran mentirosos por naturaleza.

Para que una mujer desnudara de verdad su pensamiento debía tener la sensación de que estaba a solas, en la intimidad de su alcoba. De que nadie más la estaba mirando.

Aquello solo podía conseguirlo la literatura.

Nada más salir por la puerta Cecilia se vio asediada por los gritos de Nengah, que prácticamente la empujó de nuevo hacia la casa.

—¡Es peligroso, señora! ¡Es peligroso!

—¿Qué es lo que pasa?

Marc había acudido a la carrera, al oír los gritos.

—¡Un tigre! —Estaba sin aliento—. ¡Un tigre de la reserva real!

—¿Dónde? —dijo Marc.

—Lo han visto en los arrozales. Dos vacas muertas y otra herida...

Marc y Cecilia se miraron, en un entendimiento de horror mudo. Ella fue la primera en hablar.

—¿Dónde está Julia?

Ella se recogió las faldas, rodeó la casa y cruzó corriendo el jardín trasero.

—¡Julia! —gritó impotente, ante el muro de selva.

No sabía ni por dónde empezar a buscarla. Tendría que recorrer de nuevo el sendero hacia Klungkung, pero no sabía cómo sin un guía.

Marc acababa de llegar, después de haber sacado las dos pistolas guarnecidas de plata del despacho.

Ella se adelantó, decidida a internarse en la fronda, pero Marc la sujetó sin miramientos.

—¿Adónde cree que va?

—Hay que ir a buscarla.

—No sea insensata. Hay que intentar que salga...

Disparó al aire y unos pájaros volaron espantados, de las ramas de un árbol cercano. Nengah recitaba extraños cantos en lengua alta, buscando que los dioses la escucharan. Ni siquiera Marc lograba entender lo que decía, de tan atropellada que era su voz.

—¡Julia! —La llamó él—. ¡Julia!

—¡Ay, mi niña! —gimió Nengah—. ¡Mi pobre niña!

—No le pasará nada. Deja ya de llorar.

—Llévenos a la encrucijada. Esa de los dos ríos —dijo Cecilia.

—A la tumba de I Seliksik... —asintió Nengah, nerviosa—. Donde el altar.

—¡Rápido!

Recorrieron juntos el difícil camino, sin separarse. Sorteando los árboles y llamando a Julia a intervalos.

No había ni rastro de la muchacha.

Cecilia era incapaz de distinguir el paisaje, de recordarlo o de adivinar cuánto faltaba hasta el río. Todo eran ramas y lianas enredadas. Los monos causaban un alboroto ocasional por encima de sus cabezas, pero no podía detenerse a mirarlos a causa del fango resbaloso. Con aquella marcha trepidante necesitaba mirar al suelo todo el tiempo para ver dónde ponía los pies. Cada vez que levantaba los ojos para echar un vistazo le parecía que estaba en el mismo punto del principio: la selva indefinida e irreconocible. Sin Nengah hubiera sido incapaz de salir de allí.

Escucharon las plegarias, el coro de unos hombres y el piafar de los caballos alterados. Ya casi estaban en la encrucijada.

Frente al altar estaba la Reina Virgen, vestida con sus ropas de caza y rodeada de sus hombres. Dejando las ofrendas directamente sobre la piedra.

Sus guerreros desenvainaron las dagas onduladas y formaron alrededor de ella para protegerla. Uno de ellos portaba un rifle que parecía muy pesado.

—¿Adónde van? —El Cokorda les dedicó el saludo tradicional.

—¿Dónde está Julia? —preguntó Marc.

La Reina le clavó su mirada fría, desapasionada. Por un momento pareció de verdad la mujer de hierro, que era el apodo que le habían dado los holandeses tras la última guerra.

—No está en la corte —contestó su segundo.

—¿Por qué ha permitido que ese tigre se escapara?

—Las fuerzas naturales no pueden contenerse. Los demonios tienen sed de sangre. Cuando eso pasa, siempre encuentran cómo.

—Si le pasa algo a mi hija no serán los demonios los que respondan, ¡sino usted!

Señaló a la Reina, que seguía impasible. Ella se acercó al Cokorda y le susurró algo en el oído.

—No parecía tan preocupado hace unos años, cuando desapareció por completo y yo tuve que acogerla —dijo él.

Marc cerró los ojos con sufrido cansancio. ¿Es que sus faltas del pasado iban a perseguirle durante toda la vida?

La Reina volvió a susurrar algo en el oído de su segundo. Cuando terminó, él se separó y habló en un tono monocorde.

—Vuelva a su casa. Ese tigre y yo estamos unidos, como lo estaba con el Señor Siete Estrellas, el general Michiels. Su espíritu no se conforma. Demasiado odio. El que han traído ustedes, los holandeses. —La Reina, muda, mantenía la cabeza baja—. La isla entera se estremece de dolor. Si no pueden sentirlo es porque son unos necios, ojos blancos. Por eso estamos en manos de la terrible Durga... La peste ya está a las puertas de Klungkung.

Nengah se había echado a llorar y repetía sus rezos en voz alta, desesperada. Por los dolores de una guerra aún demasiado reciente y por la peste, que hasta entonces solo había sido un rumor que nadie había querido confirmar... pero que ya había empezado a sembrar los campos de cadáveres.

Esos eran los males que podían esperarse cuando se invocaba a una diosa de la destrucción. La guerra y la podredumbre y el hedor de la carne que se corrompía en las veredas.

—Continuaremos con la batida hasta que lo encontremos —dijo el Cokorda— y les llevaremos a la Niña Divina.

—No vuelva a hablar así de Julia. Ella no necesita nada de ustedes, ¿entiende? ¡Olvídese de eso de una vez!

La Reina Virgen ignoró sus protestas, se subió al caballo negro y se puso en marcha junto con sus hombres, dejándoles en la encrucijada del río.

Marc, Cecilia y Nengah regresaron consternados, llamando a Julia de forma insistente y temiendo el borrón de la tarde y la cerrazón de la noche.

Cuando llegaron a la residencia apenas quedaba una franja de luz sobre los campos.

Sin embargo, al entrar en la casa encontraron a la chica sentada en su otomana, descalza.

—Gracias al cielo...

Cecilia se arrodilló junto a ella y la abrazó.

Marc se contuvo con dificultad. Si Julia seguía ausentándose de aquella manera le iba a volver

loco. Descargó las pistolas por seguridad y las dejó sobre la consola del recibidor. Cruzó el salón y abrazó, también, a la muchacha.

—¿Dónde estabas?

—¿Dónde estabais vosotros? Cuando llegué me encontré la puerta abierta y arriba solo estaba Nengah, trasteando...

Marc y Cecilia se miraron desconcertados, intentando comprender.

—Julia —dijo ella—, eso es imposible. Si Nengah ha estado todo el tiempo...

En aquel momento las placas recién puestas del artesonado retumbaron como si un gran saco hubiera caído al peso en el piso de arriba. La madera crujió por todo el techo, en derredor.

Una ráfaga de naranja y negro avanzó con calma por detrás de las barandas, sin revelar su forma verdadera.

Marc se levantó y tomó a Cecilia y a Julia por los brazos y las hizo retroceder con él, tan despacio como le fue posible.

Las pistolas brillaban plateadas sobre la consola, al otro lado del salón, fuera de su alcance.

El felino ya descendía, ágil, por la escalera. Descargando a golpes sus muchos kilos de depredador sobre los escalones de teca.

Marc sujetó los extremos de las puertas de cristal. La bestia le miró fijamente y lanzó su rugido de advertencia, enseñando los colmillos hasta su base.

Su cuerpo de cazador se lanzó entonces a la carrera y fue a estrellarse con violencia contra las puertas, en el mismo momento en que Marc lograba cerrarlas. Retumbaron y a punto estuvieron de hacerle perder el equilibrio del impacto.

Cecilia abrazaba a una Julia horrorizada y sin aliento.

El animal, rabioso, tomó impulso una segunda vez y arremetió contra las puertas con todo su peso, pero Marc se apoyó sobre ellas para soportar el impacto, que las hizo vibrar violentamente.

Los gritos de Nengah, que acababa de llegar, atrajeron entonces la atención del tigre.

La mujer había cogido una de las pistolas, pero sus dedos torpes y temblorosos no sabían qué hacer con ella. Apretaba el gatillo compulsivamente, sin entender por qué no se disparaban. El tigre se acercó a ella con paso seguro.

—Tenemos que ayudarla... —dijo Cecilia.

—No. No tenemos.

Marc estaba decidido y sus dedos se cerraban con fuerza alrededor de los pomos. Cecilia tragó saliva. Había que hacer algo... no podían dejar que... aquello era espantoso...

Los segundos se hacían eternos y Nengah había perdido los nervios.

—¡Hay que distraerlo! —suplicó Cecilia.

—¡Cállese, maldita sea!

La sirvienta había bajado las manos, rendida ante la evidencia de que estaba perdida. El animal se agazapó antes de saltar.

Entonces los cristales reventaron. Estallaron en cientos de pedazos y esquirlas cortantes que llovieron sobre los escalones.

Nengah se protegió como pudo y gritó más de terror que por el dolor de las heridas.

Cuando cesó la tormenta de cristales la bestia estaba muerta, desparramada a lo largo de la entrada, tendida sobre un charco de sangre que había salpicado la escalera y las barandas blancas de la mansión.

Cecilia miró a Marc con los ojos muy abiertos y él le devolvió la mirada, firme. «¿Por qué no ha hecho nada? ¿Por qué?». Pero él se limitó a rodear los hombros de Julia con su brazo.

En la cornisa del ventanal, la Reina Virgen aún mantenía apoyado el rifle de sus ancestros. Aquel cuyas balas mataban por sí mismas.

Julia se deshizo del abrazo de su padre y acudió a besar sus benditas manos.

Los guerreros cargaron entre varios el cadáver del animal y dejaron un rastro de sangre a su salida de la casa. Aunque aún estaba temblando, Nengah se echó al suelo de rodillas para fregarla lo antes posible, sin tomarse ni un respiro. Cecilia acompañó a Julia por la escalera, hasta su habitación, para ayudarla a calmarse.

El cuarto de la muchacha tenía muy pocos detalles, como si ella misma supiera que no merecía la pena dedicar mucho tiempo a decorarlo.

Sobre la cómoda había una muñeca vestida al completo, con sus medias y enaguas, y los tirabuzones rubios asomando bajo la capota. A su lado se sentaba una marioneta balinesa, vestida con un traje principesco.

Durante las Navidades Julia había cumplido los catorce años, pero era difícil precisar si su habitación pertenecía a una niña o más bien a una mujercita, debido a su austeridad. Nada de afeites ni perfumes ni de cajitas de tocador. Apenas un cepillo para el pelo ante el espejo oval.

La muchacha se dejó caer sobre los cojines de su cama empolvada y se levantó un olor fuerte a rosas que llenó la habitación. Parecía acompañar al cuadro que colgaba de la pared, con las flores desbordándose del vaso traslúcido.

Cecilia se sentó junto a ella, le ayudó a desabotonar el vestido y se lo sacó por la cabeza, con cuidado de que no se le enganchara en el pelo.

Entonces reparó en las extrañas marcas de su pecho, justo en la zona del escote. Haciendo una línea bien definida, apenas cubierta por el frunce del camisón de gasa que utilizaba como ropa interior.

No podían ser arañazos de ramas. Parecían deliberados.

El amor de una mujer que ve las marcas de las uñas en las partes íntimas de su cuerpo, incluso cuando son antiguas y están casi borradas, recobra novedad y frescura.

Cecilia ya había tenido tiempo de traducir aquel fragmento. Lo que Julia tenía en el pecho eran las inequívocas marcas de un amante.

Recordó el encontronazo en la casa Lange, donde aquella sombra se había retirado con prisa entre los arbustos. Y los cajones medio abiertos en el despacho de Marc, por donde asomaban las imágenes y los textos prohibidos que la muchacha, quizá, también había leído.

«Julia, ¿necesitas contarme algo?».

La mirada fiera de la chica, frente al exceso de atención en su piel, hizo que Cecilia se reservara sus preguntas. Estaba claro que estaba protegiendo algo, lo que fuera. Su cuerpo entero pareció encorvarse y sus tirabuzones cayeron por delante para cubrirla.

No sabía cómo lograr la confianza de la muchacha.

Tomó el camisón que estaba en un lateral, lo desdobló y la ayudó a pasarlo por la cabeza. Sin preguntas. Julia pareció relajarse un poco, abrió las sábanas y se metió en la cama. Cecilia permaneció sentada a su lado, acompañándola hacia el sueño, mientras le acariciaba los cabellos rubios.

—¿Quieres que te prepare una infusión? A lo mejor una bebida caliente te ayuda a dormir... Y a no tener pesadillas.

—Yo no tengo de eso.

—Claro, ya no eres una niña. Pero los adultos también las tenemos. A veces.

Siguió acariciándole los mechones y Julia empezó, poco a poco, a acompasar su respiración y a hacerla más lenta.

—En mi joyero hay una cajita de música. Eso me hace bien, cuando no puedo dormir.

Cecilia alargó la mano hacia la caja de plata labrada y la levantó. Estaba llena de joyas valiosas, de buenas piedras. Desmesuradas para una chica tan joven.

Encontró la cajita de porcelana redonda, que tenía la pintura de una dama vestida con una túnica griega, de color salmón. Su melena era frondosa y castaña, ceñida con una diadema de oro.

—Esa era mi madre.

Cecilia cogió la caja con cuidado y cerró el joyero.

—Era una mujer muy bonita.

—No. No era bonita... —Se mordió el labio inferior—. Era la mujer más bella del mundo.

—Estoy segura de que así era.

Julia suspiró profundo y su cuerpo pareció hundirse un poco entre las sábanas.

—Puedes tocarla si quieres.

Cecilia sujetó el pequeño pomo de pasta entre sus dedos y empezó a darle vueltas a la manivela. Sonaba una música delicada, algo melancólica, como si estuviera tañida por un arpa. Después de unas pocas vueltas, Julia se quedó dormida.

Una vez en sueños, susurró un par de líneas, que parecían de aquella misma canción:

*¿es el verano para mí? Solo un pobre invierno
y un río de lágrimas.
Desde que te perdí, los largos días de verano no
son nada para mí.*

Le pareció que gemía.

La voz de Cecilia

Jacob le había puesto el baño tan caliente que Cecilia se sentía medio desmayada mientras observaba las volutas de vapor, iluminadas por las velas contra los biombos de madera.

La superficie del agua estaba cubierta de flores blancas que ocultaban su cuerpo. Hacía tiempo que no se sentía cómoda estando desnuda ante su marido.

—Ha debido de ser espantoso —dijo él mientras acariciaba su rostro, surcado por gotas de vapor condensado, y luego bajaba por los cabellos empapados.

Sus manos pálidas siempre eran reconfortantes. Podría haber sido un buen padre, estaba segura de ello.

—Esta isla está llena de peligros espantosos.

—Pero al menos estamos juntos. Eso es lo importante.

Cecilia suspiró y sujetó la mano que él le ofrecía.

—Dile a Madya que esta noche no cenaré.

—De acuerdo.

Jacob se levantó y se paró junto a la jamba de la puerta.

—¿Seguro que estarás bien? Si te asustas ven a buscarme... Estaré con las maquetas...

—No te preocupes. Solo quiero descansar.

Cuando Jacob se fue y cerró la puerta, Cecilia se permitió relajarse del todo.

No sabía aún qué pensar de la actitud de Marc aquella tarde... ¿Era cobarde o valiente? ¿Qué era más difícil: enfrentarse a un animal peligroso o bien aguantar sin moverse para proteger a su propia hija?

Apartó las flores con un movimiento amplio de las manos y observó los relumbrones de las velas en la superficie del agua. Bajo ellos podía adivinar sus propias formas de mujer madura.

«Escriba lo que le apetezca —le había dicho Marc—. Intente que sea entretenido, a ser posible».

Se arqueó ligeramente, para ver cómo el agua caliente fluía por encima de su cuerpo y lo revelaba por partes. Como si lo viera por primera vez.

Hacía mucho que no lo observaba. No sabía si respondería a sus peticiones ni cómo. Si todavía reaccionaba con excitación a las caricias.

Lo observó imaginando cómo lo harían los ojos de Marc. Quizá... Quizá también él pensaba en ella. Desde su habitación, iluminada con el candil tenue de la mesilla. Abierta a la terraza y a la selva. Quizá, sentado en la cama, recorría con los dedos las líneas que ella había escrito y se

buscaba en ellas. Imaginaba que no era más que un sencillo carpintero balinés, sin más obligaciones que las de amar a su mujer. Sin una hija adolescente, ni el peso del dinero, la reputación o el traje de diplomático, ese que tanto le pesaba en el armario.

Tan solo un hombre en el suelo de madera de una carpintería, rodeado de virutas, con una mujer desnuda en sus brazos.

Se abarcó las suaves curvas de los pechos. Hacía años que lo único que sentía sobre ellos eran los alambres rígidos del corsé. El rastro de lumbre difusa y temblorosa bajaba a lo largo del vientre y sus dedos tantearon el recorrido, torpes. Un reencuentro con la piel, tan temido como ya deseado.

¿Cómo podía volver a ponerse en marcha un cuerpo femenino? A aquella edad, después de todo aquel desgaste...

Recordó el primer encuentro de ambos en la casa Beresford. En cómo había esperado su permiso para beber la ginebra. «No sé aún si lo merezco. ¿Ha sido suficiente mi hospitalidad? ¿Cecilia?». La primera vez que había pronunciado su nombre. «En sus documentos es solo Vermeulen, ¿no es cierto?». Le había arrancado de un tirón el apellido de casada. Esa era ella: Cecilia Vermeulen. En el fondo, solo era una mujer, desnuda en una bañera.

Sus manos recorrieron el interior de sus muslos y sus dedos se detuvieron allí, en el umbral...

Entonces soltó el aire contenido y tomó la determinación de cesar en todo aquello.

Se puso en pie y salió de la bañera, sin contemplaciones. El agua se agitó, debido a los bruscos movimientos, como en una breve tempestad doméstica.

Le bullía el pecho y se sentía mareada. Se había levantado demasiado rápido, y aquel cambio de temperatura...

Se sentó en un taburete, pero la sensación no mejoró. Estaba desconcertada, llevada de un lado a otro por una angustia que no acababa de entender. Se sujetó el vientre y respiró profundo para intentar calmarse.

Se envolvió en una toalla, acudió a su habitación y cerró la puerta.

Sacó los pliegos y se puso a escribir.

Los amantes apenas podían ya contener su deseo. Allí, en las profundidades de la selva, entre las lianas del baniano, cedían al fin las ropas y los reparos, caían las convenciones, los nombres y los cargos... cuando de pronto escucharon el grito de la niña. De la niña perdida, que había caído víctima de los demonios... La niña que había nacido y que también había muerto.

—¿Quién es la niña, Cecilia?

Marc había terminado de leer el escrito y la miraba, preocupado.

Ella se resistía a hablar. Sus dedos se cerraron alrededor de las mangas de encaje de la blusa, que sobresalían bajo el vestido oscuro y rígido.

—¿Es Julia? ¿Por qué dice que había muerto? —Intentó que le hablara—. ¿Es que está en peligro?

Las sombras gravitaban sobre su ánimo. ¿Es que acaso Cecilia sabía algo que él ignoraba? Quizás algo que no se atrevía a contar de otra manera que no fuera en susurros, de forma indirecta,

en el idioma íntimo y enmascarado de lo literario. ¿Corría realmente Julia peligro, tal y como él llevaba tiempo sospechando?

Todo aquello podía ser una venganza de la Reina Virgen. Ella misma se había declarado adoradora de Durga. Corrían rumores de que a veces se disfrazaba de su avatar, Rangda, que era la Reina de los Demonios y de la magia negra. La «comedora de niños». Decían que, en su cámara real era donde escondía su máscara.

Cada vez le parecía más claro que la Reina estaba obsesionada con Julia. Que pretendía hacerle... algo. O que quizá ya había empezado a hacérselo.

Cecilia temblaba, sin poder pronunciar palabra.

Marc no conseguía traspasar la barrera de silencio. Contemplaba la transfiguración, lenta y meticulosa, que el sufrimiento operaba en los rasgos de la mujer. Una atragantada tristeza le recorrió el cuerpo, hasta apropiarse del rictus de su boca.

—Era mi hija.

Cecilia sostenía su propio cuerpo en posición vertical con tanta dificultad que resultaba hiriente mirarla. Luchando contra sí misma, solo por aparentar una fortaleza del todo innecesaria.

—La niña que murió —dijo.

Marc había sentido toda la gravedad de aquella confesión. Acudió despacio y la sujetó en sus brazos.

Cecilia cerró los ojos, sintiendo cómo algo muy profundo se le venía encima. Sus fuerzas cedieron y se le doblaron las piernas. Él la sujetó aún más fuerte. La acompañó en su debilidad, hasta sentarla en el diván, suavemente. Le parecía que se estuviera ahogando.

—No puedo... —sollozaba ella, restregando frenética la mano por el cuello cerrado del vestido—. No puedo respirar...

Él le zafó a tirones los cordones del cuello y le ayudó a abrirse el traje hasta la altura del pecho.

Ella se estremecía a cada espasmo. Aún seguía debatiéndose, intentando cerrar la grieta, inútilmente. Sentía que se estaba volviendo loca.

Él la apretó más fuerte, abarcándole la espalda, luchando contra las varas implacables del corsé.

Cecilia estaba rígida contra su cuerpo y él notó cómo sus uñas se le clavaban en el cuello.

—¿Qué le pasó?

—No lo sé... —dijo ella, fuera de sí—. No sé lo que le pasó. No me dio tiempo... Fue una agonía...

Estalló en llanto y él la sujetó mientras se agitaba sobre su hombro, junto a su oído. Aquel fue un debatirse interminable. Un llanto desesperado que no cesaba nunca.

Los espasmos, la violencia del dolor, le impedían hablar.

Hasta que al final, agotada, encontró un hilo de voz.

—Le faltaba el aire. Parecía que había nacido bien, pero... se asfixió...

Marc cerró los ojos ante aquella imagen atroz. La de ver cómo se ahoga tu único hijo, tu primer bebé, sin poder hacer nada por él. Recordó cómo era Julia a aquella edad, su cuerpecito vulnerable y unos pulmones inmaduros que empezaban a respirar... mientras sus padres rogaban

en silencio para que no se quedara en el esfuerzo.

Y el cuerpo de la mujer, que había tenido que pasar por el parto, lo recordaba todo.

Volvieron a ella las interminables horas del trance, donde la vida se había dado la mano con la muerte, en el mismo y único trágico acto.

Su rostro se había enrojecido y las venas se le marcaban en el cuello.

Marc tironeó de los lazos del corsé, para ver si así se aflojaba y conseguía que respirara mejor.

Julia se asomó por el vano de la puerta, con los ojos abiertos de par en par y las manos en los oídos, espantada por los gritos. Encontró a Cecilia con la ropa medio abierta, sollozando aún en los brazos de su padre.

Marc la miró severo y le hizo un gesto para que se marchara y cerrara la puerta, a lo que ella obedeció.

Cecilia le abrió entonces los botones de la camisa a Marc, que se sintió abrumado porque ninguna mujer se había saltado así con él los pasos que exigía el decoro. Ella lo abrazó, necesitada de sentir la calidez de su pecho.

Quedó rota sobre él, llorando hasta agotarse.

—Me imagino lo que te debió costar escribir eso.

Cecilia enterró su rostro en su cuello masculino. Estaba exhausta. Como si acabara de hacer el amor con él, solo que en la dirección opuesta.

—Aquello lo cambió todo... —susurró ella. Tenía la mirada ausente mientras recordaba—. Jacob no estaba allí... Estaba cerrando negocios. Su madre es una mujer muy fuerte. No como yo.

Él le metió los dedos por entre los cabellos del recogido deshecho y aspiró su olor.

—Insistió en que tenía que incorporarme lo antes posible a la rutina, aparecer de nuevo en sociedad, recuperar mi vida con mi marido... Decía que no había lugar para regodearse en una cosa así. Que tenía que salir pronto a la calle otra vez y hacer los cálculos, buscar refugio en el trabajo, la devoción en el trabajo... que eso es lo que hacen los buenos luteranos. Que a Dios no le agradaban quienes se quedan en casa lamentándose. Pero yo... yo solo tenía ganas de morirme. Yo lo que quería era que el mundo entero se muriera con Carice. Regresé a Delft unos días y no podía soportarla. Su decencia, sus adornos, su orden... eran detestables. Tampoco podía ya vivir en Rotterdam. Yo solo quería que nos muriéramos todos. Que se murieran Jacob y su madre y mis vecinos y los tenderos. Desde el rey Guillermo hasta el último carretero, que Dios me perdone...

Lágrimas solitarias caían aún por sus mejillas. Marc sentía la camisa empapada de ellas.

—Culpaba a Jacob de mi desgracia o me culpaba a mí. Intentaba no hacerlo, pero... No sabía lo que había pasado y...

—Fue un accidente.

Pero no era solo miedo. En el fondo, Cecilia sabía que era también rebeldía, un acto de protesta. Carice seguía estando allí, entre ellos. No la había olvidado, aunque todos los demás lo hubieran hecho. Era contra Jacob, también... que había decidido seguir adelante. Era contra su suegra, que la presionaba todo el tiempo con su tiranía de la normalidad.

—Yo estaba sola. Desde entonces algo se rompió profundamente entre Jacob y yo. ¡Para él fue tan distinto! Él no la llevó dentro durante tantos meses. Ni la sintió crecer ni la imaginó ni deseó

tanto como yo. Para él no fue más que un proyecto malogrado, algo que nunca llegó a ser. ¡Pero yo perdí a mi bebé! Eso creció dentro de mí como un muro que lo llenó todo... Nos llevamos bien, nos cuidamos y tenemos el aserradero. Él siempre me ha respetado, su paciencia ha sido infinita, pero yo...

Las manos de Cecilia se tensaron sobre el cuello de Marc y en torno a su brazo.

—Pero desde que tú... Desde que empecé a escribir esas cosas para ti...

Marc sintió cada una de aquellas palabras que buscaban su difícil revelación en el mundo.

—En mi interior es como si...

Él bajó el rostro y fue a encontrar el de ella, en una deriva lenta y febril. Era una extraña sensación, deliciosa e inevitable. Muy parecida a la del opio.

Le rozó las mejillas con los dedos. Buscó sentir su aliento, con una cercanía apenas permitida. Le rozó los labios, casi incapaz. Un beso tan prohibido que ni siquiera merecía tal nombre.

—Esas cosas que has dicho sobre mí... En el papel... Porque son todas sobre mí, ¿no es cierto?

Cecilia ya no podía sostener por más tiempo la negación. El mundo entero se desmoronaba a su alrededor. Él había sabido leerlo todo. La había dejado con todas sus verdades al descubierto.

—Cuando hablas de los amantes. Yo soy él, ¿verdad? Y tú eres ella...

Abrumada por el vértigo. Sintiendo que no podía detener lo que ya estaba sucediendo.

Se levantó del diván, sujetándose el traje deshecho y salió de la habitación para reponerse, de espaldas a la pared.

Marc la dejó marchar.

Salió de la casa corriendo, sintiendo que se le caía a pedazos el armazón del alma.

Se subió a la calesa y dio orden al cochero de regresar rápido a la casa. Durante el camino iba intentando fijar la vista en los arrozales, concentrarse en el verde de los campos a través de las lágrimas que lo emborronaban todo. Luchando por calmarse, antes de cubrir el escaso trayecto entre una casa y otra.

Había tratado lo mejor posible de cumplir lo que se esperaba de ella. Siempre la dignidad, la compostura, las formas... «No puedes mostrarte abatida —le había dicho su suegra—. A Dios le gustan las mujeres fuertes y laboriosas, que cumplen con su voluntad». «Los clientes huyen de las casas donde se huele la desgracia». «A las personas les gustan las mujeres exitosas y sonrientes... no las débiles, no las desgraciadas». «No seas una mujer blanda, Cecilia».

Sabía que tenía toda la razón y, sin embargo... ¿Cómo podía hacer ningún trabajo cuando le temblaban las manos de pena? ¿Cómo iba a cobrar la cantidad adecuada o a acertar en las cifras?

«Los que no son capaces de superar el dolor acaban en esos sanatorios apartados, donde sus mentes vagan como fantasmas». Aquella amenaza terrible. «¿Es que quieres acabar así?».

La dignidad. Siempre la dignidad. ¿No resultaba mucho más indigno no sentir nada? La desgracia, bien lo sabía ella, había que ocultarla bajo los numerosos tapetes, manteles y colchas de la casa.

Hasta que Marc había entrado en su vida —inadvertido, inesperado, impertinente— y le había devuelto un algo perdido, que no sabía cómo definir.

El hilo de la vida.

MARA ULLOA ROIBÁS

(Actualidad)

Las granjas de teca

Mara dio un último par de brazadas para alcanzar el final de la piscina natural del hotel, una especie de riachuelo a temperatura ambiente que atravesaba los jardines del Lontar Villas. Se impulsó para salir y se sentó en el borde de piedra, entre las estatuas que posaban con sus instrumentos musicales.

La noche en Bali no era silenciosa. No podía serlo. Ocultaba una auténtica orquesta de pequeñas criaturas que bullían excitadas por el calor y la vida.

Los grillos ponían la base frenética, como una marabunta repartida por todo el recinto. Las ranas croaban, disonantes, incapaces de coordinarse. Como pequeños tenores viscosos que hinchaban con orgullo sus papadas; los pájaros lograban algo parecido a una melodía, que uno podía seguir sin dificultad si prestaba la suficiente atención; y, por último, había una especie de primera figura, misteriosa: un pájaro que alternaba los agudos y los graves, como en un canon, con un timbre parecido al de la madera hueca. «El jurado, por unanimidad, declara que el candidato para representarnos este año en el Festival de la Canción debe ser...».

En ese momento una rana que no había visto lanzó un exabrupto en la oscuridad. «Lo siento, amigo, pero tú no conseguirías ni un punto. *Zero points. Cero puá...* El premio es para nuestro brillante pájaro-árbol. Un aplauso para *Birdtree*».

Le dio un buen sorbo al cóctel de ron y plátano. El aire de la noche estaba cargado del olor de los jazmines y de las frutas maduras, que se descomponían lentamente en los platillos de palma trenzada. Las ofrendas estaban dispersas por todo el suelo y tenía que estar pendiente de no darles patadas o pisarlas con las chanclas. Se sentía mal cada vez que tropezaba con una de ellas y el arroz acababa en la carretera, donde varias motos le pasaban por encima. Los balineses, en cambio, no le daban importancia. Asumían que ese era su destino natural. Acabar desparramadas o podridas, devoradas por los perros famélicos que vagaban por las calles.

La noche era oscura en el Lontar, donde apenas unas luces tenues iluminaban los porches de las casas javanesas. De vez en cuando aparecía algún trabajador solitario, que cruzaba los jardines mirando al suelo, se arrodillaba en silencio, arreglaba alguna cosa y luego se retiraba con la misma discreción con que había llegado.

Mara suspiró y pensó en la cena. Y luego pensó en Scott. Y luego en la cena otra vez. Y en llamar a Scott, pero... a saber.

No podía, simplemente, apretar un botón y hacer que se apareciera allí, ¿no? Al fin y al cabo, no estaba a su servicio. Pero lo cierto es que la idea de pasar la noche a su lado no le parecía

mala en absoluto.

Sacó el móvil de debajo de la toalla, donde lo había resguardado, y se animó a enviarle un mensaje de texto.

«Hola, ¿cómo vas?».

Miró la pantalla un momento y pronto llegó la respuesta.

«Bien».

Pensó un momento.

«¿Estás cansado del *kite*?».

«Lo normal».

«¿Has cenado ya?».

«Aún no».

«Aquí parece que tienen un buen restaurante. No me he pasado aún, pero venía muy bien puntuado en internet».

«Tengo mañana una clase a primera hora».

«Vale. Que descanses».

Dejó el móvil a un lado, decepcionada. Dormir sola, en la isla más romántica del mundo, todos los días... Qué faena.

Sintió de pronto un arañazo en la mejilla. Un aleteo de algo grande que había chocado contra ella por accidente, atraído por la luz del móvil.

Manoteó asustada, intentando quitárselo de encima como fuera.

Cayó al agua una mantis religiosa, que se agitaba frenética. Desesperada al ver cómo se le hundían las alas.

Mara la vio agonizar y alejarse flotando hacia el interior de la piscina.

Decidió enviarle un nuevo mensaje a Scott.

«Mañana necesitaría que me acompañaras a un sitio. Prefiero no ir sola. Te pagaré bien».

Esta vez tardó más en llegarle la respuesta.

«De acuerdo. A las once».

«De acuerdo».

Senna le había dicho que, por favor, no le dijera a nadie que tenía el mueble en su casa. Era una carta que se reservaba para el juicio contra el señor De Houtman, para intentar reclamar las granjas de teca. «Es un mafioso, Mara. Hay que pararle los pies antes de que haga más daño». Senna le había prometido que quitaría la denuncia esa misma semana y que podrían llegar a un acuerdo. Pero hasta después del juicio debía permanecer oculto.

A Mara había cosas que no le encajaban en todo aquel asunto. Cada vez estaba tomando un cariz más turbio.

Tras la confesión de que era ella quien tenía el mueble creía que Senna la iba a abrazar de contento. Había rescatado el tesoro perdido, una parte de la historia familiar... Y, sin embargo, la balinesa había respondido como una auténtica estratega. Como la mujer de negocios que era. Quizá la posibilidad de quedarse con las granjas era más golosa aún que la nostalgia...

O quizás era hora de hacer, por fin, una visita al señor De Houtman.

Supo que habían entrado en las plantaciones de teca cuando los árboles empezaron a mostrarse ordenados, en hileras perfectas de troncos finos que se alternaban con los carriles de tierra. Un sol temprano y oblicuo proyectaba sombras uniformes, que se sucedían como ráfagas ante los ojos de

Mara.

Pasaron con la moto frente a la carpintería, que exhibía en el porche sus mejores muestras, desde los portavelas hasta las mesas, los aparadores y las estatuas de jardín. Eran cientos de tallas meticulosamente ordenadas por tamaño y utilidad. A sus espaldas había varios almacenes y, más adelante un aparcamiento donde se alineaban un par de camiones y maquinaria agrícola.

En el último espacio había aparcado un pequeño coche negro eléctrico, que parecía un escarabajo.

A Mara le recorrió el cuerpo un calambre de tensión. Estaba segura de que aquel era el mismo que la había perseguido en los arrozales.

La oficina era una cabaña climatizada, moderna y amplia, con un tejado azul oscuro que imitaba al *joglo* tradicional, pero que incorporaba paneles solares en sus cuatro vertientes. Llamaron a la puerta y les recibió un hombre balinés que les hizo pasar a una sala de estar.

—El señor De Houtman está reunido.

Mara y Scott se sentaron el uno junto al otro en los sofás. En una esquina burbujaba el dispensador de agua y de los techos llegaba el rumor de los aparatos de aire acondicionado, que estaban al máximo de su capacidad.

—¿Llevas mucho tiempo haciendo *kitesurf*?

—Unos quince años.

—¿Y vas en busca de la ola definitiva?

—Eso es más de surferos...

—Yo pensaba que el *kite* era lo mismo, pero con una cometa.

—Nada que ver.

Mara escuchó la vibración de un móvil y metió la mano en el bolso, como en un acto reflejo.

—En el *kite* nunca estás solo. —Scott también se metió la mano en el bolsillo del pantalón—. Necesitas que alguien te baje y te levante la cometa y eso lo cambia todo. El grupo de *kite* es como una familia... Perdona... —Miró un momento la pantalla y se llevó el móvil a la oreja—. Dime.

Mara aprovechó para mirar su propio móvil. Tenía un mensaje de Paolo. «He presentado varios papeles, pero no he conseguido nada. ¿Pudiste hablar con Senna? Dice el inspector de la Interpol que en tres días quieren algo definitivo...». Mara le contestó. «Mira en tus papeles la dirección del que te lo vendió». Tres días era lo que le quedaba a ella de estar en Bali, antes de tener que coger el avión de vuelta. Tenía que asegurarse de que Senna quitaba la denuncia...

En ese momento Scott se despidió y colgó.

—Mi socia. Tengo que pasarme después para firmar unos papeles.

—¿Compañera de *kite*?

—Y mi exnovia, además.

—Lo tiene todo, entonces...

En ese momento salió del despacho un hombre occidental, vestido con una camisa de lino *beige* muy fina, casi traslúcida. Mara estaba segura de que era el conductor del escarabajo negro.

—Lláname, Daniel... —Oyó que decía una voz, desde el despacho.

Él se volvió y saludó para despedirse. Luego miró a Mara y a Scott antes de ponerse las gafas de sol estrechas y salir por la puerta.

—Soy Willem de Houtman. —El hombre del despacho les tendió la mano.

—No sé muy bien si son ustedes mayoristas... Si se han venido a vivir a Bali, si son arquitectos... ¿Agricultura? ¿Medio ambiente? Mi secretario no lo tenía muy claro...

Mara le tendió su tarjeta de visita de Batanara.

—Vaya... si son ustedes clientes.

—No estamos aquí para hacer negocios, señor De Houtman, sino más bien para aclarar un asunto.

—¿Qué asunto?

—Se trata de Senna Beresford.

—¿Les envían sus abogados?

—No... En absoluto. Como puede ver en mi tarjeta, vendemos mobiliario. Algunos muebles los encargamos por contenedores, pero también manejamos piezas únicas. Para los clientes que piden exclusividad. Es algo que cada vez se valora más en el mercado europeo...

—Entiendo.

—Estábamos intentando conseguir un mueble de la casa Beresford... de la señora Beresford, quiero decir. Una antigüedad.

—Y están convencidos de que yo se lo robé.

—Yo no he dicho tal cosa.

—Pero es lo que ella va diciendo por ahí. En el Biku, en su chiringuito de terapia para parejas... Una mentira que se repite muchas veces empieza a parecer una verdad, ¿no es así? No sé si lo sabe, pero andamos metidos en juicios de los gordos...

—Por lo que sé, es usted quien sacó el mueble de Bali. Y se lo vendió a un comercial europeo.

—¿Cómo puede decir semejante barbaridad?

—¿No fue usted el que vendió el escritorio de Senna Beresford a un marchante italiano llamado Paolo Caccini?

—Yo soy un hombre de negocios, señora, no una especie de... maleante que saquea las casas de la gente para vender sus muebles por cuatro euros.

Mara tomó aire. Aquella discusión iba a ser larga.

—Pues dicen que eso es precisamente lo que ha hecho con algunos de sus vecinos. Con Ketut Negara, por ejemplo.

—¿Ha hablado usted con Negara? Es empleada de la Beresford. ¿Qué cree usted que le va a contar? No sea ingenua, por favor...

Mara sintió cómo algo le subía por el cuerpo, erizándole la piel y tensándole los nervios. Causándole alguna especie de hinchazón interna. Se esforzó por mantener el tono y la educación.

—¿Me va a decir que no la presionó para echarla de sus tierras y que no vendió sus cosas a precio de saldo? ¿Que no es más que una calumnia?

Willem de Houtman le sostuvo la mirada un momento y luego la bajó, derrotado.

—Tiene razón... Sí que lo hice. Pero eso es otro asunto muy distinto. No mezclemos las cosas. Usted es una mujer de negocios y, como tal, puede comprender mi situación. Le voy a ser completamente sincero porque creo que tarde o temprano iba a descubrirlo y es mejor decirlo ahora que está aquí. Sabe tan bien como yo que una empresa tiene que ser rentable y que una casita

en mitad de un terreno, por muy coqueta y antigua que sea... con las máquinas teniendo que bordearla todos y cada uno de los días... no puede dar beneficios en absoluto. Ni para usted ni para mí.

—A mí déjeme al margen de sus asuntos.

—No puedo. Porque cuando le he dicho antes que ustedes eran clientes, me refería precisamente a eso.

Mara salió de las oficinas con sensación de claustrofobia. Todo estaba relacionado y no había manera de salirse del juego. Todo tenía un coste sobre los débiles, al final, ya fuera la ropa, la comida, el calzado, el mobiliario... ¿Es que no había manera de prosperar sin contribuir a la explotación de nadie?

Se lo había demostrado el señor De Houtman, poniéndole sobre la mesa la cruda verdad. Ella era cómplice de lo que le había pasado a Ketut. Una cómplice directa. Igual que los clientes de antigüedades lo eran de los expolios y de los robos. Igual que los compradores de diamantes de sangre. Cómplices de las multinacionales que tenían fábricas de obreros en China y en Bangladesh. Cómplices del maltrato animal por comprar, simplemente, en un supermercado de barrio.

No era justo que la culpa fuera siempre del consumidor. ¿Por qué? Eran los proveedores, como ella, los que tenían el deber de preocuparse. Cada eslabón de la cadena debía asumir su responsabilidad. Y las instituciones. Y los organismos de control. Y los políticos. ¿Para qué estaban todos ellos? ¡Nadie hacía su trabajo! Todo lo que había de por medio no era más que un montón de dejadez y de codicia.

Había empezado a llover y Scott había sacado dos impermeables, uno rojo y otro negro, del baúl de la moto. La tierra estaba empezando a enfangarse. A Scott le estaba esperando su socia y ella no quería seguir en la plantación del señor De Houtman ni un minuto más.

Sin embargo, cuando ya estaban saliendo de las granjas, Mara dio unos golpecitos en el hombro de Scott para avisarle y él se detuvo. El agua caía copiosa sobre los impermeables y el paseo se había vuelto muy incómodo.

—Quiero volver a las oficinas.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Tengo que hacerle más preguntas a De Houtman. Comprobar si ha estado expoliando a más personas. Necesito saber qué he estado vendiendo, exactamente... Scott, ¡qué poca idea tenía de todo!

—Mara, ya te ha dicho lo que había. Me están esperando y no vamos a volver.

—¡No puedo dejar las cosas así!

—No pienso volver allí... y menos con este tiempo.

—Te pagaré más dinero.

—¡No! ¡Ya está bien!

Mara se bajó de la moto, con la cabeza aturullada. El terreno era inestable, apenas una carretera de tierra, y estaba lleno de badenes. Se estaba volviendo un lodazal.

¿Y si todo Batanara no era más que un gran fraude? Había cruzado medio mundo para limpiar su nombre, por un solo mueble, y ahora resulta que iba a destapar una cloaca.

Sentía angustia por todo lo que se escapaba a su control. Tantos datos que no tenía... y cuyas consecuencias eran muy reales. En las vidas de personas como Ketut.

Estaba deambulando sin prestar atención y apoyó mal el pie. La suela de la sandalia resbaló sobre el barro como sobre un suelo mojado y el tobillo se torció. Conservó el equilibrio de milagro.

Scott acudió a ofrecerle apoyo. No parecía grave.

—Vamos. Hay que esperar a que pase todo esto.

Levantó la cabeza, en busca de algún refugio. Los campos estaban deshabitados bajo la tormenta. Solo se veía el templete de la diosa del arroz y de la suerte.

Algo más lejos, hacia la derecha, estaba la construcción rectangular del *subak*, la cooperativa agrícola. Era el lugar de reunión y también el almacén donde guardaban su orquesta.

—Tenemos que llegar hasta allí —señaló.

El chaparrón era intenso y ambos estaban chorreando agua, avanzando como podían por los carriles de tierra, entre las hileras de los árboles. La lluvia repicaba frenética, como si estuviera percutiendo un metalófono imaginario con los martillos sutiles y refinados de sus dedos.

Finalmente lograron alcanzar la tarima y refugiarse bajo la techumbre generosa del porche. Se apoyaron contra la pared, derrumbados de alivio.

Ahora ya no había nada más que hacer.

Solo esperar. Solo recuperarse.

La naturaleza había tenido que acorralarla para que parase.

Se acostó boca arriba sobre los listones de teca y sintió su firmeza, con los ojos cerrados.

El olor que llegaba de la selva mojada era embriagador.

Le recordó a Galicia, cuando volvía corriendo a la casa de la abuela. El olor de la casa familiar y de las vacaciones. Donde los recuerdos tomaban su consistencia definitiva.

Abrió los ojos y Scott estaba allí, con la camisa azul marino empapada y pegada al cuerpo. Las gotas de agua se le prendían como pulverizadas sobre el vello rubio de los brazos y la melena se le había encrespado. El agua, el río, la madera... la excitación volvió a ella, fluida e incondicional, como si fuera una música.

Miró su propio cuerpo y se encontró en la misma situación que él. Con la ropa adherida y sugerente, exponiéndola por completo.

Se quitó uno a uno los botones de la camisa, ante su atenta mirada. Él se le acercó y se inclinó a su lado.

—¿Hoy no me invitas a cenar?

—Me temo que no voy a poder.

—Ni falta que hace.

La besó con cuidado.

—Espera... —le interrumpió ella—, me dijo Senna que la base del deseo es la intermediación... y que...

Él le puso la palma de la mano sobre la boca. Ella se la apartó.

—No. En serio... dice que hay que ir poco a poco, a lo largo de varios días, hasta que ya no puedas...

Scott volvió a taponarle la boca.

—No digas nada más, ¿de acuerdo? Ni una palabra.

Mara tragó saliva, abrumada por el deseo. No recordaba la última vez que alguien la había mandado callar. Asintió despacio.

—Hay que aprovechar las olas mientras haya viento... —dijo él—. ¿De acuerdo?

Mara siguió diciendo que sí. El argumento era incontestable. Se lo comió a besos.

La lluvia seguía cayendo sin descanso, como una cortina sobre la selva.

Se quitaron mutuamente la ropa mojada y Mara sintió otra vez aquella especie de vértigo del río, a plena luz. Con el cuerpo de Scott encima y la madera debajo. La piel de ambos húmeda y correosa en el roce.

La presión del cuerpo del hombre le borró de la mente todas sus preocupaciones. Se le olvidó por qué estaba allí, ni qué edad tenía, ni qué es lo que solía hacer para vivir. Hacer el amor consistía, simplemente, en quedarse en blanco.

Mara acarició la tarima con los dedos y se aferró al borde. Fuera del porche parecía que se estuviera cayendo el cielo a mares. Se arqueó y le presionó con las piernas, demandando más.

A Scott todavía le goteaban los mechones de la media melena, que ahora ya no parecía rubia sino tostada. Salpicaban a Mara sobre los pechos cuando él estaba más alzado, en la brega, y en cambio la dejaban empapada cuando bajaba a besarla en el cuello.

Entonces le empujó levemente hacia arriba para quitárselo de encima. Había visto lo que hacía con las olas. Aún quedaba allí mucho por reclamar.

Se puso en pie, sonriéndole. Con un punto de desafío.

—¿Cómo quieres? —preguntó él, haciendo lo mismo—. ¿El qué...?

Ella se señaló los labios con el dedo índice. Por su culpa no podía hablar.

Tiró del brazo de él, que casi perdió el equilibrio.

Volvió a hacerlo, tironeando como la cometa cuando había mal tiempo.

Scott se adelantó y le sujetó las manos antes de que pudiera hacer nada más.

—Mara, que no sé qué... ¿Qué quieres? ¡De verdad!

Ella se rio a carcajadas.

—¿Te estás riendo de mí?

—Quiero *kitear*...

Scott empezó a entender.

—¿Quieres ser mi cometa?

Ella sonrió, llena de vitalidad. En los labios y en los ojos. Feliz.

Scott se la encaramó y la empujó contra la pared del *subak*.

Mara ya no podía pensar. Estaba más allá de pensar en nada mientras disfrutaba de sus embestidas. No había nada más gozoso que sentir el cuerpo dolorido después de machacarlo en un arrebató de placer.

Todo se mezclaba, al fin: la lluvia, el sudor, el río violento y crecido, la selva... y la madera.

En un remolino hacia un sustancioso negro que, en algún momento, súbitamente, estalló en blanco.

Estaba acostada boca abajo, desnuda. Complaciéndose en la suavidad de las tablas pulidas. Scott, rendido en alguna parte del suelo, parecía de nuevo distante y desconocido. Como si le hubieran empujado a una deriva que les separara otra vez.

Pero ella, en estado de sublime calma, era consciente de sus propios muslos y las caderas, el vientre y las curvas del pecho, de las mejillas... de cada parte de su cuerpo agradecido, sobre la frescura de la teca.

La lluvia apenas goteaba de algunas hojas, pero el paisaje estaba, por fin, en silencio. Olía como si el mundo acabara de hacerse.

—Creía que la selva no se callaba nunca...

Todo en el paisaje parecía impregnado de una bruma dulce, en espera de que alguna criatura, la que fuera, reviviera y dijera su primera palabra.

Scott cubrió las cinturas de ambos con la camisa, que era la única tela a su alcance. Lento, como si le pesara el brazo. Mara se apoyó en su pecho para que le hiciera de almohada. Aún se sentía húmeda de lluvia, como él. Solo quería quedarse quieta el resto de su vida.

—Todos dicen lo mismo.

—¿Quiénes?

—En la selva, cuando hablan. El gallo de las cinco, los grillos, los bichos que pitán por la noche, los pájaros...

—Las ranas...

—Las ranas, sí... Y los monos... Los monos también. El clima del trópico era como un bálsamo.

—¿Sabes idioma grillo, pájaro, rana y hasta idioma mono?

—La naturaleza no repite más que una misma cosa, Mara. Todo el día y toda la noche. A gritos. Todo el tiempo.

Lugar del extravío. Dulce abandono.

—Tradúcemelo.

Scott sonrió, con picardía.

Y después se abalanzó de nuevo sobre ella.

«¿Es que no venía nada más? ¿Ningún nombre?».

Era un nuevo mensaje de Paolo, en el móvil.

«Solo una dirección de correo electrónico, baliantiquity@indonesian.id».

«¿Has mirado en el remitente de correos?».

«Lo trajo una compañía, la Bali Super Cargo, aprovechando un contenedor. Alguien lo llevó hasta allí y pagó las tasas, en metálico. Ellos se encargaron de empacarlo, fumigarlo y hacerle la póliza de transporte. Pero dicen que no había remitente. Ahí se pierde su rastro».

Mara bajó el móvil, desanimada. No tenían ninguna prueba contra De Houtman. No había manera de saber la verdad. En solo tres días tendría que volver y dejarlo todo a la buena voluntad de Senna Beresford... No las tenía todas consigo, ni mucho menos.

Le llegó el aviso de un nuevo mensaje.

«Dicen que han revisado otra vez los datos de la póliza de seguro, que era obligatoria. Pone que la firmó una empresa. Una tal Eternal KiSS».

Mara bajó el móvil y miró el cartel que tenía justo delante. El del Centro KiSS para la recuperación de parejas. Allí era donde le había pedido a Scott que la dejara con la moto.

Había asumido que lo de la «i» minúscula no era más que una decisión de diseño gráfico, para

que el punto de la vocal pudiera entrar en el cartel, pero ahora comprendía que las razones para ello no tenían nada que ver.

Siempre habían sido iniciales. Kama indonesian Shastra Society.

Había estado allí todo el tiempo. Delante de sus narices.

—Buenas tardes, me llamo Daniel Sherman y represento a una compañía de seguros. Creo que ambos tenemos intereses comunes.

Mara estrechó la mano del hombre que acababa de acercársele. Reconoció al tipo que había salido del despacho de Willem de Houtman, con su camisa de lino casi transparente y sus gafas estrechas. Acababa de bajarse de su coche negro eléctrico, que parecía un escarabajo.

—Sí. Creo que los dos queremos que nos digan la verdad de una vez.

CECILIA
DE HOUTMAN-VERMEULEN

(1850)

El camino del deseo

—Quiero que me diga la verdad, Cecilia. ¿Cree usted que Marc le dirá que sí?

Amelia Dekker se había presentado en la casa sin avisar y no hacía más que darle vueltas a la cucharilla del té, como si no pudiera mantener la mano quieta.

Llevaba un vestido que era formal en exceso para una merienda. Ahora que se había convertido en la «primera dama de la colonia» tenía que distinguirse de alguna manera.

—Mi marido solo quiere empezar su mandato de residente con buen pie, ¿sabe usted? Y tratar con todos... también con los reyezuelos balineses. ¡A Mads Lange se le ha dado tan bien! Pero claro, él es un hombre con talento para contentar a unos y a otros por igual. Llevamos muchas guerras seguidas, Cecilia, la del año pasado fue la tercera. Todo por ese asunto de los barcos naufragados. ¿No se enteró usted? Yo creo que un cargamento holandés sigue siendo holandés... ya esté en la bodega de una fragata o bien desparramado por la playa, ¿no cree?

—Yo diría que sigue siendo holandés...

—Pues los reyes balineses dijeron que eso eran regalos de los dioses. O, lo que es lo mismo, que quien primero lo ve, primero se lo lleva. Mi marido quiere que esta vez hagamos las cosas como se debe. A ver si tenemos, por fin, unos años de tranquilidad.

—La paz nos conviene a todos —dijo Cecilia, parafraseando a Marc.

—Por eso necesitamos un lugar neutral —Amelia se inclinó hacia ella, entusiasta y cómplice, hasta el borde de la butaca—, ni holandés ni balinés, como la casa Beresford. Una residencia donde los reyezuelos no se sientan incómodos. Un gesto de buena voluntad, con la Corona Británica de mediadora. ¿Qué le parece?

—¿Por qué no le preguntan directamente a Marc Beresford?

—Oh, no quiero ponerle en un compromiso tan evidente. Dicen que tiene antipatías personales con la Reina Virgen. Y necesitamos que ella esté presente. Mi marido dice que es de suma importancia...

Cecilia entendió que la situación era delicada. A ver cómo conseguía convencer a Marc de que dejara a un lado sus miedos como padre y cumpliera con su misión diplomática.

—Además, contaba con usted para que me ayudara a organizar el convite. Dice el reverendo Lambert que usted es lo más parecido que tiene Marc a una *mistress*...

—No soy nada como eso, señora Dekker. Me ofende usted con semejante atribución —se defendió Cecilia, fingiéndose escandalizada. Disimulando su miedo.

—No me malentienda, por favor...

—Le aseguro que no soy nada parecido a su gobernanta doméstica.

Amelia se retiró, poniéndose a la defensiva. Recuperó su posición erguida en el asiento.

—El reverendo aseguró que estaba usted dirigiéndole la nueva decoración de su casa, que le estaba poniendo un techo nuevo para el salón o similar. No me irá a decir que no son más que calumnias...

—Es un encargo de la Corona Británica —contestó ella, firme—, y mi marido y yo estamos muy orgullosos de poder servirlo, con la buena factura que caracteriza a nuestro aserradero.

—Eso mismo pensé yo cuando sacó el comentario, después del oficio. No me pareció que Lambert utilizara la palabra adecuada. Aunque también observó que presentarse constantemente en su casa resulta bastante impropio, teniendo en cuenta lo bien que se pueden tratar los negocios por carta.

Cecilia bajó la vista y se tuvo que callar. Las habladurías nunca tardaban mucho en propagarse. Para la maledicencia lo mismo daban los Países Bajos que cualquier otra parte.

—Descuide, que le haré llegar su propuesta hoy mismo. Por carta. —Se puso en pie, dando la visita por finalizada—. Aunque dudo de que ningún papel sea tan persuasivo como una buena conversación...

Amelia se puso también en pie. Indignada por las formas de Cecilia, su tono gélido y su irritante sonrisa de cortesía. La estaba invitando a marcharse sin contemplaciones. Pero ella todavía no había dicho su última palabra.

—Entienda que el reverendo solo intenta velar por el orden moral de la colonia. Aquí, tan lejos de casa y tan cerca de los salvajes, es muy fácil perder las buenas formas. Ya se dará cuenta cuando lleve aquí más tiempo...

Cecilia tomó el camino de la puerta y a Amelia no le quedó más remedio que seguirla. No podía quedarse como un pasmarote en el salón, hablando sola.

—Yo le comprendo —siguió diciendo, mientras caminaba—. Ahora que soy la mujer del residente creo que me corresponde también un poco ese papel. Mi marido ya se encarga de demasiadas cosas.

—Madya, traiga el chal, por favor. La señora Dekker ya se marcha.

—Pero es verdad que se excedió utilizando aquel apelativo... *mistress*.

Ambas se sostuvieron la mirada ante la puerta principal, a través de cuyo cristal entraba oblicua la luz.

Mistress era una palabra equívoca, que podía significar, simplemente, gobernanta doméstica, señora de la casa o...

También podía significar amante.

Amelia bajó la voz, pero no los ojos claros.

—Aquello fue un exceso. Como si no supiera que el adulterio es un delito. Que un hombre paga con su reputación, pero que una mujer paga con la cárcel.

Cecilia tomó el chal de las manos de Madya, que acababa de llegar y se lo entregó.

—Buenos días, señora Dekker. —Le abrió la puerta ella misma—. Y no se preocupe. Estoy segura de que el señor Beresford dirá que sí.

El río, al final, se lo había llevado todo.

No había sido más que una fantasía absurda. De dos europeos soberbios e ignorantes, que no sabían nada acerca de la isla remota que habían elegido como destino.

Estaban en plena estación de las lluvias y el cauce había crecido, ablandando y volviendo inestable el terreno. Los pilares del molino se habían derrumbado, constatando su monumental derrota.

Nada podía hacerse contra algo así.

—Podemos volver a levantarlo —intentó consolarla Dian.

Cecilia estaba sentada sobre un tronco, las faldas extendidas alrededor. Quizás es que no debía ser. Quizás el molino nunca iba a tener su día propicio en el calendario, por más que esperara.

Desde su última visita a la casa Beresford pasaba las horas aletargada e insensible, como esperando que algo pasara. Necesitaba ver a Marc, pero ya no sabía cómo. La visita de Amelia Dekker la había puesto sobre aviso.

¿Cómo hacerlo sin dañarle? ¿Cómo sin dañarse a sí misma?

—¿Crees que se desbordará?

—El dique es fuerte —dijo el carpintero—. Seguro que podemos controlarlo.

«No. No podemos —pensó Cecilia—. No siempre se puede».

—¿Tú me eres fiel, Dian?

—Claro, señora.

—¿Y eres fiel a la Reina Virgen?

—Ella es mi Reina. La Reina de Klungkung.

Seguía dándole vueltas al maldito encargo de Amelia Dekker. A la carta que tenía que escribir a Marc para convencerle de que recibiera tanto a los holandeses como a los nativos. Por muy enojosa que le resultara Amelia, si existía la posibilidad de construir una paz duradera... había que intentarlo y trabajar por ello.

—¿Me dirás la verdad?

—Nadie sabe la verdad... pero le contaré lo que se dice.

—¿Qué es lo que hace Julia cuando va a la ciudadela?

—Ya se lo dijo el Cokorda. Está aprendiendo.

—¿A leer?

Él asintió.

—En la letra escrita es donde habita Saraswati, diosa de la sabiduría.

—¿Qué es lo que lee, Dian?

—Los versos de la poesía *kawi*. Ella también quiere escribir, como la Reina. También quiere ser *rakawi*, reina de los poemas.

—¿Por qué la llaman la Niña Divina?

—Porque lo es.

—¿Le ha hecho algo? ¿O quiere hacérselo? He oído que a veces... dice el señor Beresford que en Bombay hay mujeres a las que les prenden fuego. Y que aquí también se hace. Cuando las autoridades no están mirando...

Dian esperó un momento antes de contestar.

—Solo son las viudas y no les prende fuego nadie. Son ellas las que entran en la pira, cuando sienten que deben hacerlo.

—La Reina Virgen adora a una diosa de la muerte. Ella misma lo dijo.

—Ustedes no entienden... Son ojos blancos... Sus ojos no pueden ver lo que pasa...

—No dejaremos que tu Reina haga daño a Julia. No es más que una niña, por amor de Dios. Ella se aprovechó... de su falta de una madre. Del tiempo en que Marc estaba ausente. Tiene que dejarla ir.

—Durga también debe ser adorada. Eso es lo que mi señora Cecilia no entiende. No es mala. Ninguno de los dioses lo es. Ella es terrible y destructiva, pero... ¡Es muy importante! Mi señora, la Reina, sufre mucho cuando le pide en el templo que se siente sobre ella. ¡Es un terrible peso! Y Julia...

—¿Julia qué?

—En el festival de Durga siempre hay una niña especial. Se la viste como si fuera la diosa y se la adora durante varios días, como si fuera su reencarnación. La Madre, la Reina Virgen, permitió que Julia fuera la *kumari*. Eso fue lo que pasó.

—Así que introdujo a una niña solitaria en un culto demoníaco. A espaldas de su padre.

Dian suspiró, por el esfuerzo de hacerse entender.

—No se quiso hacer daño.

—Haría mejor en dejarla en paz cuanto antes.

—Sí, señora.

Él se retiró, con una reverencia discreta.

—Dian, ¿es verdad que la peste ha llegado ya a Klungkung?

—Se dice que sí, señora. Que a veces aparecen los muertos y que ya están empezando a aislar a las familias.

Se quedó esperando, por si ella quería decir algo más.

—Ya puedes irte.

Ella se quedó un rato allí sentada, mirando el río.

Hasta que cayó la noche y los contornos se difuminaron.

Y sus ojos ya no pudieron ver nada.

Puede recurrirse a las esposas de otros hombres, pero debe entenderse claramente que esto solo está permitido por razones especiales y no por el mero deseo carnal. Un hombre puede recurrir a la mujer de otro a fin de salvar su propia vida, cuando percibe que su amor por ella va aumentando gradualmente de intensidad. Estos grados de intensidad son diez y se reconocen por los siguientes síntomas:

1. Amor de los ojos.
2. Afecto espiritual.
3. Reflexión constante.
4. Falta de sueño.
5. Adelgazamiento del cuerpo.
6. Hastío de toda clase de diversiones.
7. Pérdida de pudor.
8. Demencia.

9. Desfallecimiento.

10. Muerte.

El libro nos enseña lo siguiente: supongamos que una mujer, al alcanzar el lozano vigor de su edad, se inflama tanto de amor por un hombre que, encendida por la pasión, teme caer en uno de los diez estados antes descritos, probablemente conducentes a la muerte a causa del frenesí si su amado rehúsa el trato sexual. Bajo estas circunstancias el hombre, tras haber sido importunado durante algún tiempo, considerará que su negativa podría costarle la vida, y por lo tanto la gozará en alguna ocasión, pero no siempre.

Había pasado los últimos días intentando entretenerse con la labor. Dando una vuelta tras otra, en círculos, buscando distraer su pensamiento de Marc. Pasando la aguja por debajo y por encima de las hebras, tensas por los alfileres, hasta que la roseta de encaje adquirió su forma definitiva.

Le recordaba a las rosas chinas, que se abrían fragantes junto a las paredes de la casa Beresford. «No duran mucho con este calor —le había dicho en su primer encuentro—. Se ponen oscuras enseguida». Pero aquella roseta de encaje nunca se le oscurecería. Permanecería siempre blanca.

Cuando cerró el último nudo del último pétalo blanco fue cuando se le acabaron las excusas.

Ni las amenazas de Amelia, ni la posibilidad de acabar ante el juez, ni su propia angustia que iba creciendo dentro de ella, día tras día... impidieron que tomara, de nuevo, el breve camino de tierra que la llevaba hasta allí. Hasta la casa y el escritorio amado de Marc.

Él, por fin, le había dado la vuelta a todas las llaves y se lo había dejado abierto por completo. Sin secretos.

De los cajoncillos y portezuelas sobresalían postales con dibujos de Dover y de la India, cartas personales y un guardapelo donde estaba pintada la misma mujer que en la caja musical de Julia.

Había también una medalla de la Real Escuela Militar del Duque de York; un pañuelo con el escudo bordado de la Real Sociedad Geográfica de Londres, con el año 1830; un mapa primitivo del sudeste asiático; un anillo, una pipa, un saquito de arroz con un lazo y su inicial en punto de cruz.

Sus pequeños tesoros, que para Cecilia no tenían ningún significado evidente. Más allá de que formaban parte de la preciada intimidad de él.

Sujetó con infinito cuidado cada uno de ellos. Los miró uno por uno, los besó y los devolvió a su lugar.

Solo había un compartimento cerrado: el central, guardado por la combinación de las tres letras metálicas. Cecilia se metió la mano en el bolsillo y sacó la roseta de encaje, recién terminada, que había traído para Marc. La enganchó con cuidado y la dejó colgada sobre el tirador.

Le sintió detrás de sí, acercando una silla al escritorio.

«Has vuelto». «Vuelves una y otra vez». «Ya pensaba que nunca volvería a verte». «Pero sigues volviendo a mi casa. Y a mí...».

Tomó la mano de Cecilia desde arriba, la palma masculina montada sobre el dorso femenino.

Entrelazándole los dedos y llevándolos a su boca para besarlos.

Ella apenas podía respirar mientras él le guiaba la mano, suavemente. Subiendo por la muñeca, el brazo y el hombro... acariciándose a sí misma bajo su amoroso dictado.

Él introdujo las manos de ambos por la línea del escote, donde el pecho estaba oprimido por el corsé. Pero mientras que la de ella descansaba sobre la piel caliente, la de él tan solo rozaba la tela y las varillas.

Le retiró las faldas con la otra mano y Cecilia tomó aire para no desfallecer.

Él siguió guiándola, una mano sobre la otra, llevándola a recorrer el muslo pálido, por encima de las medias.

Subió hasta donde el corsé tenía su final en pico y exploró con ella la curva de su vientre, que era el de una mujer que había sido madre y, a la vez, no lo había sido.

Marc lo recordaba todo. Con Emily. Cuando había dado a luz.

Cómo el parto la había quebrado en su intimidad más profunda. Todo aquel dolor físico, aquel tránsito tan difícil, tan explícito ante los doctores...

Había tenido que despertarla de nuevo al placer, a lo largo de meses. Con paciencia y caricias y palabras de consuelo que pudieran reafirmarla. Con susurros de dulce intromisión y gentiles requerimientos. Y luego con palabras más audaces, con demandas cada vez más intensas, con exigencias... hasta conseguir hacerla suya otra vez.

Recuperándola para él era como la había recuperado también para sí misma. Reparando el desastre. Restaurándola como mujer.

Conocía bien ese camino porque ya lo había recorrido antes. Sabía muy bien cómo lo tenía que hacer.

Guió la mano de Cecilia hacia arriba y hacia abajo por la línea cerrada de los muslos, ejerciendo una presión suave en el camino donde las piernas se cruzaban, aún firmes.

Ella temblaba recordando cómo él había tocado el aritmómetro, con una sensualidad hipnótica, de arriba abajo sobre las hendiduras mecánicas.

—No hay nada malo en que una mujer desee. —Sus palabras se abrían paso en su oído, inevitables—. O en que obtenga placer. Debajo de todo ese lienzo holandés aún estás viva. Respiras, sufres...

«Amo».

—Cuando te leo... es como si...

Cerró los ojos y se apretó contra ella, incapaz de darle fórmula a aquello. Se le escapaba dentro de la mente antes de que ninguna palabra pudiera darle alcance. En la pared del despacho, ante ellos, estaba el cuadro del paisaje británico. El lugar de su hogar.

—Es como si viera la tela desgarrada. El acantilado blanco, como en Dover. Brilla... y duele. Como brilla y duele la muerte, Cecilia.

Los muslos se rindieron al contacto de su mano, como si reconocieran ya por completo la pertenencia.

Se abrió a la caricia y a la intromisión de sus propios dedos, siempre guiados por los de él.

Marc era el dueño de su deseo, que era como decir que era el dueño de su persona porque el deseo ya lo era todo.

—Escribe sobre esto... Y luego, dámelo.

«¿Qué clase de hombre eres tú?».

Él escogió una de las plumas del escritorio, la más costosa de las cuatro. Con el lateral cortante del plumín de acero marcó las medias lunas sobre la línea del pecho, en el dibujo que llamaban «la uña de tigre». Cecilia aguantó el dolor sin moverse y sin mirar.

Después él se abrió la camisa. Puso el plumín en la mano de Cecilia y lo apoyó sobre su pecho, bajo la línea de la clavícula.

Ella tragó saliva. No sabía si iba a poder hacerlo.

Le temblaba la mano, pero él la ayudó a enterrarlo en la carne.

En la calesa, durante todo el camino de vuelta, Cecilia no podía levantar la mano de las heridas deliciosas que llevaba en el pecho.

La recepción

—Se llevaron todos los timones, hasta el último. No ha quedado ninguno. ¡Y solo en el primer día! Le he pedido a Dian que busque por lo menos a tres carpinteros más.

Jacob estaba entusiasmado tras su primer día de mercado en la *factorij*. Había abierto el Château Haut-Brion, que siempre aparecía como uno de los mejores clasificados en las listas de Burdeos, y ya iba por la segunda copa.

—¿Te das cuenta, Cecilia? Yo creo que en tres meses lo habremos recuperado todo. Se acabó el darle largas por carta a la familia. Al fin podremos demostrar que todo esto no fue un desvarío... Ni una simple huida.

Cecilia llevaba ya dos semanas sin pisar la casa Beresford. Su mano mantenía la servilleta apretada contra el pecho, allí donde podía sentir el recuerdo de las marcas. Desde aquel día no había logrado descansar apenas.

La comida permanecía intacta en su plato. La mirada ausente y las ojeras le daban un aspecto demacrado. Estaba muy pálida y con los cabellos descuidados, sin peinar. Vivía en una angustia constante, que le impedía concentrarse o dormir o disfrutar de nada. El espíritu que se marchita, todavía en vida, encerrado en el cuerpo.

Jacob la miraba con preocupación, desde el otro lado de la mesa.

—Creo que las cosas están yendo muy bien... ¿No?

—Creo que sí —musitó ella.

—Y todo gracias al señor Lange y a su mercado. Y, bueno, al señor Beresford, claro... que tuvo a bien presentarnos.

Cecilia cerró los ojos con fuerza. No soportaba la mención de su nombre. ¿Cómo podía uno ahogarse dentro de sí mismo? ¿Es que acaso tal cosa era posible? Se llevó la servilleta a los labios, sin poder hablar.

—¿Qué te pasa, Cecilia? ¿Te sientes mal?

Estaba acostumbrado a que la falta de hierro se cobrara un poco la salud de su mujer, pero no recordaba haberla visto tan desmejorada desde hacía tres años. Cuando lo del parto y la pérdida de Carice.

—Necesito descansar...

—Por supuesto. Los dos lo necesitamos. Estos meses han sido de un esfuerzo titánico. El viaje, adecuarlo todo, el aserradero, la casa... pero ya estamos muy cerca. Los frutos están ahí, al alcance de la mano. Ahora podremos vivir más tranquilos e incluso... Incluso tener nuestro propio

barco. Un segundo *Kabouter*...

Cecilia le dedicó una media sonrisa. Se alegraba por él, pero... sentía que ella misma se hundía. Y que el mundo se hundía a su alrededor.

Jacob sentía todo su desánimo. Se estaba preocupando de verdad.

—Pediré que el médico venga a hacerte una visita. Y que te dé un reconstituyente.

Los médicos, claro. Y los medicamentos. Y los sanatorios. Así era como los hombres reparaban a sus mujeres, ¿no es cierto? Como las convencían de que nada cambiase. Siempre estaban allí para solucionar todo aquello que pudiera ser inconveniente. La medicina era la que tenía razón y no las mujeres, cuya locura no tenía cabida en una sociedad civilizada y de progreso. Los sentimientos, los deseos, los instintos... nada de aquello lo tenía. Las mujeres se volvían locas por razones no específicas. Y allí estaban los médicos para arreglarlo todo, para convencerlas de que estaban enfermas y de que, tarde o temprano, todo iría bien. «Mire, doctor, es que lo que yo tengo son ganas de vivir». «No se preocupe... Respire profundamente. Si no tiene más que esperar... Le garantizo que, con el tiempo, se le pasarán».

—No puedes seguir deteriorándote así. Tenemos que hacer algo antes de que te pongas peor...

«Deja ya de cuidarme, Jacob. No lo soporto».

—Enviaré recado al médico a primera hora —dijo ella, con una sonrisa amarga.

—De acuerdo, entonces. —Él arrojó la servilleta a un lado de la mesa—. ¿Cuándo va a ser la recepción para el nuevo residente?

Marc ya había escrito a los Dekker, confirmándoles que ponía la casa a su disposición.

—En una semana. Llevaré a Madya para ayudar en las cocinas.

—Seguro que va a quedar maravillosa.

Jacob sonrió con toda la ilusión que pudo. Quizás eso la distraería, le daría algo que hacer. A las mujeres les gustaba organizar fiestas, ponerse vestidos, invitar a los músicos, presumir ante otras mujeres... Al menos a su madre le gustaba, allí en Holanda.

Cecilia le devolvió la sonrisa, con el corazón roto en los ojos. «Mi pobre amor».

Jacob se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

—Si necesitas algo, puedes despertarme. A la hora que quieras. Espero que duermas bien.

En su beso pudo sentir Cecilia todo su miedo contenido. La incertidumbre y la impotencia.

Le vio alejarse hacia su cuarto y luego se quedó mirando el plato con los ojos muy abiertos.

Estaba aterrada.

Una vez en su cuarto, sacó los papeles, preparó el tintero y la pluma. Se quitó el vestido, el corsé, las enaguas y las medias... hasta la última prenda que llevaba puesta.

Lo que construyó con las palabras era un puente. Uno entre lo que había sucedido en el despacho de Marc y lo que ella deseaba sin cesar.

En aquel último escrito ya no podía seguir yendo de perfil, enmascarada y envuelta en disfraces. Los nombres propios, Cecilia y Marc, aparecían en tinta brillante y negra, que parecía estar viva sobre el papel de fibra.

Describió el despacho de él, con todos sus detalles, tal y como lo llevaba burilado en su mente. Mencionó cada uno de sus cuadros, sus muebles y sus prendas personales. El escritorio donde toda su afinidad había nacido y crecido y tomado formas inverosímiles.

Los brazos de Marc sujetándola y subiéndola a la tabla del escritorio y quitándole la ropa. Liberándola de todas las normas anteriores e imponiendo otras nuevas, acordadas... las de ambos, nada más. Dictadas al calor de los cuerpos y de las voluntades más profundas.

La única sanción necesaria era la de la selva, que entraba a raudales por la ventana. Rabiosa de esmeraldas y rugiente de ríos y de tigres. De ejércitos de hormigas carnívoras, de árboles banianos que parasitaban y destruían a los otros. Movimientos de tierra que acababan con todo en instantes. Tierras de volcanes que parecían extintos, pero que solo dormían, a la espera de una oportunidad.

Lo dejó todo hilado en el manuscrito, como si fuera un talismán del deseo. Una llamada que actuara por sí sola... esperando el aliento del lector al que iba dirigido. Confió una última caricia a la superficie de pulpa vegetal, antes de abandonarlo sobre la mesa.

Salió afuera desnuda y se dirigió al río y a la noche. Sin preocuparse de que alguien más pudiera verla.

Esquivó descalza los escombros del molino y se metió en las aguas cálidas y negras.

Ahora estaba en manos de algo mucho más fuerte que ella.

La recepción se había organizado al aire libre y había tenido ocupadas a casi todas las mujeres de la colonia, que eran las mismas que ya se habían reunido en Navidad. Amelia Dekker había creado un comité de fiestas —su primera decisión como esposa del nuevo residente— y había enviado cartas a la mayoría de ellas. Cecilia, pese a ser la vecina más próxima a la casa Beresford, no había recibido ninguna.

Tampoco había querido reclamarla. Después de la incómoda visita de la señora Dekker, se le hubiera hecho imposible ir a casa de Marc para supervisar los preparativos. Durante las dos semanas que el comité había tardado en llevar las mesas, conseguir los metros de tela, levantar los postes y colocar los toldos se había mantenido lejos de él.

Ahora que estaba en la fiesta, se había propuesto permanecer distante. Era menester ser más prudente que nunca.

Pasó por delante de una tarima improvisada, cubierta con un toldo octogonal bajo el que se había dispuesto una orquesta balinesa de pocos instrumentos. Cecilia sonrió. Salvo por estos últimos, que eran bancos metalófonos en lugar de violines, era muy parecido al quiosco del Jardín Botánico de Ámsterdam.

—¿Es bonita la música? —hablaba el Cokorda, el rey segundo de Klungkung.

Había sido enviado en sustitución de la Reina Virgen, que se había disculpado por no asistir. Se acercaba con el grupo de hombres desde el otro lado del quiosco.

Cecilia logró cruzar una mirada con Marc, por entre los cuerpos de los músicos.

Antes de que pudiera prolongarse se marchó a revisar los manteles. Estaban arrastrando el encaje mecánico por el suelo y llevaba toda la tarde intentando calzarlos con las piezas de la vajilla. El encaje tenía que permanecer siempre blanco, impoluto. Su madre se hubiera puesto enferma de verlo así.

—Es una música muy suave —dijo Mads Lange—. Habitualmente no las soporto más de una hora. Demasiado frenesí. Pero esta...

—Hemos adaptado las canciones —indicó el Cokorda con una pequeña reverencia—. Para la

ocasión.

—Le agradecemos su esfuerzo —aseguró Marc. Era el más consciente de lo delicado que era aquel acercamiento. Debía hacerse paso a paso, demostrando buena voluntad, para lograr poco a poco la confianza necesaria. No podían desaprovechar la oportunidad.

—Los instrumentos siempre son los mismos, pero la formación es distinta según la ocasión... Esta es la orquesta que llamamos «de dormir».

—Ya decía yo que me estaba entrando el sopor... —dijo el residente, el señor Dekker—. Aunque debo reconocer que la fiesta es excelente... pero yo diría que todo el mérito es de las mujeres. No saben la de semanas que lleva mi Amelia hablando de esto, enviando misivas y, por qué no decirlo, dispensando florines de la administración a diestro y siniestro...

—El resultado ha merecido la pena, desde luego —concedió Lange—. Se nota la excelente mano de sus esposas.

—Qué haríamos sin ellas, ¿verdad?

—Creo que sus músicos también tienen un gran mérito. —Marc se esforzó por mantener al Cokorda dentro de la conversación.

—Se dice que esta es la orquesta que tenían los reyes antiguos, en los tiempos de antes, cuando los dioses hablaban... Y que permanecían en sus cámaras mientras copulaban.

Los caballeros del grupo se miraron entre ellos, con los ojos desorbitados y sin saber qué decir. Aquella expresión era inenmurable. Mucho menos en público, al aire libre, en una ocasión formal como aquella. Mads Lange ocultó el rostro, al borde del ataque de risa. Él estaba acostumbrado a aquellos exabruptos por parte de los nativos, sus expresiones al respecto eran explícitas e incomprensibles para la moral victoriana. Pero las caras de los demás colonos eran estrambóticas, sobre todo las de los recién llegados.

Marc no podía disfrutarlo tanto como Lange. Estaba demasiado pendiente de todo lo que pasaba en la fiesta, de quién decía qué, cómo y a quién. Buscó las palabras para reconducir la situación, pero no se le ocurrió nada ingenioso.

—Eso ya es otra cosa —dijo el residente—. Ya me gustaría a mí tener un divertimento similar. Pero mi Amelia saldría corriendo espantada con esos señores rondándole la alcoba. En cambio, si se tratara de una princesa balinesa... ¿Qué dice usted a eso, señor Beresford?

—Eso, ¿qué dice usted? —Era el reverendo Lambert, que acababa de incorporarse al grupo. Llegaba con Jacob—. Porque ya lo dijo Dios... que no es bueno que el hombre esté solo. Pero usted ahí sigue, empeñado en llevarle la contraria.

«El que faltaba», pensó Marc.

—Sería maravilloso, sin duda alguna.

—Dicen que compró todos los dibujos de esa bailarina... —dijo el residente—. La que actuó en la fiesta de Navidad. Tengo entendido que no tenían mucho arte, pero aun así... Y que en algunos de ellos incluso estaba desnuda.

—Me parece que es una mujer casada —añadió Jacob, con voz queda. Le parecía evidente que se referían a Luh Sari, la esposa de Dian.

—Eso sería muy poco decente —dijo el reverendo.

Marc se sintió tentado de argumentar. Que un verdadero artista no necesitaba de la observación directa. Que podía utilizar la imaginación. Que el apreciar la belleza física no tenía nada de pecaminoso. Y que con su vida íntima hacía lo que le venía en gana.

Sin embargo, no dijo nada.

—Sin una mujer a su lado enseguida pierde uno la frescura, la vitalidad y hasta el porte —dijo Jacob.

Marc suspiró, cansado. Podía entender su necesidad de relacionarse y de establecer lazos fuertes en la colonia. Pero hacía tiempo que él había dejado todo aquello atrás. Estaba harto de todo y de todos en aquel lugar.

—Compórtense, caballeros y vuelvan un poquito al redil del Señor —dijo el reverendo—. ¿O tendré que dedicar el sermón del domingo a los peligros de la concupiscencia?

—Insisto en que se busque usted una mujer nativa —remató el residente, que ya llevaba más de una copa de borgoña en el cuerpo—. No tiene ni que casarse con ella, si no quiere... Solo para entretenerse un poco...

El rey segundo también callaba. Hacía mucho que la conversación se había salido de sus cauces. Así, ¿cómo iban a conseguir paz alguna?

—El reverendo tiene razón. Compórtense de una vez —intervino Lange. Él tenía mujeres balinesas, entre las oficiales y las secundarias, pero a todas ellas les había dado un hogar. Podía considerarse medio decente por ambas partes. Le quitó la copa de las manos al residente—. Y deje usted de beber, que no va a llegar ni a los bailes.

«Estos imbéciles lo van a echar todo a perder», pensó Marc.

—Vamos a ver esas rosas chinas. Las trajo usted de la India, ¿no es así?

—De los mismos jardines del gobernador de Bombay.

El grupo se dispersó y Marc se quedó a solas con el rey segundo. Era su labor permanecer junto a él, ya que nadie más lo haría. En aquellas ocasiones era cuando podía hacer un trabajo más eficaz.

El Cokorda de Klungkung había aprendido la lengua neerlandesa, al contrario que sus equivalentes en los otros reinos, que seguían utilizando a sus traductores árabes. El lado bueno era que agilizaba con mucho la conversación. Y el malo que no podía calificar los últimos desmanes como simples «errores de traducción».

—Disculpe tantos comentarios fuera de lugar.

—Parece un buen hombre, Beresford. Confío en usted.

Cecilia cruzó en aquel momento de vuelta a la casa. La vio subir los escalones blancos en forma de ola y cruzar la puerta principal, como tantas veces había hecho en los últimos meses. Antes de que empezara a espaciar sus visitas, por razones que aún no conseguía asimilar.

Si lo de ellos se sabía, estaba claro que no volverían a confiar en él ni el Cokorda ni nadie más.

—Y por eso mismo le confesaré algo. La Reina Virgen dejará el trono mañana. Irá a la cueva de los Murciélagos para despedirse. Su sobrino será su sucesor.

A Cecilia le extrañó ver a Dian deslizarse, de puntillas, al fondo del pasillo. Abrió la puerta del cuarto de servicio, junto a la cocina, y la cerró a su espalda con suma cautela, sin hacer apenas ruido. ¿Por qué estaba allí? ¿Es que le habían pedido que fuera a buscar alguna cosa? ¿Acaso se sentía enfermo y necesitaba reposo?

Le siguió y entró en el cuarto, sin llamar.

Nengah y Dian la miraron fijamente, en pie. Sobre la cama, sentada, había una mujer vestida con los oropeles de la danza ceremonial y un arco sobrecargado de jazmines en la diadema. El habitáculo era muy pequeño y su fragancia era abrumadora.

Se volvió al entrar Cecilia.

Era la Reina Virgen de Klungkung.

La delegación balinesa se había disculpado con que su figura sacra no podía abandonar la capital, pero era ella, sin duda alguna. La Gran Diosa Istri Kanya, en carne y hueso.

En las manos sostenía su horrenda máscara, brillante por la pátina de aceite, de ojos saltones y colmillos retorcidos. La misma que Cecilia había visto en la encrucijada de los ríos, en la tumba de I Seliksik, la primera vez. La melena, blanca e hirsuta, caía en cascada hasta el suelo.

La soberana se puso en pie y caminó unos pasos hacia ella. Las flores blancas y doradas, engarzadas en pequeños muelles, temblaban como los adornos de una estatua procesional.

La miró, sin reservas, y se puso lentamente la máscara.

Ahora era la bruja Rangda, la *comeniños*, señora de los demonios *leyak*. La diosa Durga se había sentado sobre ella.

Salió afuera, escoltada por Nengah, preparada para entregarse a una danza que ya sería la última.

—La epidemia se extiende y no ha hecho más que empezar. Cada vez aparecen más cadáveres... Dicen que es viruela.

Los perros dálmatas de Mads Lange no dejaban de importunarle mientras hablaba, pidiendo más comida. A Marc le estaban exasperando y temía que, a pesar de haber advertido al servicio, acabaran metiéndose en la casa y haciendo de las suyas.

—¿Se sabe por dónde avanza? —preguntó Marc.

Lange tomó unas bolitas de fruta escarchada que encontró en una mesa y las lanzó a los animales, lejos, para intentar tener la conversación tranquilo.

—Dicen que el brote vino del interior, pero cada vez está más cerca de la capital... No es seguro que vayan a poder contenerlo. Desde todas partes envían carrromatos de ofrendas a la cueva de los Murciélagos y no dejan de verse humaredas.

—Julia sigue yendo a Klungkung sin mi permiso. Temo que se vaya a contagiar...

—Dice mi médico que se puede prevenir la enfermedad, pero que uno tiene que pincharse con un alfiler infectado de las pústulas. Se pasa mal unos días, pero después estás a salvo.

—He visto los dibujos de los cadáveres en los periódicos...

—Acribillados. Lo contrario a la muerte bella, desde luego.

Marc le miró de frente. De esas miradas entre hombres que solo piden la verdad.

—¿Qué vas a hacer tú, Mads?

El danés suspiró.

—No estoy seguro... Ya no me quedan fuerzas para mudarme a otra isla ni pelear el dinero con unos y con otros. Ni tampoco para engañar a ningún otro reyezuelo...

—Vamos. No puedo creer que al Gran Danés se le esté acabando su encanto...

Dedicó a su amigo una sonrisa triste. Sabía que las cosas no le iban bien. Los bloqueos durante la guerra habían interrumpido el comercio, no había hombres suficientes para trabajar los

campos y su famoso molino de aceite estaba parado por la falta de cocos. Se le veía enfermo y agotado.

—He permanecido aquí durante tres guerras, como un palo mayor, sin claudicar, pero... —Le rodeó el hombro con el brazo, como lo había hecho tantas veces en la casa Lange— debo confesarte que le he escrito una carta al rajá de Tabanan. Estoy pensando en volver a Dinamarca.

Marc aguantó el golpe con estoicismo. La lealtad que le había demostrado Mads Lange era propia de un hermano.

Tras la muerte de Emily, los únicos brazos que había encontrado disponibles habían sido los del opio. Los días y las noches de entonces se habían confundido entre sí. Se habían entremezclado lo grande y lo pequeño, de forma que ya no importaban ni lo uno ni lo otro. Ni siquiera Julia, que había pasado un mes entero en la ciudadela de Klungkung, sin saber apenas de su padre.

Allí, vagando por espacios improbables, desmayado sobre las alfombras y los cojines de los fumadores, oliendo a incienso y al sudor cansado de los desahuciados, le había encontrado Mads Lange y le había ofrecido su casa.

Había escuchado con paciencia sus penas y su nostalgia... entre vasos de licor, humo de tabaco y carambolas de billar.

En aquellos días que pasaron juntos, durante la tercera guerra, el mundo ardía de balas cruzadas, fuera de los muros protectores de la *factorij*.

Mientras ambos trabajaban sin descanso en los acuerdos de paz, soñando el futuro.

—Los chinos se están quedando con todo y yo... Mucho truco nuevo para un perro tan viejo. Tampoco me llevo bien con el nuevo residente.

—La Reina Virgen también se retira.

Mads Lange se agachó sobre el rosal y tomó una flor abierta entre los dedos para acercársela al rostro.

—Es asombroso que puedan prosperar con este calor.

Las rosas chinas, cuando envejecían, adquirían el color del bronce. Era como si alguien las hubiera acercado al fuego.

—Tendría que haber cortado las rosas —dijo Lange—. Cuando aún estaba a tiempo. ¿No lo cree usted, Cecilia?

Marc se volvió y se los encontró de frente, a ella y a Jacob. No sabía cuánto tiempo llevaban allí.

Ella solo podía mantener los ojos fijos en él.

—¿Cómo eran esos versos de William Wordsworth? —Siguió Lange—. Los de la gloria en las flores... ¿Los conoce usted?

El danés consiguió hacer memoria y empezó a recitar:

*Aunque el resplandor que
en otro tiempo fue tan brillante
hoy esté por siempre oculto a mis miradas.*

Aunque mis ojos ya no

*puedan ver ese puro destello
Que en mi juventud me deslumbraba.*

Cecilia lo terminó:

*Aunque nada pueda hacer
volver la hora del esplendor en la hierba,
de la gloria en las flores,
no debemos afligirnos
porque la belleza subsiste siempre en el recuerdo.*

Ambos, Cecilia y Marc, se quedaron mirándose. Sabiendo que no había ninguna posibilidad para ellos.

—Mi mujer es gran admiradora de la lírica británica —dijo Jacob—. Bueno, en realidad como todas las neerlandesas. Será que la nuestra no es tierra de poetas.

Cecilia cerró los ojos.

—Excepto Hieronymus Van Alphen —musitó ella, al borde de las lágrimas—. Y solo hace poesía para niños.

No podía decir nada en su defensa. Nada, aparte de que estaba completa e irremediablemente enamorada del hombre que tenía enfrente.

—Esto de los versos debe de ser cosa del clima —siguió Jacob—. De las tormentas y de los bosques. Porque lo que a nosotros se nos da bien es hacer dinero, estudiar leyes, construir barcos... Usted me entiende, ¿verdad, Lange? Porque usted es un poco como yo...

—Desde luego. ¿Le he contado ya lo que me están haciendo esos malditos chinos? Porque parecen no tener hartura. Venga conmigo, que me han dicho que la danza está a punto de comenzar. —Le rodeó los hombros con el brazo y se lo llevó hacia el entarimado que estaba en el jardín, en la parte trasera de la casa. Todos los invitados estaban ya buscando sitio—. Pues como le decía el otro día me volcaron un carronato por tercera vez en un mes. ¿Y lo del incendio en mi almacén de copra? Un candil mal apagado no causa semejante estropicio...

Marc arrancó una de las rosas y se la tendió a Cecilia.

—En el árbol baniano, frente a la casa.

Él fue el primero en apartarse y Cecilia se quedó sola entre la riada de invitados.

Amelia Dekker la estaba mirando, sin perder detalle.

Cecilia tardó unos instantes en refugiarse en el árbol y se abrazó a su tronco, de pura intranquilidad. El martilleo incesante de la orquesta caía sobre su corazón.

Marc cerró la cortina de lianas, como algunas veces había visto hacer a Julia, cuando iba a esconderse.

Ella se dio la vuelta y él la abrazó con fuerza, contra la corteza. Ambos se besaron con pasión incontenible.

Él le abrió el vestido y le besó las heridas que le había hecho de su propia mano.

—¿Era esto lo que querías? —gimió Cecilia—. ¿Hacerme desear algo que no podemos tener?

Marc apoyó la frente en su cuello, preso de su propio delirio.

—Dicen que las fantasías amorosas calman el dolor. Yo solo quería dejar los fumaderos de opio. Por Julia...

—Ahora solo puedo pensar en ti. No es más que una tortura.

—Ven aquí...

Cecilia se sujetó a él. Tan solo padeciendo, de forma interminable, aquello que no sabía ni cómo nombrar. Marc le metió las manos por debajo de la falda buscándola.

—Yo no te respetaré, Cecilia. De respeto se va a morir el mundo. —Aspiró el olor en su cuello, desesperado. Hacía calor y ambos cuerpos sudaban bajo las ropas de fiesta—. Ya no puedo...

En ese momento se abrió la cortina del baño y apareció Julia. Estaba acompañada.

De familia galesa

La mezcla de rasgos del muchacho era tan exótica que parecía irreal.

Su piel era oscura como la de los balineses, pero parecía mucho más alto, con el cuerpo delgado y huesudo. En sus ojos rasgados brillaba el azul nórdico y distante de Mads Lange.

Estaba acostumbrado a bajar la mirada ante la incomodidad de su propia fascinación. Sabía que era un símbolo detestado por ambos bandos, como pasaba con todos los *liplap*. Cuando los balineses le hablaban, solo veían su mirada azul y la mandíbula europea de un esclavista. Cuando lo hacían los europeos, siempre era en la lengua común de Bali y con el tono firme de las órdenes.

Había crecido protegido por los muros de la *factorij*, aunque no en la casa principal, sino en las dependencias de siervos y concubinas. Era de aquellos que se quedaban en la periferia de los linajes. Los que no tenían la suerte de que sus madres conquistaran del todo al patrón.

Seguía siendo un muchacho y no un hombre, eso lo tuvo claro Marc desde el primer momento. Desde las primeras advertencias que le había hecho a su hija, allá en la casa Lange, cuando ella había empezado a ausentarse y a hablar largas tardes con él. A intentar que pronunciase bien la palabra «gato» en vez de «hato». A interesarse por quien, como ella, no pertenecía a un mundo ni a otro.

—Creía que ya habíamos hablado lo suficiente sobre este asunto.

Julia mantuvo la mirada serena y los labios apretados, la barbilla alta y desafiante. La presencia de Cecilia allí le quitaba a su padre toda autoridad. Una intromisión inoportuna que acababa de convertirse en un triunfo. Apretó la mano del mestizo en la suya y tiró levemente de él, poniéndolo a su altura. Al hacer el movimiento la línea de muselina blanca del escote se movió y Marc le vio unas marcas parecidas a las que él mismo le había hecho a Cecilia.

—Ya hablaremos de esto, Julia. Hasta que lo hagamos... —Se dirigió al chico— no te acerques a mi hija o le pediré a Mads Lange que te meta en cualquiera de sus barcos y te envíe bien lejos.

—¡Pues me tendrás que enviar a mí con él!

Marc le cruzó la cara a la chica.

—Cada uno tiene su sitio en el mundo, ¿me oyes? Así que ponte de una vez en el tuyo. Te voy a repetir muy claro quién eres, que parece que se te ha olvidado de estar aquí con estos salvajes y estas historias de fantasmas. Tú eres Julia Beresford, nacida en Dover, de familia galesa y de iglesia anglicana. Tu idioma primero es el inglés y tu segundo el galés. Tus abuelos paternos son Thomas Beresford y Anne Beresford. Tu madre fue Emily Townsend, de Dover. Tus abuelos

maternos fueron Henry Townsend y Rose Townsend...

Julia se tapó los oídos con las manos. «Uno no se convierte en otra persona, así como así».

—Tu vida está en Inglaterra. Y en Ginebra...

Julia se puso a gritar, pero Marc le quitó las manos de los oídos y alzó bien la voz para que le escuchara y la sacó del brazo, de entre las lianas del baniano. Tenía que atajar aquello de inmediato. Antes de que la gente cambiara el espectáculo de danza por el escándalo.

—Hasta ahora pensaba que lo mejor era que estuvieras conmigo, en lugar de ir a un internado... Pero ahora sé que he sido un egoísta. Que llevarte conmigo te ha hecho mal porque te ha llevado a esto, a esta confusión... ¡Ya no sabes ni quién eres, Julia! Ha sido un error, perdóname, porque te necesitaba.

—No, no, no, no...

—Me había quedado solo y te quería conmigo, desesperadamente, pero esto... no puedes seguir por este camino. Irás a Ginebra. Y luego a Inglaterra, adonde perteneces. Esto hay que arreglarlo... y vamos a arreglarlo juntos.

Julia no podía soportarlo. Se abrazó al muchacho y enterró el rostro en su cuello.

—Di algo, por favor...

Él se retiró un paso, separándose de ella con frialdad.

Toda la educación y todos los castigos y todas las varas que había visto en su vida iban dirigidas a evitar aquella situación. Lo más importante, lo único que contaba en la vida eran las castas. La jerarquía. Estaba prohibido que cualquier hombre balinés se relacionara con una mujer de mayor estatus que él.

—No eres más que una niña mimada que se ha creído un montón de tonterías —dijo Marc—. No todos somos iguales, Julia. ¡Somos lo que somos en sociedad! ¡Únicamente!

Cecilia se tapaba la boca con la mano, reprimiendo la tensión y las lágrimas. Le hubiera gustado decir algo, pero sentía que no podía intervenir. Lo que se estaba jugando era demasiado importante.

Sentía que cada palabra de Marc iba en contra de todo lo que había predicado en su vida y por lo que había luchado. Todas las ideas, los sueños, las historias, Burton y su puente entre culturas... no parecían ahora más consistentes que el aire. Discusiones de tarde para los salones de los europeos ociosos. Pero ahora se trataba de proteger a Julia de la desgracia que, sin duda, la acechaba.

—Te lo diré con las palabras de un adulto porque no hacerlo sería condenarte al infierno —terminó Marc, grave—. No te puedes casar con un mestizo. Nunca tendrás un hijo de un mestizo porque eso significaría que no tienes control sobre ti misma, que es lo peor que le puede pasar a una mujer. Y en los barcos lo primero que hacen los marineros es matar a tu amigo, arrancarte la ropa, violarte de todas las maneras posibles y luego tirar tu cuerpo desnudo por la borda.

Los fuegos casi estaban extintos en la cocina abierta de ladrillos, hecha al modo balinés, que habían levantado junto a los rosales. Los monos bajaban de los árboles y recorrían a toda prisa las mesas, balanceando sus colas. Rebañando la comida de los platos y hurtando los plátanos y los mangos abiertos que se habían quedado en las bandejas.

Cecilia se había quedado para organizar la recogida y la limpieza en la casa Beresford, una

vez terminada la recepción. Se había quitado el vestido de paseo para que no se estropeará y se había puesto el de diario, austero y oscuro.

—¿Podrías colgarme el bueno en el armario por favor? —pidió a Jacob, que se retiraba primero.

—Enviaré la calesa de vuelta, para recogerte.

Los invitados se habían marchado en un reguero discreto, pasando uno a uno por el momento incómodo de estrechar la mano de Marc Beresford y darle las gracias por la velada.

Corría el rumor de que había tenido una disputa con su hija. «El resultado de una educación deficiente». «Es lo que pasa cuando se las mimó demasiado». «Pobre hombre, no ha sabido hacerlo mejor». «Los hombres solos, que empiezan a flaquear antes de tiempo, se les cae la baba con sus hijos». «Tendría que haberse buscado una mujer que le criara a la niña...». Y, por supuesto: «Tendría que haber pasado más tiempo con ella y menos en esos fumaderos, perdidos de la mano de Dios».

Beresford permanecía sombrío y apenas les despedía cortés, con palabras parcas y un apretón de manos.

Cuando se hubo marchado el último de los asistentes, simplemente subió la escalera y se encerró en su despacho.

Cecilia, más agotada que de costumbre, se acercó a Dian, que estaba retirando las tablas del escenario provisional y tendiéndolas a los músicos para que las subieran al carromato, con los instrumentos.

—Los bailarines ya se han ido, ¿verdad?

—Hace tiempo, señora.

Le hubiera gustado despedirse de la Reina Virgen. No sabía de qué manera, pero... ni siquiera la había visto bailar. Era el único momento en que podía reunirse con Marc.

—Me hubiera gustado saludar a tu esposa.

—Ella no estaba aquí, señora.

—¿Ah, no? Pensaba que había participado en la danza... Como los demás.

—Luh Sari ya no puede bailar. Se puso enferma por la peste de las ampollas y murió. La cremación es dentro de tres días.

Dian siguió apilando los listones de teca sin levantar la vista, uno por uno, sereno. Sin mudar su expresión, con la mansa actitud de quien nunca ha deseado nada porque es inútil hacerlo. Su bisabuelo había sido carpintero, al igual que su abuelo y al igual que su padre. Y eso es lo que él era y lo que sería siempre.

Lo único que había cambiado era que ya no podría volver a calcular la hora del día en el rostro de Luh Sari. Según la inclinación del sol en su sombrero.

—¿Tú necesitas algo?

Dian esperó un momento y dejó de mover los listones.

—Me gustaría, señora, si puede ser...

—Dime.

—Que no me pagara usted un salario.

—Eso no me parecería justo, Dian.

—Deme usted los florines... pero por cada pieza, según su propio valor. —Levantó la mirada y en ella ya no había sumisión—. Con un salario fijo ya no importa si un hombre baila bien o baila

mal.

—Señora, por favor, háblele de la niña. —Nengah abordó a Cecilia en el pasillo, frente al despacho cerrado de Marc, entre susurros—. Yo estuve con ella todo el tiempo, desde la casa Lange. Ella estaba muy sola y aquel chico fue... Si apenas tenía con quien hablar. Todas sus visitas a la corte, para intentar aprender la lengua, para conocer los rituales... Todo ha sido para lograr la protección de la Reina. Yo sé que esta se apiadó de ella, pero... Ahora está sufriendo mucho. El señor la escuchará si usted...

—Pase —le contestó él, desde el otro lado. La sirvienta se retiró, de vuelta a la habitación de Julia.

La selva alta llenaba de verdes vivos la ventana. Pero Marc parecía no estar allí.

—Cecilia —dijo—, deje la puerta abierta, por favor.

Su cuerpo se estaba tensando por momentos.

—Espero que entienda por qué no debemos seguir viéndonos después de lo que ha pasado.

Ella no podía contestar. Intentaba seguir respirando.

—¿Cómo podría pedirle a Julia lo contrario de lo que yo mismo hago? Si soy el único ejemplo que tiene... ¿Cómo iba a seguir creyendo en lo que es correcto, si yo mismo no...?

Silencio.

—He descuidado a Julia demasiado tiempo. Ella debió ser mi prioridad... No habríamos llegado a esto, si...

Más silencio.

—Tendría que haber vuelto a Inglaterra hace tiempo.

Él seguía sin volverse, frente al escritorio.

—Bali ya no es seguro. La peste se extiende, la Reina está a punto de perder su trono. Y, por supuesto, está usted casada y no se puede mantener un engaño eternamente.

—Hay diferencias entre el engaño, la cosmética y el secreto —dijo ella por fin, amarga.

—En cualquier caso, ninguno de ellos puede durar. Todo lo que es falso acaba cayendo por su propio peso.

Aquella palabra se le clavó en el pecho. «Falso». ¿Cómo podía decir algo así?

—La diplomacia se basa en la reputación que los demás tienen de uno... —A Cecilia le pareció que estaba manipulando las letras de latón en la combinación alfabética del escritorio. Después cogió algo pequeño y blanco y lo guardó en el armarito del centro. Volvió a cerrar y a darle la vuelta a las letras para que quedara condenado.

Aquel mueble, con su particular jungla dorada, llena de pájaros y tulipanes. Mudo testigo de todo lo que había pasado entre ellos.

Cecilia pensó en la última historia, escrita en casa, que Marc ya no leería. Su declaración última de amor.

—No podemos permitirnos un escándalo, ninguno de los dos. Así es como debe ser.

—Tú me has hecho esto...

—Nos lo hemos hecho mutuamente.

—Sí, pero...

—Fuimos libres por un momento y eso tiene un coste. Es el precio por permitirnos... esto.

Ahora ya solo nos queda pagar...

Cecilia apretó los puños e intentó retener la angustia. Tenía que salir de allí.

Se dio la vuelta y se marchó, desesperada de dolor. Aquella quizá sería la última vez que tuviera que hacerlo. El pecho se le desgarraba con cada escalón que bajaba, hacia la puerta.

Fue al ver su propia calesa de vuelta, esperándola, cuando cayó en la cuenta.

Un miedo cerval se apoderó de ella.

Se subió al carruaje y dio la orden de marcha al cochero.

El último escrito estaba sobre la mesa, en su cuarto.

Jacob ya estaba allí.

La playa del jazmín dorado

—Dime, por favor, que no lo has quemado...

Jacob estaba sentado en la cama, esperándola. El vestido de fiesta a su lado, tirado con descuido.

—¿Y qué otra cosa podía hacer?

Cecilia sintió cómo se desvanecía y se dejó caer lentamente, mientras las faldas se inflaban. El pico de la vara del corsé golpeó el suelo y notó cómo se le clavaba en la mitad del pecho.

—¿Por qué te pones tú misma en una situación como esta? Que te desgracia a los ojos de todo el mundo...

—No pasó nada de lo que está ahí escrito.

—Oh, no... No, Cecilia. Ya es suficiente... He descuidado demasiado este asunto, es verdad, pero no hace falta que te expliques. En mis tiempos de estudiante estuve en muchas cortes de justicia. Sé reconocer la verdad cuando la tengo delante.

Ella tragó saliva. La vida era como el río revuelto, saliéndose de los diques, arrasando la granja y la casa, todo...

—No son más que palabras.

—Ahora todo tiene sentido.

¿Qué maldición era aquella? ¿Cómo algo que había escrito con sus propias manos podía volverse así en su contra?

—¡Nada de lo que dice es verdad!

—¡No es eso lo que parece! Si eran solo palabras, ¿por qué no te las tragaste? ¡Como hace todo el mundo!

—No pude... No pude hacerlo...

—Dejaste los papeles encima de la mesa. Y luego me enviaste aquí, directamente. —Levantó el rostro, amargo, y los ojos le brillaban, ella no sabía de qué—. Me has roto, Cecilia. Me has roto a sabiendas.

«¿Por qué había tenido que dejarlo a la vista? ¿Qué demonio le había impulsado a hacer algo así? Había sido todo fruto de un descuido o, por el contrario...».

—Solo traduje algunas cartas para él... Y le escribí unos relatos, nada más.

—Así que de ahí es de donde venía el dinero. Cuando ibas a su casa no era para cuidar de Julia ni para entregar las piezas de los techos. Todo era una excusa para cambiar... todo esto, por dinero. Bueno, eso tiene un nombre, al menos en Rotterdam... y nada bonito.

—No fue nada de eso. Yo...

—¡Ya basta, por amor de Dios! ¿Crees que me hacía falta tener una prueba por escrito? He visto cómo os mirabais en la fiesta, delante de todo el mundo. Y durante la danza no había forma de encontraros. ¿Cómo puedes negar lo que ya es tan evidente?

Cecilia admitió su derrota en silencio.

—¿Y no es peor vender el alma que la misma carne de uno? Ahora entiendo las ausencias en la mesa y los encierros en tu cuarto. Y yo teniendo paciencia... Y respeto, claro, porque eso es lo que me enseñaron mis padres que se le debe a las mujeres. Pensando que era lo que querías. ¡Qué absurdo!

«De respeto se va a morir el mundo». Marc sí que había sabido leerla, entre líneas. Ella había hablado, de la única forma en que sabía. Y él había sabido escuchar.

—Te quiero —se excusó ella, lastimera.

—No me hables así. No lo soporto.

—Es la verdad...

Se sentía agotada de explicarse.

—Tienes todo el derecho... pero es la verdad.

—¿Cómo puedes decir algo así?

El río y el molino. Y a veces los diques eran suficientes y a veces no lo eran. El día en que Carice murió, su sombra mató gran parte de la hierba que estaba alrededor. ¿Quién era culpable de todas esas cosas?

—No te entiendo, ¿sabes? Ahora que las cosas empezaban a ir mejor... Ahora que, por fin, lo habíamos conseguido. Pero no me interesa una mujer que persigue la desgracia. No es bueno para el negocio.

Se levantó de la cama y se dirigió a la puerta. Antes de salir, junto al dintel, se inclinó sobre la mesa de escribir y sacó el manuscrito del primer cajón. Lo lanzó con desidia sobre la mesa.

—Lo siento mucho, pero no me dejas alternativa. Tengo que denunciarte.

Dian entró en la mansión sin llamar y tropezó con los cajones abiertos, que estaban apilados en la entrada y el salón, a medio llenar con platos y con libros. Una de las cajas pequeñas se volcó y una copa de cristal de Bohemia rodó por el suelo. Él la observó, lívido, durante todo el recorrido hasta que se detuvo.

Nengah acababa de lanzar una sábana sobre el sofá y se había quedado muda mirándole. Desde lo del tigre reaccionaba con verdadero terror a cualquier ruido inesperado.

Dian se fijó en que en todas las cajas se había tachado la palabra «Bali» y ahora estaba escrito «Dover».

—¡Señor Beresford! —gritó.

Al no recibir respuesta subió unos pocos escalones. Por primera vez en su vida no le importó manchar el suelo de una casa señorial.

—¡Señor Beresford!

El despacho se abrió y Marc salió a la galería. Llevaba varios libros apilados en el brazo y por la puerta entreabierta se adivinaba el desorden. Varios tomos y adornos habían salido de sus correspondientes cajones, armarios y baldas y ya estaban apilados en los suelos. Las paredes

desnudas mostraban los clavos, ya sin cuadros.

—¿Qué pasa? —gritó, asomándose a la barandilla—. ¿Qué es este maldito escándalo?

—¡Ha ocurrido algo horrible!

—¡Nengah! ¿Dónde está mi hija?

La sirvienta se asomó a la escalera.

—Ha dicho que iría a la cueva de los Murciélagos. A ayudar con la cremación...

—¡Maldita sea, le dije que no podía salir de la casa!

—Ya, señor, pero es que la Reina... es su última ceremonia...

—¡Es la señora Cecilia!

Marc apretó la baranda.

«Cecilia».

Aún se sentía aturdido cuando pensaba en lo que había hecho.

No estaba seguro de nada, iba improvisando como un animal al que le sorprende un incendio en el bosque.

No quería imaginar su sufrimiento. Tenía que mantenerse firme hasta haber embarcado. Ya tendría tiempo de dolerse en los ocho meses de barco que tenía por delante.

—¿Qué pasa con ella?

—¡Tiene que venir conmigo!

—¿Está en peligro Cecilia?

Su tono era sobreactuado, por encima de lo que podía controlar. Aún no había tenido tiempo de hacerse a la idea. Era como si le hubiera dado una patada a sus sentimientos y los hubiera metido en un armario para que no le estorbaran. Hasta que todo aquello pasara...

—Está en la cárcel.

—¿Cómo se atreve? ¿Cómo ha podido acusar a Cecilia de adulterio? ¿Es que se ha vuelto loco?

Dian le había guiado hasta el patio anterior de la cárcel colonial, en donde se había encontrado con Jacob, que ya iba camino de la corte de justicia.

—Cálmese un poco, ¿quiere? Está montando un escándalo completamente innecesario.

—¡Es una barbaridad! ¡Y una injusticia!

Jacob no sabía qué hacer ante aquel ataque irracional. ¿No era él quien tenía el derecho de perder los papeles? Parecía que estuvieran en el mundo al revés.

—Vamos a retirarnos un poco, ¿quiere? Intentemos resolver esto como personas civilizadas. Esto... esto es una casa institucional. Un lugar de bien comunitario...

Marc se mordió los labios, preso de furia.

—Déjese de lugares de bien y quite esa denuncia innoble.

—Lo que debería hacer es denunciarle a usted también.

—Y dígame por qué, exactamente.

—Sabe muy bien por qué. Puede usted comerse sus juegos de palabras. ¡Y su arrogancia!

—¿Por qué, le he dicho?

—Deje de ponerse en evidencia. Esto no es necesario...

—La denuncia es por adulterio y Cecilia no es ninguna adúltera.

—No es eso lo que se desprende de sus escritos.

Blandió los pliegos que había traído como prueba y se los empujó contra el pecho, con rabia.

Marc lo tomó de su mano y lo ojeó por encima, estremecido. Cecilia, en su desespero, había cruzado todos los límites de la discreción.

Cerró los ojos, tomó aire e intentó serenarse.

—Usted no lo entiende. Esto no es un diario... Es una fantasía, nada más. Un relato...

—Pues a mí me ha parecido bastante real.

—No he tocado a su mujer, se lo aseguro. Me cuidé mucho de ello. Por si llegaba este momento y tenía que decírselo a la cara.

—Sabe que lo que ha hecho es algo mucho peor.

Marc sintió cómo los nervios de los últimos días podían con él. Si cargaba con algo más sobre sus hombros se hundiría del todo. Había una verdad grave detrás de las acusaciones de Jacob. Pero todo aquello había escapado a su control hacía tiempo.

—Sí —dijo Jacob—. Si la hubiera deshonrado no habría sido peor. Usted ha seducido a mi mujer, esa es la pura verdad. Yo tengo su cuerpo en mi casa, sentado a mi mesa, vagando por el salón... Pero usted se la ha llevado y todo sin tocarle un pelo, como bien dice. ¿No es peor dejar sin alma a una persona que yacer con ella?

—Eso no la hace adúltera.

—Entonces lo admite.

—No creo que yo haya seducido a nadie... —dijo, sinceramente confuso. En su pecho pesaban poco los momentos de placer, tan escasos y sutiles que había tenido junto a ella... y en cambio pesaban mucho las privaciones—. Fueron los escritos. Fueron sus palabras... ¡Fue inesperado! No lo entiende. No puede...

—Les ha pasado a los dos, ¿verdad? Porque está usted aquí y eso solo significa...

—No... Yo no...

—No habría venido, si no.

—Déjeme usted al margen... —suplicó, atormentado.

—¡Eso es imposible! Está usted metido hasta el fondo, le guste o no...

—¿En qué cambiaría algo?

—¡Dígame que la ama, maldita sea!

—¡De acuerdo! ¡Sí que la amo! ¡Ya puede alegrarse de mi desgracia!

—¡Por Dios bendito, qué difícil tiene que ser todo! —Jacob se sacó el pañuelo del bolsillo y se enjugó el sudor, que le caía a chorros por la cara. El maldito clima tropical—. Hágase a un lado que bastante mal ha hecho ya. Y que decida el juez.

El celador entró y abrió la puerta a Cecilia, que se sujetaba con fuerza las manos blancas, en el centro de la falda. La cárcel de los colonos era muy pequeña, casi testimonial, y no tenía más que una celda, sencilla y limpia. Allí no había nadie nunca. La otra, la de los nativos, era la que siempre estaba llena.

La corte de justicia estaba al otro lado del patio y salió, escoltada por el guardián.

Marc estaba allí, de pie, esperando junto al caballo. A una distancia prudencial.

Apenas cruzaron una mirada de aflicción. Ella solo esperaba que no entrara en la corte, que no se expusiera más de lo que ya lo había hecho. Tenía la firme determinación de no delatarle, bajo ningún concepto. Ojalá Jacob tampoco lo hiciera. No iba a servir de nada que cayeran en

desgracia los dos, en lugar de ella sola.

Se sentó en la bancada en espera de que llegara el juez. Estaba sola y tenía que defenderse como pudiera, con la verdad desnuda, aunque sabía que muchas veces esta no era suficiente. En la justicia, como en la literatura, un relato tenía que ser verosímil y todo lo que había alrededor ya la inculpaba.

El juez llegó, ajustándose la toga y la peluca, que había visto días mejores y no estaba bien peinada.

Detrás de él venía Amelia Dekker, que tomó asiento en la bancada de los testigos.

—¿De qué se acusa a... —el magistrado leyó el pliego que tenía delante— Cecilia de Houtman-Vermeulen? Por lo que veo aquí es de adulterio...

Amelia asintió, muy digna.

—Así es como se le ha comunicado a mi marido, el residente.

Cecilia no contaba con ningún testigo. Seguramente Amelia le hablaría al juez de lo que había pasado en la recepción, de los comentarios del reverendo Lambert, de sus frecuentes visitas...

Respiró profundo, intentando tranquilizarse.

Jacob se adelantó y tomó entonces la palabra.

—Tengo que decir que se ha cometido aquí una equivocación y que el acusado soy yo.

Toda la sala se quedó en silencio.

—¿Me va a decir... —el juez se bajó un poco los impertinentes para poder mirarle a la cara — que comparece usted como demandante, acusado y defensor al mismo tiempo, señor De Houtman? Esto no es serio...

—Lo que no es serio es que tengamos una ley en que yo puedo acusar a mi esposa de adulterio y ella no puede acusarme a mí de nada.

—Como sabrá por sus estudios legales, su mujer puede redactar una queja. Si lo cree necesario. Y solo en el caso de que usted haya tenido a su amante viviendo en el mismo domicilio familiar. Pero tenga en cuenta que siempre será una queja y no una denuncia...

—Aquí tiene la queja, señoría. Y sigue pareciéndome que la vara de medir es bastante desigual. Siempre lo he pensado, de hecho.

—Así son las leyes, señor De Houtman. Hasta que dispongamos de otras mejores.

—Como ve, se ha cometido una injusticia flagrante con mi esposa, que es inocente de todos los cargos.

Amelia Dekker estaba desconcertada y sin saber cómo podía hacer su intervención. Llevaba todo el día preparándola, desde que el aviso del juzgado había llegado a casa del residente, para su conocimiento. Aquel iba a ser su primer acto importante en las instituciones. Su ocasión para demostrar que en la colonia los asuntos de la moral pública se tomaban muy en serio.

El juez se quitó la peluca y se frotó los ojos con los dos dedos. Estaba sudando a chorros. Injusticia flagrante era que él tuviera que llevar una toga negra y una peluca empolvada en una isla tropical como aquella. La maldita tela empezaba a oler a tocino rancio. Necesitaba darle un toque al servicio...

Había visto aquel mismo caso en infinidad de ocasiones. Estaba claro que estaba ante la misma estrategia manida que se usaba en los Países Bajos, cada vez que se quería conseguir un divorcio. Era una maniobra legal, uno de esos agujeros que aprovechaban los leguleyos avisados para saltarse las normas y salirse con la suya. Pero de tanto que ya la habían explotado, los jueces

le habían puesto nombre y todo: «la gran mentira», la llamaban. No había más que acusar a la pareja de adulterio, sin necesidad de prueba alguna. Ni siquiera era necesario admitir los hechos. Bastaba con no responder para obtener condena. Y con ella, los codiciados papeles de la separación.

—¿Está seguro de que quiere ser usted el adúltero y no al revés? —le preguntó directamente, mirándole a los ojos, ya sin disimulo. Como dos entendidos que saben perfectamente lo que se está cocinando en el cuarto de atrás.

Jacob miró a Cecilia. Se sabía de memoria las tablas. Si ella cargaba con la culpa, le esperaban entre tres meses y dos años de cárcel. Para entonces, toda su esperanza de estar con Marc se habría esfumado por completo. Es más, si Marc también era declarado culpable, le caería la misma pena y una multa de mil florines. Eso le arruinaría y Julia se quedaría sola y en la indigencia. En cambio, si la asumía él mismo...

—Le aseguro que todo es como viene en esta queja que presento. Yo tenía una amante balinesa, como casi todo el mundo en esta isla, y mi mujer acabó enterándose... ¿De qué se extraña?

—Cincuenta florines de multa. Hala, aquí tiene su sentencia. Separación de cama y mesa. Se levanta la sesión.

Cecilia se despidió de Jacob mientras Marc esperaba en el carruaje, con los papeles de la separación en la mano. Había dicho que le conseguiría un salvoconducto para poder salir de la isla como Cecilia Vermeulen, una mujer libre. Dian estaba cambiando el baúl de un carruaje al otro.

Ella abrazaba con todas sus fuerzas al que, hasta hacía unos momentos, había sido su marido, sin querer soltarle.

—Vamos, vamos... Que no es para tanto —la consoló él—. Si te digo la verdad, estaba deseando tener ya a una mujer balinesa en mi casa. En el fondo, soy como cualquiera de los otros hombres expatriados aquí...

Ella tenía ganas de llorar al recordarlo todo. Cuando le había conocido a los diecinueve, frente al reloj gótico de la plaza de Delft, tan rubio y tan guapo y no con uno, sino con dos ramos de tulipanes en las manos. Y la boda en la pequeña iglesia del puerto y los invitados teniendo que echar a las gaviotas en mitad de la misa. Y la luna de miel en el balneario de Scheveningen y todos aquellos metros de franela que compraron. La mudanza a la casa de la calle Kruiskade con Kool-Singel y la cara de felicidad de ambos, al ver que eran vecinos del teatro, donde luego pasaron tantas tardes de reír y llorar juntos. Todo hasta la tragedia de Carice, que es cuando parecía que dejaba de tener recuerdos.

—¿Cómo te las vas a apañar... con el aserradero?

—Con la *factorij* ya no hará falta que viaje. Lo llevaré yo mismo, desde la casa. Enviaré a alguien al mercado. No te preocupes por eso. Todo irá bien.

—Te voy a echar mucho de menos.

—Y yo a ti.

Cecilia cerró los ojos y se imaginó a sí misma ante el baniano donde el río se bifurcaba. No sabía qué hacer. Y si debía... Y si todavía...

—Venga, venga... —dijo Jacob—. Hay que moverse. Que hace mucho calor.

Cecilia seguía sin aflojar su abrazo. No le salían las dos únicas palabras que caben entre dos personas, cuando aún se quieren, pero van a separarse: «perdona» y «gracias».

Fue él quien se retiró primero.

—No llores, por favor. Márchate. Todo irá bien... —Se dio la vuelta, camino de la calesa—. Todo irá bien...

Marc seguía teniendo una sensación extraña ante todo aquello. Había sido demasiado rápido y no estaba acostumbrado a que le apañaran sus asuntos y menos sentimentales. Casarse con Cecilia le había parecido inconcebible. Había tenido que partirse en dos, al tomar la decisión de dejarla y ahora... este nuevo camino aún le resultaba ajeno, como si lo hubieran tomado por él.

Todas sus dudas se disiparon cuando ella subió al carruaje. Le sobrevino la misma sensación de cuando habían estado juntos en el diván, exhaustos de revelarse el uno ante el otro.

Vulnerables, como ahora, que no sabían adónde iban ni cómo.

La abrazó y la besó y bebió las lágrimas de sus labios.

Durmieron juntos aquella noche, como si ya fueran marido y mujer.

La corte al completo estaba reunida en el templo de la cueva de los Murciélagos para despedir a la Reina Virgen.

Las humaredas subían por los muros de lava negra y sus portales dentados, con las puertas centrales en negro y oro, que estaban abiertas para permitir la procesión de todo el pueblo hacia el mar. Los costaleros cargaban sobre sus hombros unas grandes cañas de bambú que sostenían el sarcófago de la cremación múltiple. Era una pirámide alta, con caras de demonios pintados en vivos colores, sobredorados y repletos de espejos. Se remataba en una pagoda alta, de nueve pisos, con dos alas laterales que parecían de fuego.

Los tambores resonaban dictando la procesión. Todos pisaban sobre las decenas de ofrendas desparramadas por la playa. El arroz cocido se mezclaba con las flores, la fruta y los cestillos de hoja de palma trenzada bajo las plantas de los pies.

Desde el borde de la muralla, asomada sobre un parapeto de grandes piedras, la Reina Virgen contemplaba las ráfagas de espuma deslumbrante, de pura luz, que barrían una y otra vez la arena negra. Aquella era la última ceremonia que iba a officiar.

Julia estaba a su lado, vestida con la camisa, la falda *sarong* estampada en rojo con el patrón *ilusión de nubes* y la banda ceremonial balinesa. Con el pelo rubio y suelto al viento. Los guerreros la escoltaban como si fuera parte de la familia real y los parasoles dorados con que la cubrían la hacían partícipe de la naturaleza divina.

Cuando los porteadores llegaron a la orilla, donde estaba el resto del pueblo, descargaron la preciada pirámide sobre la arena. Todos esperaron a la Reina, en espera de la orden.

Ella levantó la mano y las antorchas le prendieron fuego. Las mujeres tomaban agua del mar con el hueco de las manos y se la pasaban por los cabellos recogidos, una y otra vez, para purificarse.

En ese momento llegaron Cecilia y Marc a la base del parapeto de piedras.

—Julia, el barco ya está listo para irse.

—No quiere ir con usted —respondió el Cokorda, junto a la soberana.

Marc rodeó el parapeto y entró en el templo a grandes zancadas, con Cecilia detrás, hasta que se situó a la altura de ambas mujeres. Los guardianes de la Reina desenfundaron sus dagas *kris* onduladas, que sisearon al salir de sus vainas, y le apuntaron con ella. Marc les respondió sacando la pistola plateada.

La Reina les miró a todos con ojos desorbitados y levantó la mano con los dedos arqueados, trazando una curva muy marcada y tensa hacia fuera, pues se decía que una *kris* desenfundada tenía siempre sed de sangre y atraía rápidamente a los demonios.

Con el amplio movimiento pareció guiar los aceros por el aire, con firmeza, de vuelta a sus vainas, pues sus guerreros los guardaron de inmediato. El aire se había llenado, de pronto, de filis, balas perdidas y amenazas invisibles. Podía sentirlo, cargado de malos espíritus.

Marc Beresford no se esforzó esta vez por permanecer inclinado ante la Reina. Le habló en la lengua común, de igual a igual.

—Julia se viene conmigo. Solo tiene catorce años.

Ella habló al oído al Cokorda y él tradujo.

—Su cuerpo dice que ya es una mujer y que, por tanto, puede casarse.

—Usted no entiende las costumbres británicas. No puede hacerlo sin mi permiso.

—Julia puede vivir aquí. Tiene talento para la poesía... para el *makekawi*.

—Este no es su sitio. Y se acerca la muerte. No dejaré que mi hija sea víctima de una epidemia. ¿Es que quiere que enferme?

Julia le mostró el brazo que se había pinchado.

—Hice lo que dijo el médico. Me clavé la aguja infectada y estoy a salvo...

—No vas a quedarte aquí, Julia. No hay quien te proteja.

La Reina se adelantó despacio hasta donde estaba Marc y volvió a hablar a su segundo, en el oído.

—Deja que yo la adopte. Ella es la niña dorada, la que traerá la paz final a nuestros pueblos. Deja que la adopte como es nuestra costumbre. Para hacer una alianza con los holandeses.

Marc la miró resentido. Aquel había sido su plan desde el principio. Y él debía sacrificar su vínculo de padre, con su única hija, en nombre de una maldita alianza política. Poner su deber diplomático por encima de sus sentimientos.

Envainó el arma y se adelantó un paso. Y le habló en sánscrito, que era muy parecido al alto balinés. La lengua de los brahmanes y de los antepasados.

—Cada uno tiene su lugar en el mundo. Es mi sangre y no la tuya. Es mi autoridad. Es mi derecho sagrado.

La Reina se vio entonces superada por la mirada inquisitiva y desorbitada de las estatuas demoníacas, que la observaban desde las murallas bajas del templo y también de sus guerreros, de sus sirvientes, de toda su corte. Decenas de ojos, humanos e inhumanos, la miraban expectantes.

Julia, que ya conocía lo suficiente de la lengua, la miró con desesperación.

—No... No... —Se arrodilló ante ella.

—Volverás a ser como cualquier europea... —dijo Marc—. Todo esto te parecerá una tontería de juventud.

—Istri Kanya, te lo suplico...

La Reina, desde arriba, parecía de roca sepulcral. Miró un momento las dagas *kris* onduladas, llevándose la mano al pecho, y luego bajó la mirada.

Sujetó a Julia de los brazos, con firmeza, y la ayudó a incorporarse.

Después le tomó la barbilla y se la levantó despacio, como observando sus jóvenes rasgos con una mirada dura.

Sin mudar el gesto le cogió un primer mechón de cabello rubio, hizo un bucle con los dedos y se lo llevó a la parte superior de la cabeza. Se sacó un largo alfiler de jazmín dorado de su propio peinado y lo utilizó para sujetarlo, fijo en su lugar.

Así, con parsimonia, fue tomando uno a uno de los cabellos sueltos de la joven y los fue retorciendo y colocando en el recogido. Metiendo un alfiler tras otro, arañando cerca del cuero cabelludo.

Hasta que quedó tirante y perfectamente armado.

Julia mantuvo la cabeza alta e inmóvil hasta que la Reina terminó. Aguantando el dolor sin pronunciar una queja. Una lágrima le rodó por la mejilla.

La soberana recogió sus manos en el centro de su falda ceremonial y se retiró en silencio.

La muchacha del jazmín dorado cruzó las puertas del templo y bajó a la playa, pasando por detrás de la pira funeraria.

A sus espaldas se escuchó el canto del último poema *makekawi*. La voz propia y doliente de la Reina Virgen de Klungkung.

MARA ULLOA ROIBÁS

(Actualidad)

El paraíso de las mil islas

Desde la ventana del avión, Mara veía cómo pasaban las islas y los islotes, uno tras otro, rebosantes de selva verde y rodeados de playas blancas, cuya arena se iba hundiendo, parda, hasta las aguas encendidas de azul turquesa. Como en todo conjunto de islas volcánicas, era mucho más grande la parte sumergida que la visible. Podía intuir cómo se unían las unas con las otras, por debajo del océano.

Habían sido quince días en el paraíso, que era siempre un lugar contenido en un frasco, una experiencia idílica. Igual que tantas historias.

No sabía qué había pasado con Cecilia y Marc después de que Senna terminara su relato.

Al menos había conseguido cerrar el círculo de Batanara antes de irse. O algo parecido.

—Creo que los dos queremos que nos digan la verdad de una vez —dijo Mara. A su lado estaba sentado Daniel, el agente de la aseguradora.

Senna les miraba desde el otro lado del escritorio, en su despacho.

—No sé qué quieren insinuar con todo esto —dijo ella.

—Se lo diré con claridad —dijo Daniel—. Ha montado usted una farsa... Un fraude contra los intereses de la compañía que represento. Es decir, contra la aseguradora cuya póliza usted firmó para que su escritorio estuviera protegido de incendios, inundaciones y robos. La misma que le pagó hasta 30.000 dólares cuando ese mismo escritorio desapareció...

—El escritorio fue robado. Usted mismo puede ver que no está en mi casa. ¿A qué fraude se refiere?

—Sabe muy bien que no hubo tal robo. El mueble lo vendió usted misma, por 30.000 dólares más, a través de una dirección anónima, en un portal de antigüedades de internet. Y después lo envió a Europa a través de la Bali Super Cargo. En total, entre la venta y la póliza, reunió 60.000 dólares americanos. Justo a tiempo de pagar el crédito para construir su centro de terapias, el Eternal KiSS.

—Me imagino que tendrá pruebas concluyentes de todo eso que está diciendo —se defendió Senna, sin perder la calma.

—Aún no, pero las conseguiré. Tengo orden de iniciar un proceso judicial contra usted para recuperar el dinero. A menos que consigamos llegar a un acuerdo antes, claro. Eso sería beneficioso para todos y somos los primeros interesados. Por coste y por recursos...

—¡No solo eso! —exclamó Willem de Houtman, que acababa de llegar—. Sino que intentó usted incriminarme, mediante habladurías, para beneficiarse en el juicio que tiene contra mí. Y utilizar a esta mujer, Ketut Negara, para apoyar su reclamación.

—Lo siento, señora —dijo la balinesa, avergonzada—. No he podido evitar que pasara de la puerta...

—No te preocupes, Ketut —dijo Senna—. Puedes marcharte.

—Mis papeles demuestran que contrató usted el seguro poco antes de que el robo se produjera... —explicó Daniel, sacando los documentos de la cartera—. Debería saber que este es el primer error de quien desea cometer un fraude...

—Yo no tengo dinero para investigadores privados ni para bufetes de abogados caros —dijo Senna—. Y menos cuando todos pertenecen a la misma multinacional de asesoría, que es la que lleva su caso, señor De Houtman. Tampoco tengo mucha experiencia en fraudes, como bien dice. No como usted, que está acostumbrado a saltarse todas las leyes de medio ambiente del país.

—Eso no viene al caso ahora...

—Y que prefiere seguir comprando selva y echando a la gente de sus casas, en lugar de reforestar lo que ya tiene.

Mara permanecía en silencio ante aquella situación incómoda. Estaba claro que el señor De Houtman era un hombre de muchos recursos y que se podía permitir sus buenos investigadores y abogados. Lo mismo que la aseguradora. Frente a ellos, Senna no era más que una pequeña empresaria, que vivía de préstamos, y Ketut una pobre mujer desahuciada y sin estudios. Las sentía aplastadas, intentando respirar como podían, entre las dos grandes corporaciones. Pero tenía que mirar a la realidad a los ojos. Estaba claro que el Centro KiSS, el heredero de la Sociedad Kama Shastra, había sido edificado por medios poco ortodoxos. No sabía si era ético, pero desde luego no era legal...

—Usted sabe que esas granjas de teca me pertenecen por derecho —continuó Senna—. Porque eran de Cecilia Vermeulen y ella se las dejó en herencia a Julia Beresford. Por lo que le habían hecho. Aunque ella nunca las reclamara...

—Eso no es más que una historia.

—Es la verdad. Presenté el testamento en el juicio.

—Está prescrito y lo sabe.

—Dígame usted —se refería a Mara—. Si le llegara un mueble, una antigüedad, y usted pensara que viene del expolio que le hicieron los nazis a los judíos, por mucho tiempo que haya pasado, ¿pensaría usted que está prescrito? Porque cuando se detectan estas piezas siempre se busca a los descendientes...

—Deje usted de decir barbaridades... —dijo De Houtman.

—¿No reclaman muchos museos las piezas que se llevaron Napoleón o los británicos o...?

—El juez será quien lo diga y no usted.

Senna se retiró y se apoyó en el respaldo. Conocía de antemano la sentencia.

—Tiene usted un mes para devolver el dinero a la aseguradora. Y pagar la correspondiente multa. —Daniel le pasó un papel con la cantidad.

—¿Un mes?

—O entraremos en juicio. Podría ir a la cárcel...

—Pero...

—Llámemme cuando lo tenga y retiraremos la denuncia. Buenos días.

Daniel dejó su tarjeta de visita sobre la mesa y se marchó del despacho.

—Nos veremos en el juicio —dijo Willem, dándose la vuelta.

—¡Espere! —intervino Mara—. Usted siéntese, por favor.

Willem volvió al despacho, a desgana, y se sentó en el lugar que antes había ocupado Daniel.

—He estado revisando al detalle las relaciones comerciales entre Batanara y su compañía...
¿Bali Woodworks?

—Sí...

—Y hay algunas cosas que no me han cuadrado del todo. Retrasos en las exportaciones, irregularidades en los contenedores, algunas piezas que llegaron rotas... Pequeños perjuicios, ya sabe. Minucias que pasan desapercibidas en el día a día pero que, sin embargo, si sumamos los diez años de relación comercial ya hacen un buen montante. Y el caso es que me gustaría que siguieran siendo ustedes mis proveedores, pero...

—Dígame de una vez cuánto quiere.

Mara miró a Senna con intención y ella sacó un lápiz y un papel y garabateó una cifra.

—Eso es mucho dinero. Le ofrezco la mitad.

Mara cogió el papel. Los números eran altos.

—Lo toma o lo deja —insistió De Houtman.

Ella asintió.

Cuando De Houtman se fue, miró el reloj del móvil. Apenas quedaban unas horas antes de que saliera el avión.

—Tengo que irme al aeropuerto, pero todavía me gustaría preguntarle algo.

—Le agradezco mucho que me haya ayudado antes...

—¿Sabe usted qué le pasó al escritorio? ¿Por qué le destrozaron la tabla de escribir?

—Marc y Cecilia tuvieron que embarcar aquel mismo día y solo se llevaron un par de baúles, pero ningún mueble. Hay una costumbre muy antigua en Bali, que es la de saquear enseguida cualquier barco naufragado. Se dice que el nuevo rey de Klungkung, el sobrino de la Reina Virgen, consideró la mansión abandonada y envió a sus hombres a que se llevaran lo que pudieran. Debieron de pensar que el mueble aún contenía joyas o dinero... Dicen que cuando Mads Lange se enteró acudió a proteger la propiedad, pero que ya era tarde.

—Qué lástima... debió de ser una maravilla cuando estaba entero.

—También hay otra versión.

—¿Cuál?

—Que después de marcharse de la cueva de los Murciélagos, pasaron por la casa Beresford, para que Julia recogiera sus miniaturas. Y que cogió un hacha pequeña del jardín, antes de subir la escalera.

La estratagema con Willem de Houtman no había servido para salvar el Centro KiSS, lamentablemente, pero aquello ya le parecía a Mara fuera de su control y de su responsabilidad. Había hecho todo lo que estaba en su mano. Era una pena, pero al menos Senna no se quedaría sin nada. Tendría algo para volver a empezar.

Seguía mirando por la ventana del avión y haciendo balance del viaje. Conocer a Scott había

sido renovador, pero sus interminables charlas sobre *kitesurf*, camino del aeropuerto, no habían hecho más que confirmarle que tenían vidas e intereses del todo incompatibles.

Antes de embarcar había explicado a Paolo, por mensaje, todo lo que había pasado y había logrado el compromiso de Daniel de retirar la denuncia internacional.

«Gracias por haberlo resuelto —le había dicho él—. ¿Conseguiste abrir la clave del escritorio?».

«¿Has estado en Galicia alguna vez?».

El batán

Hacía casi diez años que no volvía a la Costa da Morte.

Al llegar a las lindes de la propiedad, lo primero que reconoció fue el batán y después el molino. Eran muy antiguos y no funcionaban, pero aún aguantaban en pie, junto a la carretera comarcal.

Aunque Roberto sí que pasaba temporadas con la familia y mantenía la casa en buenas condiciones, ella no la había visitado desde la muerte de la abuela. No había encontrado el tiempo, con el ajetreo de poner la empresa en pie... Y luego, por supuesto, había otra razón detrás de las excusas.

Todo en aquel lugar le recordaba a la abuela. La nostalgia era aquello en lo que, si te atreías a cruzar el umbral... ya no sabías en donde acababas.

La casa había cambiado un poco, Roberto la había adaptado a las necesidades de los niños, pero los muebles aún seguían siendo los mismos. Algunos de ellos los había hecho el abuelo con sus propias manos.

Mara acarició el azulejo con la inscripción, en la entrada de la casa, con la *Oda a la madera*, de Pablo Neruda. Siempre decía que era su favorito.

El escritorio estaba en el centro del salón, donde lo había dejado el transportista. Ya en Madrid habían probado la llave maestra y, como era de esperar, los cajones estaban todos vacíos.

Solo faltaba el último, en el centro, el único que se les había resistido. La combinación de las letras resplandecía.

«Lo importante es la alineación», recordó Mara.

Kama Shastra Society, K. S. S...

Cerrado.

Richard Francis Burton, R. F. B...

Julia Beresford Fownsend, J. B. T...

¿Cuál era entonces el deseo profundo de Marc? Eso que el corazón se guarda y que no debe salir nunca a la luz. Aquello que por entonces le pareciera irrealizable. La tarde en que le dijo a Cecilia que se marcharía de la isla.

Cecilia Vermeulen... Beresford. C. V. B...

En el interior solo había una roseta de encaje de aguja.

Aún seguía siendo blanca.

Escuchó afuera el rumor del coche alquilado, que acababa de llegar. Era Paolo.

—¿No decías que tenías una oferta de trabajo para un pobre marchante fracasado?

—Tengo sucursales en Madrid, Alicante, Valencia, Málaga y Sevilla... La zona norte la tengo muy descuidada. Y ya he visto un local en A Coruña.

—¿Ah, sí?

—Pues sí. —Sonrió Mara, echándole las manos al cuello—. Y ya se sabe que, cuando se empieza, hace falta mucha ayuda. Me vendría bien un buen comercial... Y alguien con quien pasar el día entero hablando de muebles. Y quizá la noche...

Paolo la besó.

—Si te digo la verdad, la vida de autónomo era el infierno.

Ella se rio.

—Oye, ¿y eso? —Señaló él.

Al sacar el cajón del escritorio, en un lateral, se había quedado pillado un papel. Mara lo desdobló con cuidado.

—Está firmado por Richard Francis Burton.

—Me imagino que a estas alturas debe de valer un dineral.

Mara cogió el teléfono y llamó a Senna Beresford.

—Tengo algo para usted.

En el salón de la casa de la abuela, Mara añadió un marco que contenía una roseta de encaje y que decía así:

CITA DE STEPHEN HAWKING: *Inteligencia es saber adaptarse al cambio.*

COROLARIO DE MARA ULLOA ROIBÁS: *Sin dejar de ser uno mismo.*

Agradecimientos

Una novela nunca es trabajo de una sola persona.

No podría haberla escrito sin el trabajo de investigación que otros hicieron antes que yo. Los tres libros a los que más debo son *La isla de Bali*, de Miguel Covarrubias; *Max Havelaar o las subastas de café de la Compañía Neerlandesa de Comercio*, de Multatuli, y *Visible and invisible realms. Power, magic and colonial conquest in Bali*, de Margaret J. Wiener.

La música de Frédéric Chopin, Debussy, Satie, del grupo Arcade Fire (en la banda sonora de *Her*) y de Michael Nyman (en la de *El piano*) me acompañó durante todo el proceso.

Gracias a Lucía Luengo por darme la confianza necesaria, una y otra vez, así como a todo el equipo de Ediciones B y del grupo Random por la libertad y flexibilidad que me han concedido a la hora de afrontarlo.

Gracias siempre a mis compañeros en el camino artístico. A mis *betalectores* Laura, Norma y José Luis. A Maya, por las correcciones. A Vanesa y a Cecilia, por seguir cerca de mí y compartir tanto.

Gracias a mi padre por llevarme a Bali una primera vez y a mi marido por hacerlo una segunda, con el propósito de escribir este libro. A mi hermano, por el apoyo logístico. A mi madre, desde el recuerdo, y a mis hijos, por su constante respeto a mi trabajo y mi descanso, comprensión, sacrificio, apoyo y amor incondicional.

Eladio, sin tu generosidad, soporte y amor me sería imposible mirar a la vida a la cara, con toda su grandeza y contradicción.

ELENA CLARKE es el seudónimo de una gran narradora que, al estilo de autoras como Sarah Lark o Anne Jacobs, busca crear historias con las que transportar a sus lectores a otros mundos. Disfruta mezclando tramas de mujeres actuales, con los problemas de hoy en día, con grandes dramas ambientados en el pasado.

Notas

[1] Traducción de la Sociedad *Kama Shastra*, K. S. S. <<

[2] *De Max Havelaar o las subastas de café de la Compañía Neerlandesa de Comercio*, Multatuli, 1860. <<